DIÁLOGOS INSOSPECHADOS

GINNA BEATRIZ SOSA BASTIDAS

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2013

DIÁLOGOS INSOSPECHADOS

GINNA BEATRIZ SOSA BASTIDAS

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título de Licenciada en Filosofía y Letras.

Asesor:
GONZALO JIMÉNEZ MAHECHA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2013

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de su autor”.

Artículo 1 del Acuerdo 324 de Octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

_____

_____

_____

_____

_____

Presidente del Jurado

_____

Jurado

San Juan de Pasto, Agosto de 2013

DEDICATORIA

A mi padre (q.e.p.d), que siempre tuvo como meta
en su vida dejarme como herencia
el estudio.

AGRADECIMIENTOS

A la vida, por permitirme llegar hasta la culminación de mis estudios.

A mi padre, por inducirme por el camino del conocimiento, apoyarme económica y emocionalmente. Y a mi madre, por seguir la labor de mi padre en su ausencia.

A mi familia, que de una manera u otra aportaron a esta causa; en especial a mi abuela Regina Josa Iles, mis tías Ángela y Dora Bastidas, por su preocupación y las ganas de verme triunfar en la vida.

A mis compañeros, Sandra Patricia Mejía y Edgar Omar Melo, por su acompañamiento en todo el proceso de la culminación de la carrera y en la elaboración de este trabajo.

A Gonzalo Jiménez Mahecha, por compartir sus valiosos conocimientos para que este trabajo fuera posible.

A todos los profesores y administrativos del Departamento de Filosofía y Humanidades, en especial a Juan Patricio Calderón, por su apoyo incondicional.

A Sandra Patricia Mejía, por la ilustración del texto.

Y, en general, a la Universidad de Nariño, por acogerme en este paso.

RESUMEN

Este trabajo ha sido diseñado para todo público, pero especialmente para la población joven con la que se comparte una variedad de relatos sistematizados sobre experiencias de la vida, para que el lector se sumerja y aprecie más la vida que lleva; todos como seres humanos, afrontan adversidades, pero con estos relatos se podrán dar cuenta de las adversidades de otros y reflexionar si se ha caído en el facilismo que brinda la actualidad; además, pueden ayudar al reforzamiento de algunos valores que se están debilitando.

Por otro lado, cada relato cuenta con la creación de diálogos que sirven de antesala para que el lector tenga una idea de lo que sigue y pueda encontrar una temática o problemática que lo invite a pensar en la realidad de otros y a dejar de lado el ensimismamiento en que se está sumergido.

Este trabajo ha sido creado pensando en los jóvenes, para que las personas que tienen contacto con esta población vean en este trabajo una herramienta que puede agradarles y hacer que los jóvenes capten más a fondo una temática y crear en ellos el hábito de ser personas críticas.

PALABRAS CLAVES

— Diálogos
— Relatos
— Educación
— Filosofía
— Sistematización
— Verdad

ABSTRACT

This work has been designed for all age groups, but especially for young people with whom is sharing a variety of stories systematized on life experiences, so that the reader is immersed and that he appreciates the life he leads; as human beings, all faced adversity, but they may realize with these stories of the hardships of others and they can reflect on whether it if it has fallen in every facility that currently provides; in addition, they can help to reinforce some values that are weakening.

On the other hand, each story features the creation of dialogues which serve as a prelude for the reader to form an idea of what goes on and can find a theme or issue to invite him to think about the reality of others and neglecting the absorption in that it is submerged.

This work has been created just for young people, which in contact with them, anyone using this material see in this work a tool that can please them and make young people more fully capture a theme and to create in them the habit of being critics.

KEYWORDS
— Conversation
— Education
— Philosophy
— Literature
— Story
— Systematization
— Truth

CONTENIDO

Pág.

INTRODUCCIÓN	11
BIBLIOGRAFÍA	20
EL HOMBRE Y LA CIUDAD	24
MI OTRO YO	59
DEL AMOR	78
DE LA VIDA Y DE LA MUERTE	121
DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS	145
CONCLUSIÓN	166

LISTA DE FIGURAS

Pág.

Figura 1. Susurros 23

Figura 2. Bipolaridad 58

Figura 3. Eternización 77

Figura 4. Secuaces del tiempo 120

Figura 5. Verdad vs Dogma 144

INTRODUCCIÓN

La idea de hacer un texto de recopilación elatos surge del afán de conocer vivencias de otras personas, que pueden servir de ejemplo para la vida, que aportan experiencia y, a la vez, permiten conocer el contexto en que se vive, y no ser indiferentes ante el sufrimiento del otro. Los relatos trasladan a lugares desconocidos, para conocer personas de una invaluable calidad humana; permiten recordar aquellas personas que no han contado con una vida de comodidades, sino que han tenido que luchar para sobrevivir; otros relatos cuentan que, a pesar de tener todas las comodidades, se sigue pasando por necesidades, que hay cosas que el dinero no puede comprar. Los relatos hacen que las personas que se han olvidado de lo que los rodea, que viven en otro mundo, puedan aterrizar y vivan la realidad y que, a partir de ella, puedan reflexionar, que se den cuenta de que la vida no es como muchas veces se la piensa sino, más bien, que es algo que se construye y que para su construcción se necesita de los demás.

La recopilación de relatos hace que se saque del anonimato a algunos autores y que el lector pueda valorar su trabajo. Que se reconozca que el trabajo de los escritores no es fácil y menos cuando se ha hecho un trabajo vivencial; es decir, que se ha interactuado directa o indirectamente con los personajes y con cada una de sus acciones, aunque no se deben despreciar los textos que se hacen de la imaginación, pues de una u otra forma también tienen parte de la realidad. Pero los relatos vienen más involucrados con el sentir del autor, de los personajes y del lector, que se comprometen en las acciones y que dejan una enseñanza, aunque sean tal vez de libros escritos hace muchos años, de los que siempre se podrá sacar una enseñanza para estos tiempos.

Los relatos aquí recopilados hacen que se conmuevan las entrañas del ser, hacen que el lector se conmueva ante la realidad en que se vive y se vea obligado a reflexionar sobre su presente, pasado, futuro, y sobre los seres que lo rodean; que deje atrás su ensimismamiento.

Con los relatos se quiere lograr que el lector, en especial los jóvenes, reflexione y, a partir de los introductorios a cada relato, se pueda generar asombro, duda, que remitan al lector a interrogarse y criticar.

Se ha escogido la recopilación de relatos, y no otro tipo de textos, por la extensión que permite que una persona no acostumbrada a la lectura pueda adquirir este hábito; los relatos son textos relativamente cortos, para no hacer de la lectura algo tedioso, sino breve y llamativo, para que el lector pueda concentrarse hasta el final de cada uno y que con la primera lectura quede adherido para seguir leyendo el siguiente relato, y se sienta identificado con los personajes de cada uno de ellos.

La novedad de la propuesta, cuando se formuló, radicaba justamente en el intento de conjugar el pensamiento filosófico, esencialmente crítico y ref1exivo, con las

posibilidades que los relatos ofrecen, para trabajar en una temática planteada. La experiencia, en suma, busca propiciar, a través del diálogo filosófico, un marco

apropiado de reflexión individual y colectiva que favorezca la capacidad para analizar y evaluar críticamente los discursos de este tiempo: valores, juicios y decisiones.

El objetivo central es comentar y debatir, a través de los relatos; para tal fin, el contenido de este trabajo tiene un abanico de temas, distribuidos en cinco capítulos: Diálogos de encuentros y desencuentros, Diálogos con mi otro yo, Diálogos de la vida y de la muerte, Diálogos entre el hombre y la ciudad, Diálogos de amor.

Los diálogos de encuentros y desencuentros hacen una compilación de relatos que tratan sobre si se debe pensar en el futuro, sobre si hay vida después de la muerte, sobre la vida de un revolucionario, en los que va a encontrarse con ideologías diferentes a las que se está acostumbrado a escuchar y tener.

En Diálogos con mi otro yo, se encuentran relatos que llevan hacia una reflexión existencial filosófica. En los diálogos de la vida y de la muerte, hay relatos de personas de Colombia que se han enfrentado a la guerra con los grupos subversivos.

Los diálogos entre el hombre y la ciudad, como su titulo lo indica, son relatos urbanos, que recogen las problemáticas que enfrenta un ciudadano, como el robo, el maltrato a los animales y la indigencia. Y, por último, en los diálogos de amor: se hace reflexionar sobre hasta dónde puede llegar el ser humano por amor.

Esta recopilación se hace con la pretensión de que los lectores se impliquen en la discusión y el diálogo, como proceso de búsqueda en su interior. No es sólo que los lectores aprendan ciertas habilidades de razonamiento, sino que se impliquen en una práctica comprometida, de forma que su aprendizaje se vea proyectado en lo que hagan, utilizando su criterio personal, su reflexión y crítica.

La utilización de relatos para introducir una temática se propone para que sirva en cuanto referente y ejemplo de cómo puede generarse un clima de diálogo e intercambio de ideas entre personas que aportan sus propios puntos de vista.

Como a tantas otras cosas, a dialogar se aprende dialogando, y la lectura puede ser el lugar privilegiado que propicie ese aprendizaje, que a su vez desarrolle tolerancia, pues los gestos o acciones se transforman en palabras, donde surge otra realidad. Que la lectura sea un espacio propicio, en una atmósfera relajada, en que todos se enfrentan, desde la visión y la escucha y el respeto, la diferencia de ideas y situaciones, y que dialoguen sobre estas diferencias. El texto debe guiar para que se dé un clima de confianza, de compromiso y disposición para que puedan tomar en serio y ser consecuentes con esta nueva alternativa, renunciando al subjetivismo en que sólo importan los intereses personales. Más bien, el logro está en que haya una predisposición a la crítica.

Además de beneficiosa e interesante, la experiencia de diálogo favorece en los participantes una seria reflexión sobre la necesidad de aprender a argumentar, de llegar a ser más razonables en pensamientos y acciones, atendiendo no sólo a la lógica, sino también al contexto, los fines, las consecuencias. Esa exigencia de dar razones y motivos sobre lo que se piensa y hace puede ayudar a superar las rivalidades, dejando de pensar en Yo, para pasar a un horizonte más universal, que es el del Otro y, luego, en una comunidad, para permitir el descubrimiento de los intereses comunes que unen a las personas, a pesar de las diferencias por el género, la raza o las creencias.

Los griegos, en especial Sócrates, dejaron una gran herencia, como fue el método de la mayéutica que, de cierta manera, traído a este contexto, consistiría en que el texto guíe al lector por el camino de la pregunta; en un comienzo, la pregunta generará en el lector dolor, al tener que dejar sus viejas tradiciones culturales y, sobre todo, enfrentar solo el nuevo camino del pensar, sin el acompañamiento e intimidación del texto.

En este nuevo camino, el lector deberá tener voluntad para alcanzar lo que quiere, siendo él mismo su tutor, sin esperanzarse en nada ni en nadie. Por sí solo tendrá que buscar, primeramente, la lectura que lo hará desintoxicarse de la historia y conceptos que ha recibido de distintas partes. Esta lectura debe ser comprensiva, que genere preguntas en el lector y que, a la vez, lo lleven por sí solo a encontrar una respuesta y, posteriormente, que comparta este conocimiento con los demás, a través del diálogo.

Como en el caso de la alegoría de la caverna de Platón, este lector sale de la caverna y se ilumina por la luz del conocimiento y comparte la experiencia con sus compañeros, que están prisioneros por la información brindada por una sociedad que ha cegado los ojos haciendo ver lo que rodea como verdadero, hasta tal punto de creer toda esta información y encontrarse en un estado de conformidad con ella. A los que quedan en la caverna les da miedo salir al exterior, no creen que sea buena idea, la caverna les ha dado todo, no tienen necesidades, y se hacen los sordos ante las palabras de su compañero, que les critica su forma de vida restringida. A algunos se los convence a buscar la luz del conocimiento, descubrirán un mundo oculto que los perturbará por la luz de la realidad y de las cosas que se producen, prefiriendo volver a la obscuridad de la caverna, a la repetición, a la ignorancia.

Los relatos llaman a sacar a los lectores de la oscura caverna en la que se encuentran en la actualidad y desarrollan un sentido de pertenencia por lo que se piensa; deben adquirir autonomía y de esta forma hacer de ellos unos individuos críticos, que es lo que la sociedad actual necesita.

Cuando se desarrolla la capacidad de pensar y criticar por propia voluntad, se puede decir que se ha llegado a la mayoría de edad; en este momento se puede llamar a un hombre ilustrado, cuando se sirve de su propio entendimiento, sin la dirección de otro, asumiendo con responsabilidad las consecuencias de sus actos. Sólo se puede llegar a la ilustración siempre y cuando se deje al individuo en libertad, sin estar bajo el yugo de una autoridad.

Antes que someter a un lector a la repetición y memorización, más bien se le trata de crear la necesidad de pensar, examinar y criticar lo que llega a su cerebro, no solamente lo de contenido teórico, como son las lecturas, sino todo aquello que perciben sus sentidos. Con la enseñanza para pensar, se está enseñando a la vez a saber desenvolverse en la vida, en cualquier espacio y tiempo; por su capacidad de análisis, se podrá traer todo al contexto en que se desenvuelve y buscar una solución o aporte conveniente.

La filosofía siempre invita a pensar, a tener amor a la sabiduría, a adquirir conocimientos de los mejores libros; pero no se debe caer, ni dejar que el lector caiga, en creer que la filosofía es una ocupación de seres que viven con la cabeza en las nubes y que no tienen dónde poner los pies, sino enseñar que la filosofía, o el pensar, es la actividad de la interrogación dirigida hacia lo que en la vida vale la pena, a lo que acontece cotidianamente, desde el fenómeno más insignificante, hasta lo que aún la ciencia no ha podido responder. Mientras se viva, siempre se va a estar en continuo interrogar, por lo cual se puede decir que la filosofía no es solo para filósofos, es para todo aquel que quiera salir al exterior a buscar la luz del conocimiento. Se debe dudar de todo lo que se presenta, dejar de lado los prejuicios y opiniones de los demás y buscar en el interior la respuesta adecuada y deslumbrarse con el propio conocimiento.

Que se deban eliminar algunas de las actividades memorísticas y conceptuales, en parte quiere decir que se está entrando en un camino escabroso que tiene que sacar del acondicionamiento al que están acostumbrados los lectores, que dejen de ser individuos acríticos y que se conviertan en críticos; que salgan de ser robots que sólo escuchan la orden, que son manejables, controlables y que sólo les interesa actuar y la acción sólo se limita a traspasar, memorizar datos y conceptos que no entienden de dónde proceden o que, en un futuro, serán conceptos obsoletos, o simplemente ya no se acuerden de nada de lo aprendido o leído.

También es tarea difícil el tener que criticar una cultura a la que se ha estado sujeto toda la vida, para luego poder hablar libremente, sin prejuicios, sin estar de parte de una religión, de un partido político, o de algún tipo de población; se debe tener en cuenta que los jóvenes están prestos a imitar a los adultos y se inhiben de pensar y de criticar. Si se trata de enseñar, el docente debe tener en cuenta que sólo se enseña cuando se habla de la realidad de las cosas y a partir de las experiencias propias de los alumnos y luego complementar con su experiencia; nunca debe llegar a imponer su experiencia sobre la de los jóvenes, porque se los estará sometiendo; al poner primero la experiencia del alumno, se estará facilitando el aprendizaje.

El docente debe estar en la capacidad de traducir lo difícil en fácil; en lo posible, que el lenguaje del docente esté al nivel de los jóvenes, de tal forma que el alumno pueda asimilar lo que quiere decir el docente y que la temática sea de interés, que a la vez le permita superar su fascinación. Así se ayudará a que el joven vaya por un nuevo camino hacia la autonomía.

El docente también deberá poco a poco incentivar a los alumnos a adquirir un hábito de lectura, a través de lecturas que puedan ser de su interés. Darles a entender que por

medio de la lectura se pueden descubrir nuevos mundos imaginarios y reales, pues las obras transmiten la experiencia de otros. El profesor, a través de esta metodología de lectura, puede desarrollar una temática y así los alumnos pueden asimilar esta propuesta de trabajo y dejar atrás la metodología a que han estado sometidos y a la que se han acostumbrado.

Lo esencial de una relación es mantener un diálogo; para esto el docente debe equiparse con un material propicio para los jóvenes, que los lleve a interrogarse sobre ese material propuesto; el docente debe guiar el interrogatorio e, igual que en la mayéutica, hacer dudar al alumno de lo que sabe, que el alumno se pregunte y vaya saliendo de la duda. Aquí se habrá logrado que el alumno continúe en el ejercicio de interrogarse, de dudar, buscar una salida y formular su propio juicio y crítica, sin buscar ayuda de nadie, de copiar ideas o estereotipos. En este proceso, ya no será solamente un aprendizaje de parte del alumno, sino el docente está en un continuo aprendizaje, se entra en búsquedas entre las dos partes y de intercambios de experiencias.

A través del diálogo se tienen mayores impresiones y conocimiento; a través del diálogo se está enriqueciendo el lenguaje, aprendiendo a establecer una comunicación racional, enriquecedora tanto en conocimientos como en valores.

Para enseñar a pensar no existe una técnica; a pensar se aprende a medida que se está en contacto con la realidad y la lectura. No se olvide que el pensar es propio del hombre, pero parece que se ha olvidado practicarlo, pues se espera que otros piensen. Al dejar de lado el pensar, se está dejando de lado también el descubrirse a sí mismo, que a su vez ayudará para la construcción de mejores personas y se hará que los alumnos sean más participativos, más comprensibles, más críticos y más racionales.

Para proponer esta metodología basada en la lectura, la reflexión y la crítica, se debe empezar por el docente mismo, a ponerla en práctica en su vida cotidiana, que deje de buscar culpables de las problemáticas por las que se pasa, entre estas el mal gobierno y el sistema educativo

La educación convoca a asumir cambios de actitudes, a valorar lo que se tiene y lo que se puede lograr. En la actualidad, se ve que se está educando niños y jóvenes incapaces de valerse por sí mismos; en la institución educativa dependen de un profesor y en sus casas de un adulto; se está acostumbrado a un estímulo, para dar una respuesta positiva a ese estímulo.

> Desde la primaria al estudiante se le educa en función de un examen, sin que la enseñanza y el saber le interesen o se relacionen con sus expectativas personales. Esta situación se repite una vez termina los estudios ya que es lo que la persona encuentra en la vida. Cuando termina los estudios, el individuo no sale a expresar sus inquietudes, sus tendencias o sus aspiraciones, sino a engancharse en un aparato o sistema burocrático que ya tiene la

realización de determinadas tareas o actividades sin preguntarle si está de acuerdo o no con los fines que se persiguen[1].

La educación, en la actualidad, es un callejón sin salida; se estudia para posteriormente conseguir un trabajo en el que, como en la institución educativa, se está sujeto a recibir órdenes de los superiores, por lo que se puede concluir que el Proyecto Educativo Institucional se crea para hacer de los niños y jóvenes unas máquinas que producen, que son rentables para el sistema; al gobierno no le interesa que se instruya a las personas para pensar, para criticar los sistemas que rigen en la actualidad; quiere que toda la población sea sumisa, que no descubra la verdad de la realidad.

Para la elaboración de proyectos educativos, lo ideal sería que se diseñen de lo micro a lo macro; es decir, contar con la participación de los estudiantes, teniendo en cuenta sus necesidades y su contexto y llegar a un acuerdo mutuo en cuanto a las temáticas que se abordarán, para que no ocurra lo que dice Bachelard: "los maestros, sobre todo en la multiplicidad incoherente de la enseñanza secundaria, imparten conocimientos efímeros y desordenados, marcados con el signo nefasto de la autoridad".[2]

Por otro lado, no se debe olvidar que, como docente, se está educando para un futuro, que la enseñanza no debe quedar sólo en el aula sino en la mente y corazón de los alumnos; por eso se debe tener en cuenta el currículo, pero no hacer de esto una carga pesada para los alumnos; se debe buscar una metodología y didáctica que haga ver esta temática, que sea más digerible; se debe tener en cuenta que para ser buenos maestros, no basta un currículo, o cómo se desarrolle la clase, lo que importa es el amor: "Para poder ser maestro es necesario amar algo; para poder introducir algo es necesario amarlo. La educación no puede eludir esta exigencia sin la cual su ineficiencia es máxima: el amor hacia aquello que se está tratando de enseñar. Además, ese amor no lo puede dar sino quien lo tiene, y en últimas eso es lo que se transmite. Nadie puede enseñar lo que no ama, aunque se sepa todos los manuales del mundo"[3].

Ahora, la mayoría de docentes cree que la Internet es una herramienta accesible a los estudiantes y que a través de ella se está facilitando el aprendizaje; tal vez sí sea innovadora para el alumno, pero, en el fondo, la estrategia es la misma: suministrar información de una forma indiscriminada; la información no tiene valor cuando no se reflexiona y critica.

Al alumno debe permitírsele adquirir las herramientas para que él mismo encuentre el camino de la verdad, pueda reflexionar y criticar. Los relatos que se han recopilado en este trabajo son herramientas que reforzarán en el alumno la lectura comprensiva, crítica, a la vez que abren los caminos de la creatividad para que, a partir de estos relatos, pueda crear sus propios textos, desde su experiencia de lectura.

---

[1] Estanislao, Zuleta. Educación y democracia: un campo de combate. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2004, p. 25.
[2] G, Bachelard. La formación del espíritu científico, citado por BEDOYA, José Iván. Pedagogía: ¿enseñar a pensar? Reflexión filosófica sobre el proceso de enseñar. Bogotá: Eco Editores, 2008, p. 78.
[3] Estanislao, Zuleta, Op. cit., p. 41.

Una buena lectura hace interactuar con el autor, una lectura en la que traslade a mundos desconocidos, pero primero que todo remita a conocer una propia realidad. La recopilación de relatos permite que, a partir de ellos, los maestros de distintas áreas puedan proponer una temática para dialogar, o que los mismos estudiantes propongan la temática a partir de los textos leídos. Que no sólo el profesor sugiera, sino que el estudiante esté en capacidad de hacer una actividad enriquecedora para su profesor y compañeros.

Los relatos son textos cortos, para comodidad de los lectores que están empezando en el mundo de la lectura y que, a la vez, permitirán a los profesores y alumnos hallar didácticas para sus clases a partir del material, como, por ejemplo, una clase de producción de cuento, de ensayos, y distinto tipo de textos, una representación teatral, etc.

El educador debe aprovechar que en la infancia y juventud se está más ávido de conocimiento, se necesita una guía, que conduzca por caminos en los que se pueda sacar el máximo de provecho, no sólo por el momento, sino para toda la vida.

Hoy en día también el estudioso se puede dar cuenta de que la mayoría de niños y jóvenes avanzan por la instrucción básica e incluso la universidad sin las herramientas y los conocimientos básicos para poder hacer una comprensión de lectura, por lo que se debe trabajar más esta debilidad dentro de las instituciones, teniendo en cuenta que la lectura es primordial para poder desenvolverse en cualquier ámbito y que se incluye para facilitar el aprendizaje en otras materias. Como docentes, se está en obligación de abrir la capacidad de asombro y fantasía en los niños y jóvenes, que aun estando en la universidad puedan contar con esta capacidad y no que lleguen con una acumulación de datos que sienten que no les han servido para nada. No se quiere decir con esto que no se debe ejercitar la memoria o que no haya que investigar; se lo debe hacer, pero nunca se debe olvidar la reflexión y crítica, interrogar e interrogarse y traer los textos al contexto; aquí se puede decir que se ha hecho una lectura o memorización fructífera y no se cae en una mera recolección de información y memorización que muere en corto tiempo y se olvida, desechada por la mente porque no sirve para nada.

No siempre una educación formal prepara para enfrentarse a la realidad, a veces sólo hace que los estudiantes sean enciclopedistas, por lo tanto no pueden resolver un problema de la realidad, no tienen las herramientas necesarias, no tienen crítica, reflexión y poca experiencia empírica. Con la lectura, pueden tener grosso modo una experiencia y tener la capacidad de resolver problemas.

Se pretende que, en el fondo, el docente, a partir de la recopilación de relatos, logre que los alumnos puedan desarrollar su capacidad de análisis y síntesis, el pensamiento creativo, el razonamiento crítico, y aplicar sus conocimientos a la práctica. Deben ser capaces de trabajar de forma autónoma y de llevar a cabo ejercicios de autoevaluación de forma objetiva.

El objetivo que se quiere alcanzar con este texto es que el docente y el alumno hagan uso de su creatividad, pensar, reflexionar y criticar para llevar a cabo un trabajo más fructífero, que se vea proyectado en la propia vida de cada uno de los alumnos y sobresalga donde vaya, siendo más realistas; y que tengan como meta la lectura, pero una lectura a conciencia; recordar que a través de la lectura el cerebro se ejercita, disminuyen sus enfermedades, a la vez que se es más inteligente.

Tampoco se puede decir que, a través de los relatos o de este trabajo, se ambicione cambiar todo un sistema educativo. Solamente se trata de dejar a un lado el hermetismo de las clases, que sean más dinámicas, más amenas y que, a la vez, adquieran mayor conocimiento los alumnos. Que el conocimiento que adquieran no sea sólo de un momento, más bien se quiere un aprendizaje duradero y que adquieran herramientas para un futuro.

En los relatos se cristaliza uno de los aspectos más peculiares del texto: servir de elementos de la experiencia cotidiana, que forman parte y tienen gran importancia en la vida de las personas, y hacer de ellos aliados en la tarea de educar en valores, en lugar de ignorarlos y recurrir exclusivamente a materiales escolares al uso. Por otra parte, la práctica diaria ha confirmado algo que ya se sabía: que el enorme poder de atracción de estos materiales favorece la participación y espontaneidad de los lectores, contribuyendo a hacer del proceso una experiencia satisfactoria.

Por último, queda decir que el docente tiene una gran labor en la sociedad, que resalta por su bagaje intelectual; la sociedad tiene puestos los ojos en los docentes, que sacan de la oscuridad y conducen hacia el camino de la luz, que es el conocimiento. Más aun, tienen la responsabilidad de influir para que los resultados de la educación cambien, para que sea más reflexiva y comprometida. En esta clase ilustre se pone la esperanza para que se tenga un cambio drástico, donde no haya sólo conocimiento, sino que haya más pensamiento. La labor del docente es ir más allá del tradicional currículo, utilizar propuestas innovadoras, que persigan resultados que en los estudiantes se vean proyectados.

En la propuesta curricular debe replantearse el lugar del docente, que no se vea como el sabelotodo y al estudiante como un ignorante; más bien se debe anular toda esta clase de jerarquía para que el estudiante se dé cuenta de que está frente a un ser humano, que es igual a él, que le ayudará a descubrir la verdad e interpretar su realidad. Lo ideal sería que docente y estudiante se conviertan en participantes activos del diseño del currículo y que, al final, el estudiante sea el protagonista de su propia educación, teniendo un ánimo crítico e independiente.

Este es el momento para que el docente asuma su rol y se comprometa con su responsabilidad formativa, que influye de una u otra manera en el futuro de las personas a las que enseña y, en general, de toda la nación.

Con este trabajo se quiere un poco arriesgarse por un sendero poco explorado y que pretende sacar de la rutina a los alumnos, traer como metodología experiencias de otros con el objetivo principal de sacar a los jóvenes del ensimismamiento en que se encuentran y que se atrevan a pensar distinto, a reflexionar y preguntarse sobre sí mismos y sobre sus experiencias y que, a la vez, puedan proponer nuevos estilos de vida, nuevas ideas. No se dice que sea fácil este nuevo camino, pero tarde o temprano debe arriesgarse para tener una nueva experiencia. Tal vez en este nuevo camino y proceso se pierda la autoridad como docentes, pero se ganará la gratitud de los alumnos, a los que se deja en libertad para descubrir su realidad, vivir su propia experiencia y, a la vez, crear su propio mundo a partir de aplicar un razonamiento más profundo, con el que ha roto imaginarios y estereotipos.

BIBLIOGRAFÍA

ALAPE, Arturo. Conversación con la ausencia y otros relatos. Bogotá: Planeta, 2007.

AMICIS, Edmundo de. *El pequeño escribiente florentino,* en: http://www.caritasvitoria.org/datos- /documentos/ El%20pequeno%20florentino.pdf

ANDRADE RESTREPO, María Mercedes *Un olor tenue de geranios*, en: Relatos de mujeres 5. Madrid: Torremozas, 2006.

ARCOS, Diana Carolina. *Un breve relato del roce de la muerte*. En: Revista del taller de escritores Awasca, 23, 2012.

BEDOYA, José Iván. Pedagogía ¿enseñar a pensar? Reflexión filosófica sobre el proceso de enseñar. Bogotá: Eco Editores, 2008.

BENEDETTI, Mario. *Beatriz (una palabra enorme),* en: GALEANO, Eduardo, et al. *Relatos fantásticos latinoamericanos (1)*. Madrid: Popular, 2008.

BENEDETTI, Mario. *El otro Yo*, en: GALEANO, Eduardo, et al. *Relatos fantásticos latinoamericanos (1).* Madrid: Popular, 2008.

BENEDETTI, Mario. *La noche de los feos*, en: GALEANO, Eduardo, et al. *Relatos fantásticos latinoamericanos (1).* Madrid: Popular, 2008.

BOCCACCIO, Giovanni. *Los tres anillos*, en: http://www.ciudadseva.com/textos/ cuentos/ita/boccaccio/los_tres_anillos.htm

CANAL RAMÍREZ, Gonzalo. *El fabricante de juguetes*, en: ROBLEDO, Beatriz Helena. *Antología los mejores relatos infantiles*. Bogotá: Presidencia de la República, 1997.

CANETTI, Yanitzia. Amor, en: CABALLERO, Fernán, et al. *Relato de mujeres* (3). Madrid: Popular, 1999.

CELA, Camilo José. Pequeña parábola de "Chindo" perro de ciego, en: http://grandesrelatospequenos.Blogspot.com/2012/10/pequena-parabola-de-chindoperro-de.html

CERNUDA, Luis. *El miedo,* en: RIERA, Carmen. *Relatos inquietantes*. Madrid: Popular, 2009.

COBO BORDA, Juan Gustavo. *Concurso Nacional de Cuento sobre Desaparición Forzada "Sin rastro". Cuentos para no olvidar el rastro*. Bogotá: Fundación dos mundos, 2009.

El buscador de la verdad, en: http://filosofia.laguia2000.com/cuentos-filosoficos/el-buscador-de-la-verdad.

El encanto (Dinastia Tang- siglo VII-X), en: http://lugarinexistente.blogspot.com/2011/02/el-encanto-cuento-anonimo-chino.html

El erudito y la taza de té, en: http://www.filosofiaparalavida.pe/articulos/que-nos-impide-aprender/

El espejo chino, en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/otras/anon/china/espejo2.htm

Juan Manuel, Infante Don. *Lo que le sucedió a un hombre bueno con su hijo*, en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/juanma/lucanor/02.htm

Juan Manuel, Infante Don. *Lo que sucedió a un mancebo que casó con una muchacha muy rebelde*, en: http://antinous.tripod.com/mujerbravasp.html

Juan Manuel, Infante Don. *Lo que le sucedió a una zorra con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico*, en: http://www.auladeletras.net/material/cuentomedieval-pdf

Juan Bobo (relato tradicional), en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/otras/anon/occiden/-juanbobo.htm

La elocuencia del silencio, en: http://www.ciudadseva.com/ textos/ cuentos / otras /anon/ india/elocuen.htm

La sospecha, en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/otras/anon/china/sospecha.-htm.

Los ciegos y el elefante, en: https://ar-ar.facebook.com/permalink.php?story_fbid=295-129360539376&id=271981846187461

MEJÍA ISAZA, Ricardo. *Relatos de asombro.* Pereira: Papiro, 2004.

MENDOZA, Plinio Apuleyo. *El día que enterramos las armas*, en: SCHULTZE-KRAFT, Peter *La horrible noche. Relatos de violencia y guerra en Colombia*. Bogotá: Seix Barral, 2001.

PACHECO SÁNCHEZ, Julia. *Relatos del viejo Antonio: Mitos contados por un mito/comandante insurgente Marcos.* Bogotá: Desde abajo, 2004.

PADILLA BASTIDAS, Carlos. *Permítame que la muerda señorita*. Bogotá: Plaza y Janés, 1989.

PARDO BAZÁN, Emilia. *La resucitada*, en: LÓPEZ SALINAS, Armando, et al. *Relatos subterráneos*. Madrid: Popular, 1997.

PIÑEROS CORPAS, Joaquín. *La oveja negra*, en: ROBLEDO, Beatriz Helena. *Antología los mejores relatos infantiles.* Bogotá: Presidencia de la República, 1997.

¿Qué es lo importante?, en: http://www.motivaciones.org/ MOTIV004/ ctosequeeslo-importante.htm

Relatos y leyendas orales (Kamsa-Embera-Chamí). Bogotá: Servicio colombiano de comunicación social, 1987.

RODRÍGUEZ GUZMÁN, Alexander. *El amante de la muerte*, en: http://alexrg.com/el-amante-de-la-muerte.

Todo es para bien, en: http://www.animalec.com/kahani/cuentos/todo.pdf

URBANO ROJAS, Álvaro Jesús. *Relatos profanos*. Cali: Poemia, 2006.

URIBE, Luz Magnolia. *Notas de fango y otros cuentos*. Medellín: El tambor arlequín, 2006.

USCÁTEGUI NARVÁEZ, Alexis. *Viaje sin retorno*, en: Revista del taller de escritores Awasca, 23, 2012.

VILLA-MATAS, Enrique. *El viento de la Bahía*, en; RIERA, Carmen. *Relatos inquietantes*. Madrid: Popular, 2009.

ZULETA, Estanislao. *Educación y democracia: un campo de combate*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2004.

1. Susurros

EL HOMBRE Y LA CIUDAD

Un día, como cualquier otro, una muchacha transita por la calle y observa una escena de maltrato a un animal; esto la deja inquieta; luego se encuentra con una amiga, que hacía un tiempo no veía. Su amiga le pregunta qué le pasa y a partir de esto se da paso a una amena y reflexiva charla sobre los diferentes sucesos que pasan en la ciudad.

–Aquí, meditando sobre algo que vi ahora que venía.

–Hum, por la cara que traes es algo grave.

–Sí, y lo peor es que el ser humano, siendo el animal más racional, se comporta como una bestia.

–Es verdad.

–Sólo se piensa en las grandes estructuras construidas, en la gran tecnificación que hay y en el consumismo para satisfacer necesidades que nunca se alcanzan, sin darse cuenta de que ciudad no sólo es esto; ciudad también es las relaciones que se establecen; la ciudad va mucho más allá de lo que a simple vista se ve, no solamente es asfalto.

– ¿Se puede decir que las poblaciones rurales también viven como en ciudades?

–Sí, ¿por qué no?; ciudad, en la actualidad, es como un municipio, un corregimiento, un contexto, un espacio, un hábitat, una masa, es vida. Los hombres creen que sólo estas ciudades están conformadas por cosas sin sentir, que se convierten, a su vez, en seres insensibles; se olvidan de que hay otras relaciones que debemos establecer. ¿Según tú, cuáles serían esas relaciones que se ha olvidado establecer?

–Yo creo que nos estamos olvidando del Otro, e incluso de uno mismo.

–Tienes razón, si ves que somos una especie rara en la naturaleza, capaz de olvidarse de todo, hasta de su propia existencia y, claro, mucho menos se va acordar de lo más pequeño, pero igual en condiciones de sobrevivencia.

–Espera, amiga, me perdí, pues yo no veo quién más pueda tener nuestras mismas condiciones de sobrevivencia. ¿Acaso me estás hablando de marcianos?

–Jajajajajaja, noooo. No crees que los animales y las plantas tienen nuestras mismas condiciones de sobrevivencia.

–No, ellos no piensan, no tienen razón.

–No pueden pensar, tienes razón, pero no por eso dejan la necesidad de dormir, alimentarse y reproducirse, igual que nosotros, sólo que ellos, para sobrevivir, lo hacen por instinto. Pero tienen un cerebro, un corazón, arterias, venas y neuronas, por lo tanto

sienten y se ven afectados por lo que les acontece a su alrededor. O, si no, escucha, esta historia, titulada.

CUSTODIO, TRANSEÚNTE DE CAMINOS SIN TREGUA

Tirando con un denuedo de la galera, camina Custodio con su cruz a cuestas. Carga trastos en el día y en la noche el menaje y los bártulos de una vendedora nocturnal de tinto, recién colado.

Es un transeúnte sin camino propio. Viandante, inadvertido entre la bazofia de las calles peregrinas, bajo el efluvio de los avisos luminosos de neón y porcelana.

Todos los días, con sus coches, recorre sórdido las avenidas, los puentes y la zona de tolerancia, donde la muerte ronda y la vida se esconde entre los desperdicios, las ratas, en sus guaridas y muladares secretos.

Casi todos los clientes son transeúntes noctívagos y anónimos, habitantes de casas despiertas, de bares y cantinas con rameras, bailarinas de tango, travestis, poetas bohemios, cantores, pintores, mafiosos y patrullas policiales cobrando sus gabelas; además, alguna que otra pareja rebullida en las sombras de la noche.

No faltan los bazuqueros, los perros callejeros, los inhaladores de pegante, los piperos y los mendigos durmientes, bajo los portales de los edificios públicos, entre cartones y frazadas pulgosas; tampoco los suicidas indecisos, solitarios caminantes ensimismados bajo el nicho de los puentes, en los parques y alamedas con la complicidad del alumbrado público a medio encender y la música lejana de un violín, para amilanar su desolación antes de tomar la infausta decisión de acabar con lo que les fue prestado.

Como zombis, caminan, con el pensamiento en ilusiones siniestras, insensibles al hedor de tanta mierda.

Muchos caminantes van y vienen, a la deriva, como náufragos en alta mar. Se acercan a Custodio, a su carreta ruidosa, atraídos por el aroma del café. Todos lo degustan, incluso el sereno, pues contiene una pócima especial para soslayar la soledad de todas las almas trashumantes.

Menos mal que los caballos aprendieron a dormir de pie, tratando de derrotar la miseria. El alhamel de esta historia deambula día a día, noche a noche, sumido en su tragedia, sudoroso e incógnito.

Jamelgo desvaído, tembloroso, desdichado, triste Rocinante de llagas lastimeras, enconadas por los tortuosos arneses entre el pus hediondo, banquete apetitoso de las moscas que carcomen sus heridas ulcerantes, sembrando huevos, fraguando larvas y gusaneras acunadas en cráteres pestilentes comprimidos por los arreos en su incuria.

Desgarbado, sin aliento, andante por caminos sin tregua ni destino. Imposible mirar a las aceras pues se lo impedían los tapaojos pendientes al frontal de su cabezada; por lo que nunca advirtieron los ocasionales transeúntes la tristeza de sus ojos ni la magnitud de su tragedia.

Tampoco pudo alzar la vista al cielo por las amarras, los aparejos y el sobrepeso de la carga a cuestas; todo sin contar con el látigo lacerante, fustigándole sin piedad su piel desnuda pegada a su escuálido esqueleto.

No fueron pocas las gotas sangrantes con miedo y sudor que mojaron las calles asfaltadas, mientras la congestión de carros y el ruido del claxon estrepitoso, por el trancón del medio día y con el tiempo aminorado para el almuerzo y el estrés alborotado de los ejecutivos, los vociferantes taxistas y choferes de bus, en una aglomeración de cuerpos apiñados, lo apuran para aligerar el libre transitar en la ciudad sin dueño.

Cuánto me dolió aquella vez en que, cojeando del dolor y sin herrajes, cayó rendido entre los lamentos y relinchos de sufrimiento, arrastrado por el peso de la carga en la empinada calle, hasta estrellarse y quedar anclado en el sardinel de la avenida. Inmóvil, atrapado por las ruedas desgastadas, embrollado en las cadenas y las tablas partidas de la desfondada carreta.

Lo recuerdo, horrorizado, atrapado en su desgracia, con pataleos inútiles intentando reincorporarse; sus relinchos clamaron ayuda a los transeúntes esquivos, mientras el brutal dueño lo azuza puyando el costillar con una varilla con punta de espinas.

– *¿Cómo levantar tanto peso con tan poca fuerza?*

Todo el cachivache de la carreta quedó esparcido. Custodio lo atrapa en el albor de sus ojos saltones, suplicando compasión en pos del perdón impenitente.

Nadie se apiada de él, de su indefensión. Todos protestan por la brutalidad del dueño, pero nadie lo ayuda. Cómplices serviles de tanta miseria, y así, en su tortura, sacando fuerzas de su propia humillación, para librarse de los azotes y puyazos, se incorpora enjalmado al dolor y a la desidia.

De aquel ingrato y despiadado ganapán, que sobrecarga la carreta para ganarse el sustento con el sudor de Custodio, "de cuyo nombre no quiero acordarme", depende la suerte del pobre animal; Custodio vive por inercia.

–*No seas tonto, Custodio, tírate al suelo, no subyugues tu propia desvergüenza.*

– ¡Eres tan honesto y responsable, como pocos hombres, a pesar del dolor no te doblegas en la brega!

Los sábados, como "convidado de piedra", lo llevan a transportar la juerga. Se sube un acordeonista, con tres acompañantes, con caja, guarachas y bongó.

La fiesta empieza en la cancha de tejo, entre guacales de cerveza, fritanga de yuca, papa criolla, costilla de cerdo, chunchullo, asadura, chicharrones y rellenas.

Cuando termina el jaleo, camino a casa visitan cuanto burdel se encuentran, comprando los placeres de mujeres con aroma de perfume barato.

El carretero, majadero e infeliz, embriagado en su inconsciencia, amarra a Custodio a su desdicha en un botalón implacable.

Absorto en sus lisonjas y congojas, sin reparo alguno, departe entre libaciones nocturnas, amoríos licenciosos, camorras gratuitas, abrazos traidores, porfiadas discusiones, embriagándose en el bullicio ominoso del desenfreno obstinado de sus bajas pasiones.

Mientras en la calle, soportando las inclemencias del tiempo, hambriento, lejos del sosiego y el descanso, las patas de Custodio se encalambran al acecho de las moscas y la mordida de los perros. Indefenso, atado al ventanal de las cantinas.

No sólo él aguanta hambre, gran parte del fruto de su esfuerzo se queda en el jolgorio, comprando las caricias sibilinas de meretrices callejeras.

Mañana, seguramente, cuando lleguen al rancho, no habrá para el desayuno, ni para el pago de la cuenta en la tienda y, muy seguramente, el día del mercado terminará empeñando el televisor, con la protesta airada y lloriqueos de sus nueve hijos, huérfanos de madre. Ella murió cuando nacieron los gemelos a quienes entregó en adopción.

Custodio, compadecido con el hambre de los niños, no deja de caminar de sol a sol, tirando de su galera, para proveer el sustento de los infantes.

Sólo el domingo, a causa de la resaca del indolente carretero, los niños lo llevan a un potrero, el mismo que sirve de basural a la ciudad. Lo desenganchan para que se le deshinchen sus patas, sin entender que lo abandonan a la suerte de las moscas y garrapatas que le infestan el cuerpo de una hostil correría de bichos sanguinarios.

A Custodio lo conozco desde potro. Muchas veces lo vi pujante, sobrecargado en la plaza de mercado, transportando materiales, desechos, mercados y escombros de construcción.

Lo alimentan una vez al día con salvado de maíz, cáscaras de yuca, plátano y guineo, bagazo de caña de azúcar y por las lunas, sal mineralizada y miel de purga.

Ayer… fue sábado, como de costumbre se armó el jaleo y terminó en una riña donde se repartían puñetazos, gritos, mujeres corriendo, rezagos de vidrio, agresiones verbales, camisas rasgadas, botones arrancados, puñales asesinos.

A los veinte años, catorce de los cuales vivió tirando de la carreta, una bala perdida le desfloró la rodilla de una de las patas traseras. Custodio se derrumbó, sus ojos vidriosos se llenaron de angustia, no quería morir a pesar de su vida miserable.

Le retiraron los arneses y la galera.

> Llovía, era una lluvia pertinaz y más que lluvia parecían lágrimas del cielo; sangre se mezclaba con el agua que escurría de su lánguido cuerpo.
> El carretero, maldiciendo, le solicitó al policía, quien lo compelía para que levantara el caballo, le propinara un tiro certero en la cabeza, pero el policía, al ver la mirada suplicante del caballo, no fue capaz. Le entregó el revólver al carretero.
> –Hágalo usted.
> Sin mayor reparo y con la más descarada frialdad y desafecto, alzó a pico de botella una caneca de ron y sin temblarle el pulso, mientras bebía un gran trago, sentenció a muerte a Custodio:
> –*Aquí te morís, viejo inútil*– sin decir más, le disparó el tiro de gracia en la cabeza.
> En verdad, no fue el tiro lo que le quitó la vida, fue la congoja la que lo mató, y para su fortuna, en buena hora lo alcanzó la muerte, sin quejas ni lloros, a causa de la ingratitud y la desvergüenza y sin arrebatarle lágrimas a la melancolía, murió Custodio, resignado a su ensañada desolación.
> Sólo la muerte le aligeró para siempre su pesada e injusta servidumbre. En el ocaso de la tarde, de esa triste tarde, mientras el sol en arreboles perennes la lejanía bañaba, cesó el jadeo.
> Para colmo de su desgracia, sólo recibió, como adiós postrero, blasfemias, reproches airados, rezongos maldicientes, vejámenes, vituperios de su mal nacido dueño.[4]

–Uff, qué historia. Bueno, ahora sí creo que los animales necesitan de más afecto y menos maltrato de parte nuestra. Pero de las plantas, todavía me queda duda, ya que ellas no tienen nada de similitud con la anatomía nuestra; al igual que los animales invertebrados, por ejemplo una babosa, no creo que sientan.

–Ahí sí me corchas. Aunque creo que porque una especie no siente, no quiere decir que la debamos destruir; recordemos que dentro de la naturaleza todo se encuentra en equilibrio; si destruimos algo indiscriminadamente, los únicos perjudicados seremos nosotros mismos, al tener que aguantar las diferentes catástrofes naturales.

–Amiga, deja de ser trágica.

–Por personas insensibles como tú, este mundo está como está.

–Pero si Dios dejó todo para nuestro provecho.

–Es verdad, pero ahora vemos casos de personas que matan por matar, por ver sufrir, someten a los animales a toda clase de suplicios. Eso sólo lo hacen las mentes depravadas.

–Ahí sí tienes razón, cuando dices que hoy el hombre quiere satisfacerse a sí mismo, quiere saciar sus necesidades económicas y sus enfermedades mentales.

–Tengo otra historia para que te convenzas sobre el sentir de los animales.

[4] Álvaro Jesús Urbano Rojas. Relatos profanos. Cali: Poemia, 2006, p. 30-35.

PEQUEÑA PARÁBOLA DE "CHINDO" PERRO DE CIEGO

"Chindo" es un perrillo de sangre ruin y de nobles sentimientos. Es rabón y tiene la piel sin lustre, corta la alzada, flácidas las orejas. "Chindo" es un perro hospiciano y sentimental, arbitrario y cariñoso, pícaro a la fuerza, errabundo y amable, como los grises gorriones de la ciudad. "Chindo" tiene el aire, entre alegre e inconsciente, de los niños pobres, de los niños que vagan sin rumbo fijo, mirando para el suelo en busca de la peseta que alguien, seguramente, habrá perdido ya.

"Chindo", como todas las criaturas del Señor, vive de lo que cae del cielo, que a veces es un mendrugo de pan, en ocasiones una piltrafa de carne, de cuando en cuando un olvidado resto de salchichón, y siempre, gracias a Dios, una sonrisa que sólo "Chindo" ve.

"Chindo", con la conciencia tranquila y el mirar adolescente, es perro entendido en hombres ciegos, sabio en las artes difíciles del lazarillo, compañero leal en la desgracia y en la obscuridad, en las tinieblas y en el andar sin fin, sin objeto y con resignación.

El primer amo de "Chindo", siendo "Chindo" un cachorro, fue un coplero barbudo y sin ojos, andariego y decidor, que se llamaba Josep, y era, según decía, del caserío de Soley Avall, en San Juan de las Abadesas y a orillas de un río Ter niño todavía.

Josep, con su porte de capitán en desgracia, se pasó la vida cantando por el Ampurdán y la Cerdaña, con su voz de barítono montaraz, un romance andarín que empezaba diciendo:

Si t´agrada córrer mon,
algun dia, sense pressa,
emprèn la llarga travessa
de Ribes a Camprodon,
passant per Caralps i Núria,
per Nou Creus, per Ull de Ter
i Setcases, el primer
llogaret de la planúria.

"Chindo", al lado de Josep, conoció el mundo de las montañas y del agua que cae rodando por las peñas abajo, rugidora como el diablo preso de las zarzas y fría como la mano de las vírgenes muertas. "Chindo", sin apartarse de su amo mendigo y trotamundos, supo del sol y de la lluvia, aprendió el canto de las alondras y del minúsculo aguzanieves, se instruyó en las artes del verso y de la orientación, y vivió feliz durante toda su juventud.

Pero un día… Como en fábulas desgraciadas, un día Josep, que era ya muy viejo, se quedó dormido y ya no se despertó más. Fue en la Font de Sant Gil, la que está sota un capelló gentil.

"Chindo" aulló con el dolor de los perros sin amo ciego a quien guardar, y los montes le devolvieron su frío y desconsolado aullido. A la mañana siguiente, unos hombres se llevaron el cadáver de Josep encima de un burro manso y de color ceniza, y "Chindo", a quien nadie miró, lloró su soledad en medio del campo, la historia –la eterna historia de los dos amigos Josep y "Chindo"– a sus espaldas y por delante, como en la mar abierta, un camino ancho y misterioso.

¿Cuánto tiempo vagó "Chindo", el perro solitario, desde la Seo a Figueras, sin amo a quien servir, ni amigo a quien escuchar, ni ciego a quien pasar los puentes como un ángel? "Chindo"contaba el tránsito de las estaciones en el reloj de los árboles y se veía envejecer –¡once años ya!– sin que Dios le diese la compañía que buscaba.

Probó a vivir entre los hombres con ojos en la cara, pero pronto adivinó que los hombres con ojos en la cara miraban de través, siniestramente, y no tenían sosiego en el mirar del alma. Probó a deambular, como un perro atorrante y sin principios, por las plazuelas y por las callejas de los pueblos grandes –de los pueblos con un registrador, dos boticarios

> y siete carnicerías– y al paso vio que, en los pueblos grandes, cien perros se disputaban a dentelladas el desmedrado hueso de la caridad. Probó a echarse al monte, como un bandolero de los tiempos antiguos, como un José María el Tempranillo, a pie y en forma de perro, pero el monte le acunó en su miedo, la primera noche, y lo devolvió al caserío con los sustos pegados al espinazo, como caricias que no se olvidan.
> "Chindo", con gazuza y sin consuelo, se sentó al borde del camino a esperar que la marcha del mundo lo empujase adonde quisiera, y, como estaba cansado, se quedó dormido al pie de un majuelo lleno de bolitas rojas y brillantes como si fueran de cristal.
> Por un sendero pintado de color azul bajaban tres niñas ciegas con la cabeza adornada con la pálida flor del peral. Una niña se llamaba María, la otra Nuria y la otra Montserrat. Como era el verano y el sol templaba el aire de respirar, las niñas ciegas vestían trajes de seda, muy endomingados, y cantaban canciones con una vocecilla amable y de cascabel.
> "Chindo", en cuanto las vio venir, quiso despertarse, para decirles:
> –Gentiles señoritas, ¿quieren que vaya con ustedes para enseñarles dónde hay un escalón, o dónde empieza el río, o dónde está la flor que adornará sus cabezas? Me llamo "Chindo", estoy sin trabajo y, a cambio de mis artes, no pido más que un poco de conversación.
> "Chindo" hubiera hablado como un poeta de la Edad Media. Pero "Chindo" sintió un frío repentino. Las tres niñas ciegas que bajaban por un sendero pintado de azul se fueron borrando tras una nube que cubría toda la tierra.
> "Chindo" ya no sintió frío. Creyó volar, como un leve vilano, y oyó una voz amiga que cantaba:
>
> *Si t´agrada córrer mon,*
> *algun dia, sense pressa…*
>
> "Chindo", el perrillo de sangre ruin y de nobles sentimientos, estaba muerto al pie del majuelo de rojas y brillantes bolitas que parecían de cristal.
> Alguien oyó sonar por el cielo las ingenuas trompetas de los ángeles más jóvenes.[5]

–Con este relato se puede decir que los animales se comportan según como los traten sus amos, son moldeables como un cachorro humano.

–Además, no podemos decir que los animales son sólo instinto. ¿Por qué un perro prefiere a su amo pobre, siendo que otro le puede dar mejores condiciones?

–Ha de ser porque no sólo de comida vive, sino del cariño que le puede dar el hombre.

–Por ejemplo, yo he escuchado que hay vacas que mejoran la cantidad de leche, gallinas que dan más huevos, que las plantas se ponen más bonitas, cuando les hablas.

–Pues así dice mi abuela, pero yo no le creo.

–La conclusión para todo lo que hemos venido hablando se resume en estas palabras: los hombres con vista miran de través, siniestramente, y no tienen sosiego en el mirar del

[5]Camilo José Cela. Pequeña parábola de "Chindo" perro de ciego, en: http://grandesrelatospequenos.blogspot.com/2012/10/pequena-parabola-de-chindo-perro-de.html

alma. Dicen que las personas ciegas miran con los ojos del alma, desarrollan más el sexto sentido y todo el resto de sentidos, no se fijan en las meras apariencias, como lo hacemos nosotros, que vemos.

–Eso sí; qué voy a decir que no, si sí; hay veces que somos muy imprudentes y metemos la pata.

–Tenemos el cerebro más grande del reino animal pero no lo utilizamos y por eso es que andamos viendo lo exterior, malinterpretamos las palabras y las acciones y tenemos prejuicios, estamos fuera de contexto.

–Eso nos pasa porque tenemos la costumbre de primero hablar y luego pensar. En otras situaciones pensamos que sólo las personas que más hablan son las intelectuales, pero también hay personas humildes, cortas de palabras, pero cuando hablan lo hacen con sabiduría.

–También debemos tener en cuenta las acciones del hombre, que debe estar en capacidad de pensar y hacer lo correcto, porque de nada vale hablar bonito si, por el otro lado, la vida se nos viene abajo.

–Ahora me toca mi turno para contarte un relato que se me vino a la mente y se titula:

JUAN BOBO

Había un muchacho al que llamaban Juan Bobo.
Como no le gustaba que le llamaran Juan Bobo, un día mató un buey para invitar a todos a una comida y de resultas de eso le llamaron Juan Bobazo.
En vista de lo cual, cogió Juan Bobo la piel y fue a venderla a Madrid. Cuando llegó a Madrid, hacía tanto calor que se echó al pie de un árbol y se tapó con la piel. Y sucedió que vino un cuervo a picarle la piel mientras echaba la siesta y Juan Bobo lo atrapó y se lo guardó. Luego fue y vendió la piel por siete duros.
Y después de todo esto, llegó a la fonda y encargó comida para dos.
Entonces Juan Bobo fue y puso tres duros disimulados junto a la puerta principal, y lo mismo hizo en la escalera con otros dos duros, y lo mismo otra vez al final de la escalera. Hecho esto, se sentó a una mesa y esperó a que le sirvieran; pero no le atendían porque creían que esperaba a su compañero.
Al fin se cansó de esperar y dijo:
– ¿Es que no me van a poner la comida?
Y le respondieron que estaban esperando a que llegara su compañero para servirle. Y dijo él:
– Mi compañero es este cuervo.
Los posaderos, intrigados, le preguntaron:
– ¿Y qué oficio tiene el animal?
– Es adivinador – dijo Juan Bobo – y adivina todo lo que ustedes quieran saber.
Entonces le pidieron que adivinase algo y Juan Bobo le pasó la mano por el cuerpo de la cabeza a la cola y el cuervo dijo: «¡Graó!».
– ¿Qué es lo que ha dicho? – dijo la posadera.
–Ha dicho– contestó Juan Bobo– que en la puerta principal hay tres duros.

La posadera fue, rebuscó por la puerta hasta que encontró los tres duros y, maravillada, volvió y le dijo a Juan Bobo:
–Véndame usted el cuervo.
Pero Juan Bobo, sin contestar, volvió a pasar la mano por encima del cuervo y éste dijo: «¡Graó!».
– ¿Y ahora? – preguntó la posadera –. ¿Qué es lo que ha dicho?
–Ha dicho– contestó Juan Bobo– que en el descansillo de la escalera hay dos duros.
Allá se fue la posadera y los encontró en seguida.
Y volvió de inmediato, aún más maravillada, le dijo que tenía que venderle el cuervo. Pero Juan Bobo, sin decir nada, volvió a pasar la mano por el animal y este volvió a decir: «¡Graó!».
La posadera quiso saber qué había dicho esta vez y Juan Bobo le contestó que eso quería decir que al final de la escalera había dos duros más. Y como fuera y los encontrara, la posadera le dijo:
–Pues me tiene usted que vender ese cuervo, que yo le daré por él lo que usted quiera.
Juan Bobo le dijo que se lo vendía por cinco mil pesetas; y dicho y hecho: se las metió en la bolsa, dejó allí al cuervo y se volvió para su pueblo y mandó avisar a todo el mundo y cuando estuvieron presentes, llamó a su mujer y le dijo que extendiera su delantal y en él echó las cinco mil pesetas diciendo que eso había sacado de vender la piel del buey en Madrid.
Todos los vecinos, al ver esto, mataron sus bueyes, les sacaron las pieles y se fueron a Madrid a venderlas y resultó que, tras haberlas vendido, apenas si les dio para pagarse el viaje. Y todos volvieron muy enfadados al pueblo diciendo que iban a matar a Juan Bobo. No le mataron, pero se metieron en su casa y se la cagaron toda de arriba abajo.
Al día siguiente, Juan Bobo fue y reunió toda la mierda en un saco y se fue a Madrid para venderla.
Llegó y dejó el saco en el patio de un establecimiento mientras se iba a cumplir otra diligencia y, mientras tanto, entró una piara de cerdos en el patio y se comieron toda la mierda. Cuando Juan Bobo volvió, les dijo a los amos que sus cerdos se le habían comido todo lo del saco y que aquello valía mucho, y ya estaban por pasar a mayores cuando, por una mediación, se avino a aceptar cinco mil pesetas por la pérdida del saco y se volvió al pueblo.
Conque llegó al pueblo y mandó tocar las campanas para que viniera todo el mundo y así que estuvieron todos presentes, volvió a llamar a su mujer y volvió a echar en su delantal las cinco mil pesetas diciendo que aquello había sacado del saco de mierda en Madrid.
Todos los vecinos, al ver esto, reunieron toda la mierda que pudieron encontrar, la cargaron en sacos y se fueron a Madrid a venderla. E iban por las calles pregonando que quién quería comprar mierda hasta que unos guardias los detuvieron y les dieron una buena paliza. Y todos volvieron al pueblo jurando vengarse de Juan Bobo.
Juan Bobo se escondió para que no le hallaran y entonces los vecinos decidieron quemarle la casa. Entonces Juan Bobo recogió las cenizas y anunció que se iba a venderlas a Madrid. Nada más llegar, fue a un joyero a comprarle unas alhajas y las puso en la boca del saco mezcladas con la ceniza y se sentó en un banco; en esto pasó un señor y le dijo:
–¿Qué es lo que lleva usted ahí en ese saco?
Y Juan Bobo le dijo que llevaba muchas alhajas metidas entre la ceniza para que no se le echaran a perder.
Y el señor le compró el saco por cinco mil pesetas.
Total, que volvió al pueblo, reunió a todos y echó otras cinco mil pesetas en el delantal de su mujer diciendo que eso le habían dado en Madrid por las cenizas.
Entonces los vecinos fueron, quemaron sus casas y se marcharon a Madrid para vender las cenizas; y como no vendieron nada, se volvieron todos diciéndose que esta vez matarían a Juan Bobo.

> Le cogieron y le metieron en un saco con la intención de tirarle al río. Y como tenían otras cosas que hacer, ataron el saco a un árbol cerca de la orilla con la idea de volver a tirarle al río apenas terminasen sus tareas. Y allí donde quedó atado y dentro del saco, Juan Bobo empezó a gritar:
> –¡Que no me caso con ella! ¡Aunque sea rica y princesa yo no me caso con ella!
> Acertó a pasar por allí un pastor con su rebaño y al oír las voces de Juan Bobo le dijo que él sí que se casaría con una princesa guapa y rica y entonces Juan Bobo le dijo que allí estaba esperando a que lo llevasen con la princesa y le propuso cambiar de lugar. Así que el pastor desató a Juan Bobo y se metió él en el saco y Juan Bobo se marchó con las ovejas.
> Volvieron los vecinos y echaron el saco al río. A la vuelta, se encontraron con Juan Bobo que venía con las ovejas y le dijeron:
> –¡Pero, bueno! ¿A ti no te hemos echado al río?
> –¿De dónde vienes, entonces, con las ovejas?
> Y les respondió Juan Bobo:
> –Es que el río está lleno de ellas. Y si más hondo me llegáis a echar, más ovejas hubiera encontrado.
> Los vecinos que lo oyeron volvieron al río y empezaron a tirarse al agua, y cada vez que uno gorgoteaba al ahogarse los demás le decían a Juan Bobo:
> –¿Qué dice? ¿Qué dice?
> Y Juan Bobo les contestaba:
> –Que os tiréis, que hay muchas más ovejas.
> Y todos se tiraron al río y murieron ahogados.[6]

–Está cómico.

–De eso se trata, para dejar las penas que nos acongojan. Y sí te das cuenta que Juan Bobo no era como parecía, era mucho más inteligente que el resto de personas del pueblo.

–Mucho más inteligente porque a todo le sacaba un provecho, lo negativo lo convertía en positivo. En cambio, nosotros, en nuestra época, nos echamos al pierde cuando viene la adversidad.

–Y los animales también nos dan ese ejemplo de sobrevivencia cuidando a sus seres más queridos.

– ¿Cómo pueden los seres humanos dejar de lado su negatividad y conformismo?

–Cambiar de mentalidad; al ver a un ser racional, deben buscar la forma de solucionar sus problemas sin hacer daño a nadie, así como Juan Bobo.

–Pero no me gustó el final, no se justifica que Juan Bobo haya mandado al agua a todos.

[6]Juan Bobo (relato tradicional), en; http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/otras/anon/occiden/juanbobo.htm

–Pero es que quién los manda a no utilizar la cabeza; cómo van a pensar que en el fondo del agua hay ovejas; y así somos todos, que no utilizamos la cabeza sino a duras penas para peinarnos.

–Hoy en día, ¿quiénes representan a Juan Bobo y quiénes al pueblo?

–Pues, para mí, Juan Bobo son todas aquellas personas que piensan y buscan soluciones ante los obstáculos más difíciles; el pueblo está representado por las personas que se dejan llevar por sus impulsos sin procesar la información que llega. No hay que dejarse llevar por el dinero, por la ambición, porque es lo que lleva a la muerte.

–Tampoco hay que dejarnos llevar por las apariencias; se tiene la costumbre de rechazar a las personas humildes sin darse la oportunidad de conocerlas más a fondo y descubrir su grandeza, y debemos recordar estas palabras de un sabio, que dicen: "no hay persona sabia que no tenga que aprender e ignorante que no tenga que aportar".

–Además, que hay toda una vida para aprender; sólo se deja de aprender cuando se muere.

–A partir de Juan Bobo, también podemos decir que siempre debemos tener una misión en todo lo que hagamos y una visión para proyectar nuestra vida. Tal vez Juan Bobo, antes de hacer cualquier cosa, previamente la había pensado; en cambio, el resto sólo imitaba, sin tener claridad en lo que hacían.

–Así somos nosotros, vamos imitando y haciendo cosas que otros hacen; por ejemplo, la ropa que utilizamos, nos la ponemos porque está de moda, pero no sabemos qué hay detrás de esa moda, si hay un trasfondo, que tiene un significado y que no va con nuestro contexto.

–Se puede decir que en esta época se ha perdido la originalidad. Y, lo que es peor aún, estamos perdiendo la cultura, dejándonos imponer culturas foráneas.

–Creo que los vicios también son imposiciones de otras sociedades.

–Y a través de los medios de comunicación es que llega toda esa información que, para mí, es chatarra, que ha hecho tanto daño en los países.

–Ahora, hablando de vicios, me acordé de la historia de **UN TIGRE CON TÍTULO DE ABOGADO**, que dice así:

> Cuando los niños del colegio Camilo Torres pasan por la séptima con 34 suelen verlo con terror y lo señalan, a veces jugando, a veces con horror: "el loquito", le dicen. Algunas chicas que conocen su indefensión se le acercan, lo saludan y le regalan un pan con cierto atisbo de compasión. Él ríe con cierta dificultad porque su risa, como gesto

humano, debe soportar el enorme peso de sus labios deformados, pero de todas maneras intenta responder a la generosidad. Allí, sobre la carrera séptima, se sienta "tigrito", a comienzos de la mañana, todos los días con una puntualidad inglesa, rumiando los recuerdos de abogado egresado de la Universidad Libre, de su gloriosa etapa juvenil, de los sueños de cambiar al mundo y a sí mismo.

En aquellos rumorosos años sesenta, la Universidad Libre era una caldera estudiantil, política, cultural, donde se cocía una variopinta generación que procedía mayoritariamente de provincia, con el verbo y los ánimos encendidos a toda hora. Después de la costeña y boyacense, la colonia más numerosa era la valluna, y en ella se destacaba "tigrito", un corpulento moreno de cabellos ensortijados, oriundo de Cartago, que estudiaba Derecho, pero más que todo leía en la Biblioteca Luis Ángel Arango, donde alcanzó en el año 65, creo, el título de "primer lector" con derecho a silla fija en la sala de lectura. En esa época la biblioteca era un modesto recinto de dos pisos, con sendas salas de lectura (General y Colombia), una agradable fuente cantarina y, lo más importante, una amplia cafetería (con tinto a cinco centavos y perico a diez) que era escenario propicio para las tertulias y debates políticos y culturales, ideológicos y académicos que se suscitaban en la universidad. "Tigrito" contaba a sus contertulios, con la emoción de un joven de amplio espectro de superación humana, que su abuela había sido esclava y él era el único que había llegado a la cumbre del árbol donde crecía a plenitud la arboleda de los profesionales.

"Tigrito" era uno de los lectores que combinaba a Shakespeare con Marx, que recitaba versos de Goethe y de Heine mientras confrontaba la teoría de las penas y los delitos según los teóricos de moda; pero nada presagiaba al hombre que más tarde, en un arranque de locura o de delirio, se lanzaría a la aventura de la calle, aventura que arranca al individuo de la llamada normalidad de su vida y lo pone al borde del desequilibrio, o quizá al borde de un nuevo equilibrio emocional. En ese mundo otra será la visión del hombre y éste será pieza y tuerca de otras inercias. "Tigrito" lo hizo y nunca supo que se transformaría en ese hombre solitario, de rostro y cuerpo deformado por algún mal, que recorre pacífico el entorno de la calle 34 con carrera séptima, como figura definida del paisaje urbano, con la tranquilidad de alguien que poco vislumbra o siente el peso de la culpa de una pronta agonía, con la muerte suelta y hambrienta detrás de la próxima esquina.

"Tigrito" le pusieron como apodo porque llamaba así a todos sus amigos, vocablo usual en aquella generosa época: "tigre", "tigrito", "tigrillo", expresión de amistad y compañerismo como río envuelto en la ternura y los afectos. Él, consciente o inconsciente, optó por renunciar al privilegio de la burocracia oficial en la Aduana Nacional y a un exitoso ejercicio profesional y se lanzó al contradictorio y peligroso universo de la calle, se vistió con harapos, y ahora bebe aguas pestilentes y leche cortada que botan los repartidores, pero eso sí, nunca pide limosna, no ruega caridad pública, no invoca santos de la pobreza y la resignación, no predica verdades absolutas, tampoco espurias mentiras; no espera que sientan lástima por él, no le gusta la conmiseración cristiana del otro; suele sentarse a reflexionar, taciturno, a ver pasar la gente cuerda o no cuerda, los autos y el agite endemoniado del mundanal ruido, embelesada su mirada muy adentro, crucificada por la quietud de sus pensamientos, que ya no tienen el impulso de la prisa de otros tiempos.

Inofensivo, es la representación ecuánime de la violencia: no agrede con su físico, no produce alteraciones nerviosas con sus gestos, no saca a relucir sus intimidades para provocar escándalos públicos. Su figura es conocida en el sector; camina como dice Piero, "como perdonando al viento", pausado, arrastrando los pies o, mejor, los desgastados zapatos, con la vestimenta raída y el peso de la mugre vuelta costra de barro endurecido con el correr del tiempo; siempre callado, el habla es una vieja lejanía en su boca de labios bastantes aflorados, deformados, pequeño cráter volcánico; de pronto se agacha en un esfuerzo que puede durar el tiempo de muchos bostezos o el correr de los días juntos, recoge páginas de periódicos viejos y amarillentos que encuentra en la calle

> y se sienta a leer, quizá recordando los tiempos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, en donde solía leer en sillas acolchonadas el Código Civil y *El rey Lear*. Es posible que en sus tiempos de cordura no regresara a su pueblo natal, que su familia lo desahuciara y lo olvidara muy pronto, en tanto la urbe enloquecida lo acoge como un desplazado más, pero con título de abogado no oficiado en los ámbitos de la sagrada burocracia.
> Algunas noches, como siempre con el silencio muy pegado a su cuerpo, "Tigrito" abandona su espacio de estadía sobre la carrera séptima y camina lento para llegar hasta el albergue religioso que lo recibe para que concilie el sueño y descanse. Otras noches –quizás el desgano acumulado en su ánimo le impide pararse–, muy acurrucado para darse calor, fija los ojos sobre lo que gira y se mueve a su alrededor. Entonces el mundo de la quietud de su cerebro prisionero debe enfrentar, como criatura indefensa, las nocturnas y frenéticas imágenes que confluyen y se dispersan: carros veloces con el correr del miedo cercano a la muerte; cientos de hombres y mujeres que caminan llevando a cuestas la insignificancia de lo repetitivo y lo cotidiano, prenda casi religiosa colgada al cuello; torrenciales lluvias que vierten sobre la ciudad la fuerza de sus entrañas, y aquellos fríos demoledores que congelan los huesos en cualquier instante. Esa quietud de sus pensamientos enfrenta las noches en que agonizan tantos gritos desconocidos ante la presencia de la muerte, que inerte coloca sobre el aire el dedo ejecutor; vislumbra también cuerpos muy visibles, amorosamente convulsionados y metidos el uno en el otro como un par de agujas gemelas, en la madrugada acosada por el tedio, cuando ya no soporta el lento caminar de la niebla. "Tigrito", silencioso y taciturno, hace parte inevitable del inventario arquitectónico de la ciudad; su lejana mirada se ha vuelto como un pez viviente plateado, especie de monumento nacional.[7]

–Hum, tenaz pasar de ser alguien importante, inteligente, a ser una persona insignificante en la sociedad.

–Aunque no olvidemos que todos somos iguales y, aunque parezcamos insignificantes, tenemos un valor.

–¿Por qué Tigrillo llegaría a escoger ese camino? No, creo que tampoco hay que llegar al punto de la indigencia para ser originales.

–No, de eso no se trata la originalidad. Para mí, ser original es conservar la cultura de los ancestros y, sobre todo, tener un pensamiento crítico, no dejarse llevar por los demás.

–Tenaz la vida del Tigrillo. ¿Por qué escogió ese camino? No hay ningún motivo por el que tengamos que caer en la indigencia.

–Y en el relato no menciona que sea la droga lo que lo llevó a este camino.

–Tal vez escogió este camino porque no le encontraba sentido a su vida como abogado y quería vivir una vida diferente.

–O simplemente quería liberarse de lo material para vivir una vida consigo mismo.

[7] Arturo Alape. Conversación con la ausencia y otros relatos. Bogotá: Planeta, 2007, p. 121-124.

–¿Serías capaz de hacer lo que hizo el Tigrito?

–No, para nada dejaría lo que he logrado para sumergirme en una vida sin placeres y someterme al rechazo de la gente.

–Ole, ¿no será que la vida en la calle puede ofrecer más placeres; que el Tigrillo, sin tener nada, es más feliz que nosotros?

– ¿Será?… ahí sí no sé. Sólo sé que la mayoría de personas que tienen toda clase de comodidades son infelices; entre más tienen, más quieren.

–Uh, otros viven intranquilos porque no saben cómo guardar sus pertenencias de la inseguridad, o salvaguardar sus vidas de la muerte.

– ¿Has visto cómo la gente que tiene harto dinero no tiene vida privada, no pueden hacer nada?

–Aunque los que tienen lo necesario también sufren por la inseguridad; yo sólo digo que se debe tener presente que nada es eterno; lo que sí hay es que aprovechar todo en su momento, disfrutarlo al máximo para que, cuando ya no tengamos ese objeto, asumamos con resignación que llegó el momento de separarnos.

–Yo digo: así, ¿para qué trabajar?, para que a uno le roben o para mandar todo a la basura. Mejor no hago nada, no tengo nada y me voy a vivir a la calle, como el "Tigrillo".

–Yo sí, después de que disfrute algo, asumiré con resignación la pérdida. Se van nuestros seres queridos, nos acabamos nosotros, mucho más los objetos.

–No, yo sí prefiero no pensar en pérdidas. Eso me hace recordar las pirámides que hubo en Pasto. ¿Recuerdas?

–Sí, fue un caos; muchas personas falleciero; mi padre fue uno de ellos; otros fueron a parar al hospital siquiátrico, y otros quedaron en la calle. Parecido a eso, tengo otro relato para contarte, titulado:

EL SOLITARIO SEÑOR MARTÍNEZ

El señor Martínez vive hace veintisiete años en un edificio de construcción republicana, diagonal a la universidad Tadeo Lozano, bajando por la calle 23. El edificio se conserva por la solidez de la estructura arquitectónica y no exactamente por el cuidado de sus dueños y sus arrendatarios, que en los últimos diez años no le han metido la mano en cuanto a pintura y otros arreglos necesarios para su conservación: debido a los innumerables arabescos producidos por las grietas, el frente, así como la puerta de

entrada, dan la impresión de la corteza de una vieja ceiba descascarándose, cayéndose a pedazos.

Para subir por las escaleras al quinto piso, donde vive el señor Martínez, él sabe de memoria que debe contar mentalmente doce escaños por piso, aferrarse a la pared y subir despacio tanteando la superficie porosa y húmeda hasta llegar a la puerta de su apartamento, encender un fósforo y espantar definitivamente aquella implacable oscuridad que se ha apoderado de los pasillos de entrada al edificio. Pero este inconveniente cotidiano no afecta para nada al señor Martínez, porque él se siente un auténtico y feliz ciudadano del centro de Bogotá. Sus 73 años los ha vivido en estos entornos capitalinos.

El apartamento de piso de madera es sobrio y solitario, como el señor Martínez: tres habitaciones, cocina y servicio sanitario. En ese espacio hace quince años quedó viudo de la señora de Martínez; también en ese mismo espacio despidió a su único hijo en viaje para conquistar el futuro hacia los Estados Unidos, con el infortunio de que hoy su muchacho paga una condena de ocho años en la cárcel de aquel país, por equivocaciones de la juventud, a pesar de sus 30 años.

El señor Martínez, en su vida de hombre solitario, fue adquiriendo ciertos objetos de valor que conserva en su apartamento: colgados de las paredes tiene una serie de cuadros de sus amigos pintores, comprados a bajos precios en los años cincuenta cuando él posaba de poeta y concurría a las tertulias literarias que por ese entonces se realizaban en el Café Automático, situado sobre la Avenida Jiménez. Posee una pequeña cabeza al óleo de campesina en zona cafetera, de su amigo Alipio Jaramillo; tres dibujos de Obregón en sus tiempos de estudiante; dos acuarelas de Gómez Jaramillo pintadas en las afueras de Roma, además de un hermoso óleo de Jorge Alí Triana, fiesta de máscaras en rojos y ocres. También posee el señor Martínez una cuantiosa colección de música popular en discos de acetato, especialmente todo lo relacionado con la historia del tango, como el fox, el bolero y el vals. Agregaríamos lo de mayor valor afectivo para él: tres amarillentos y quemados gatos angora, juguetones con las medias y calzoncillos del señor Martínez, regados por descuido en el piso; ronronean con él cuando está frente al televisor, juegan con él por las habitaciones y la sala del apartamento, duermen sobre él en sus noches de pleno sueño y lo acompañan en las tortuosas madrugadas de inquietante insomnio. Los tres gatos, herencia de la señora de Martínez, son la única compañía que tiene en la vida el solitario Martínez. Además, como valor material, el señor Martínez ha venido guardando debajo del colchón, desde hace seis años, los dólares que ha comprado y acumulado para cumplir su sueño de visitar un día a su hijo preso en los Estados Unidos. El monto pasa de los tres mil dólares en moneda contante y sonante.

El año pasado el señor Martínez se vio asaltado en lo más profundo de su ser, cuando vio en las noticias de la televisión un informe muy documentado sobre la inseguridad reinante en la ciudad de Bogotá: sintió un fuerte escalofrío cuando el reportero habló del centro como el sector más violento de la capital; el escalofrío le hizo padecer el sufrimiento del más terrible de los insomnios durante una semana; entonces pensó en las medidas de seguridad para su apartamento. Dejó de adquirir dólares para visitar a su hijo preso, cambió la antigua cerradura e hizo instalar una nueva, de marca Yale. Esa noche, feliz, realizó parte de su acostumbrado paseo por la ciudad: bajó por la calle 23, giró por la carrera Quinta, bajó por la calle 22 y terminó saboreando chocolate, pan y queso en la Florida. Continuó por la 22, compró pan en El Cometa y luego lentamente volvió, pensativo, a su acogedor redil. Después de subir las oscuras gradas, abrió la puerta y en la obscuridad vio emocionado los ojos fulgurantes y juguetones de sus gatos, que se abalanzaron hambrientos y cariñosos sobre sus piernas. El señor Martínez durmió esa noche plácidamente y soñó que le daba un fuerte abrazo a su hijo preso, acompañado de sus fieles gatos.

Los permanentes informes televisivos sobre la inseguridad y la violencia en el centro de Bogotá volvieron al señor Martínez un hombre más taciturno y solitario, obsesivo hasta

> la crueldad consigo mismo por la inseguridad de la puerta de entrada de su apartamento: mandó instalar una reja de hierro, a la que también le puso candado y cadena. Esto le volvió la calma por unas semanas; por cierto, estaba más tranquilo en las calles de la ciudad que en su propio apartamento. Era un hombre bastante conocido y respetado en ese sector de la capital y por ello se sentía pleno y seguro.
> Los alarmantes reportes reaparecieron con cierta insistencia en los noticieros de televisión. El señor Martínez escuchó el sabio consejo de un antiguo contertulio poético del Automático y decidió agregarle a la seguridad de la puerta de su apartamento un sofisticado aparato con alarma y arandelas. Y así tomó de nuevo la decisión de nuevamente comprar dólares para visitar a su hijo preso en los Estados Unidos. Volvió a ser un hombre sosegado en su caminar.
> Hace tres meses el señor Martínez salió a dar su acostumbrado paseo por las calles del sector. Bajó por la calle 23, dobló por la carrera quinta, bajó por la calle 22 y, al pasar por el Teatro Faenza, recordó la *première* de *Dios se lo pague*, con Arturo de Córdoba y Zully Moreno, aquella hermosa película que lo hizo temblar de emoción en su juventud. Cruzó la séptima para comprar el pan en El Cometa y de regreso decidió tomarse un par de cervezas en un maloliente cafetín situado en la calle 22, arriba de la séptima. Por un intenso llamado de la lejana añoranza, metió varias monedas a la radiola y escuchó la inquietante voz de Pepe Aguirre cantando *Frivolidad*, desdén machista del hombre abandonado por la mujer; *Mañana zarpa un barco*, dolorosa despedida en viaje definitivo hacia el mar; *Hojas de calendario*, crueldad de los años que enrarece la imagen amorosa. El señor Martínez regresó impasible a su apartamento, a las nueve de la noche. A oscuras, lentamente, quitó el candado, desarmó la alarma y abrió la puerta; esperaba encontrar flotando en la obscuridad los fulgurantes ojos de llamaradas de sus gatos. Al prender la luz sólo tuvo ojos para ver a los tres animales muertos, envenenados, entrelazados en el último soplo de vida, y sobre los inertes cuerpos un billete de cinco dólares. Al doblarse de rodillas, tembloroso, el señor Martínez enfrentó la patética soledad de las paredes: su colección de cuadros había desaparecido. Esa noche, como nunca, sollozó hasta la madrugada. Tres días después lo encontraron muerto, localizado por el nauseabundo olor de su cuerpo, muy abrazado a sus tres fieles gatos: alguien por compasión le cerró los párpados definitivamente.[8]

–Yo me identifico bastante con el viejito, yo también me muero al encontrar mi casa vacía.

–A mi no me darían tanta pena las cosas materiales en sí; más que todo es el valor sentimental que cada cosa tiene, ya sea porque alguien nos la regaló, porque se hizo un sacrificio extra para conseguirla, porque pertenecía a alguien de la familia, ya que tarde o temprano podemos recuperarla, pero ésta no tendrá esa carga sentimental.

–No había caído en cuenta.

–Yo creo que el señor Martínez se murió de pena de sus gatos, porque eran los únicos que lo acompañaban. Hum, ¿cómo se los van a envenenar? Aunque ese señor estaba rodeado de cosas de gran valor sentimental, pero lo mató la soledad y, a su edad, cualquier cosa pudo ser el pretexto para su trágico final.

[8] Arturo Alape. Op. cit., p. 125-129.

–Es que en la ciudad sí se ven cosas para no creer. La culpa de todos estos desenlaces es del Estado, que no ofrece garantías para la sobrevivencia, no hay organización.

–Otra vez nos ganan los animales, que son más organizados.

–No nos queda de otra que seguir el ejemplo del equilibrio natural.

–Así que desde hoy, amiga, a valorar todo lo que está a nuestro alrededor, aprovechándolo a lo máximo.

–Vea, amiga, ya se me hizo tarde con tanta plática.

–Ojalá podamos seguirla.

–Seguro que sí.

–Chao.

–Chao.

La conversación se extiende hasta el punto que ellas no se dan cuenta de que las había cogido la noche y deciden dejar su conversación abierta para el otro día. Cuando se reúnen:

–Hola, amiga.

–Hola.

–¿Seguimos con la charla?

–Obvio

–¿Te acuerdas del Tigrillo del relato?

–Sí.

–¿Por qué?

–Es que me quede pensando en la vida del "Tigrillo" y creo que la respuesta a la vida que él decidió llevar fue contemplar la ciudad, que permite salirse de la monotonía, pero encontré el relato de un jovencito que decidió un día dar fin con la rutina, titulado:

EL VIENTO DE LA BAHÍA

> Yo tenía quince años y, por si no anduviera ya todo el día bien ocupado, me había buscado una ocupación más: había dejado que creciera en mí una súbita y gran curiosidad por todo cuanto sucedía en la calle. Tras años de llegar del colegio y del

colegio a casa, tras años de llegar del colegio a las siete de la tarde y ponerme a estudiar geografía o matemáticas hasta las diez de la noche, y tras años de cenar siempre a las diez bajo la atenta vigilancia de mis padres y luego retirarme a mi cuarto a leer grandes novelones del tipo *Guerra* y *Paz*, ahora, de repente, se había despertado en mí gran interés por lo desconocido: el mundo de la calle o, lo que venía a ser lo mismo, el mundo del paseo de San Luis, donde mi familia vivía. Por las tardes, había empezado a demorarme un rato por la zona alta del Paseo y a observar el ir y venir de los transeúntes. No volvían mis padres a casa hasta las ocho, y eso me permitía retrasar casi una hora mi regreso. Era una hora en la que me sentía muy bien, porque siempre sucedía algo, algún mínimo acontecimiento, nunca nada del otro mundo pero suficiente para mí: el tropezón de una señora, por ejemplo; los rumores de un suicidio, el viento de la bahía haciendo volar un sombrero, la bofetada de un padre a su hijo, los pecados de la taquilla del Venus, la entrada y salida de clientes del bar Candunchú.

La calle empezó a robarme una hora de estudio en casa, una hora que recuperaba gracias al sencillo método de recortar el tiempo que tras la cena dedicaba a la lectura de grandes y apasionantes novelas. Hasta que llegó el día en que el hechizo del Paseo de San Luis fue tan grande que me robó el tiempo de la lectura. En otras palabras, el paseo sustituyó a los novelones.

Ese día me atreví a regresar a casa a las diez, ni antes ni después, justo a la hora de la cena. Me había retenido en la calle un gran enigma. Una mujer que paseaba por delante del Venus, seis pasos para allá y seis pasos para acá de la puerta del cine. En un principio, yo pensé que se trataba de alguien que esperaba a su novio o marido, pero al acercarme más a ella pude ver que, tanto por la ropa que llevaba como por la manera de abordar a todo el que pasaba, no podía ser más que una mendiga. Me dispuse a darle la única moneda que tenía, pero cuando llegó mi turno pasó junto a mí sin pedirme nada. Pensé que tal vez me había considerado un mequetrefe. Sin embargo, cinco pasos más adelante le pidió limosna a la pequeña Ruth, la hija del carnicero, y observé que lo hacía acompañándose de una frase dicha al oído y que debió asustar mucho a la niña, porque ésta aceleró de inmediato el paso. Volví a pasar yo, y la mendiga volvió a actuar como si no me hubiera visto. Pasó a continuación un señor muy elegante, y la mendiga no le pidió nada, dejó simplemente que pasara. Pero cuando después pasó una señora, se abalanzó sobre ella y pidió limosna con la palma de la mano bien abierta, le susurró al oído la frase que había hecho huir a la niña. También la señora pareció azarada y aceleró el paso. Pasó otro hombre, y también a éste le dejó que siguiera su camino, nada le dijo y nada le pidió, dejó simplemente que pasara. Pero, cuando poco después, pasó Ingrid, la profesora, le pidió limosna y le soltó la misteriosa frase, y también la valerosa Ingrid aceleró el paso.

Llegué a la conclusión de que aquella mendiga sólo se dirigía a las mujeres. Pero ¿qué era lo que les decía y por qué sólo se lo decía a ellas? Aquel enigma me impidió, durante días, estudiar o refugiarme en la lectura de los grandes novelones. Puede decirse que fui convirtiéndome en alguien que, tras vagar por las calles, vagaba en su propia casa.

–Pero ¿qué haces últimamente tan ocioso? –me dijo, un día mi madre, alarmada ante el cambio que estaba experimentando.

–El enigma– le dije, y cerré al instante la puerta de la cocina.

Al día siguiente, el viento de la bahía soplaba con más fuerza que de costumbre, y mucha gente había preferido refugiarse en sus casas. Yo, no. Yo amaba la calle, yo amaba la intemperie, como parecía también amarla la mendiga que, fiel a su costumbre, seguía allí frente al Venus, seis pasos para allá y seis pasos para acá de la puerta del cine. Aquel día sucedió algo nada habitual. Una de las mujeres a las que abordó se detuvo tranquilamente al oír la frase y dejó que la mendiga añadiera otras. Escuchó con paciencia y resignación. Después, le dio la limosna y siguió su camino tan tranquila como si nada hubiera sucedido.

> Hay un momento en la adolescencia en que a uno se le ofrece la oportunidad de vencer para siempre la timidez. Yo entendí llegado ese momento y me acerqué a la mujer preguntándole qué clase de historia le había contado la mendiga.
> –Nada –me dijo–. Un cuento diminuto.
> Y dicho esto, como impulsada por una ráfaga de viento, dobló la esquina y desapareció de mi vista.
> Al día siguiente no acudí a la escuela. A las seis de la tarde pasé por la puerta del Venus, disfrazado con ropas de mi madre. Blusa negra transparente, falda negra, botines negros y sombrero blando de ala muy ancha. Labios rojos muy pintados, una peca en la mejilla; los ojos, muy abiertos, redondos como faros. Para asegurarme de que sería detenido por la mendiga, llevaba yo un bolso en bandolera colgado de una larga correa, y en la mano izquierda, un gran paquete de comestibles, pero sin tarros ni latas, de modo que pesaran poco. Llevaba panecillos, té, dos chuletas de cordero, una botella de vino blanco y un melón maduro. El viento de la bahía me parecía muy fresco y estimulante aquella tarde. Cuando estuve ante la mujer, me miró con ojos fuera de órbita y se rió de una manera infinitamente estridente. Había oído hablar de la locura, comprendí que estaba ante ella.
> –Tengo todo el tiempo del mundo para contarte mi historia– me dijo ella. Sentí un escalofrío. Dejé el bolso y el paquete de comestibles en la acera. Y ya no quise oír nada más, no quise oír un cuento diminuto de aquella mujer tan desocupada. Avancé lo más rápido que los botines me permitieron. Ahora sabía que había visto de frente, con la máxima claridad, el rostro de aquel mal que asolaba las calles de la ciudad y al que mis padres, en voz baja, llamaban el viento de la bahía, aquel viento que a tantos en la calle trastornaba.
> Al llegar a casa, me cambié rápidamente de ropa. Merendé luego pausadamente, y a las siete en punto ya estaba estudiando. Supe que en los días siguientes volvería a estar muy ocupado y que estudiaría más que nunca, y que, tras las cenas, me entregaría con el fervor de antaño a los grandes novelones, aquellas historias colosales que me dejaban en las noches de invierno, desvelado. Y supe también que afuera, en el paseo, seguirá soplando con fuerza el viento, el viento de la bahía.[9]

–Desde el título ya da para una reflexión.

– ¿Sí? ¿Cuál?

–Que hay cosas que valen mucho más, no tienen precio, valen más que tener plata. Por ejemplo, el viento, al recorrer por nuestra piel, y al observar la bahía se ve la grandeza de este mundo.

–Además, lo que veamos, escuchemos, toquemos, aprendamos, son los únicos tesoros con los que nos enterrarán, lo único que no nos pueden robar.

–Lo material no nos enriquece realmente, pero las experiencias que tengamos en vida, esas sí que nos hacen ricos.

[9] Enrique Villa-Matas. El viento de la Bahía, en Carmen Riera. Relatos inquietantes. Madrid: Popular, 2009, p. 41-46.

–Volviendo al relato del viento de la bahía, también me llamó la atención cómo el ser humano teme a lo desconocido y eso lo inhibe a que busque nuevos espacios y que adquiera experiencias nuevas.

–Lo que pasa es que nos encontramos conformes con lo que tenemos y donde estamos, que ya no queremos salir de ese círculo vicioso.

–Aunque salir de esa rutina puede traer incertidumbre y nuevos problemas.

–Sí, es verdad, pero recuerda que aunque la experiencia sea mala, o buena, siempre será ganancia.

–¿Por qué?

–Porque vamos a aprender; si la experiencia es buena la repetiremos, y si es mala sabremos que no debemos volver a realizar esa acción. Así es como el ser vivo se desarrolla como un individuo integral, ya que nunca aprenderá a través de otros, siempre aprenderá de sus propias acciones.

–¿Por qué será que en la ciudad hay personas "diferentes" a nosotros, que nos exaltan?

–Tal vez sea para sacarnos de nuestro ensimismamiento.

—O sea, que a la mujer mendiga y al Tigrillo no los debemos considerar como el mal que asola las calles de las ciudades.

–No, para nada, aunque la mayoría de veces nos parecen las peores caras que hacen ver mal a la ciudad. Se olvida que eso nos permite reinventar una nueva ciudad.

–Me hubiera gustado que el joven hubiera continuado con sus salidas a la bahía, pero prefirió volver al encierro de su casa, con sus libros.

–No niego que los libros son buena compañía, pero hay que combinarlos con salidas en las que podamos poner en uso los demás sentidos.

–Claro, combinando la lectura con las demás sensaciones que percibimos con los sentidos, nos convertimos en hacedores de la palabra y de la realidad; se es mejor conocedor de la realidad y descubrimos otras verdades.

–A veces pienso que la ciudad es la que hace que las personas se conviertan en mendigas o "locas", ¿será por tanto trajín? ¿O tal vez no aguantan la energía que transmiten los libros?

–No sólo crea mendigos y locos, también ladrones; en cuanto a los libros, no tienen nada que ver, ya que como lector uno asume la responsabilidad al leerlos, el lector les da una interpretación según su cultura. El autor del libro no tiene la culpa de que su escrito sea mal interpretado, ni es su intención llevar al lector a situaciones adversas.

–Vuelve y se repite lo de Juan Bobo, en que no se quiere pensar y se van haciendo las cosas sin previa interpretación de los hechos o de los libros.

–Unos deciden hacer algo es por su propia voluntad, por imposición de otros o para parecerse al mejor amigo y por eso imitan las prácticas de un grupo.

–Es por eso que uno ve hoy en día muchos jóvenes que andan en masa y, ¿sí te has dado cuenta que todos visten, hablan y hacen lo mismo, sin saber por qué?

–Fuera eso solamente, bien; pero hoy en día los diferentes grupos se enfrentan y son lesionadas aquellas personas que no tienen nada que ver.

–Justos por pecadores.

–Incluso caen personas que no tienen nada que ver con el grupo.

–Yo sí no estoy de acuerdo con aquellos grupos que surgen solamente por moda y por generar pelea.

–Pero da más rabia es con aquellas personas que, sin saber bien el procedimiento de estos grupos, van ingresando y convirtiéndose en uno más.

–Hay grupos que hacen daño a otros sin justificación, sólo porque les caíste mal, porque estás pasando límites imaginarios de sus espacios. Estos grupos andan sueltos como San Pedro por su casa y haciendo más mal a gente inocente.

–Sí que es peligrosa la ciudad. Por eso en la ciudad debes de tener mucho cuidado con lo que expresas y también con lo que callas, no te pase lo que le pasó a un joven estudiante y "teatrero" llamado Farud. Aquí va la historia, titulada:

ÁLBUM

Hacía diez años que para María E. la ciudad se había vuelto un amasijo de imágenes fragmentadas, matices de un espejo quebrado y alumbrado por frágiles reflejos de una luna lluviosa. Volvía movida por una tenue esperanza. La voz de su tía desde Colombia sonó contundente: "Tengo el sobre, sé que la escribió Farud". Esas palabras bastaron para que empacara cuatro cosas en su maleta y tomara un avión en Madrid, rumbo a Colombia. Bogotá estaba nublada y el avión estuvo dando giros interminables entre la bruma. Pronto la noche empezó a tragarse la ciudad, así como se había devorado tantas otras cosas, un pasado que fue hasta un punto feliz, pero luego, semejante a un juego de

atracciones, la montaña rusa inició su descenso, el irremediable quiebre de las promesas. De la noche a la mañana, decía su madre, hemos despertado en el horror. Cerró los ojos para buscar un instante feliz y lo halló en el último cumpleaños de Farud. Él, ella y sus amigos habían decidido que para celebrarlo se irían a San Gil, para montar en parapente. Cuando descendieron de las nubes, Farud la tomó por la cintura y le dijo: "Si naciera otra vez, hermanita, lo haría para reencarnarme en un cóndor". Mala idea, le dijo, su amigo, a los cóndores los matan, mejor ser cualquier pajarito. Esforzó su mirada por entre la niebla buscando una imagen del otro lado, quizá el rostro de Farud, con su cabello barrido por el viento, sus ojos chispeantes en la mitad de la noche y sus pomulitos con la hendidura que se le hacía en la mitad cuando sonreía. Suspiró, todo parecía una ilusión, una vaga imagen producto de la resaca de los antidepresivos a los que se sometía hacía tiempo, arrastrada por una devastación más.

Bajó del avión y tomó un taxi para que la llevara a la casa de la Soledad. Su ánimo amenazaba con quebrarse, de pronto sentía que el corazón iba a estallar, pensaba en que todo podía ser una trampa y que ella, impulsivamente, se acercaba a las fauces del lobo. La casa estaba habitada por la única persona que se resistió al exilio, su tía Elvira: "Me quedo; si Farud regresa, alguien tendrá que abrirle la puerta". El sueño de la tía Elvira se había vuelto liviano, diez años de vigilia, sólo para estar dispuesta, hasta que una noche sonaron cuatro golpecitos en la aldaba antigua y creyó que era él. Bajó corriendo por la escalinata de caracol y abrió la puerta. No era él, eran unos encapuchados que la pusieron contra el piso y avanzaron decididos hacia el cuarto de Farud, guiados por la planimetría mental infalible. Rasgaron un afiche de Charles Chaplin y uno de Bob Marley que permanecían intactos sobre la pared, redujeron el armario, destrozaron el colchón y se llevaron las fotografías que estaban en el segundo cajón del escritorio. Cuando los hombres se marcharon, sin pronunciar palabra alguna, la tía Elvira subió casi arrastrándose para confirmar los destrozos. El sobre estaba ahí, nunca antes se había percatado de su presencia y no supo si en el allanamiento los hombres lo olvidaron, o si reaparecía con los destrozos.

María Elvira apenas sí tuvo palabras para la tía Elvira, la abrazó y la sintió un manojo de huesos que pronto no resistiría ponerse de pie. Cuando ella se marchó la tía era una bonachona a la que don Felipe, el amigo eterno de la familia, le lanzaba sus piropos. Ahora la tía respiraba con dificultad, con tiempos extras y sostenida por una fuerza sobrenatural, quizá la inquebrantable decisión de abrirle la puerta a Farud.

– ¡Dónde está, tía! ¡Dámelo!

–No está en la casa, tuve que llevarlo de aquí, por precaución. Antes lo tenía escondido en la casa de la Aurora, pero ahora lo tengo donde Felipe, en la casa de la Esperanza.

María E. tomó un vaso de agua y luego pidieron un taxi para ir de la Soledad a la Esperanza, sólo los separaban cuatro cuadras, un tiempo muy corto, pero suficiente para que María E. le contara las penurias que pasaba en Madrid: "Trabajo haciendo oficio en la casa, cuidando ancianos o recogiendo hojas, pero, en fin, estoy mejor allá, mamá anda muy enferma y Esteban va a la escuela".

Llegaron a la casa de la Esperanza y María Elvira le pidió al taxista que se detuviera en la pastelería de la esquina. Será mejor que llamemos desde aquí, dijo, por precaución: "Felipe, te acuerdas del contrato de arrendamiento, tráemelo". Era una especie de clave, por si los teléfonos estaban intervenidos. Minutos después, un hombre que se abrigaba con un sacón de paño cerrado por botones de cuerno y traía las manos en los bolsillos, vino caminando en dirección a ellas. Abrazó a María E. con el mismo cariño que le profesara cuando niña, casi con un amor paternal, como la restitución de ese otro hombre, su padre, a quien fulminó un cáncer prostático. "Dejé varias copias, por si algo llega a pasar". Dijo el hombre. Instalados en la sala de la casa, a la luz de una lámpara suiza, María leyó:

"El orden de los pronombres personales de la lengua española se inicia con el Yo, a él adviene un Tú, un poco más lejos e impersonal aparece el Él; terminando el mundo de los solitarios aparecen los acompañantes, Nosotros, Vosotros, Ellos. Después de cavilar

durante mucho tiempo, he llegado a la conclusión que el orden de los pronombres altera los resultados. Todo lo que voy a deciros se inicia en un suspiro y ha de terminar del mismo modo, porque ya el tiempo no importa, definitivamente tendré que olvidarme de él, solo hay un eco".

En los últimos días, los que anteceden a mi partida, cuyo rumbo desconozco, podrá ser un descenso a las aguas profundas donde he de fundirme con la oscuridad, podrá ser en el sonido remoto de un eco que alcanzaré a escuchar mientras me difumino en la estela de una ráfaga de pólvora y fuego caliente. Nunca se sabe el destino que escriben ellos para nosotros ni para mí ni para ti. Dudo que la sociedad sepa de mi existencia aquí, incluso muchos me considerarán "perro muerto*" (lo que me está sucediendo).* He dispuesto sobre el telón de fondo de mi memoria las imágenes del álbum secreto, el que finalmente se queda con uno, para siempre.

En esa imagen, que es como la quinta, estoy con mis hermanos, todos con camisetas a rayas y pantalones azules, mi hermana, la única y la mayor monta con mi hermano menor de apenas tres años. Todos sonrientes, con los rostros iluminados, llenos de futuro. Atrás se ve la gigantesca mata de azalea en la que nos escondimos muchas veces. Vuelvo a esta imagen porque la misma yegua mora que posa de serena y amiga de los niños me derribó muchas veces hasta quebrar mi clavícula en tres partes y dejar el hombro casi inmovilizado; así las cosas, ¿cómo puede creerse que sea un francotirador?

Cuando vienen los interrogatorios, el torturador aduce a mi hombro inmovilizado como la evidencia concreta de haber participado en todas las revueltas sindicales, al punto de hacerme agredir de esa manera. Entonces les pido el favor de enumerarme las marchas sindicales y pronto el torturador cae en cuenta de haber cometido un error imperdonable; es cierto, ya no hay marchas sindicales, porque no hay sindicatos. No quise decir marchas sindicales, sino estudiantiles, se rectifica malhumorado el torturador.

El hombre alto, como de unos treinta años, y que aparece de izquierda a derecha con un rostro agrio, fingiendo una sonrisa, nunca pudo caerme bien. Siempre tuve mis sospechas y antes que él lograra rastrear nuestras andanzas, nuestros pensamientos, nuestras direcciones, yo había lanzado una tesis implacable contra él. Él es de cuidado, es un tira, un agente encubierto del gobierno.

–Tú tienes unas ideas de lo más absurdas–, me dijo ella, la que aparece del otro lado, con su carita redonda y con el paquete de regalos en la mano. No sé cómo pudo atreverse a ir a mis cumpleaños, cuando para todos había quedado claro que no era un sujeto de fiar, pero precisamente eso confirmaba, aún más, la tesis. Una gente de esa calaña hará lo que sea por rastrear a todos, por meterse en sus vidas.

La discusión que terminaría en una gazapera de malandrines alcoholizados se dio una noche en que deliberadamente lanzó su programa de gobierno. "Para que un hombre pueda triunfar es necesario que por debajo de él haya muchos pobres". Esa era una verdad a gritos, para nadie fue una sorpresa tal afirmación, porque el de los prohombres se había gobernado de esa manera. La ira se desató cuando afirmó que entre esos hombres pobres había muchos desgraciados para los cuales sería mejor morir.

– ¿Ah, sí, como cuáles? –, le increpó la otra mujer, la que aparece del lado de la otra mujer diminuta, su esposa, y que tiene el vestido de canutillos.

–Indigentes, prostitutas, homosexuales, travestis, ladrones, sidosos, –dijo él con la serenidad del asesino que era, –a todos ellos debemos ayudarles a morir.

–Yo creo que lo mejor sería matar a los que fabrican a los pobres, esa sí es una solución, así no tendríamos que matar a los pobres, pero matar es moralmente malo, políticamente incorrecto, no sé si lo sepa, y en ningún caso sería la mejor solución, para eso están las leyes, la democracia… usted es un neonazi… qué tipo de humanidad corre por sus putas venas… asesino…

Recuerdo que ese día habíamos guardado las maletas en el baúl de su taxi y, curiosamente, cuando fuimos a retirarlas, la llave del baúl se rompió. Nuestras maletas regresaron tres días después y es de esperarse qué pudo hacer con ellas, tomar direcciones, teléfonos, aunque no creo haya leído una sola línea de los libros de filosofía.

–A ver, dime tú, por qué crees que él es un tira, –me preguntó a la madrugada ella, la de carita redondita y pelo virginal.
–Tener treinta y dos años, estudiar en tres universidades sin haber terminado carrera alguna, dedicar su tiempo libre a manejar taxi, provocarnos con charlas polémicas para medirnos la afiliación política, no hay duda, es un rastreador. (Informante).
Estoy seguro que mi vida se reduce a estas cuatro paredes oscuras a causa de su condena, sé que él es la voz sin rostro que me acusa y me borra de la existencia, me lo imagino diciendo: "El mariquita era bueno para eso, para fraguar reuniones con ánimo de rebelión". No es verdad, nos reuníamos porque íbamos a sacar el primer número de nuestra revista y preparábamos la editorial, los artículos, artículos que estaban en las maletas el día del taxi, pero que tenían la intención de salir a la luz pública, haciendo uso del derecho a la libre expresión en el país de la sagrada democracia. Esta mañana vino el Torturador para que le diera la información sobre un "panfleto", dijo él, yo le aseguré que se trataba de un "ensayo", pero el Torturador no pudo establecer la diferencia semántica, ni la tipología textual. Le dije que se trataba en un ensayo que iba a intitularse "cinismo político en la era de los medios de comunicación".
–Canalla, terrorista de mierda, guerrillero infiltrado, –me dijo mientras me volaba a puñetazos lo que me quedaba de dientes y luego sacó su verga y orino sobre mi rostro. Lloré, por primera vez necesité la imperiosa necesidad de liberarme, de limpiarme tanta inmundicia. Afuera escuché unas voces como encajonadas en un tubo; su acento se me hizo reconocible, era el Tira.
En esta otra foto se ven los integrantes del equipo editorial: estábamos nosotros, El Paisa que había estudiado derecho en la Universidad Libre, La Marmota que para entonces trabajaba en la única estación de televisión pública, liquidada después por un hombre que se perpetuaba en el poder, como si llegara una maldición al país de las maldiciones. Este hombre alto y delgado es Pimpón, que para entonces era un artesano fumarihuana junto con Mike y Lulú, a quienes nunca se les dijo el mote directamente. Ah, y ese era artesano también, un fabricante de mariposas que misteriosamente aprendían a volar. Este soy yo, actor de teatro y estudiante como todos, muy flaco, y ella, mi novia, la de cara redonda y pelo virginal, cantante de ópera. Clarito puede leerse que dice Festina Lente, le digo al Torturador, clarito puede leerse en las camisetas que dice "vísteme despacio que estoy de afán", pero el Torturador aduce que la F es de FARC y la L de ELN y no entiendo de dónde saca esas conclusiones tan arbitrarias. Los secuaces del Torturador argumentan que nuestra revista no era otra cosa que un proyecto terrorista, que somos milicianos urbanos infiltrados en las aulas del progreso. Le describo la imagen nuevamente para convencerlo de que no miento, le digo que jamás la revista salió, que no hubo tiraje, y que el Tira les dio los primeros ensayos que escribimos como estudiantes de la Facultad de filosofía y letras.
Esta imagen salió velada, no se ven sino sombras, algo de rostros pero todos difuminados, como quemados por un estallido; no sé cuánto tiempo ha pasado, no sé, pero hay un eco y no sé qué es, veo mariposas que vuelan, vienen hacia mí, soy un ave (…)
La voz de María E. se hizo temblorosa impidiendo leer las últimas líneas del texto que también estaban tachadas. No sé cuándo lo habrá escrito, pero es la voz de mi hermano; si lo escribió antes lo hizo escuchando las premoniciones y en este país las premoniciones se hacen realidad, ¿o no?, y si lo escribió después nos está confirmando la realidad.[10]

[10] Juan Gustavo Cobo Borda. Concurso Nacional de Cuento sobre Desaparición Forzada "Sin rastro". *Cuentos para no olvidar el rastro.* Bogotá: Fundación dos mundos, 2009, p. 219-228.

–Tenaz la historia; ahora sí, con esto voy a tener más cuidado con lo que se dice, lo que se escribe, con lo que te pones, porque en una ciudad todo puede ser mal interpretado.

–Hay veces que en esta gran ciudad me siento vigilada; a donde vas, ya tienen una u otra información.

–Uno mismo a veces peca por prejuicioso, porque juzga a personas por su pensar o forma de vestir sencilla.

–Es que en la ciudad es mejor abstenerse de la crítica a otros, porque caras vemos pero corazones no sabemos. Por ejemplo, hay gente que se hace pasar por humilde para despertar en ti conmiseración, hay ladrones que visten bien, hay estudiantes buenos que utilizan el nombre de su institución para buenas acciones; pero hay también estudiantes malos, que dañan la reputación.

–Con todo esto, uno ya no sabe cómo actuar.

–Entonces, ¿cómo debemos comportarnos en las ciudades, donde todo es malo?

–¡Qué pregunta! La verdad, creo que sólo nos queda ser originales.

–¿Pero si ese original es mal interpretado?

–Cuando se hacen las cosas conforme a tu ética, tu moral y de acuerdo a las leyes, siempre tendremos el viento a nuestro favor, aunque haya malas interpretaciones.

–Además, hay que dejar de ser confiado, yo añadiría.

–Es verdad.

–Porque si eres confiado, te puede pasar lo que le pasó al viajero del relato que sigue:

EL VIAJERO

Un hombre viajaba a Pasto a vender manteca de cerdo para proveer de ropa y otros enseres domésticos. En un lugar del camino, hacia el atardecer, le salió un asaltador armado con una cachiporra. El viajero, antes de ser acometido por el enemigo, lo golpeó violentamente con una macana en la rodilla, dejándolo tendido en el suelo, sin movimiento. Luego continuó el viaje. Al anochecer llegó a una casa de blancos donde solicitó hospedaje. En esa vivienda había tres jóvenes, quienes se mostraron muy amables con el caminante, le sirvieron abundante comida y le prestaron cama en el corredor. Tarde de la noche llegó el padre de los jóvenes lanzando gemidos lastimeros a la casa. Ellos le respondieron: "Hay una persona alojada en el corredor, a quien le dimos comida sin mezquindad y ahora duerme profundamente". Entonces el padre les dijo: "Ese sujeto casi me mata en el camino, por esa razón hoy no pude conseguir nada". Los hijos, sorprendidos con la noticia, convinieron a esa misma hora que a las doce de la noche reventarían la cabeza del huésped.

> El viajero aún estaba despierto, por lo cual reconoció la voz del asaltante y al darse cuenta que se encontraba en parte no recomendable, se levantó en seguida; colocó varias calabazas debajo de las frazadas, cargó su olla de manteca y prosiguió su viaje.
> De acuerdo con lo concertado, los jóvenes se levantaron a media noche para matar al viajero. Dieron fuertes cachiporrazos en la cama, destruyendo las calabazas, pero el caminante ya se encontraba lejos de aquel lugar. Al ver frustrado su intento, los jóvenes soltaron inmediatamente los perros de cacería y montaron caballos provistos de lanzas, para perseguir al personaje de la macana.
> De pronto el caminante escuchó ladridos de perros cazadores que se aproximaban a darle alcance. Sin dar otro paso adelante, se escondió en una zanja. Apenas colocó su carga en el suelo llegaron los perros. El viajero les tiró algunos puñados de chicharrones. Ellos se los comieron en segundos y continuaron su carrera. Tras de los perros pasaron los jóvenes montados a caballo y chuzando con lanzas a lado y lado del camino.
> Cerca del amanecer los perros regresaron al sitio donde estaba el viajero, quien les tiró otra porción de chicharrones. Se la comieron pronto y cogieron el camino en dirección a la casa.
> Al poco rato pasaron los salteadores, quienes regresaban a su casa, lanzando expresiones soeces contra el huésped y prometieron que no lo dejarían sin merecido castigo.
> El viajero, seguro de que los bandidos iban a dormir, continuó su viaje. Llegando a Pasto vendió primero la mercancía, luego dio noticia en la Gobernación acerca de la vivienda de los asaltadores. Al saber esto el Gobernador, ordenó al ejército que aprisionaran a los asaltantes e incendiaran su casa.
> Desde aquel día hubo alguna tranquilidad para los viajeros, pero no totalmente, porque en muchos otros lugares del camino había bandidos que esperaban a los caminantes para despojarlos de su carga.[11]

–Hum, ole, se ve casos de casos. Yo que fuera, ¿qué voy a pensar mal del que me da posada y me atiende bien?

–Y luego descubrir que donde te hospedas es la casa de tu enemigo.

–¿Qué piensas del actuar del viajero?

–La verdad, yo digo que cualquiera en un asalto actúa como el viajero, al ver que está en juego su capital y su vida.

–No; yo, en cambio, me quedara quieta y le entregara todo.

–Es que el viajero tal vez vio que él era más fuerte que el ladrón.

–Yo ni así me arriesgo, ya que ahora los ladrones andan con armas.

–Tienes razón. Hay que seguir trabajando para recuperar el capital.

[11] Relatos y leyendas orales (Kamsa-Embera-Chamí). Bogotá: Servicio colombiano de comunicación social, 1987, p. 80-83.

–Y, como decíamos antes, aquí sí es mejor dejar de lado lo material y dar prioridad a la vida y la salud, que no se recuperan ni con toda la plata del mundo, y seguir trabajando para recuperar lo perdido.

–Yo diría que mejor es tomar el ejemplo de los niños de tiempos atrás que buscaban su entretenimiento en la naturaleza.

–Como dice Nietzsche, todo hombre adulto debe volverse como un niño con un espíritu activo, que sólo recuerda lo que le servirá para la vida, el resto lo olvida.

–Es por eso que uno ve que los niños cuando se pelean, o cuando se los regaña, al rato vuelven como si nada.

–Y lo más importante de un niño, y que debemos seguir su ejemplo, es que en una cosa insignificante para nosotros los adultos, él encuentra la felicidad.

–Aunque hoy en día ya no son los niños así; ahora tienen los juguetes más caros, pero no encuentran la felicidad.

–Cómo me gustaría que todos pudieran saber el relato que te voy a contar, que se titula:

EL FABRICANTE DE JUGUETES

Jugar nos compensa de las privaciones impuestas a nosotros los niños campesinos por la pobreza. El tiempo libre dejado por la escuelita y el trabajo de colaboración con nuestros padres era para el juego. Ante todo el juego con la naturaleza. Teníamos muchas horas para verla, contemplarla y amarla. La naturaleza era nuestro mejor espectáculo y, a veces, nuestro único espectáculo… El agua… jugábamos con el agua, haciendo canales, pozos, represas, y con ingeniería hidráulica de nuestras propias manos, hacíamos y deshacíamos y volvíamos a hacer. Pero sobre todo retozábamos en las aguas de la quebrada como peces, o nos aventurábamos en medio de la lluvia, como árboles ambulantes. El fuego… la piromanía nos fascinaba. Hogueras, fogatas, caminos de candela, guardarrayas. Éramos unos volcanes instintivos, salvo cuando el incendio en el bosque nos aterraba, con llamas de muchos metros, con crepitar infernal.

El aire… el impulsor de nuestras cometas, el motor de los follajes a donde trepábamos para ser mecidos por él.

La tierra… con ella hacíamos pirámides y otras figuras de una geometría más inventada que conocida. Amasada con agua, era la materia prima de una rústica alfarería y cerámica que nos divertía. Hasta llegamos a hacer con barro una réplica minúscula de la aldea, iluminada con aceite de higuerilla, extraído por nosotros también con el "tártago" o ricino en lámparas de barro, normalmente también de nuestra fabricación.

Todo esto en comunidad infantil que el juego convocaba, seleccionaba, comunicaba y hacía convivir en grupo. En "pandilla". La pandilla, por sí misma, era el juego. En realidad el gran juego eran nuestras manos que tenían que hacerlo todo para jugar. Nuestra pobreza no nos permitía comprar juguetes. O los hacíamos nosotros, o nunca tendríamos nada.

Donde nuestras manos más se lucían era en la fabricación de trompos, jaulas, arcos, flautas de bambú o caña brava, "runrunes" con botones o tapas de cervezas, rodajas y

> piola, cornetas, escopetas de madera, cocas. Una buena gama de productos de nuestra propia marca para jugar.
> El mejor fabricante de la pandilla era el Manco Pastor Castro, de once años. Era casi inexplicable cómo con un trocito de naranjo seco, un bejuco, un alambre, un tubo viejo, en su mano derecha un cuchillo, ayudado por el muñón de la izquierda, Pastor fabricaba juguetes impecables: trompos de bailar "sedito"; fusiles, arcos, arpones, flechas, y cómo con unas "vendas", engrudo y papel periódico producía las cometas más voladoras, sin que nuestra manufactura en tal sentido pudiera competir. Sin embargo, cada uno hacía lo suyo o no jugaba.
> Los de la pandilla nos estimulábamos en mejorar nuestro ingenio. Una vez estuvimos medio día apostando en silencio en un matorral esperando que un turpial cayera en la trampa de Pastor Castro, y otra trampeamos una ardilla que luego encerramos en una jaula de Pastor, quien la regaló a la pandilla. Propiedad comunal, teníamos derecho a llevarla por unos días y por turnos, a nuestras casas.
> Pastor nunca regateaba, era generoso y abierto. Él, como casi todos de la pandilla, dábamos lo que nuestras manos hacían, pues no teníamos más que dar. Pero nos dábamos todo los unos a los otros con compañerismo, interrumpido por alguna bravata y disputa transitoria, con reventones de narices y reconciliación.
> La pandilla empezó un día a ser menos alegre. Rumores de la oposición… que si el asalto, que si la guerrilla, el ejército o la policía… que mataron a Luis Gómez de la tienda del alto… que en el pueblo el alcalde está contra el cura…
> Y fuimos informándonos indirectamente de "los contras"… Cuál contra quién… y quién contra cuál… La comunidad de la tierra, el hombre y el animal, tan práctica en nuestra comarca, fue rompiéndose. Apareció entre los hombres la palabra "violencia", que nosotros los niños creíamos aplicable solamente a las fieras. Y hasta nosotros mismos, sin darnos cuenta, comenzamos a ser violentos en nuestros juegos de "rayuela" donde intentábamos "rayar" el trompo perdedor, y en las guerras de cometas, enredar en los aires una con otra y no dejar caer la propia. En la escuelita la maestra se entristecía cada vez más al no poder apaciguarnos siempre. Y la pandilla empezó a disminuir, pues algunos padres prohibieron a sus hijos participar en ella.
> Un día hirieron al papá de Pastor Castro. Al curarse, la familia de Pastor se fue a otro municipio y la pandilla definitivamente se disolvió. La violencia había llegado.[12]

–Que chévere fuera que los niños de la actualidad pudieran volver a disfrutar de su infancia a través del juego con otros niños y que alegraran los campos y las calles.

–Sí, fuera chévere. Pero vemos que la culpa de todo esto no es ni más ni menos que de la violencia. Ahora nadie puede estar en la calle ni al aire libre.

–Sabes, también tienen la culpa los medios de comunicación, porque sólo presentan estereotipos de vidas perfectas y, pues, los niños se llevan esa imagen de que con tener todos esos juguetes se puede ser feliz.

–Pero, ¿qué se puede hacer para cambiar toda esta realidad de nuestra ciudad?

[12] Gonzalo Canal Ramírez. El fabricante de juguetes, en: Beatriz Helena Robledo, Antología los mejores relatos infantiles. Bogotá; Presidencia de la República, 1997, p. 204-206.

–Lo único que nos queda es concientizarnos y enseñar a las futuras generaciones la importancia de construir los valores que se necesitan.

–Para mí, lo ideal fuera que se acabe la violencia, esa que ha hecho tanto daño al hombre, como a la naturaleza.

–Es imposible, amiga; ya nadie querrá volver a la vida del pasado y el gobierno no lo aprobaría.

–¿Por qué no lo aprobaría? ¿Porque se quedan sin el poder?

–Puede ser, pero su objetivo principal es que no se acaben los medios de comunicación, para que las personas sigan siendo sumisas y no se subleven ante el Estado, pasen su tiempo delante de una computadora o un televisor y no se adquiera una cultura general y un pensamiento autónomo.

–Se me ocurre que hay otra posible solución.

–¡Sí! ¿Cuál?

–Escucha este relato y tú misma me dices cuál es la solución.

–Ok.

EL DÍA QUE ENTERRAMOS LAS ARMAS

Cuatro años peleando, sí señor; cuatro años echándonos candela con los patones. Si no fuera por los muertos y por la muerte, que de tiempo en tiempo pasaba rozándonos el ala del sombrero, diría que tuvimos la gran fiesta. Acostúmbrense a la idea, decía a mis chusmeros: se van a morir, están muertos, cosa de no extrañarse cuando los templen de un balazo. Al principio éramos pocos y andábamos descalzos, mal armados con revólveres y escopetas, escurriéndonos por caminos de duendes, lejos de los trapiches y pasos reales donde estaba la tropa. Guindábamos los chinchorros en los varales de los ranchos abandonados y para no ser delatados por ningún ruido teníamos que descabezar gallos y ahorcar los perros del monte. Después se animó el baile.

El gobierno mandó más tropa, llegó quemando ranchos y a la vuelta de un año largo no éramos docena sino miles. Todo el llano, de Arauca a San Martín, estaba hirviendo de chusmeros. No daban abasto los patones, ni aviones ni bombas les valían.

¡Qué años! Todavía me acuerdo de aquellas madrugadas de la guerrilla, del café cerrero y brisa soplando en los pajonales cuando se apagan las últimas estrellas. Me acuerdo de las fogatas, las conversaciones en la noche de chinchorro a chinchorro. Cuando más duro era el acoso, más hermanos, más camaritas nos sentíamos. No sé por qué empezamos a llamarnos así, camaritas. ¡Adiós, camarita!, ¡qué hubo, camarita!... con eso nos decíamos todo. ¡Qué época! Pensar que tuvimos la revolución a tiro de soga. Pensar que nos la cambiaron por un cuartelazo, pobre chusma.

Me acuerdo, como si fuera ayer, del día que enterramos las armas. La víspera, en vez de bombas, los aviones militares habían largado sobre el campamento paquetes de diarios y un diluvio de hojas volantes. Los periódicos hablaban del fin de la dictadura, de la paz, de la amnistía, de la entrega pacífica de las guerrillas en todo el llano. Y no era mentira,

allí estaban las fotos de Guadalupe, de Aluma, los Galindo y el negro Miguel Suárez al frente de las columnas de chusmeros bien formados, entregándole sus armas al ejército. Paz. Amnistía. Dos palabras y todo se había ido de jeta. Y nosotros, ¿qué podíamos hacer? Éramos el comando guerrillero que más cerca operaba de las fronteras, el más remoto, el último. Por un momento creíamos posible continuar la lucha. Pero qué va, nos habrían aplastado. Lo vimos claro cuando llegaron los estafetas contando que en los pueblos había ambiente de fiesta, por todos lados banderas y el Himno Nacional, y la gente, nuestra gente, cambiando sus armas por bultos de sal y panela; a veces por menos, por un discurso y un ramito de flores que les entregaban las niñas de la escuela. Así que nosotros decidimos acabar la fiesta de otra manera. Decidimos enterrar las armas y dispersarnos para siempre.

Me acuerdo que madrugamos a recoger chinchorros y a guardar trastos. Antes de ensillar las bestias, di orden de tumbar las horquetas de los fogones y echar tierra sobre las cenizas para que no quede ni rastro del campamento. Cuando llegó el momento de dispersarnos llamé a mis hombres. Los veía callados, cerreros. Llevábamos tanto tiempo en el mismo paseo… Muchos habían llegado al llano desde el principio, cuatro años antes, sin más idea que salvar el pellejo, con hambre, miedo, llenos de piojos. Para vivir habían tenido que ponerse inteligentes, señor: el que no, se moría. Habían aprendido a moverse en manada por toda la llanura. Habían aprendido a estar un día aquí y otro allá, a escurrirse por el monte igual que los indios y armar trampas para cazar a los patones como venados. Y ahora les salía yo con el cuento triste: se acabó la fiesta, dejen las armas y vuélvanse cada cual por su camino sin más compañía que su caballo y una muda de ropa. Razón tenían de andar retrecheros. Para que no perdieran tan pronto la costumbre, resolví darles de adiós mis últimas órdenes.

–Quítense de encima toda prenda militar –les dije–. Nada de cascos, chacós o pañuelitos rojos al cuello. Nada de disfraces.

Poca gracia les hizo que ordenara a Puntería, mi segundo, recoger las armas. Se miraban inquietos. Alguien, hablando por todos, se atrevió a preguntarme qué pensaba hacer con los fierros. Ahí mismo sentí que habían tenido atorada la pregunta, se les salía por los ojos.

–Enterrarlos –les dije.

–¿Dónde? –me preguntaron.

–En sitio seguro. Digamos que es secreto militar.

–Será la guaca de la chusma –dijo Puntería sin dejar de recoger los fusiles para colocarlos sobre un trozo de tela encerada. Pero nadie se rió. Seguían mirándome, cada uno atisbando sus propias dudas en la cara del otro.

–Así es, la guaca de la chusma –les dije–. Y no pasará mucho tiempo antes de que los fierros vuelvan a sus manos. Lo de ahora no es sino un respiro.

–Pero el llano es grande, coronel –me dijo alguno.

–Por grande que sea, no hay tiro en el Arauca que no se escuche en San Martín. Para encontrarnos será pequeño.

Me acuerdo que hubo un silencio y que, mientras ese silencio duró, escuchamos en alguna parte, cerca del río, un clamor de guacharacas.

–Nos vamos –les anuncié para terminar de una vez aquel coloquio–. A la guerrillera, sin despedidas.

Se fueron desgranando del círculo para echarse al hombro las capoteras, de mala gana y despacio, como si les doliera. Y así terminó todo.

Puntería me ayudó a llevar las armas a la orilla del río. Puntería era un chusmero de los buenos: pequeño y taimado como un gato y también con algo de gato en los ojos amarillos, que apenas se le veían bajo el sombrero de fieltro. Era el último y el único que quedaba vivo, de cuatro hermanos que bajaron de la cordillera al llano cuando la policía llegó al norte de Boyacá arrasando pueblos liberales.

–La verdad es que nadie quiere regresar a los hatos y a los pueblos para tascar otra vez el freno –me decía–. Se dispersan pero no saben a dónde.

Ahora que la guerra había terminado, a Puntería le atraía la manigua, quería irse al Vichada. Tampoco yo sabía exactamente dónde iría a colgar mi chinchorro.
–Quizás me vaya a Venezuela –le dije–. Venezuela está ahí mismo, a la otra orilla del río.
El bote estaba listo, con su motor fuera de borda instalado y la proa encallada en el playón. Manolo Sandoval nos estaba aguardando con una caneca, tres palas y un talego de cal. Todo estaba dispuesto para el entierro. Cuando trajimos el resto de las armas, contamos diez fusiles, un F.A. y una ametralladora Thompson, que colocamos en el fondo del bote, envueltos en tela encerada.
Río abajo encontramos un lugar que nos pareció bueno. Podría reconocerlo todavía por el enorme higuerón que se levanta en un promontorio, sobre la hojarasca de la ribera. Frente al higuerón, en la orilla opuesta, hay un barranco amarillo. Examiné con cuidado los rastrojos. Luego, para llegar al pie del árbol, tuvimos que abrir trocha. Puntería, poniéndose en cuclillas, tomó un terrón y lo observó. Nos dijo que era tierra seca y a buen nivel; no había peligro de inundaciones. Manolo se había quedado escuchando el grito de los guacamayos en el monte.
–Es un lugar de brujos –dijo.
Cavamos a cinco pasos del higuerón para que el hoyo no estuviera al alcance de sus raíces. Trabajamos por espacio de una hora. Primero limpiamos el terreno con un machete; luego nos pusimos a cavar como sepultureros, hundiendo las palas con el apoyo de las botas, porque la tierra parecía endurecida por el verano, hasta cuando el hoyo tuvo una profundidad de metro y medio. Entonces colocamos dentro la caneca, que había sido curada con pendare. Vertimos en ella la cal y en seguida depositamos las armas. Finalmente cerramos la caneca con cuidado y la cubrimos con cuarenta centímetros de tierra bien apisonada.
Cuando terminamos, más de dos palmos de sol habían salido fuera de la sabana. Recuerdo que Manolo, secándose el sudor del pecho con su propia camisa que había guindado de la rama de un árbol, me dijo: "Coronel, es el momento de rezar un padrenuestro por esta revolución que se le acaba de morir". Manolo siempre andaba con burlas. Era un niño bien, un hijo de familia que resultó sumándose a la guerrilla por travesura, cuando ocupamos el hato de la vieja Victoria Amaya, su tía. Se había peleado con la novia, creo. Escribía versos… La guerrilla fue para él una gran juerga. Y por seguir la juerga se fue conmigo a Venezuela.
Navegamos todo el día. Me parece estar viendo todavía los barrancos de la ribera y el resplandor del sol en el agua del río. Era tiempo de verano. Los pastos de la sabana estaban amarillos. A veces cruzábamos falcas que remontaban el Meta con su acostumbrada carga de sal y tambores de gasolina. Los marineros nos saludaban al pasar. Acabé durmiéndome, amodorrado por el ruido del motor. Tuve un sueño raro, recuerdo. Soñé que a mis hombres los había capturado el ejército, que iban en una falca con los brazos atados a la espalda y que al pasar cerca del bote se quejaban diciéndome: "Coronel, nos dan pocillos de tinto, luego nos rompen los huesos".
Cuando desperté, las riberas se habían alejado. El sol, del lado de Colombia, estaba rojo; parecía un incendio. Del lado de Venezuela había unos inmensos peñascos encendidos como brasas. La corriente se estrellaba contra ellos levantando olas. Soplaba un viento muy fuerte. Por el olor, comprendí que habíamos llegado al Orinoco. Me lo confirmó Puntería a gritos, sentado junto a la caña del motor. Manolo, despabilándose, señaló una bandada de loros que volaban hacia la orilla colombiana.
–Despídase de sus paisanos –me dijo.
Al fin divisamos las luces de las plantas eléctricas de Puerto Páez, en la orilla venezolana, brillando entre rocas y techos de cinc. Era el pueblo más grande que había visto en mucho tiempo, desde que había empezado la guerra. Pensé que por primera vez en mucho tiempo podría tomar un baño caliente, comer tres veces al día. ¡Caramba, y beberme un vaso de agua helada! Cosas así se le ocurren a uno cuando llega del monte después de tanto tiempo.

> Atracamos en un banco de arena, a cien metros de las primeras casas.
> Puntería no quiso quedarse con nosotros en Venezuela. Nos dejó en el Playón y se fue navegando hacia la otra orilla. Todavía veo su camisa blanca y su sombrero de fieltro alejándose en la oscuridad del río. Nunca llegó al Vichada, creo. Lo mataron en una cantina de Villavicencio. De un tiro. Como a Guadalupe y al Negro Suárez. A todos fue cobrándoles el ejército su cuenta, uno por uno. Es tan fácil quebrar una ramita suelta… los que se dieron cuenta del engaño y se volvieron al monte, tuvieron que quedarse para siempre con el rótulo de bandoleros. Y con ese rótulo de epitafio se murieron también. Pero ésa es otra historia.
> Yo me quedé en Venezuela. Manolo, que no era hombre de exilios, volvió a su casa. Cogió el paso a la muerte de su padre. Hoy es un ganadero rico, gordo, con un hijo estudiado en la naval: ni sombra del chusmero que fue. Y a mí, bueno… a mí se me fueron los años sin saber a qué horas. Hice de todo, trabajé en Caracas, en Puerto Cabello, hasta busqué diamantes en Guayana.
> A veces, detrás de un mostrador, en una bomba de gasolina o manejando un camión, encuentro a un chusmero de los míos, de los antiguos. Nos bebemos una cerveza conversando de la revolución y brindamos por la otra, por la que ha de venir. ¡Pero qué va! Ahora que hay tanto muchacho hablando de Fidel y del Che y con ganas de meterse al monte, comprendo que es tarde para nosotros. Nada que hacer, el tren nos dejó. Está pintado lejos. Vea, el pelo se me ha puesto gris, la barriga me abulta. El mes pasado tuve que comprar lentes para leer el periódico. Y aquí estoy, en este pueblo, vendiendo licores como cualquier bodeguero. Por las noches, cuando hace mucho calor y es difícil dormir en el cuarto, saco un taburete a la calle. Pienso muchas cosas. Caramba, me pregunto a veces, ¿qué pasó con usted, Emilio Santos? ¿A qué horas se le fueron los años en tropel?
> De la guerra sólo me queda vivo, bien vivo, el recuerdo del día que enterramos las armas. Y lo peor es que las armas están ahí, aguardándonos. Al pie del higuerón. Quisiera encontrar a los muchachos que han sido picados hoy por el mismo avispón que me picó a mí. Quisiera llevarlos allá lejos, al río Meta, donde hace tantos años dejamos enterrada la guaca. Diez fusiles, un F.A., una ametralladora Thompson sirven de mucho para empezar. Quisiera decirles: "Ahí tienen, síganla, muchachos, síganla, que ahora la fiesta es de ustedes".[13]

–La solución a la violencia, según tú y el relato, es que todos los alzados en armas las entierren y que nunca más vuelvan a recurrir a ellas.

–Exacto, qué inteligente eres.

–Gracias. Sería hermoso un país sin armas, pero ¿crees que el Estado está preparado para acoger a todos los reinsertados en la sociedad?

–No lo había pensado.

–Pues te digo que no. Mira las cifras de desempleo y pobreza. Primero, el gobierno debe mejorar la situación económica de las personas que estamos en la sociedad, y luego sí proveer lo necesario para el sobrevivir de los reinsertados.

[13] Plinio Apuleyo Mendoza. El día que enterramos las armas, en: Peter Schultze- Kraft. La horrible noche. Relatos de violencia y guerra en Colombia. Bogotá: Seix Barral, 2001, p. 145-152.

–Es verdad. Porque si en este momento se integraran todos los que están en las montañas a la sociedad, y no tienen lo necesario, van a volver a delinquir para lograr conseguir el sustento diario para su familia y poder sobrevivir.

–En conclusión, nunca podremos tener paz.

–Sí, sólo que debemos buscarla en nuestro interior.

–Con todo lo que hemos hablado en estos días, se me han movido las entrañas y me han creado la necesidad de hacer unos versos.

–De una, hágale.

En la noche taciturna todo muere,
mas para el amigo de la noche
es otro día incierto,
es la luna su sol,
los residuos de otros su sustento.

Amigo de la calle, la ciudad tu cómplice,
cada esquina guarda secretos
que sólo el tiempo conoce,
la oscuridad es tu corazón
negro y bello como la muerte.

2. Bipolaridad

MI OTRO YO

Un jovencito llamado Harvey va un día a la biblioteca situada en el Banco de la República y se encuentra con un relato que le llama mucho la atención porque se identifica con el protagonista y, a la vez, le deja varios interrogantes y discute con su OTRO YO, su conciencia, a la que él mismo le había puesto como nombre Fénix.

EL OTRO YO

> Se trataba de un muchacho corriente: en los pantalones se le formaban rodilleras, leía historietas, hacía ruido cuando comía, se metía los dedos en la nariz, roncaba en la siesta, se llamaba Armando. Corriente en todo, menos en una cosa: tenía Otro Yo.
> El Otro Yo usaba cierta poesía en la mirada, se enamoraba de las actrices, mentía cautelosamente, se emocionaba en los atardeceres. Al muchacho le preocupaba mucho su Otro Yo y le hacía sentirse incómodo frente a sus amigos. Por otra parte, el Otro Yo era melancólico y, debido a ello, Armando no podía ser tan vulgar como era su deseo.
> Una tarde Armando llegó cansado del trabajo, se quitó los zapatos, movió lentamente los dedos de los pies y encendió la radio. En la radio estaba Mozart, pero el muchacho se durmió. Cuando despertó el Otro Yo lloraba con desconsuelo. En el primer momento, el muchacho no supo qué hacer, pero después se rehízo e insultó concienzudamente al Otro Yo. Éste no dijo nada, pero a la mañana siguiente se había suicidado.
> Al principio la muerte del Otro Yo fue un rudo golpe para el pobre Armando, pero en seguida pensó que ahora sí podría ser íntegramente vulgar. Ese pensamiento lo reconfortó.
> Sólo llevaba cinco días de luto, cuando salió a la calle con el propósito de lucir su nueva y completa vulgaridad. Desde lejos vio que se acercaban sus amigos. Eso le llenó de felicidad e inmediatamente estalló en risotadas. Sin embargo, cuando pasaron junto a él, ellos no notaron su presencia. Para peor de males, el muchacho alcanzó a escuchar que comentaban: "Pobre Armando. Y pensar que parecía tan fuerte, tan saludable".
> El muchacho no tuvo más remedio que dejar de reír, y, al mismo tiempo, sintió a la altura del esternón un ahogo que se parecía bastante a la nostalgia. Pero no pudo sentir auténtica melancolía, porque toda la melancolía se la había llevado el Otro Yo[14].

Harvey: –¡Huy!, qué buen relato; ahora sé que lo que me pasa a mi también le ha pasado a otras personas. Ahora ya sé qué hacer contigo, Fénix, para que no me atormentes.

Fénix: –Jajaja, no me digas que piensas hacer lo mismo que Armando; recuerda que tú y yo somos uno sólo; si mueres tú, muero yo también.

Harvey: –No creas que te daré ese gusto; la pelea es en vida, buscaré la forma para que me dejes de atormentar.

Fénix: ¡Olvídalo, eso nunca!

Harvey: −Solamente es cuestión de días; sé que no me podré deshacer de ti, pero verás que muy pronto te podré dominar, y serás plebeyo de mi razón.

Fénix: −Jajajaja, no creas que por leer un relato ya me podrás dominar.

[14] Mario Benedetti. El otro Yo, en: Eduardo Galeano, et al. Relatos fantásticos latinoamericanos (1). Madrid: Popular, 2008, p. 17-18.

Harvey: −Claro que no, yo seguiré leyendo hasta descubrir cómo vencerte. Y aunque no lo creas, este relato me ha enseñado que debo de ser de una sola personalidad, ser tú o ser yo.

Fénix: −Pero si los dos nos llevamos muy bien.

Harvey: −No es correcto que una persona tenga dos personalidades, que a cada momento esté cambiando de modo de pensar y accionar. Una persona insegura, como yo, no logrará tener un presente y futuro estable, a la vez que perjudica a las personas que lo rodean. Me he dado cuenta que tú, Fénix, has hecho de mi una persona infeliz, pero sólo hasta hoy llega tu reinado.

Fénix: −¿Sabes por qué me llamo Fénix?

Harvey: −No, ¿por qué?

Fénix: − Porque soy como el ave Fénix, que surjo de las cenizas, nunca perezco, soy eterno e inmutable.

Harvey: −Esas palabras no me intimidan. Creo que mi voluntad de poder es más fuerte que tú. Sabes que yo poseo un cuerpo, en cambio tú eres algo intangible.

Fénix: −No te has fijado que en los hospitales siquiátricos hay muchas personas, también hay muchos hombres que no pueden alejarse de sus vicios, como el alcohol, el cigarrillo y los juegos de azar. Sus otros yo los han llevado a estas circunstancias. Nosotras, las conciencias, somos como la muerte, atacamos en el momento menos pensado y no hacemos discriminación del sujeto.

Harvey: −Yo soy yo, no soy los demás. Además, no todas las personas han sucumbido a su conciencia; hay ejemplos de vidas que han logrado salir de los estados más críticos.

Fénix: −Tal vez sea porque su conciencia se dio por vencida. Aunque ya quedas advertido que no descansaré hasta verte hecho un ser apreciable y servible para la sociedad.

Harvey: −Todas las conciencias son iguales, o dime: ¿qué tienes tú que no tienen las otras conciencias?

Fénix: Todas somos iguales, sólo que unas somos más afortunadas que otras.

Harvey: ¿Cómo así?

Fénix: −Tenemos la fortuna de encontrar un cuerpo y una razón débiles.

Harvey: −Pues conmigo te has equivocado.

Fénix: −No, tú ya estás más de mi lado, ya has sucumbido a mis razones y voluntad.

Harvey: −Solamente tienes sospechas, pero no me conoces, te dejas llevar por mi debilidad física, actúas como el señor del siguiente relato que te voy a contar:

LA SOSPECHA

> Un hombre perdió su hacha y sospechó del hijo de su vecino. Observó la manera de caminar del muchacho: exactamente como un ladrón. Observó la expresión del joven: como la de un ladrón. Observó también su forma de hablar: igual a la de un ladrón. En fin, todos sus gestos y acciones lo denunciaban culpable del hurto.
> Pero más tarde encontró su hacha en un valle. Y después, cuando volvió a ver al hijo de su vecino, todos los gestos y acciones del muchacho parecían muy diferentes de los de un ladrón.[15]

Fénix: −Pero yo a ti te conozco, más de lo que te imaginas.

Harvey: −Sólo conoces mi pensar, conoces lo más superficial de mi.

Fénix: −Jajajajaja; ¡ay!, jovencito iluso. Ustedes los hombres son en su mayoría pensamiento, no pueden vivir sin pensar.

Harvey: −Pero tú hasta ahora sólo conoces una sola linealidad de mi pensamiento, aún no te he descubierto la esencia de mi razón. Tu sólo conoces parte de mi, el resto sólo son sospechas.

Fénix: −Y, ¿cómo vas a hacer para cambiar tu forma de pensar?

Harvey: −Tengo la más grande herramienta que puede tener el hombre para explorar nuevos mundos y domar conciencias dañadas y tergiversadas por la sociedad.

Fénix: −Imposible, no hay nada que pueda domar a una conciencia. Según tú, ¿cuál es esa herramienta?

Harvey: −Ya deberías saberlo, no dizque sabes leer el pensamiento. ¡Ahhhhh!, y te advierto que de ahora en adelante ya no daré sospechas para que pienses mal de mí.

Fénix: −Las sospechas se las hace uno mismo.

Harvey: −Jajajaja, creo que voy a ganar esta batalla; has reconocido que te has equivocado y te has hecho una imagen errónea de mí. Por culpa de las conciencias es

[15] La sospecha, en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/otras/anon/china/sospecha.htm

que uno se equivoca y se hace prejuicios sobre las demás personas; las conciencias siempre se equivocan, son aceleradas.

Fénix: −Qué culpa tenemos las conciencias, u otros yo, si nosotros nos alimentados de las acciones y de lo que hagan los sujetos en el exterior.

Harvey: −Ahhhhhh, ahora estás diciendo que yo soy el culpable de lo que tú piensas y me haces hacer.

Fénix: −No, en ningún momento he dicho eso.

Harvey: −Digamos que yo sea el culpable; así que de ahora en adelante no dejaré que mandes en mí. Y si tú eres un ave fénix, yo seré un búho.

Fénix: −Al búho lo dejo chamuscado.

Harvey: −Quiero ver si opinas igual después de que escuches el siguiente relato, que se titula:

EL BÚHO POETA Y SUS DISCÍPULOS DETRACTORES

Esta es la historia de un viejo búho, tecolote o búho águila, que vivía en un agujero en el tronco de un árbol de más de cien años.

Tiene por costumbre salir al amanecer cuando el alba amenaza con alumbrar el silencio de la noche. Sus grandes ojos escindidos por un pico de amarillas córneas, incorporados en una cápsula ósea con limitada capacidad de movimiento, lo que hizo que aprendiera a mirar con la razón más que con los sentidos.

Los búhos fueron criaturas creadas para pensar. Tienen la virtud de poder virar gracias a lo flexible que es su cuello. Su cabeza gira hasta 270 grados.

Tampoco necesitan del día para cazar. Sus ojos brillan con luz propia rodeados por un disco facial de plumas rígidas como cejas postizas cual bailarinas de cabaret.

Además de maestro es poeta. Todos le creen por su capacidad para educar, pues tienen en su interior una vocación especial para iluminar el espíritu, aunque algunos de sus discípulos cuestionan su erudición, pues dicen que es un farsante por no lucir públicamente los títulos académicos en que sustenta su saber.

Ellos, con el atrevimiento que no puede refrenar la ingenuidad, lo desconocen, pues en poesía se consideran "productos de vanguardia".

Son de aquellos búhos absortos en su propia soberbia, alimentada por aduladores que se dejan deslumbrar por algunos meritorios reconocimientos concebidos por los duendes del bosque. No les gusta compartir con búhos que piensan diferente, no se asocian pues creen que no necesitan de nadie. Se han encumbrado sobre frágiles peanas de cristal murano, hermoso y fino, pero frágil, como todo aquello que al desquebrajarse no puede redimirse, por lo que cunde por doquier la frustración.

Fue la propia sinergia de la existencia, que impulsó a los jóvenes en su afán por crecer, a organizarse un taller para aprender a volar como águilas, desconociendo su naturaleza de aves nocturnas.

Eran de aquellos seres que creen que en la academia encontrarán lo que no tienen. La piedra filosofal de su talento.

Ellos como búhos no eran tan buenos. Pero sí, extraordinarios poetas, tal vez mejores de lo que creían.

El único problema que tenían era creerse los mejores del bosque y en su inigualable arrogancia, explicable sólo por sus furores juveniles, creyeron que sólo ellos eran capaces de descifrar el mundo, lo que se les convirtió en una limitación para seguir creciendo, pues, en su codicia, excluyeron a todos los ancianos del bosque.
Sus mentes citadinas los perdieron. No dimensionaron la grandeza del universo.
La soberbia los obnubiló pues no lograron entender que la humildad es la carta de navegación de la sabiduría. No entendieron que no toda la verdad se puede descubrir en el presente y en el futuro, que hay que beber de los aljibes del pasado para no caminar en círculo.
Ellos, como búhos mochuelos excavadores, anidan en el suelo y casi siempre se alimentan de moscas, pues saben cazar tan solo en el estiércol. Algunos tienen largos mechones de plumas en la cabeza, llamados 'orejas', aunque no tienen relación alguna con éstas. Pues oyen lo que no ven y ven lo que no oyen.
Una noche, sin luna, retaron al maestro para que declamara el mejor de los poemas.
El maestro sonrió, les miró a los ojos y expresó: –el mejor poema todavía no se ha escrito–.
–*Sí se ha escrito*– replicó uno de ellos. El más laureado de los poetas jóvenes, seudo proclamado "*el último oasis del desierto*" pues en la academia había alcanzado el título de literato.
Pensaba y enseñaba que la poesía hay que arrebatársela al juglar y al bardo, habitante callejero. Que la verdadera poesía tiene que hacerse con altura, para un estrado superior y distinguido, bien elaborada, exquisita, a veces iconoclasta, irreverente, insinuante e inexpresiva, poco evidente, pues debe romper con los esquemas obsoletos del romanticismo, que, esmerado en la rima, la musicalidad y la eufonía, deja de lado la confección del verso y el hallazgo del cauce verbal para expresar el sentimiento y el tono dramático de lo inmediato.
El poeta, decía, debe ser un malabarista del lenguaje, y sus versos deben ser como mariposas voladoras, concebidas para desafiar la gravedad y volar adornando el ambiente, dibujando sus mensajes en el aire con inventiva y diafanidad insuperables.
Debe tener la poesía una potencia expresiva tal que altere la dimensión comunicativa del lenguaje, dotándolo de una intensidad raramente alcanzable con erudición obsesiva y nostálgica, capaz de volver real lo imaginario.
La perfección formal de la poesía debe ser tan sublime, capaz de hacer olvidar la vivacidad humana que la anima, en una conjunción deslumbrante, hecha de inteligencia, sensibilidad, fervor, ironía y saber.
Estupefacto ante tanta erudición, el viejo búho se puso sus anteojos para ocultar la tristeza que reflejaba su mirada, recogió sus alas y exclamó:
"La poesía, mis díscolos discípulos, es una forma bella del lenguaje que permite, a cualquier persona, sin necesidad de ser especialista en la materia, reconocerla como tal y sentirla como suya.
Es una unidad encantadora, fácil de recordar y memorizar, hecha para escucharla más que para escribirla.
En ocasiones se torna irreverente, extravagante y hasta de humor negro. Pero no es más que un mero juego de palabras e imágenes en el absurdo juego de las ideas.
En otras ocasiones se vuelve arbitraria, inductora a la insurrección y al camino. Se goza a la vida, pero su gozo no es de burla, sino una celebración que nos dice que el mundo es hermoso y que, pese a todo, es digno de vivirlo, de disfrutarlo y de cantarle a todo cuanto existe.
La poesía debe tener un esplendor telúrico, desde la majestuosidad del tono y el estilo de la épica, para cantarle a las gestas del amor, las batallas de la justicia, la epopeya de las cosas cotidianas, con excesos verbales, pasión, energía y confraternidad.
Es un lenguaje que, como guijarros encendidos, se vuelve el perfil de un afilado verso, que corte el resuello, un lenguaje de aceros exactos, rico de invenciones y propuestas de alcance universal.

La materia de la poesía es el propio ser. La poesía comunica el ser de las cosas. Al comunicarlo, nos permite comprenderla y con ella entender el amor, el sueño, la ira, el miedo, la tristeza, la angustia, la desesperanza, el entusiasmo, la libertad.
La función de la poesía es enseñarnos a comprendernos y a vivir mejor".
¿Quién alguna vez no escribió un poema? ¿Quién, emocionado, no expresa con intensidad el motivo de una vivencia? ¿Qué hace que unas palabras enredadas en un verso cadencioso sean capaces de hacer erizar la piel y opacar la mirada por causa de las lágrimas?
De pronto el árbol habló:
"En la poesía lo más importante es la relación entre belleza y certeza. La fuerza de un poema está indisolublemente unida a la verdad. No podemos ser águilas cuando, en lugar de garras, se tiene pensamiento de mochuelo.
Cada uno de ustedes deje escrito en la corteza de mi tronco un poema, para que la savia fluya y beatifique el verdor de mis hojas, integrando a mi fotosíntesis la belleza sublime del talento".
El viejo búho sacó su pluma y escribió:

La poesía
La poesía es exaltar el espíritu,
Y perpetuar lo humano en lo divino
Bajo el apócrifo rigor de una utopía.
En el manto fantástico de un sueño
Es el divagar elocuente de la palabra
En el efluvio romántico del verso.

El joven aprendiz tomó la pluma:

La poesía…
Es el llanto de mi sangre,
Es mi angustia en verso,
Es un vuelo inmigrante a
Tierras lejanas, recónditas,
De palabras sin dueño.

El árbol centenario sentenció:
"No hay nadie tan sabio que no le falte algo por aprender, ni nadie tan ignorante que no tenga algo para enseñar.
El talento no se aprende ni se enseña, hace parte del ser y su perfeccionamiento es cuestión de disciplina".[16]

Fénix: −No veo por qué temer a un búho.

Harvey: En el relato nos dice que los búhos son más razón que sentir.

Fénix: −Pero si la razón es mi amiga, los dos moramos en tu interior.

Harvey: −No puede ser posible. Creo que si hago uso más de mi razón que de mi conciencia las cosas cambiarán.

[16] Álvaro Jesús Urbano Rojas. Op. cit., p. 69-74.

Fénix: −¿Por qué habrían de cambiar?

Harvey: −Si manejo mi razón, te manejará a ti como buena amiga. Mi búho hará que se dome tu ave Fénix, para que sea más tranquila.

Fénix: −Pero que tu búho o razón no salga como la del relato.

Harvey: −Tú eres un presumido. Sabes, ya no me da miedo de ti.

Fénix: −No sabes lo que soy capaz de hacer contigo.

Harvey: −Creo que recién estabas intentando hacer algo significante. Si fueras inteligente, como dices ser, que tienes el dominio sobre mí, no hubieras dejado que me dé cuenta de tus artimañas destructoras.

Fénix: −No había actuado sólo porque te estaba dando tiempo.

Harvey: −Esa no te la crees ni tú mismo.

Fénix: −No sé cómo vas a hacer para cambiar tu razón, porque, si no te has dado cuenta, tu razón está llena y ya no acepta nada más, como le pasa al discípulo en el relato de:

EL ERUDITO Y LA TAZA DE TÉ

> En cierta ocasión, un hombre de gran erudición fue a visitar a un anciano que estaba considerado como un sabio. Llevaba la intención de declararse discípulo suyo y aprender de su conocimiento. Cuando llegó a su presencia, manifestó sus pretensiones pero no pudo evitar el dejar constancia de su condición de erudito, opinando y sentenciando sobre cualquier tema a la menor ocasión que tenía oportunidad. En un momento de la visita, el sabio lo invitó a tomar una taza de té. El erudito aceptó, aprovechando para hacer un breve discurso sobre los beneficios del té, sus distintas clases, métodos de cultivo y producción. Cuando la humeante tetera llegó a la mesa, el sabio empezó a servir el té sobre la taza de su invitado. Inmediatamente, la taza comenzó a rebosar, pero el sabio continuaba vertiendo té impasiblemente, derramándose ya el líquido sobre el suelo.
> – ¿Qué haces insensato? – clamó el erudito –. ¿No ves que la taza ya está llena?
> – Ilustro esta situación – contestó el sabio –. Tú, al igual que la taza, estás ya lleno de tus propias creencias y opiniones. ¿De qué te serviría que yo tratara de enseñarte algo?[17]

Harvey: −No imaginaba que también pudieras saber de relatos.

Fénix: −Son estrategias. ¿Sabes cuál es tu error y el de todas las personas?

Harvey: −No.

[17] El erudito y la taza de té, en: http://www.filosofiaparalavida.pe/articulos/que-nos-impide-aprender/

Fénix: −Que su razón está llena de creencias que, por lo general, no vienen de la razón sino de su imaginación y de sus sentidos. Y las conciencias trabajamos a partir de estas falsas creencias.

Harvey: −No voy a permitir que ahora me vengas a juzgar y a decirme lo que tengo que hacer. Ya no te voy a escuchar, ya muchas veces me has manipulado.

Fénix: −Si deseas que no te hable, no te hablaré; espero que cumplas con tu palabra y no me andes buscando. Me imagino que esa era el arma que tienes para dominar, a través del silencio.

Harvey: −No, para nada, te equivocas. Porque como dijiste anteriormente, el hombre no puede vivir sin pensar. Y no te contesté del todo; es verdad que tengo llenura de basura, pero así como hay desintoxicantes para el cuerpo, los debe haber para la mente y que así mi espíritu quede vacío, para que lo llene un erudito y toda cosa buena.

Fénix −¿Cómo vas a saber que X cosa es buena o mala, si todo ya está bajo una jerarquía en la sociedad, según la cultura del contexto?

Harvey: −Después de desintoxicarme recurriré a cómo un joven que escogió:

LA ELOCUENCIA DEL SILENCIO

> Un padre deseaba para sus dos hijos la mejor formación mística posible.
> Por ese motivo, los envió a adiestrarse espiritualmente con un reputado maestro de la filosofía vedanta. Después de un año, los hijos regresaron al hogar paterno. El padre preguntó a uno de ellos sobre el Brahmán, y el hijo se extendió sobre la Deidad haciendo todo tipo de ilustradas referencias a las escrituras, textos filosóficos y enseñanzas metafísicas. Después, el padre preguntó sobre el Brahmán al otro hijo, y éste se limitó a guardar silencio.
> Entonces el padre, dirigiéndose a este último, declaró:
> – Hijo, tú sí que sabes realmente lo que es el Brahmán.[18]

Fénix: −O sea que de ahora en adelante no vas a volver a hablar.

Harvey: −No es posible dejar de hablar para siempre; lo que quiero decir es que es más prudente hacer silencio cuando no estamos informados sobre el significado de las cosas. Sólo a través de la prudencia y la investigación propia se podrá uno dar cuenta de qué cosas son buenas y cuáles son malas.

Fénix: −No, pues, ahora se nos va volver un intelectual el joven.

[18] La elocuencia del silencio, en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/otras/anon/india/elocuen.htm

Harvey: −No un intelectual, pero sí sé que debo educar mi otro yo para que no me dé más problemas.

Fénix: −No te hagas ilusiones, no descubrirás la verdad.

Harvey: −En ningún momento dije que quería encontrar la verdad universal, sólo quiero encontrar mi verdad, encontrar mi propio bien, que me haga feliz. Sin tropezar con mi otro yo.

Fénix: −¿Me estás pidiendo que hagamos las paces?

Harvey: −Fuera lo ideal, pero sé que no vas a sucumbir.

Fénix: −Yo quiero ver cómo harás de ahora en adelante en el proceso de búsqueda de la verdad; de una vez te advierto que el camino es escabroso; mires lo que mires, te toca evitar los prejuicios, para que en lo posible evites ser imprudente.

Harvey: −¿De cuándo acá tú me aconsejas para bien?

Fénix: −Si esa es tu decisión, no queda otra cosa que apoyarte.

Harvey: −Eres tan bipolar, conciencia mía, que ya no sé qué creerte.

Fénix: −No me creas a mí, pero mira qué sacas de productivo a este relato:

EL BUSCADOR DE LA VERDAD

Una antigua historia de origen incierto, que algunos afirman fue extraída de la Gesta Romanorum, mientras que otros aseguran se trata de un cuento sufí que fue asimilado por el Corán con el título "La cueva", nos habla de la tendencia del hombre a juzgar los hechos según los principios adquiridos de la moral común, que no siempre se pueden aplicar, sin excepción, a todas las experiencias.

En un país remoto, hace ya muchos años, un hombre muy ansioso, cansado de buscar la verdad por distintos medios decidió pedir la guía de un maestro que había alcanzado la iluminación.

Solicitó seguirlo a todos lados para observarlo y poder adquirir de su conducta el poder del conocimiento.

El maestro le dijo que difícilmente le bastaría observar y que sería muy raro que pudiera contar con la suficiente paciencia para no hacer ninguna pregunta ni emitir ningún juicio previo sobre lo que tuviera oportunidad de ver, sin embargo accedió a su pedido después que el hombre prometió mantenerse en silencio sin cuestionar ni criticar nada.

El maestro y su discípulo partieron en una barca para atravesar un caudaloso río y poder continuar el viaje en la otra orilla.

Una vez cruzado el río y antes de abandonar el barco, el sabio hizo una perforación en el piso hasta lograr hundirlo.

Al ver esto, su acompañante, no pudo evitar señalarle a su maestro, que había destruido sin ninguna razón la embarcación que tan gentilmente le habían ofrecido.
Éste le contestó que sabía que no podría contenerse para juzgar su conducta a la luz de sus propios prejuicios sin conocer los motivos ni los propósitos que él tenía, de modo que su alumno se disculpó y volvió a prometerle que en adelante cerraría la boca.
Finalmente llegaron a un palacio, donde el rey los colmó de honores y donde fueron invitados a participar de una cacería para acompañar al hijo del poderoso monarca.
En un momento en que el sabio se encontró a solas con el príncipe, se abalanzó contra él y le rompió un tobillo; huyendo posteriormente con su discípulo hacia la frontera para ponerse ambos a salvo.
Su alumno no pudo contenerse y reprochó al sabio su conducta hacia quienes lo habían colmado de atenciones.
Éste, sin perturbarse, le dijo que estaba llevando a cabo su trabajo y que él, en cambio, sin saber nada se empeñaba en seguir juzgándolo sin aprovechar la experiencia para aprender.
Volvió a pedir perdón el discípulo y ambos continuaron viaje.
Al poco tiempo llegaron a una ciudad en la que no consiguieron que nadie los ayudara ni les diera ni siquiera un trozo de pan, y donde la muchedumbre les lanzó los perros para que se fueran.
Una vez que se encontraron a salvo del inesperado ataque y habiendo llegado a las afueras de la ciudad, vieron a la vera del camino una pared derruida; entonces, sorpresivamente, el maestro le pidió a su acompañante que lo ayudara a repararla.
Una vez completamente restaurada, el alumno no pudo contenerse y comenzó con su repertorio de juicios, extrañado como siempre de la conducta del sabio que se empeñaba en devolver bien por mal y mal por bien.
Viendo que su discípulo era incapaz de no proferir juicios y de no hacer preguntas, el maestro decidió despedirlo, pero antes intentó explicarle su conducta.
El barco que había hundido no pudo ser utilizado por el tirano de esa comarca para invadir el territorio de sus vecinos, como era su intención; el joven a quien le torció el tobillo no era el hijo del rey sino un usurpador que había tomado su lugar con la intención de apoderarse del reino; y el muro restaurado ocultaba un tesoro que les legó el padre a dos huérfanos que vivían en esa inhóspita ciudad de donde fueron expulsados, quienes ahora tendrían la oportunidad de tomar el poder, reformar la ciudad y expulsar al perverso rey.
El joven principiante comprendió la lección y se retiró avergonzado, dándose cuenta que aún no estaba preparado para estar dispuesto a elevarse, y estar en condiciones de conocer la verdad.[19]

Harvey: −La búsqueda de la verdad es como yo digo, es todo un proceso. Como también es todo un proceso dominar mi otro yo. Creo que cuando me domine a mi mismo encontraré la verdad.

Fénix: −Según el relato, creo yo que uno, cuando domina la lengua, domina el resto de su cuerpo; me dominas a mí, que soy tu conciencia, tu otro yo, has encontrado la verdad.

Harvey: −Pero, ¿cómo hacía el maestro para saber lo que estaba ocurriendo?

[19] El buscador de la verdad, en: http://filosofia.laguia2000.com/cuentos-filosoficos/el-buscador-de-la-verdad

Fénix: −Tal vez su experiencia e intuición. Y recuerda que la verdad no se puede ocultar, tarde o temprano queda al descubierto.

Harvey: Eso es lo que quiero, que tú estés tan preparado como para ver más allá de lo que está al alcance de los sentidos.

Fénix: −Eso no depende de mí, sino de ti, de cómo alimentes tu razón.

Harvey: −Eso es lo que siempre he tratado de decirte, que desarrollaré mi razón a través de la lectura; así te domaré, conciencia mía. Quiero que estés más de mi lado lógico, que del lado sensible.

Fénix: −No crees que estás muy joven para privarte de lo instintivo.

Harvey: −Hum, para que después hagas conmigo lo que quieras. Noooooooooo, no te lo permitiré; quiero ser un ejemplo de vida para la sociedad y no alguien al que le tengan compasión. No quiero ser alguien que no tenga noción de su espacio, de su tiempo.

Fénix: −Pero si los locos son los seres más racionales.

Harvey: −No, imposible.

Félix: −Ellos son felices porque no están regidos por una norma o ley, ellos hacen lo que les plazca. ¿No es eso lo que quieres?

Harvey: −Quiero estar en mis cinco sentidos para poder disfrutar lo que hago. Pero tú, maldita conciencia, no me dejas ser feliz; ni estando loco me dejarías tranquilo, te burlarías de mi.

Félix: −¿Me tienes miedo?

Harvey: −Miedo a ti, no; miedo al mundo exterior, a lo desconocido.

Félix: −Yo soy desconocido, me tienes miedo porque no sabes con qué saldré. Te da vergüenza de mí porque saco lo peor de ti, en los momentos más inoportunos.

Harvey: −Cómo deseo volver a ser niño; me siento como Pascualito.

Félix: −¿Quién es Pascualito?

Harvey: −El niño del relato titulado:

CON UNA RANA EN EL BOLSILLO

> Aquel día el alcalde municipal nos visitó en nuestra comarca campesina para inaugurar la nueva escuelita rural de techo pajizo y suelo de tierra apisonada. En su discurso citó esta definición: "El niño es la verdad con la cara sucia, la sabiduría, con el pelo desgreñado, la esperanza del futuro con la rana en el bolsillo".
> Pascualito aprendió la frase y la repitió mentalmente muchas veces. "La cara sucia". El siempre la tenía así. Y eso lo entendía muy bien. "El pelo desgreñado…". Pascualito se peinaba raras veces y sus mechones revueltos se lo hacían comprender…
> La táctica fue buena y Pascualito salió del barrial con Juanita en el bolsillo repitiéndose a sí mismo: "Soy la verdad, la sabiduría y la esperanza".
> Pocos días después el párroco vino a bendecir el nuevo local de la escuelita rural y la maestra le habló de Pascualito, de su aspiración a una beca y de su ambición de monaguillo. También de sus méritos de alumno. El cura no tenía becas libres en la escuela parroquial. Preséntate el próximo domingo. Las monjas te lavarán la cara, te peluquearán, te harán abandonar esa rana del bolsillo. De esa escuela puedes salir para el bachillerato, luego… Pascualito corrió de la entrevista a comunicarle la noticia a su madre, cabizbajo y pensativo.
> –¿Te vas, hijo? Eso es bueno para llegar a ser doctor, cura o general. Debes irte.
> –No, mamá. No me voy. Me quedo a tu lado.[20]

Fénix: No le veo ninguna gracia a ese relato.

Harvey: Pues yo, al convertirme en adolescente, me han despojado de la verdad, de la sabiduría y de la esperanza. El día que me despojaron de estas grandes cualidades surgiste tú.

Fénix: −Tu mejor amigo.

Harvey: −Yo pienso todo lo contrario, eres mi enemigo, mi pesadilla. Por culpa tuya no puedo hacer nada, me haces ver lo bueno como malo y lo malo como bueno.

Fénix: −Eso no es culpa mía, ve a quejarte con la religión.

Harvey: −La religión tiene gran culpa, pero, según el relato, también podemos ver que las instituciones establecidas por el Estado nos ciegan, porque nos dicen cómo comportarnos.

Fénix: −Ya vas reconociendo que no es toda mi culpa, ni tuya, todo está ya establecido, hay unos parámetros que cumplir; si tú los desobedeces, yo entro a actuar, para que recuerdes esas normas.

Harvey: −O sea que todos los otros yo están manipulados.

Fénix: −Sí.

[20] Gonzalo Canal Ramírez. Con la rana en el bolsillo, en: Beatriz Helena Robledo, Op. cit., p. 201-204.

Harvey: −Y lo peor es que esa manipulación nos lleva a extremos; por un lado nos lleva a ser sumisos, y otras veces nos hace tomar la revolución de una forma tergiversada.

Fénix: −Estás que echas humo, amigo.

Harvey: −Sí. te quiero advertir que de ahora en adelante no creeré en tus halagos, ni en los halagos de nadie más. Todo el mundo no hace más que confundirme más y más, al punto de no saber hasta qué parte de este mundo es verdad y hasta dónde es falsedad.

Fénix: −Creo que este relato, titulado Lo que le sucedió a una zorra con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico, **t**e puede servir en el emprendimiento de tu nuevo camino y vida.

LO QUE LE SUCEDIÓ A UNA ZORRA CON UN CUERVO QUE TENÍA UN PEDAZO DE QUESO EN EL PICO

Hablando otro día el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, dijo:
–Patronio, un hombre que se llama mi amigo comenzó a alabarme y me dio a entender que yo tenía mucho poder y muy buenas cualidades. Después de tantos halagos me propuso un negocio, que a primera vista me pareció muy provechosa.
Entonces el Conde contó a Patronio el trato que su amigo le proponía y, aunque parecía efectivamente de mucho interés, Patronio descubrió que pretendían engañar al Conde con hermosas palabras. Por eso le dijo:
–Señor Conde Lucanor, debéis saber que ese hombre os quiere engañar y así os dice que vuestro poder y vuestro estado son mayores de lo que en realidad son. Por eso, para que evitéis ese engaño que os prepara, me gustaría que supierais lo que sucedió a un cuervo con una zorra.
El conde le preguntó lo ocurrido.
–Señor Conde Lucanor –dijo Patronio–, el cuervo encontró una vez un gran pedazo de queso y se subió a un árbol para comérselo con tranquilidad, sin que nadie le molestara. Estando así el cuervo, acertó a pasar la zorra debajo del árbol y, cuando vio el queso, empezó a urdir la forma de quitárselo. Con ese fin le dijo:
»–Don Cuervo, desde hace mucho tiempo he oído hablar de vos, de vuestra nobleza y de vuestra gallardía, pero aunque os he buscado por todas partes, ni Dios ni mi suerte me han permitido encontraros antes. Ahora que os veo, pienso que sois muy superior a lo que me decían. Y para que veáis que no trato de lisonjearos, no sólo os diré vuestras buenas prendas, sino también los defectos que os atribuyen. Todos dicen que, como el color de vuestras plumas, ojos, patas y garras es negro, y como el negro no es tan bonito como otros colores, el ser vos tan negro os hace muy feo, sin darse cuenta de su error pues, aunque vuestras plumas son negras, tienen un tono azulado, como las del pavo real que es la más bella de las aves. Y pues vuestros ojos son para ver, como el negro hace ver mejor, los ojos negros son los mejores y por ello todos alaban los ojos de la gacela, que los tiene más oscuros que ningún animal. Además, vuestro pico y vuestras uñas son más fuertes que los de ninguna otra ave de vuestro tamaño. También quiero deciros que voláis con tal ligereza que podéis ir contra el viento, aunque sea muy fuerte, cosa que otras muchas aves no pueden hacer tan fácilmente como vos. Y así creo que, como Dios todo lo hace bien, no habrá consentido que vos, tan perfecto en todo, no pudieseis cantar mejor que el resto de las aves, y porque Dios me ha otorgado la dicha de veros y he podido comprobar que sois más bello de lo que dicen, me sentiría muy dichosa de oír vuestro canto.

»Señor Conde Lucanor, pensad que, aunque la intención de la zorra era engañar al cuervo, siempre le dijo verdades a medias y, así, estad seguro que una verdad engañosa producirá los peores males y perjuicios.
»Cuando el cuervo se vio tan alabado por la zorra, como era verdad cuanto decía, creyó que no lo engañaba y, pensando que era su amiga, no sospechó que lo hacía por quitarle el queso. Convencido el cuervo por sus palabras y halagos, abrió el pico para cantar, por complacer a la zorra. Cuando abrió la boca, cayó el queso a tierra, lo cogió la zorra y escapó con él. Así fue engañado el cuervo por las alabanzas de su falsa amiga, que le hizo creerse más hermoso y más perfecto de lo que realmente era.
»Y vos, señor Conde Lucanor, pues veis que, aunque Dios os otorgó muchos bienes, aquel hombre os quiere convencer de que vuestro poder y estado aventajan en mucho la realidad, creed que lo hace por engañaros. Y, por tanto, debéis estar prevenido y actuar como hombre de buen juicio.
Al Conde le agradó mucho lo que Patronio le dijo e hízolo así y por su buen consejo evitó que lo engañaran.
Y como don Juan creyó que este cuento era bueno, lo mandó poner en este libro e hizo estos versos, que resumen la moraleja. Estos son los versos:

Quien te encuentra bellezas que no tienes,
siempre busca quitarte algunos bienes [21]

Harvey: −Uno nunca sabe hasta qué parte los sentimientos de las otras personas son sinceros o verdaderos; cada persona busca sus propios intereses; en esta sociedad no sobrevive el que tiene más poder, sino el que tiene mayor picardía y lengua, por tanto te van a aconsejar mal.

Fénix: ¿Cómo así que gana el que tiene la lengua más larga?

Harvey: ¡Cómo eres de bruta, conciencia mía!; lo que quiero decir es que no saben callar.

Fénix: −Sí, de eso ya habíamos hablado. Pero, ¿no crees que también necesitas que te hagan halagos?, los halagos hacen que nuestra autoestima mejore: cuando se tiene buena autoestima, se es seguro para hacer las cosas, no se deja derrotar fácilmente y tiene voluntad de poder.

Harvey: −Bueno, sólo creeré en los halagos de los seres queridos más cercanos.

Fénix: Solamente debes saber distinguir hasta qué parte son verdaderos, resaltan algo que en verdad puedes hacer, pero si descubres que te halagan por cosas que sabes que no las puedes hacer bien, debes preocuparte.

Harvey: −He descubierto la posible causa de nuestras continuas peleas, para ponernos en acuerdo.

[21] Juan Manuel, Infante don. Lo que le sucedió a una zorra con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico, en: http://www.auladeletras.net/material/cuento_medieval1.pdf

Fénix: −¿Sí, cuál es?

Harvey: −Mi problema es mi baja autoestima. Lo más prudente es que busque ayuda profesional.

Fénix: −No me digas que vas a pedir cita con un sicólogo.

Harvey: −Sí, ¿qué tiene de malo?

Fénix: −Todo. Porque, ¿no crees que los sicólogos son personas comunes y corrientes, iguales a ti, por tanto tienen problemas, incluso; ya no han de poder con sus problemas, para que ahora tú los perturbes con los tuyos.

Harvey: −Tal vez tengas razón, pero si estudiaron esa profesión es porque se sienten capaces. Yo creo que más, que es por otra cosa que no quieres que vaya, creo que ahí descubrirán mis miedos; o sea, tus miedos.

Fénix: −¡Qué te voy a decir que no, si, sí! Pero los miedos son algo normal, desde niños se tiene miedos.

Harvey: −Los miedos sólo deben quedarse en la niñez, pero a mí me han acompañado hasta la juventud primera, han hecho que me sienta débil y que no puedo sobrevivir más; seré, en un futuro, un adulto inseguro e infeliz. ¿Eso es lo que quieres de mí? Hacerme un sujeto infeliz.

Fénix: −Esa no ha sido mi intención; tú eres el que ha mal interpretado mis susurros.

Harvey: −Encontré un relato que retrata mis miedos y, precisamente, se titula:

EL MIEDO

> Por el camino solitario, sus orillas sembradas de chumberas y algún que otro eucalipto, al trote de las mulas del coche, volvía el niño a la ciudad desde aquel pueblecillo con nombre árabe. ¿Cuántos años tendría entonces: cinco, seis? Él mismo no lo sabía, porque el tiempo, la idea de tiempo, no había entrado aún en su alma. Pero aquel anochecer entraría en ella otra idea nueva y terrible, a la que sólo el adulto puede, si es que puede, enfrentarse.
> A través de la ventanilla del coche iba viendo cómo el cielo palidecía, desde el azul intenso de la tarde al celeste desvaído del crepúsculo, para luego llenarse lentamente de sombra. ¿Le alcanzaría fuera de la casa y de la ciudad la noche, de cuya oscuridad creciente le habían protegido hasta entonces las paredes amigas, la lámpara encendida sobre el libro de estampas?
> Un miedo, de cuya aparición súbita en él acaso no se daba cuenta, atendiendo más al efecto que a la causa, le prevenía contra el mundo nocturno a campo abierto: el miedo frente a lo extraño y lo desconocido, y que comenzaba a traducirse para su conciencia infantil, con prisa, con afán, con angustia, en la presión de un movimiento incontenible (que las mulas del coche apresurasen el paso) huyendo hacia adelante.

> Muchos años más tarde te dijo alguna vez que él mismo desconocía aquella voz que de su entraña salió, oscura, amedrentada, diciendo: «Que va a caer la noche, que va a caer la noche, para prevenir a los otros», que no le hacían caso, que nada podían quizá, contra aquel horror antes desconocido; el horror a los poderes contrarios al hombre, sueltos y al acecho en la vida.
> Tú, que le conociste bien, puedes relacionar (con el margen inevitable de error que hay entre el centro hondo insobornable de un ser humano y la percepción externa de otro, por amistosa que sea) aquel despertar del terror primario y ancestral en un alma predestinada a sentirlo siempre, aunque intermitente, con la expresión que luego él mismo iba a darle cuando hombre en un verso: «Por miedo de irnos solos a la sombra del tiempo»[22].

Fénix: −Los miedos también te los pone la sociedad; desde que eres un bebé, las personas mayores te transmiten esos miedos; incluso desde que se está en el vientre, ya se transmite el miedo.

Harvey: −Te imaginas el mundo sin el miedo.

Fénix: −No me parece buena idea; el miedo nos lleva a tener pudor, a abstenernos de hacer algunas cosas.

Harvey: −Yo lo veo como la posibilidad de ser mejores.

Fénix: −¿Te gustaría ser como los animales?

Harvey: −¿Cómo así?

Fénix: −Sólo actuar por instinto. Los animales no miran si es que alguien lo va a criticar, todo lo hacen pensando en su sobrevivencia, pero no tienen conciencia.

Harvey: −Es mejor que estar en continua refutación entre el sí y el no que te dicta tu conciencia.

Fénix: −Creo que no hay cura para los miedos; lo que hay es una adaptación a ellos, aprendemos a vivir con ellos.

Harvey: −Como sea, cura o adaptación, lo que quiero es que los miedos no se interpongan en mi vida, que me dejen ser feliz.

Fénix: −Empieza haciendo lo necesario, continúa haciendo lo posible y, de repente estarás haciendo lo imposible.

Harvey: − No te entendí.

[22] Luis Cernuda. El miedo, en: Carmen Riera. Op. cit., p. 61-62.

Fénix: −Que uno mismo poco a poco debe acercarse a los miedos, enfrentarlos y, cuando menos imagines, estarás frente a ellos. Más bien deberías dejar que todo fluya como el agua, como en el siguiente relato, que se titula:

HISTORIA DE LA ESPADA, EL ÁRBOL, LA PIEDRA Y EL AGUA

> Entonces habló la espada y dijo: –Yo soy la más fuerte y puedo destruir a todos. Mi filo corta y doy poder al que me toma y muerte al que me enfrenta.
> –¡Mentira! –dijo el árbol–, yo soy el más fuerte, he resistido el viento y las tormentas. Se pelearon la espada y el árbol. La espada golpeó y golpeó hasta que fue cortando el tronco y derribó el árbol. –Yo soy más fuerte –volvió a decir la espada.
> ¡Mentira! –dijo la piedra. –Yo soy la más fuerte porque soy dura y antigua, soy pesada y llena.
> Y se pelearon la espada y la piedra. La espada golpeó y golpeó y no pudo destruir la piedra pero la partió en muchos pedazos. La espada quedó sin filo y la piedra hecha pedazos.
> –¡Es un empate! –dijeron las dos. Y lloraron de su inútil pelea.
> El agua las miraba, sin decir nada. Pero la espada la miró y dijo: –¡Tú eres la más débil de todos! Nada puedes hacer a nadie. ¡Yo soy más fuerte que tú!– Y se lanzó la espada contra el agua, un estrépito se hizo, los peces se asustaron y el agua no resistió el golpe de la espada.
> Poco a poco sin decir nada, el agua envolvió la espada y siguió su camino en busca del rio que crearon los dioses para curar su sed.
> Pasó el tiempo y la espada se hizo vieja y oxidada, perdió el filo y los pescados se le acercaban sin miedo. Con pena se retiró la espada del agua del arroyo. Sin filo y derrotada se quejó:
> –¡Soy más fuerte que ella pero no le puedo hacer daño y ella a mí, sin pelear, me ha vencido!
> Y cuando el hombre y la mujer se levantaron de su descanso, encontraron la espada en un rincón oscuro, el árbol caído, la piedra hecha pedazos y el agua del arroyo cantando.
> Y los abuelos terminaron de contar la historia y dijeron:
> –Hay veces que debemos pelear como si fuéramos espada, frente al animal; hay veces que tenemos que pelear como el árbol frente a la tormenta, hay veces que tenemos que pelear como piedra frente al tiempo. Pero hay veces que tenemos que pelear como el agua frente a la espada. Esta es la hora de hacernos agua y seguir nuestro camino hasta el río que nos lleve al agua grande donde curan su sed los grandes dioses, los que hicieron el mundo, los primeros. Así hicieron nuestros abuelos –dice el viejo Antonio–, resistieron como el agua resiste los golpes más fieros. El extranjero llegó con su fuerza, espantó a los más débiles, creyó que ganó, pero al tiempo se hizo viejo y oxidado.
> El extraño no comprendía por qué si ganó, estaba perdido. El extraño se fue y nosotros estamos aquí, como el agua del arroyo, caminando hacia el río que habrá de llevarnos al agua grande donde curan la sed los más grandes dioses, los que hicieron el mundo, los primeros.[23]

Harvey: −Yo quiero imitar al agua, aparentar que soy débil, pero que esa debilidad no sea en sí debilidad, sino cautela. Más bien tener la suficiente sabiduría y poder como para no hacer daño ni permitir que me hagan daño.

[23] Julia Pacheco Sánchez. Relatos del viejo Antonio: Mitos contados por un mito/comandante insurgente Marcos. Bogotá: Desde abajo, 2004, p. 45-50.

Fénix: −Todo fuera mejor si nadie hiciera daño, que todo se resolviera a través del diálogo, que haya vencidos y vencedores, no a golpes, sino con palabras de la razón.

Harvey: −Eso quiero de ti, conciencia, que no me hagas sentir culpable de mis actos. No quiero que esta lucha sea en vano.

Fénix: −La lucha más bien es con tus miedos y, como dijiste anteriormente, después de vencer los miedos, debes quererte a ti mismo, verás como el mundo te sonríe. Incluso creo que primero que vencer los miedos está quererte a ti mismo, y verás como tu otro yo, que no es más que tu conciencia, que soy yo, te halagará.

Harvey: Eso me pasó hoy, siento que te desconozco conciencia, ya no eres esa conciencia que a cada momento me está diciendo que no soy atractivo, que no sirvo para nada, que todos me odian.

Fénix: Todo está en tu imaginario, creas monstruos y uno de ellos soy yo; si tú cambias, yo cambio, todo cambia.

3. Eternización

DEL
AMOR

En una habitación se encuentran varios amigos y entre ellos hay dos parejas de novios que, después de algunas copas y en un ambiente propicio, empiezan a hablar sobre el amor, después de escuchar de fondo la canción "Amar o querer" de José José.

–¡Qué tema ese! –y tararea parte de la canción:

El que ama no puede pensar,
Todo lo da, todo lo da,
El que quiere pretende olvidar
Y nunca llorar y nunca llorar.

–A mí no me vengan con esas cursilerías.

–Eso lo dices porque nunca te has enamorado. Aunque enamorados o no, para Fernando Pessoa todos somos ridículos. Por ejemplo, para mi tú eres cursi por no enamorarte; si estuvieras en nuestra misma condición, no dijeras nada.

–Para mí, el amor es lo más bonito.

–Uno se enamora sólo una vez en la vida.

–No estoy de acuerdo contigo; yo digo que uno se enamora varias veces, pero dura muy poco, es fugaz el amor, esa es la palabra.

–En cambio, yo pienso que sólo el amor de madre es el verdadero amor.

–Pero debemos tener en cuenta que hay varias clases de amor.

–Además, creo que hay diferentes intensidades de amar, que varían según las clases de amor.

–¿Cuáles son las clases de amor?

–Yo digo que hay siete clases de amor, que se nombran según la clase de personas a la que lo impartimos: amor hacia los parientes, a las amistades, entre esposos, de padres a hijos y viceversa, al prójimo y a Dios.

–Para mí, las clases de amor son: romántico, pasional, inmediato, comprometido, narcisista, etc.

–A los que ustedes han dicho, yo sumaría estos: amor platónico, amor a primera vista, amor consciente, amor equivocado, amores compulsivos, amores dependientes y amores que matan.

–No pensaba que hubiera tantas clases de amor.

–Y tal vez se hallan muchas más, de las que nosotros aún no estamos enterados.

–Puede haber muchas más, pero creo que más bien desembocan en los que hemos dicho, o ya no son amor, sino enfermedades mentales.

–Saben, se puede decir que hay tantas clases de amor como hay clases de personas.

–O hay personas que aparentan amar, pero sólo es una estrategia.

–¿Estrategia para qué?

–Para satisfacer sus necesidades.

–Ah, en eso no había pensado.

–Yo creo que esto del amor lo entenderíamos mejor con ejemplos.

–Buena idea; qué tal si cada uno cuenta un relato y luego lo clasificamos según las clases de amor que hemos dicho.

–Vale

–¿Cómo clasificarían este relato?

EL ENCANTO

Ch´ienniang era la hija del señor Chang Yi, funcionario de Hunan. Tenía un primo llamado Wang Chu, que era un joven inteligente y apuesto. Habían crecido juntos y, como el señor Chang Yi quería mucho al muchacho, dijo que lo aceptaría de yerno. Ambos escucharon la promesa y, como estaban siempre juntos, el amor aumentó día a día. Ya no eran niños y llegaron a tener relaciones íntimas. Desgraciadamente, el padre no lo advirtió. Un día un joven funcionario le pidió la mano de su hija y el señor Chang Yi, olvidando su antigua promesa, consintió.

Ch´ienniang, debiendo elegir entre el amor y el respeto que le debía a su padre, estuvo a punto de morir de pena, y el joven estaba tan despechado que decidió abandonar el país para no ver a su novia casada con otro. Inventó un pretexto y le comunicó a su tío que debía marchar a la capital. Como el tío no logró disuadirlo, le dio dinero, regalos, y le ofreció una fiesta de despedida. Wang Chu, desesperado, pasó cavilando todo el tiempo de la fiesta, diciéndose que era mejor partir y no empeñarse en un amor imposible.

Wang Chu se embarcó una tarde y había navegado unas millas cuando cayó la noche. Le dijo al marinero que amarrara la embarcación y que descansaran, pero por más que se esforzó no pudo conciliar el sueño. Hacia la medianoche, oyó pasos que se acercaban. Se incorporó y preguntó:

– ¿Quién anda ahí, a estas horas de la noche?

– Soy yo, soy Ch´ienniang.

Sorprendido y feliz, Wang Chu la hizo entrar a la embarcación. Ella le dijo que el padre había sido injusto con él y que no podía resignarse a la separación. También ella había temido que Wang Chu, en su desesperación, se viera arrastrado al suicidio. Por eso había

> desafiado la cólera de los padres y la reprobación de la gente y había venido para seguirlo a donde fuera. Ambos, muy dichosos, prosiguieron el viaje a Szechuen.
> Pasaron cinco años de felicidad y ella le dio dos hijos. Pero no llegaban noticias de la familia y Ch´ienniang pensaba cada vez más en su padre. Ésta era la única nube en su felicidad. Ignoraba si sus padres vivían o no, y una noche le confió a Wang Chu su pena.
> – Eres una buena hija – dijo él – ya han pasado cinco años y se les debe de haber pasado el enojo. Volvamos a casa.
> Ch´ienniang se regocijó y se aprestaron a regresar con los niños.
> Cuando la embarcación llegó a la ciudad natal, Wang Chu le dijo a Ch´ienniang:
> – No sabemos cómo encontraremos a tus padres. Déjame ir antes a averiguarlo.
> Al divisar la casa, sintió que el corazón le latía. Wang Chu vio a su suegro, se arrodilló, hizo una reverencia y pidió perdón. Chang Yi lo miró asombrado y le dijo:
> – ¿De qué hablas? Hace cinco años Ch´ienniang está en cama y sin conciencia. No se ha levantado una sola vez.
> – No comprendo – dijo Wang Chu – ella está perfectamente sana y nos espera a bordo.
> Chang Yi no sabía qué pensar y mandó dos doncellas a ver a Ch´ienniang.
> La encontraron sentada en la embarcación bien ataviada y contenta. Maravilladas, las doncellas volvieron y aumentó el asombro de Chang Yi.
> Entretanto, la enferma había oído las noticias y parecía haberse curado: sus ojos brillaban con una nueva luz. Abandonó el lecho y se vistió ante el espejo. Sonriendo y sin decir una palabra, se dirigió a la embarcación.
> La que estaba a bordo iba hacia la casa: se encontraron en la orilla. Se abrazaron y los dos cuerpos se confundieron y sólo quedó una Ch´ienniang, joven y bella como siempre. Sus padres se regocijaron, pero ordenaron a los sirvientes que guardaran silencio, para evitar comentarios.
> Por más de cuarenta años, Wang Chu y Ch´ienniang vivieron juntos y fueron felices.[24]

–Un encanto de relato. Yo diría que este es un amor comprometido y consciente.

–¿Por qué?

–Comprometido, porque, a pesar de las dificultades, nunca se rindieron, y consciente porque asumieron las consecuencias de sus decisiones, solucionaron todos sus problemas.

–Yo diría que casi fue un amor que mata; si no es por el casi, la joven se muere.

–No, más se acerca a ser un amor equivocado.

–No, para nada, porque al final del relato dice que duraron cuarenta años.

–Tendría que haber terminado el relato en que vivieron juntos hasta la muerte; creo que cuarenta años es poco tiempo.

–Pero, si fallecieron.

[24] El encanto (Dinastia Tang- siglo VII-X), en: http://lugarinexistente.blogspot.com/2011/02/el-encanto-cuento-anonimo-chino.html

–Eso si no lo especifica el relato.

−Pero ese no es el caso; yo diría que es un amor equivocado, porque es un amor entre primos hermanos.

−¿Quién le dice no al corazón?

−¿Para qué tenemos la razón? Cuando se está sintiendo cosas que se sabe que no están bien, es mejor alejarse de la persona. Es lo mejor, para evitar problemas posteriores.

−¿Qué problemas pueden haber entre dos personas que se aman?

−Cuando se tiene la misma consanguinidad, las consecuencias las acarrean los futuros hijos con malformaciones.

−Se pueden cuidar para no tener hijos.

−Toda pareja desea tener hijos.

−No había pensado en eso. Ahí sí, lo ideal es no enamorarse de los familiares.

−Además, ¿por qué enamorarse de un familiar, habiendo tantos hombres y mujeres en el mundo?

−Es que lo prohibido es más apetecido.

−Jajajajaj, ¡loca!

−Creo que uno se enamora es porque pasa momentos especiales.

−Hay confianza.

−Creo que mejor es ser amigos.

−Pero a veces el cuerpo nos hace malas jugadas.

−Es mejor alejarse de la tentación.

−Aunque si yo supiera que mis hijos van a salir alentados, yo tomo el riesgo de estar con la persona que amo.

−No, yo, con tal de estar con quien amo, así sea un familiar, no me importaría que mis hijos salgan enfermos; al fin y al cabo son fruto del amor y enviados por Dios.

–Ahora me toca a mí contarles mi relato, que se titula:

EL DÍA DE LA SUERTE

Semana a semana se iba poniendo más pálida. A pesar de su entereza y de su gran fortaleza moral se quejaba de intensos dolores entre la espalda y la cintura. La orina se volvió turbia, casi lechosa y frecuentemente con un color rojizo.

Diana, la madre, la internó en la clínica de la salud, donde la sometieron a magnitud de exámenes de la sangre y de la orina y finalmente una serie de radiografías que confirmaron una avanzada tuberculosis localizada en ambos riñones. Consultado el doctor Rivera, médico muy afín de la familia, expresó claramente que la única solución para Stella era un transplante renal.

Mientras se conseguía un donante apropiado sería necesario someterla a un tratamiento para desintoxicar la sangre, llamado diálisis peritoneal. Cuando mejorase un poco seguiría un largo tratamiento denominado hemodiálisis; para ello era necesaria una cirugía mediante la cual se fusionaban una arteria y una vena del brazo. Por esa vía se inyectaba unas substancias químicas que purificaran la sangre y mejoraban mucho las molestias de Stella. De todas maneras las hemodiálisis eran dolorosas y requerían mucha paciencia por parte de la joven paciente.

Diana, la madre, era una mujer muy joven, divorciada desde los primeros meses de su matrimonio, trabajaba en la misma clínica de la salud en calidad de bacterióloga. Estuvo casada con el famoso doctor Sandoz, un eminente profesional dedicado a la enseñanza. Ejercía como decano de la Facultad de enfermería y con un marcado cinismo se complacía en narrar a Diana todas sus aventuras sentimentales con los estudiantes. Era frecuente que las alumnas más bellas de los cursos se viesen en la necesidad de aumentar una nota en las calificaciones para poder aprobar los cursos de las asignaturas que dictaba el profesor Sandoz.

Muy discretamente les sugería hacer el aumento de la calificación a cambio de que pasasen un par de horas con él en el diván que tenía en una habitación anexa a la decanatura.

El profesor Sandoz era un hombre alto, muy elegante, impecablemente vestido, dotado de una personalidad agradable, bastante bien parecido físicamente. Con estas condiciones, las alumnas aceptaban agradecidas la proposición del maestro y lograban obtener la aprobación de sus calificaciones.

Tan pronto como Diana obtuvo el divorcio se hizo cargo de la hija del matrimonio que tenía tan sólo seis meses y se empeñó en dedicarle todo el tiempo disponible sin dejar de cumplir con sus compromisos como bacterióloga de la clínica. Al fin y al cabo ella misma no era sino otra de las víctimas de las conquistas del profesor Sandoz, que también dictaba la cátedra de parasitología, donde Diana obtuvo su grado.

La delicadeza de Diana, y su buen gusto, se rebelaron desde un comienzo contra el estudio de las heces fecales para investigar la presencia de parásitos intestinales. A causa de esa repugnancia le tomó odio a la asignatura que dictaba el profesor Sandoz. En todas las demás materias de estudio las calificaciones de Diana eran sobresalientes. Ella no resistía enfocar el microscopio sobre las fétidas deyecciones de los niños o adultos. Por esta razón tuvo que aceptar el diván del profesor Sandoz y logro así obtener la aprobación de la cátedra de parasitología. Pero la excepcional belleza del cuerpo de Diana y el ardiente entusiasmo con que respondió a las expertas caricias del maestro, hicieron que la unión se prolongase por meses y meses, hasta terminar en matrimonio cuando ella se encontró embarazada. A pesar de estar profundamente enamorada de su marido, no se consideró capaz de soportar las infidelidades y el cinismo con que se jactaba de las nuevas conquistas y todo el viejo fervor y el ardoroso entusiasmo se convirtieron en un odio profundo. Logró obtener el divorcio antes del nacimiento de Stella, que resultó ser una niña realmente prodigiosa, no sólo por su extraordinaria

belleza física sino por una inteligencia muy por encima del promedio de niños de su edad.
Así llegó Stella al término de sus estudios secundarios y se estaba preparando para la universidad cuando le sobrevino la dolorosa enfermedad renal que la obligaba a las molestias de la diálisis; al comienzo eran dos veces a la semana. Desafortunadamente heredó de su padre un grupo sanguíneo con el factor Rh negativo, que es muy escaso. El Profesor Sandoz, que negaba la paternidad de Stella, se negó rotundamente a donar uno de sus riñones para salvar la vida de la muchacha.
Diana se esforzaba inútilmente en busca de alguien del mismo grupo de sangre para proponerle la compra de un riñón que tanto necesitaba Stella. Casi todos los días se comunicaba con Candelario, un moreno gigante, que trabajaba como paramédico en el Hospital General. Candelario manejaba la sección de Emergencias y estaba también empeñado en buscar entre los heridos terminales alguien que compartiese el raro grupo de sangre que tenía Stella, para obtener el buscado riñón.
Cada vez que Stella se quejaba por los dolorosos tratamientos de la diálisis, su madre le decía: –Tranquila, hija. Pronto llegará el día de la suerte–. Pero ese día no llegaba.
Era a comienzos de febrero. Las mañanas eran oscuras, llenas de neblina y la lluvia caía desoladamente sobre el pavimento de la ciudad. Llegaban estudiantes enfundados en gruesos abrigos, con los zapatos encharcados y dejaban sucias huellas de lodo en los blancos mosaicos de la clínica. Todos andaban en busca de clasificaciones de grupo de sangre para ingresar a la universidad. Entre los numerosos solicitantes estaba un joven de unos 23 años, muy alto, delgado, que manifestó a Diana:
–Necesito examen de clasificación de sangre, para obtener una licencia de conducción, pero no tengo dinero. Le pagaré dentro de dos días cuando empiece a conducir un taxi que me proporciona un primo lejano. Pienso estudiar leyes en el día y seré conductor en las noches. En esta forma pienso pagar mis estudios.
Quedó impresionada Diana por la franqueza del joven y aceptó practicar los exámenes. Grande fue su sorpresa cuando comprobó que el grupo de sangre del joven correspondía exactamente con el de su hija.
Cuando dos días más tarde se presentó el muchacho a cancelar el valor de los exámenes, ella lo invitó a cenar a su casa. Aceptó, con la condición de retirarse en la noche después de las ocho, porque necesitaba hacerse cargo del taxi para trabajar hasta el amanecer.
Diana lo presentó a su hija. Las aventuras y desventuras del muchacho, que provenía de un Departamento de la costa Caribe las impresionaron mucho a ambas; era un excelente conversador y salpicaba la charla con anécdotas personales o familiares. Usaba un lenguaje audaz y picante, muy propio de su lugar de origen.
Ambas lo acompañaron hasta la puerta de la casa, luego de la cena. Se despidió como un viejo amigo y se dirigió a pie hasta la estación de taxis en busca de su vehículo.
Intencionalmente Diana ocultó a Stella que ese joven tenía el mismo raro grupo de su sangre. Estaba fatigada de buscar un donante de riñón para la desdichada muchacha. Ese día de la suerte no llegaba.
Candelario meneaba negativamente la encrespada cabeza rucia cada vez que Diana lo interrogaba acerca de heridos en accidentes de motocicleta o de riñas en los fines de semana. Buscaba particularmente personas jóvenes en buen estado físico como candidatos ideales para obtener ese riñón que tanto necesitaba Stella.
Las sesiones del doloroso procedimiento de diálisis la sostenían hasta ahora con vida, pero ese tratamiento no era definitivo y la madre sabía que muchos pacientes fallecían antes de hallar un donante. Más grave aún era el problema de Stella, poseedora de un grupo de sangre tan escaso.
El médico especialista de la unidad renal de la Clínica de la Salud se hallaba también muy interesado en obtener el riñón adecuado para el transplante de Stella. Él mismo ordenaba las clasificaciones de sangre a todos los heridos graves que llegaban en los fines de semana tanto a la clínica como al Hospital General.

Pero el buscado riñón se negaba a aparecer. Miraba con descontento cómo muchos órganos de gentes jóvenes iban a parar al cementerio o al crematorio. Los transplantes eran costosos y era difícil conseguir órganos compatibles con determinados grupos de sangre. Muchas familias se negaban obstinadamente a permitir que se extrajera para transplante un órgano que otro paciente necesitaba para continuar con vida. Algunos alegaban creencias religiosas y decían que no podían permitir que su hijo o su hermano resucitasen al final del mundo con un solo riñón, sin hígado o sin pulmones…Otros simplemente se oponían a permitir que un familiar le fuese practicada la autopsia por el temor de que se le sustrajese un órgano. En muchas ocasiones los mismos jueces autorizaban sepelios sin el requisito legal de una necropsia por solicitud de las familias adineradas.

Jaime Eduardo era el nombre del estudiante caribeño metido a taxista. Desde el primer momento simpatizó con Stella y aprovechaba cuanta hora libre tenía en la mañana para visitar a la muchacha. Los dos jóvenes siempre estaban solos porque la madre se ocupaba toda la mañana en la clínica. La joven no había tenido relaciones sentimentales con ningún muchacho de su edad y comenzó a sentirse atraída por Jaime Eduardo.

Esas visitas la distraían de las penalidades de su enfermedad; sus mejillas inocentes experimentaban un agradable rubor durante los fugaces abrazos de saludo o los ocasionales besos de amistad durante las confidencias mutuas. Stella, temerosa de las prohibiciones maternas, no solía comentar con su madre estas visitas. Sabía que su vida no tenía futuro. Estaba desengañada de la vida y poco confiaba en el prometido día de la suerte.

Con alguna frecuencia coincidían las hemodiálisis de Stella con las de otra joven de su misma edad. Leonora, hija de un conocido internista de la misma Clínica de la Salud, era huérfana de madre. Era una joven alta, de constitución atlética. Igual que Stella no pudo asistir a la universidad por una insuficiencia renal, originada por hipertensión arterial de tipo maligno. Desde niña su presión arterial aparecía con cifras muy elevadas, refractaria a todos los medicamentos utilizados para bajar la tensión arterial. Su padre, a pesar de su gran profesión, era un pésimo miembro de la familia. Amonestaba severamente a Leonora por el bajo rendimiento en sus estudios y tardó mucho tiempo en darse cuenta que los malos resultados escolares eran debidos a las cefaleas que acarreaba la hipertensión maligna de la muchacha. Leonora, con sus largas piernas, amplias caderas y senos protuberantes era buena integrante en el equipo de baloncesto de su colegio.

Estudiaba en un colegio femenino, regido por una comunidad de monjas, ya que el Dr. Otálvaro, su padre, no quiso permitir para ella un colegio mixto. Con todo su celo se empeñaba en mantenerla alejada de los varones y no le toleraba amigos. En dos ocasiones hizo retirar por la policía al joven Hernán Moreno, un muchacho sano, buen estudiante y de excelente familia, que estaba profundamente enamorado de Leonora. El único motivo para rechazarlo era que el muchacho lucía un pequeño aro de oro en su oreja izquierda.

Leonora y Stella intimaron en su amistad ya que coincidían en el mismo horario de sus hemodiálisis y ocupaban camillas vecinas. Estando en las mismas condiciones de salud y de tratamiento surgió entre ellas una gran amistad que empezaron también a compartir Jaime Eduardo, el costeño, y Hernán, el enamorado de Leonora. Las cartas que enviaba Hernán a su muchacha eran llevadas por el taxista a Stella, quien se las leía en voz alta a Leonora durante las sesiones de diálisis. A las pocas semanas de esta amistad, un joven mensajero de farmacia fue arrollado por un vehículo fantasma en las proximidades de la misma clínica. Su clasificación de sangre correspondió exactamente a la de Leonor y la prepararon rápidamente para el transplante renal.

Desafortunadamente el riñón funcionó mal desde el primer momento; se presentaron claros signos de rechazo y Leonora tuvo que permanecer largas semanas sometida a las diálisis y a las medicinas contra el rechazo al riñón del ciclista. Una mañana, cuando Stella ingresó a Nefrología para su diálisis, supo con dolorosa sorpresa que la cama de

Leonora estaba vacía. Después de tantas semanas de soportar tratamiento, luego de tantos dolores como experimentó, de tantas lágrimas por las cartas del enamorado, acabó reducida a un pequeño estuche de cenizas.

El pesimismo y la depresión empezaron de nuevo a angustiar a Stella. Recordó la emoción que experimentó su amiga cuando supo que habían encontrado a un donante para ella. ¡Tanto esperar por un riñón adecuado para fallecer luego por el maldito rechazo al órgano ajeno!

Definitivamente su día de suerte no quería aparecer. La alborotada cabeza de Candelario seguía meneándose negativamente a las preguntas de la angustiada madre.

La muerte de Leonora afectó considerablemente la evolución del problema de Stella. Olvidó los deseos de vivir. Comenzó a desfallecer y perdió las esperanzas de hallar un riñón compatible con su extraño tipo de sangre.

Por primera vez empezaba a desear la muerte. Era preferible el desenlace final a las incomodidades y el dolor de las diálisis, que ahora eran diarias debido al progresivo deterioro de los riñones.

El doctor Rivera, viejo amigo de la familia, y secretamente enamorado de Diana,
seguía buscando un herido joven en estado terminal que pudiera ser el donante para el transplante de Stella. –Ya llegará el día de la suerte–, decía el doctor, aludiendo al término que compartían madre e hija. Pero ese día de la suerte no llegaba en tanto que la salud de la muchacha empeoraba por momentos. En la Unidad Renal de la clínica les dijeron que el proceso de las diálisis estaba llegando a su fin y si no había el riñón para el transplante, a la muchacha sólo le quedarían dos semanas de vida. La noticia desconcertó por completo a Diana, la madre.

Redobló las visitas a las salas de emergencia del Hospital General para encontrar que el moreno Candelario seguía meneando negativamente la cabeza.

Era un sábado en la tarde. Diana avisó a su hija que necesitaba viajar esa misma noche a una población vecina en su propio automóvil para realizar unos exámenes urgentes. Tendría que trabajar también en la mañana del domingo siguiente. En presencia de la muchacha preparó cuidadosamente un maletín de emergencias y se despidió de ella. Al tomar el automóvil colocó dentro del maletín una enorme llave inglesa que habían olvidado dentro del garaje los instaladores del acueducto. Ya lejos, en la carretera, hizo una llamada por teléfono celular a la empresa de taxis y solicitó hablar con Jaime Eduardo.

–Estoy de viaje hacia San Eugenio, le dijo. El motor del carro se detuvo y necesito de tu ayuda.

Era casi media noche. Desde una cabina de teléfono público recibió la policía una llamada. La voz tranquila, con claridad explicó: hay un taxi estacionado a un lado de la vía y junto al vehículo está una persona gravemente herida.

¿Quién habla? –preguntaron de la policía, pero el teléfono se colgó.

En la mañana siguiente sonó una llamada desde el Hospital General para Diana. Era Candelario para avisarle que un joven taxista estaba inconsciente, con severas lesiones en el cráneo y que el grupo de sangre del taxista coincidía con el que estaba ella buscando para su hija.

Inmediatamente Diana avisó al doctor Rivera y todo el personal de la Clínica se preparó para recibir al moribundo y someter al transplante de Stella.

Corrió ella a dar la noticia a su hija: –Hoy domingo, es tu día de la suerte. Apareció el riñón que buscábamos para ti.

–Qué bueno, madre, dijo ella. Pero mi día de la suerte fue ayer sábado.Jaime Eduardo me declaró su amor. Ofreció donarme uno de sus riñones para casarse conmigo…[25]

[25] Ricardo Mejía Isaza. Relatos de asombro. Pereira: Papiro, 2004, p. 49-56.

–Uff, que historia más trágica.

–Ese es el amor de madre, que es el primer amor que conoce el hombre al nacer.

–Es el amor más puro.

–Yo no estoy de acuerdo con ustedes, niñas; creo que, como seres humanos, las madres también tienen intereses.

–Yo también estoy de acuerdo contigo, amigo. Es más, creo que a veces el amor de madre es sobreprotector y, a la vez, truncador de sueños de los hijos.

–¡Nooo!, el amor de esta madre es verdadero, porque llega hasta matar en su desesperación de salvar la vida de su hija.

–Pero creo que después de la muerte de su primer amor, no quiera vivir más.

–Sólo que como madre, a veces no se miran las consecuencias, se es imprudente.

–Por eso dicen que el amor es ciego y la locura lo acompaña.

–Pero creo que el amor de una madre no debe ser ciego, sino que debe ser vidente y cuerdo, para poder guiar a sus hijos.

–Y tampoco debe ser sobreprotector y cortador de alas.

–Pero, entonces, ¿la madre era buena madre o mala madre?

–¡Qué pregunta la tuya!

–No soy nadie para juzgar, ni quisiera estar en los zapatos de esa mujer.

–Yo digo que la madre obra precipitadamente, pero esto no quiere decir que sea mala madre.

–Para mí, que la madre fue egoísta.

–¿Por qué?

–Porque no quería que su hija tuviera una relación; esto también demuestra que no tenían una buena relación de madre-hija, porque si la hubieran tenido no hubiera pasado lo que pasó.

–Tal vez la madre le salvó la vida pensando que su hija iba a estar con ella toda la vida.

–Y ahí la mayoría de padres, en especial las madres, pecan de egoístas, al no dejar vivir a los hijos su propia vida.

–La verdad, ustedes me han dejado confundida.

–Nos han dejado confundidas. No creo que las madres actúen por egoísmo, o si lo hacen es sin saber; todo lo que hace una madre es para proteger a sus hijos.

−Yo insisto en que las madres deben de ser más prudentes.

–Mejor pasemos a otro relato. Ahora es mi turno y el relato que les voy a contar les adelanto que es como a mí me gustan, y se llama:

SUJEY

Miraba desde su ventana, con la mirada oscura perdida entre los hombres que empezaban a llegar al barrio Amor. Su rostro moreno de altos pómulos era para todos un misterio. Tenía largas cejas arqueadas y los ojos sombreaban bajo las pestañas postizas que usaba sólo para el trabajo y que guardaba con cuidado en una cajita metálica con cuadros escoceses de tonalidades rojizas en la tapa. La caja contuvo alguna vez dulces ingleses legítimos y Sujey la conservaba como un delicado tesoro.

Pero esa noche, casi a punto de comenzar su labor, no estaba lista. Tenía puesta una bata de casa, no llevaba maquillaje y sus pestañas reposaban dentro de la caja, en el cajón del armario donde guardaba sus adornos de fantasía. Los otros, los de oro, estaban en la casa de empeño. Siempre andaba escasa de dinero y, en la prendería, yo recibía sus joyas y las de casi todas las mujeres del barrio Amor, para cambiarlas por efectivo, sólo que muchas veces las devolvía sin cobrar el interés del diez por ciento común en el negocio.

Miraba los automóviles particulares que llegaban a las diferentes casas con los alegres muchachos que en pocos momentos iniciarán su ronda etílica y lujuriosa por el barrio. Con los codos apoyados en el marco de la ventana, dejaba descansar su rostro en las dos manos y se masajeaba las sienes con precauciones. Su cabello negro caía a ambos lados ocultado sus manos y parte de su cara amoratada; la boca grande, que casi no sonreía, presentaba una hinchazón oscura y restos de sangre coagulada bajo el rojo del mertiolate.

–No puedo trabajar hoy…No quiero que nadie me vea así…Y un sollozo le enredó las palabras.

Dara le acarició el cabello, suplicándole asistir al salón donde se arremolinaban ya los clientes.

La fiesta de esa noche era especial. Veinte muchachos universitarios celebrarían el final de sus estudios, por lo que el negocio estaría cerrado para otros clientes. No vendrían más que ellos, que ya la conocían y sabían que el licor la tornaba violenta, pero la necesitaban para que engalanara el salón con su presencia y con los tangos de moda entre los estudiantes.

No era del todo su culpa, le decía Dara mientras sacaba del armario el vestido negro de fiesta que también le iba al cuerpo alto de Sujey.

Dócil, como si fuera una niña, dejó que su compañera la vistiera. No habría más lágrimas por hoy y vino una sesión de hielo que trajo Tito el cantinero, que se quedó parado en el umbral de la puerta mirando como Dara envolvía los cubos de hielo en un pañuelo limpio y los dejaba sobre las hinchazones y moretones hasta que Sujey le retiraba la mano adolorida.

Era buena enfermera su amiga y muchas veces ejerció sus cuidados en el rostro y cuerpo de Sujey, tan dada a la pelea que la emprendía con el primero que tuviera a mano cuando se pasaba de copas.

– ¡Esta noche, es la última Sujey! –la reconvino Tito, muy serio, mientras hacía sonar los cubos contra la hielera que balanceaba en la mano. –Dice la doña que si armas bronca hoy, te despide… ¡Y es en serio!

Dejó el recipiente en la mesita de noche y salió camino al bar atezando, con saliva, la punta retorcida de sus bigotes.

¿Despedirla?, miró con pánico a Dara, que le aseguró que nada de eso pasaría si se limitaba a cantar sin aceptar de los muchachos nada de licor, sólo refresco de cola con agua, tan igual al brandy que nadie lo notaría. Así lo hacían todas mientras departían con los clientes comunes y sólo tomaban licor de verdad con sus respectivos hombres cuando la casa cerraba al amanecer.

Dejar la casa, expulsada, significaba dejar el barrio donde ninguna madam la aceptaría y trabajar en las calles la horrorizaba tanto como volver a su pueblo, de donde salió con sus pocas cosas en una caja de cartón, para trabajar en la casa de una rica familia del mejor barrio de la ciudad.

Nunca le gustó ser doméstica y, sin embargo, estuvo empleada con diversas familias, hasta que su genio se alborotaba por una orden confusa, un mandato altanero o cualquier exigencia fuera de horario de sus patrones.

Supo del barrio por una amiga de Dara, quien también trabajaba en el servicio doméstico. Fue una tarde de domingo en el parque principal donde se reunían con novios y amigos, muchos de ellos pertenecientes a la fuerza pública.

Para entonces, Sujey tenía un medio novio, un policía que cuando estaba de franca la invitaba a café con leche al principio, después de unas cuantas salidas le ofreció licor con la esperanza que Sujey respondiera a su requerimientos amorosos. Ella, que apreciaba su virtud por recomendación de sus padres, quienes "la matarían si caía en malos pasos", se fue aficionando sin darse cuenta a la bebida, pero nunca cedió a las solicitudes del muchacho.

Pero esa tarde estaban solas y la curiosidad las llevó al barrio Amor.

A la dueña de la casa le encantaron las dos jóvenes que, además de su belleza, tenían algo de ese aire campesino un tanto tímido, un tanto melancólico, pero con cierta sencilla felicidad frente a la vida y a las cosas bellas, objetos, lámparas, vestidos, que observaban con voces de admiración. Les habló del dinero que ganarían, sin tener que cocinar, limpiar, barrer o cuidar niños y ambas lanzaron un grito de alegría. Tito les llevaba las copas a cada señal disimulada de la Madam y movía la cabeza con recelo, mirando a las jóvenes flacuchas, esmirriadas, sobre todo Sujey, tan alta, y trató de imaginarlas con maquillaje y peinado alto, hasta que se dio por vencido y se dedicó a brillar el mostrador.

Llegó a su trabajo habitual muy tarde esa noche y se encontró con la furia de su patrona que entre insultos le expresó que no admitiría más en su casa a una ebria de sólo dieciséis años que no servía para nada, que le descuidaba la casa y los niños, que coqueteaba con los amigos de la familia, que era, en fin, un fracaso, y amenazó con devolverla a sus padres en el primer bus de escalera que saliera para el pueblo.

Conforme a las instrucciones de la señora del barrio Amor, Sujey se mostro dócil y con voz melosa que contrariaba su temperamento cerril, anunció que tenía otro trabajo en una casa decente también, donde había niños y hasta perro.

Al otro día en la mañana, su nueva patrona llamaría a pedir referencias sobre ella.

Sucedió, en efecto, la llamada de la doña, que se enfrentó a un largo historial de defectos, pero, eso sí, dejando en claro que Sujey era aseada en su persona, además de ser una niña buena que nada tenía que ver con hombres. Había que cuidarla mucho, porque era un poco volantona, pero, hasta ese momento, la familia respondía por su virtud, no fuera que después los padres de la niña vinieran con reclamos… esto le agradó

a la doña, que habló de protegerla como a una hija y tener paciencia con su espíritu rebelde.
Humberto, el dueño de la prendería entró a la habitación para entregarle a Sujey personalmente sus joyas, tal como le pidió por teléfono aduciendo que su aspecto no le permitió salir a la calle después de la última pelea. Además, el prendero prefería llevar él mismo las joyas cuando a última hora de la tarde decidían que usarían tal o cual aderezo y él, después de cerrar la casa de empeño, las llevaba ocultas en el bolsillo del saco y de paso aprovechaba para conocer secretos de la casa y quedarse con alguna de las muchachas, que casi nunca le cobraban por un rato de amor que él agradecía escuchando en silencio las historias personales que le contaban para desahogar sus corazones.
Dara le cubría con maquillaje los moretones del rosto mientras que Sujey recordaba, con voz lenta y cansada, su primera ganancia en la casa. Sucedió al medio día, una semana después de llegar, hacía ya mucho tiempo. El hombre era ese presidente de banco que aún se aparecía por allá en automóvil lujoso y siempre para acudir a un llamado de la doña, cuando llegaba una campesina púber. Era su debilidad. El hombre calvo, delgado y alto, con sus infaltables gafas de carey, la sentó sobre las rodillas y le habló como un padre, pero con palabras tan dulces que el suyo propio ni siquiera conocía. Le acarició el cabello, le colgó en los lóbulos roturados de sus orejas unos aretes de oro puro, pequeñitos como correspondían a una niña y apagó la luz que se filtraba por la pantalla roja de la lámpara.
La doña recibió su comisión en una valiosa joya que Humberto le guardaba en la casa de empeño cuando las cosas no iban muy bien.
Sujey, más alta aún sobre los zapatos de gamuza con altos tacones, se miró al espejo, admirada del trabajo de Dara, que le dio un delicado beso en la mejilla y juntas le sonrieron a la luna brillante que se metía al interior de la pieza por la ventana de la habitación.
Tito hacía piruetas detrás del mostrador del bar para cumplir los pedidos de los universitarios que brindaban por su triunfo y entonaban su himno casi con reverencia, mientras las empleadas iban y venían con bandejas, pasa bocas, copas y botellas. Todas estaban ataviadas con las mejores ropas como correspondía a una fiesta de grados y algunas llevaban birrete en la cabeza y largas togas negras sobre su cuerpo desnudo.
Gabriel, brindaba como los demás, con algo de amargura por no entender los chistes nacidos en las aulas de una Facultad que pronto tuvo que abandonar por problemas en la vista y optó por estudiar derecho, profesión en la que se necesitaba más una buena memoria y una lógica despierta.
Hizo sus estudios de abogacía en menos tiempo que el promedio de estudiantes de la Facultad, presentando exámenes de suficiencia que ganaba sin dificultad, lo que le valió el apoyo de El Jurista Gallo, que ostentaba orgulloso. Desde antes de graduarse ya ejercía en la oficina de uno de sus profesores y después de su título comenzó una serie de éxitos constantes como penalista en sus defensas que congregaban a los estudiantes que daban sus primeros pasos en la carrera. Su familia, de un azul conservador intenso, estaba más que orgullosa del muchacho que ya incursionaba por lo alto en la política partidista.
Aunque tenía invitación especial de un antiguo grupo, se sentía un poco excluido y se sentó en la barra con su vaso de whisky.
Fue cuando vio a Sujey. Bajaba las escaleras descansado en cada peldaño, observando la reunión desde su altura. Gabriel se dio cuenta de que jamás había visto una mujer así, altiva, bella, con ese cabello negro recogido en lo alto de la cabeza dejando ver el cuello largo, adornado con perlas. Su traje negro con escote en strapless y ceñido al cuerpo como una caricia, llegaba justo a los tobillos, mientras caminaba altiva sobre los altos tacones negros de gamuza.
Se levantó con el vaso en la mano y se acercó a la escalera ofreciendo su brazo a la mujer. Todos callaron temerosos de una explosión de ira de Sujey que, en cambio,

enlazó su desnudo brazo enjoyado al de Gabriel y se acercó al centro del salón donde las mesas, unidas y cubiertas con manteles, congregaban a los universitarios.
Cuando Sujey cantó Cuartito Azul, ya el licor hacía de las suyas en el ánimo de todos y lloraron cuando ella con su voz profunda dijo: "ya no soy más aquel muchacho oscuro, todo un señor desde esta tarde soy", se reflejaba en el tango: "pero nunca cuartito te lo juro, nunca estuve tan triste como hoy". Los de provincia, debían abandonar la ciudad para ejercer como profesionales en las suyas propias y sabían que no volverían a la casa de barrio Amor, que había sido el amable refugio de su bohemia.
Una o dos canciones melancólicas más en la voz dulce de Sujey y el barman hizo sonar música bailable, temeroso de que la reunión terminara sin las ganancias esperadas para la casa y las muchachas.
Gabriel bailó con ella, pero más que todo se dedicó a conocer a esa mujer que parecía un enigma. Hablaba poco y vivía constantemente sin que el licor enredara su lengua ni sus movimientos seguros en los bailes más complicados.
Dara revisaba de vez en cuando la bebida de Sujey, hasta que Tito le aseguró que la mantenía controlada con su mezcla de cola y agua que él mismo ponía sobre el mostrador del bar donde se sentaba la pareja después de cada pieza.
Esa noche marcó para los dos el inicio de un romance que habría de durar toda la vida.
Todas las noches, Gabriel llegaba a barrio Amor con dulces ingleses legítimos comprados 'en la Viña' y un ramo de flores. Muy pronto, Sujey empezó a esperarlo, bañada, sin maquillaje en el rostro y sin las pestañas postizas, lo cual le daba ingenuo aire de colegiala.
Llegaba a la casa siempre de madrugada, cuidando de no despertar a su madre y sus hermanas mayores, a quienes inquietaba el rumbo que había tomado la vida de Gabriel, tan recatado siempre, con una rutina invariable de la casa al trabajo, en la noche a casa de nuevo para estudiar demandas y códigos. Ellas, preocupadas por la soledad afectiva de Gabriel, le presentaban amigas de buena familia y dirección política adecuada, pero él seguía solo y nunca salía más de una vez con mujer alguna.
–Cuando consiga novia, la traigo para que le den el visto bueno–. Con frases así intentaba siempre calmar la ansiedad de su familia.
Una noche, Gabriel no encontró a Sujey en el salón junto a las demás muchachas y subió a buscarla en su habitación, donde la encontró sentada al borde de la cama, llorosa y triste. Oscuras ojeras rodeaban sus ojos negros, los párpados hinchados y enrojecidos.
Imaginó una de esas formidables peleas en la que, contaban sus amigos, se ensartaba Sujey cuando se pasaba de tragos. Él tenía la culpa, por haberla dejado sola el fin de semana, cuando debió ir a la finca de la familia, con su madre, y dedicarse a negocios en un pueblo cercano. No le hizo provecho alguno, tomó la mano de la muchacha y la acarició con ternura.
–Cuéntame con quién fue la pelea, no te dé miedo, yo te voy ayudar, sabes que te quiero.
–No me peleé con nadie. La doña no me quiere aquí porque desde el viernes no atiendo a ningún cliente. Creo que de aquí salgo para mi pueblo. Lo miró con sus ojos sombreados y añadió: –Creí que te habías cansado de mí.
Dio la noticia a su familia con aplomo: –Me caso con ella. Trabaja en una casa de barrio Amor; pero la quiero y ella a mí.
El luto cerrado que la mamá vestía desde la muerte del esposo no fue suficiente para ocultar su vergüenza y la única salida del día era para la misa de las seis de la mañana, donde le pedía a Dios que su hijo, su muchacho, el mejor de todos, el más cumplidor del deber, el más estudioso, volviera a sus cabales y dejara la mujer que lo enredó en sus redes, esa mala mujer que conquistó el noble corazón de su hijo.
Gabriel y Sujey se casaron en la iglesia cercana a barrio Amor, pero no hubo fiesta. Las muchachas, las madamas, los cantineros y unos pocos amigos de Gabriel, presenciaron la ceremonia con sus mejores galas, ni una nota de color fuera de tono llamó la atención del cura que conocía muy bien la historia de Sujey.

Se dispersaron en el atrio entre besos y arroz y la nueva vida de Sujey comenzó en la finca de la familia de Gabriel, donde ella respiró de nuevo el aire del campo y el llamado de la tierra la regresó a sus modos campesinos. Se enteró del ganado, de las siembras, habló con los peones y dio a Gabriel los primeros consejos sobre los manejos de la hacienda.

Cuando nacieron los niños, la abuela se negó a conocerlos y la ausencia de sus hijas que, una vez casadas, emigraron con sus maridos a la capital, la sumió en una soledad enfermiza de la que sólo la consolaban la misa diaria y el sacerdote, cuyos consejos desatendidos eran por completo inútiles.

Sin embargo, cuando la tarde del domingo Gabriel contaba a su madre acerca de los progresos de la hacienda y los negocios del pueblo, una sonrisa distendía los ajados labios y Gabriel aprovechaba, en ese momento fugaz de alegría, para recordarle que los nuevos frutos se debían a los consejos de Sujey. Pero la madre no quería saber de los propios progresos materiales de su hijo, pues consideraba que una mujer no debía 'racionar' al marido y administrar sus ingresos económicos.

– ¿Dónde se ha visto–, decía masajeando histérica sus cabellos grises, –que una mujer de la vid…de ésas, domine a su marido? ¿Dónde quedó tu dignidad? ¡Dios mío, devuélvemele la cordura a este muchacho!– Y así terminaban las visitas de domingo.

Las momentáneas locuras de la madre se hicieron cada vez más frecuentes y la empleada doméstica decidió dejarla, viniendo una sucesión de mujeres que aguantaban unos días el trato despótico de la anciana y terminaban por abandonarla, hasta que Sujey, que manejaba a distancia los hilos domésticos de la casa de su suegra, a quien no conocía, decidió ir personalmente.

–Soy Luisa–, le mintió, –me mandó su hijo Gabriel para que le ayude en algo. Estoy a sus órdenes, señora.

Sujey se convirtió en los brazos y en las fuerzas de la madre de Gabriel, que decía:

–Esta mujer es mi paño de lágrimas, no sé qué haría sin ella.

En las largas horas impartidas por las dos mujeres, la suegra abrió su corazón enfermo de desengaño y de egoísmo, lloró por su soledad y por el abandono de las hijas, reconoció que nunca quiso conocer los hijos de su único hijo varón, lo cual le llenaba de remordimientos y de tristeza, pero "tengo mi orgullo y no los voy aceptar porque se casó con una mujer de la vida". Sujey, con su innata habilidad para mirar el interior de las personas, lo que en su vida pasada le valió el cariño de sus compañeras, ayudó, con sus palabras sencillas de sabiduría elemental, a desahogar las angustias de la señora, que una tarde de domingo le pidió a Gabriel le llevara a los nietos y a Sujey.

Entraron primero los niños a la espaciosa casa y se apretujaron contra la puerta de la sala, donde una anciana les sonreía y abría hacia ellos los brazos. Gabriel los empujó con suavidad hacia la abuela, que besó sus caritas y acarició las cabezas de oscuro cabello lacio; el niño con los claros ojos de su padre y ella con las oscuras pupilas de Sujey, que entró en ese momento.

La anciana miró asombrada a la mujer que le ayudaba todos los días en los quehaceres domésticos, que, de pie ante la puerta de la sala, la observaba llena de temor, mientras se arrodillaba en el suelo para apretar contra su pecho a los niños que corrieron hacia ella. Comprendió, entonces, que aquella Luisa con quien había compartido sus horas melancólicas de confidencia, había sido puesta en su vida como un sino por Aquel que tenía en sus manos el destino de los hombres. Contra cualquier pronóstico, Sujey encontró un lugar junto a sus hijos y su marido, entre los brazos de la anciana.

La casa familiar se llenó de risas de niños, las ventanas se abrieron de nuevo y todas las mañanas Sujey llevaba a su suegra a la iglesia, en la tarde al parque, y en las noches rezaba con ella las últimas oraciones.

Las hijas, sus maridos y el sacerdote de la parroquia, llegaron cuando la madre agonizaba. Junto al lecho, una hermosa mujer morena, con los ojos enrojecidos y los párpados hinchados por el llanto, sostenía la mano de la moribunda.

> –Ella es Sujey, aunque prefiero llamarla Luisa–, musitó la anciana, –la mujer del barrio Amor que se casó con mi hijo. Dios me la mandó para acompañar mi soledad. Ahora, sólo quiero morir en sus brazos con el alma tranquila… Sujey, cerró los cansados ojos de la suegra y entonó por ella un padrenuestro.[26]

–Esta clase de amor, que nace de la suegra hacia Sujey, no está dentro de la lista que hicimos.

–Pero tratemos de descifrarlo.

–El amor entre Sujey y Gabriel es un amor a primera vista, sentimental, comprometido, independiente y consciente.

–Con todo lo que has dicho, creo que ya estás catalogando esta relación dentro del amor verdadero.

–Tal vez.

–Pero creo que, en la actualidad, ya no se ve nada de este tipo de amor.

–¡No!, chicas, el amor verdadero no existe, o no tendremos la oportunidad de conocerlo; ustedes han idealizado el amor, han buscado un estereotipo de cómo será el amor perfecto, verdadero. Pero métanse en la cabeza que no existe.

–Creo que sólo conocemos fases del amor verdadero.

–Hum, ustedes y su pesimismo. Así no exista el amor verdadero, pero nada cuesta soñar.

−Ahhhh, pero que quede claro que aunque sea un amor verdadero, correspondido, siempre habrá obstáculos que hay que sobrellevar y solucionar.

−Creo que el amor se ve reflejado en la facilidad que se tiene para solucionar los problemas.

−Tener tolerancia.

−Hacer primeramente la voluntad de la otra persona que la de uno mismo.

−Eso tampoco; será para que las mujeres se aprovechen de uno.

−No, para nada; cuando se hace feliz a la otra persona, se recibirá como recompensa la felicidad.

---

[26] Luz Magnolia Uribe. Notas de fango y otros cuentos. Medellín: El tambor arlequín, 2006, p. 73-81.

−¿Será?

−Será mejor que hagas la prueba.

–Y, ¿cómo queda, entonces, el amor entre suegra y nuera?

–Es un amor filial, de la nuera hacia la suegra.

–El de suegra también es maternal.

–Los dos son distintos, pues el amor de la madre se desarrolla desde el momento en que los siente en su vientre. Es un amor que nace instintivamente.

–Ajá.

–En cambio, el amor de la suegra surge después de conocer a Sujey y recibir sus atenciones.

–Yo diría que es un amor de interés, porque si Sujey no la hubiera atendido como era, la suegra no la hubiera querido.

–Ahí Sujey es la que da un amor sin interés.

–Muy buen corazón el de Sujey, porque, después de que la suegra la rechazó, ella decidió servirla.

–Y creo que el amor de Sujey superó al amor de las hijas, que no eran capaces de servir a su propia madre.

–Yo primero sirvo a mi madre y luego a esposo e hijos; se debe tener en cuenta a quien nos ha servido más y a quien conocimos primero.

–La enseñanza que me ha dejado este relato es que debemos dar amor, para que los demás nos den amor.

–Eso sí, el amor hay que ganárselo, como se lo ganó Sujey. Si miran, Sujey hizo feliz a su suegra, y a la vez fue feliz ella.

−Haz el bien y no mires a quien.

–Sabias palabras, amiguis.

–Bueno, creo que me toca mi turno. Pero ustedes ya han hablado del amor filial. Espero que dé pie para hablar de algo nuevo, aunque no creo. Y se titula así:

EL PEQUEÑO ESCRIBIENTE FLORENTINO

Tenía doce años y cursaba la cuarta elemental. Era un simpático niño florentino de cabellos rubios y tez blanca, hijo mayor de cierto empleado de ferrocarriles quien, teniendo una familia numerosa y un escaso sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre lo quería mucho, y era bueno e indulgente con él; indulgente en todo menos en lo que se refería a la escuela: en esto era muy exigente y se revestía de bastante severidad, porque el hijo debía estar pronto dispuesto a obtener otro empleo para ayudar a sostener a la familia; y para ello necesitaba trabajar mucho en poco tiempo.

Así, aunque el muchacho era aplicado, el padre lo exhortaba siempre a estudiar. Era éste ya de avanzada edad y el exceso de trabajo lo había también envejecido prematuramente. En efecto, para proveer a las necesidades de la familia, además del mucho trabajo que tenía en su empleo, se buscaba a la vez, aquí y allá, trabajos extraordinarios de copista. Pasaba, entonces, sin descansar, ante su mesa, buena parte de la noche. Últimamente, cierta casa editorial que publicaba libros y periódicos le había hecho el encargo de escribir en las fajas el nombre y la dirección de los suscriptores. Ganaba tres florines por cada quinientas de aquellas tirillas de papel, escritas en caracteres grandes y regulares. Pero esta tarea lo cansaba, y se lamentaba de ello a menudo con la familia a la hora de comer.

– Estoy perdiendo la vista – decía –; esta ocupación de noche acaba conmigo.

El hijo le dijo un día:

– Papá, déjame trabajar en tu lugar; tú sabes que escribo regular, tanto como tú.

Pero el padre le respondió:

– No, hijo, no; tú debes estudiar; tu escuela es mucho más importante que mis fajas: tendría remordimiento si te privara del estudio una hora; lo agradezco; pero no quiero, y no me hables más de ello.

El hijo sabía que con su padre era inútil insistir en aquellas materias, y no insistió. Pero he aquí lo que hizo. Sabía que a las doce en punto dejaba su padre de escribir y salía del despacho para dirigirse a la alcoba. Alguna vez lo había oído: en cuanto el reloj daba las doce, sentía inmediatamente el rumor de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó a que estuviese ya en cama; se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió el quinqué de petróleo, y se sentó en la mesa de despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las direcciones de los suscriptores.

Empezó a escribir, imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con miedo; las fajas escritas aumentaban, y de vez en cuando dejaba la pluma para frotarse las manos; después continuaba con más alegría, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta: ¡cerca de un florín! Entonces se detuvo: dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió a la cama de puntillas.

Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la mesa de buen humor. No había advertido nada. Hacía aquel trabajo mecánicamente, contando las horas y pensando en otra cosa. No sacaba la cuenta de las fajas escritas hasta el día siguiente. Sentado a la mesa con buen humor, y poniendo la mano en el hombro del hijo:

– ¡Eh, Julio – le dijo –, mira qué buen trabajador es tu padre! En dos horas he trabajado anoche un tercio más de lo que acostumbro. La mano aún está ágil, y los ojos cumplen todavía con su deber.

Julio, contento, mudo, decía para sí: "¡Pobre padre! Además de la ganancia, le he proporcionado también esta satisfacción: la de creerse rejuvenecido. ¡Ánimo, pues!"

Alentado con el éxito, la noche siguiente, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Y lo mismo siguió haciendo varias noches. Su padre seguía también sin advertir nada. Sólo una vez, cenando, observó de pronto:

– ¡Es raro: cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte!

Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.

Lo que ocurrió fue que, interrumpiendo así su sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante; por la mañana se levantaba rendido aún, y por la noche al estudiar, le costaba trabajo tener los ojos abiertos. Una noche, por primera vez en su vida, se quedó dormido sobre los apuntes.
– ¡Vamos, vamos! – le gritó su padre dando una palmada –. ¡Al trabajo!
Se asustó y volvió a ponerse a estudiar. Pero la noche y los días siguientes continuaba igual, y aún peor: daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado; estudiaba las lecciones con desgano, y parecía que le disgustaba el estudio. Su padre empezó a observarlo, después se preocupó de ello y, al fin, tuvo que reprenderlo. Nunca lo había tenido que hacer por esta causa.
– Julio – le dijo una mañana –; tú te descuidas mucho; ya no eres el de otras veces. No quiero esto. Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti. Estoy muy descontento. ¿Comprendes?
A este único regaño, el verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se turbó.
– Sí, cierto – murmuró entre dientes –; así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya.
Pero por la noche de aquel mismo día, durante la comida, su padre exclamó con alegría:
– ¡Este mes he ganado en las fajas treinta y dos florines más que el mes pasado!
Y diciendo esto, sacó a la mesa un puñado de dulces que había comprado, para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria que todos acogieron con júbilo.
Entonces Julio cobró ánimo y pensó para sí:
"¡No, pobre padre; no cesaré de engañarte; haré mayores esfuerzos para estudiar mucho de día; pero continuaré trabajando de noche para ti y para todos los demás!"
Y añadió el padre:
–¡Treinta y dos florines!... Estoy contento... Pero hay otra cosa –y señaló a Julio – que me disgusta.
Y Julio recibió la reconvención en silencio, conteniendo dos lágrimas que querían salir, pero sintiendo al mismo tiempo en el corazón cierta dulzura. Y siguió trabajando con ahínco; pero acumulándose un trabajo a otro, le era cada vez más difícil resistir. La situación se prolongó así por dos meses. El padre continuaba reprendiendo al muchacho y mirándolo cada vez más enojado. Un día fue a preguntar por él al maestro, y éste le dijo:
– Sí, cumple, porque tiene buena inteligencia; pero no está tan aplicado como antes. Se duerme, bosteza, está distraído; hace sus apuntes cortos, de prisa, con mala letra. Él podría hacer más, pero mucho más.
Aquella noche el padre llamó al hijo aparte y le hizo reconvenciones más severas que las que hasta entonces le había hecho.
– Julio, tú ves que yo trabajo, que yo gasto mucho mi vida por la familia. Tú no me secundas, tú no tienes lástima de mí, ni de tus hermanos, ni aún de tu madre.
– ¡Ah, no, no diga usted eso, padre mío! – gritó el hijo ahogado en llanto, y abrió la boca para confesarlo todo.
Pero su padre lo interrumpió diciendo:
– Tú conoces las condiciones de la familia: sabes que hay necesidad de hacer mucho, de sacrificarnos todos. Yo mismo debía doblar mi trabajo. Yo contaba estos meses últimos con una gratificación de cien florines en el ferrocarril, y he sabido esta mañana que ya no la tendré.
Ante esta noticia, Julio retuvo en seguida la confesión que estaba por escaparse de sus labios, y se dijo resueltamente: "No, padre mío, no te diré nada; guardaré el secreto para poder trabajar por ti; del dolor que te causo te compenso de este modo: en la escuela estudiaré siempre lo bastante para salir del paso: lo que importa es ayudar para ganar la vida y aligerarte de la ocupación que te mata".
Siguió adelante, transcurrieron otros dos meses de tarea nocturna y de pereza de día, de esfuerzos desesperados del hijo y de amargas reflexiones del padre. Pero lo peor era que éste se iba enfriando poco a poco con el niño, y no le hablaba sino raras veces, como si

fuera un hijo desnaturalizado, del que nada hubiese que esperar, y casi huía de encontrar su mirada. Julio lo advertía, sufría en silencio, y cuando su padre volvía la espalda, le mandaba un beso furtivamente, volviendo la cara con sentimiento de ternura compasiva y triste; mientras tanto el dolor y la fatiga lo demacraban y le hacían perder el color, obligándolo a descuidarse cada vez más en sus estudios.

Comprendía perfectamente que todo concluiría en un momento, la noche que dijera: "Hoy no me levanto"; pero al dar las doce, en el instante en que debía confirmar enérgicamente su propósito, sentía remordimiento; le parecía que, quedándose en la cama, faltaba a su deber, que robaba un florín a su padre y a su familia; y se levantaba pensando que cualquier noche que su padre se despertara y lo sorprendiera, o que por casualidad se enterara contando las fajas dos veces, entonces terminaría naturalmente todo, sin un acto de su voluntad, para lo cual no se sentía con ánimos. Y así continuó la misma situación.

Pero una tarde, durante la comida, el padre pronunció una palabra que fue decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba más echado a perder y más pálido que de costumbre, le dijo:

– Julio, tú estás enfermo. – Y después, volviéndose con ansiedad al padre –: Julio está enfermo, ¡mira qué pálido está!... ¡Julio mío! ¿Qué tienes?

El padre lo miró de reojo y dijo:

– La mala conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era estudiante aplicado e hijo cariñoso.

– ¡Pero está enfermo! – exclamó la mamá.

– ¡Ya no me importa! – respondió el padre.

Aquella palabra le hizo el efecto de una puñalada en el corazón al pobre muchacho. ¡Ah! Ya no le importaba su salud a su padre, que en otro tiempo temblaba de oírlo toser solamente. Ya no lo quería, pues; había muerto en el corazón de su padre.

"¡Ah, no, padre mío! – dijo entre sí con el corazón angustiado –; ahora acabo esto de veras; no puedo vivir sin tu cariño, lo quiero todo; todo te lo diré, no te engañaré más y estudiaré como antes, suceda lo que suceda, para que tú vuelvas a quererme, padre mío. ¡Oh, estoy decidido en mi resolución!"

Aquella noche se levantó todavía, más bien por fuerza de la costumbre que por otra causa; y cuando se levantó quiso volver a ver por algunos minutos, en el silencio de la noche, por última vez, aquel cuarto donde había trabajado tanto secretamente, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura.

Sin embargo, cuando se volvió a encontrar en la mesa, con la luz encendida, y vio aquellas fajas blancas sobre las cuales no iba ya a escribir más, aquellos nombres de ciudades y de personas que se sabía de memoria, le entró una gran tristeza e involuntariamente cogió la pluma para reanudar el trabajo acostumbrado. Pero al extender la mano, tocó un libro y éste se cayó. Se quedó helado.

Si su padre se despertaba... Cierto que no lo habría sorprendido cometiendo ninguna mala acción y que él mismo había decidido contárselo todo; sin embargo... el oír acercarse aquellos pasos en la oscuridad, el ser sorprendido a aquella hora, con aquel silencio; el que su madre se hubiese despertado y asustado; el pensar que por lo pronto su padre hubiera experimentado una humillación en su presencia descubriéndolo todo..., todo esto casi lo aterraba.

Aguzó el oído, suspendiendo la respiración... No oyó nada. Escuchó por la cerradura de la puerta que tenía detrás: nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído. Se tranquilizó y volvió a escribir.

Las fajas se amontonaban unas sobre otras. Oyó el paso cadencioso de la guardia municipal en la desierta calle; luego ruido de carruajes que cesó al cabo de un rato; después, pasado algún tiempo, el rumor de una fila de carros que pasaron lentamente; más tarde silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por el ladrido de algún perro. Y siguió escribiendo.

> Entretanto su padre estaba detrás de él: se había levantado cuando se cayó el libro, y esperó buen rato; el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido de las hojas de la puerta; y estaba allí, con su blanca cabeza sobre la negra cabecita de Julio. Había visto correr la pluma sobre las fajas y, en un momento, lo había recordado y comprendido todo. Un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa invadió su alma. De pronto, en un impulso, le tomó la cara entre las manos y Julio lanzó un grito de espanto. Después, al ver a su padre, se echó a llorar y le pidió perdón.
> – Hijo querido, tú debes perdonarme – replicó el padre –. Ahora lo comprendo todo. Ven a ver a tu madre.
> Y lo llevó casi a la fuerza junto al lecho y allí mismo pidió a su mujer que besara al niño. Después lo tomó en sus brazos y lo llevó hasta la cama, quedándose junto a él hasta que se durmió. Después de tantos meses, Julio tuvo un sueño tranquilo. Cuando el sol entró por la ventana y el niño despertó, vio apoyada en el borde de la cama la cabeza gris de su padre, quien había dormido allí toda la noche, junto a su hijo querido.[27]

–Ánimo, está bueno el relato. Ya hemos hablado del amor de padre a hijos, nuera a suegra, ahora toca hablar del amor de los hijos hacia los padres.

–Menos mal, le hallaste la temática.

–Bueno, pues, ¿qué piensan?

–Qué bueno el hijo, pero el padre la embarra al subestimar el sacrificio del hijo.

–Los padres siempre meten la pata.

–No sólo los padres; nosotros como hijos también.

–Eso es normal en nosotros los seres humanos, pero sí hay que razonar y aprender de la metida de pata, para no volver a meterla.

–Volviendo al tema, creo que el padre quería para su hijo un mejor futuro y, pues, es normal que el padre quiera que su hijo sólo se dedique a estudiar, para que tenga un mejor futuro.

–Aunque el trabajo también es importante.

–Claro, cuando termina la carrera ya retribuye todo lo que han hecho los padres.

–No, yo creo que el valor del trabajo se debe enseñar desde la primera infancia; eso sí, sin caer en la explotación. Si se ama a un hijo, se le debe enseñar de todo para que, cuando los padres no estén, en el mañana pueda sobrevivir.

[27] Edmundo de Amicis. El pequeño escribiente florentino, En: http://www.caritasvitoria.org/datos documentos/El%20pequeno%20florentino.pdf

–En eso sí tienes razón; amar no es solamente proveer de lo material, sino más bien enseñar que todo se consigue con sacrificio.

–En pocas palabras, enseñarle a pescar y no darle el pescado, porque se malacostumbra.

–Entonces, el padre de nuestro relato estaba cometiendo el error de no querer que su hijo le ayude en su oficio.

–Claro, si él hubiera permitido que su hijo le ayude, el niño no se hubiera enfermado ni descuidado sus estudios, ni él se hubiera enfermado.

–Por querer hacer más, tanto el padre como el hijo hicieron menos.

–Amigos, no confundamos el amor con el tener toda clase de privilegios.

−Se ha visto que en las clases sociales altas, las familias son infelices, lo material nunca va a llenar los vacíos del alma.

−Pero, con plata, los problemas son más llevaderos.

−La plata no es todo en esta vida; hay cosas que el dinero nunca podrá remplazar, como lo es el amor, la salud, etc.

−El amor, a diferencia del dinero, mueve montañas.

−Por eso se debe combinar el amor con el trabajo.

−Yo diría que mejor es hacerlo todo bajo la dirección del amor.

−Donde hay amor, el resto vendrá por añadidura.

–Y no olvidemos que todo lo que pasa es para probar nuestro amor hacia los demás, como en el siguiente relato que nos cae, es para todos los que estamos aquí en esta habitación. El relato se titula:

TODO ES PARA BIEN

El ciego y el jorobado eran dos de las personas más pobres del lugar, pero como eran muy buenos amigos, compartían casa para no tener tantos gastos. Y, con el tiempo, acabaron por complementarse de maravilla. Cuando salían a pasear, por ejemplo, el jorobado guiaba al ciego y el ciego ayudaba a caminar al jorobado. Y lo mismo sucedía en casa. Mientras el jorobado hacía collares y pulseras artesanales que luego vendía en la parada del mercado, el ciego se encargaba de todos los trabajos de la casa: limpiaba, lavaba la ropa, cocinaba y todo lo demás.

Así vivieron unos cuantos años. El jorobado iba ahorrando lo que ganaba con sus ventas y el ciego iba manteniendo la casa limpia y ordenada. Se puede decir que los dos amigos convivían en perfecta armonía.

Pero un día el jorobado pensó: "Estoy envejeciendo, no podré trabajar mucho más. Pierdo la vista y mis dedos no son tan ágiles como antes".
Y entonces se preguntó: "¿Qué voy a hacer con el dinero que he ahorrado en todos estos años? ¿Por qué tengo que compartirlo con el ciego si he sido yo quien lo ha ganado? Este dinero tendría que ser sólo para mí. Aunque también es verdad que el ciego es amigo mío y por eso debería compartirlo con él... No sé qué hacer...".
El jorobado no paraba de darle vueltas y vueltas al tema. Hasta que una tarde, al llegar a casa, le dijo al ciego:
– Viniendo hacia aquí he pasado por el mercado y he comprado un pescado fresquísimo. Pero resulta que me ha salido un compromiso de última hora y mañana no podré quedarme a comer. Aunque eso no es problema, amigo mío, ya que puedes comértelo tú, que a mí lo que me hace feliz es saber que serás tú quien lo va a disfrutar.
– Caramba, muchas gracias – le respondió el ciego. – Me lo cocinaré con verduritas a la cazuela mañana para comer.
Al día siguiente, el ciego se levantó de muy buen humor. No pasaba todos los días que uno podía comer un buen pescado. Dedicó la mañana a hacer las tareas domésticas y, hacia el mediodía, comenzó a prepararlo.
Lo primero que hizo fue poner la olla al fuego, luego tiró un chorrito de aceite y después unas cuantas verduritas del huerto. Y esperó un poco a que estuvieran bien doraditas antes de poner el pescado.
– ¡Esto va a estar de rechupete! –exclamó mientras dejaba la olla al fuego haciendo chup–chup.
Pero pocos minutos después, cuando estaba poniendo la mesa, el ciego empezó a notar un olor realmente extraño.
– ¿Qué es este olor tan raro? – se preguntó mientras intentaba localizarlo abriendo y cerrando las aletas de la nariz. – ¿De dónde vendrá?
El ciego metió las narices por todos los rincones de la casa sin acabar de localizarlo. Mientras, el olor se hacía cada vez más insoportable.
Tras recorrer todas las habitaciones, el ciego entró en la cocina y comprobó con sorpresa que el mal olor salía del interior de la cazuela.
– ¿Qué cosa más rara? – dijo, toda vez que ponía la nariz justo encima de la olla. – Sí, sí, no hay duda, el olor sale de aquí.
El ciego acercó la nariz cada vez más sin poder ver que la cazuela soltaba una espesa humareda. Y tanto la acercó que acabó por entrarle en los ojos. ¡Bueno, no veas cómo picaba! Al pobre hombre le caían mejillas abajo unos lagrimones enormes. Pero lo que nunca se pudo imaginar es que, cuando logró abrirlos de nuevo, sus ojos volvían a ver.
– ¡Veo!– gritaba loco de alegría.
Ya lo creo que podía ver. Aunque lo primero que vio no le gustó nada; descubrió que dentro de la cazuela no había pescado fresco sino que lo que había eran serpientes venenosas.
Inmediatamente se dio cuenta de todo: el jorobado había intentado envenenarle. Pero pensó que también había conseguido hacerle un gran bien ayudándole a recuperar la visión.
– ¿Y ahora qué hago? – se preguntó. – Porque es cierto que el jorobado ha intentado matarme, pero también es cierto que gracias a ello mis ojos pueden volver a ver.
Al final pudo más el enfado que la alegría y el ciego decidió vengarse. Pilló el bastón más grueso que tenía y se escondió en el rincón más oscuro a la espera de que el jorobado regresara a casa.
El jorobado llegó cuando ya era noche. Abrió la puerta y entró en la casa con pies de plomo, ya que no sabía qué se iba a encontrar.
– Hola, ¿hay alguien en casa? – preguntó cuando llegó al comedor.
Al oírlo, el ciego abandonó su escondite y le pegó tal bastonazo en la espalda que el jorobado se puso recto de repente.

> – ¡Mi joroba ha desaparecido! – exclamó llorando de alegría. – ¡Mi espalda está recta! ¡Gracias, gracias!
> Los dos amigos habían intentado hacerse daño el uno al otro, pero lo único que habían conseguido era hacerse un favor mutuamente. El ciego había recuperado la vista y el jorobado había perdido la joroba.
> Aquella misma madrugada, los dos amigos se sinceraron explicándose todos sus sentimientos. Se pidieron perdón una y mil veces prometiéndose que nunca más intentarían hacerse daño. Y así fue cómo el ciego y el jorobado siguieron viviendo juntos en aquella casa hasta el fin de sus días. Pero lo más importante que consiguieron es que su amistad fuera más fuerte cada día.[28]

–Agarrémonos a golpes, jajajajjaja.

–Pórtate seria.

–No, ya.

–Es interesante el mensaje que nos da. Cualquiera que sea la clase de amor, para que sea duradero no se debe dejar entrar la cizaña, la hipocresía y el interés.

–Con lo que dijiste has resumido todo, hemos quedado sin palabras.

–La persona que realmente ama debe hacer las cosas en beneficio de su amigo, del otro.

−Aunque creo que de vez en cuando es conveniente poner a prueba los sentimientos del otro. Porque caras vemos, pero corazones no sabemos.

−No, debemos aprender a confiar en los que amamos.

−Pero por confiar es que quedamos como ignorantes, ilusos.

−Tendremos una experiencia más. Desde que uno tenga la conciencia limpia, el otro es el que queda mal, y perderá una amistad que tal vez sí haya sido sincera.

−Yo digo que, en el caso de las parejas, si son el uno para el otro, a pesar de los obstáculos, el destino siempre los unirá.

−Creo que también aplica para los amigos. En lo posible de ahora en adelante daré lo mejor de mí misma, haré feliz a los otros sin esperar nada a cambio, para ser yo feliz.

–¿Será que uno es feliz haciendo feliz a los otros?

–No me convences. Si fuera así de sencillo, ¿no crees que todos seríamos felices? Y, por otro lado, vas a esperar siempre la recompensa y te vas a olvidar de tu parte.

[28] Todo es para bien, en: http://www.animalec.com/kahani/cuentos/todo.pdf

–No somos felices porque no hacemos a nadie feliz, el amor que damos es de interés. Todo es un proceso para dejar de pensar sólo en nosotros; yo intentaré olvidarme de mi misma y luego dejaré atrás mis intereses.

–No sé, todavía no me convenzo porque hoy en día ya no podemos confiar ni en el amor filial, ni en el paternal.

−Hay que darse una oportunidad, todavía quedan personas buenas.

–Es que ni siquiera nos queremos a nosotros mismos. Hoy en día nos vamos a los extremos; por un lado, no se tiene nada de autoestima o, por el otro lado, se es narcisista.

–¿Cómo así que narcisista?

–¿No han escuchado la historia de Narciso?

–No.

–No les voy a contar la historia de Narciso, pero sí otro relato más o menos parecido y ustedes mismos van a decirme de qué se trata el narcisismo.

–Ok.

El relato se titula:

LA TONTA HISTORIA DE UN AMOR COMÚN Y CORRIENTE

¿Un hombre podrá decir de otro hombre que es bello, como es bella una mujer?
El sentido de la belleza nos extravía –dijo Best–; pues en el caso del joven Mariano Luna, ellos y ellas se extravían en pos de sus gracias, sin conseguir más presas que el desdén del joven bello, absorto en la perfección de su cuerpo y en la contemplación de su ombligo.
– ¿Te gustan las mujeres, Mariano?
–Soy misógino
_ ¿Y los hombres?
–No se parecen a mí…
–Debes sentirte muy solo.
–No donde haya espejos.
Sabiendo las rarezas del bello Mariano, Sandra Barbosa debió estar loca para haberse enamorado de un barbilampiño que sólo la hacía sufrir y no la utilizaba sino para que le hiciera las consultas y le soplara las respuestas en los exámenes.
–Con tantos hombres por ahí y tenías que fijarte en un marica.
–No es un marica, sino un muchacho sensible y muy delicado; lo amo por eso.
–Te acercas con él al amor por las mujeres.
–Pues no siempre amamos las diferencias absolutas.
– ¡Huy!... Sandrita… mejor me voy. Hasta luego, mija.

En clase.
–Oiga, profesor: ¿ya leyó usted mi último poema?

–Qué pena, Mariano, pero aún no he tenido ese gusto.
– Pero, ¡cómo puede ser!; si el profesor Manuel Alirio ya lo leyó y su concepto fue muy elogioso.
–Entonces, conténtate con eso; que el que escribe por elogios debe contentarse con muy poco y lograr menos.
Risas.
–Yo gané un concurso universitario de poesía.
– ¿Síííí? ¿Y quién fue tu jurado?
Risas
Lo del elogio del profesor Manuel Alirio ocurrió de la siguiente manera:
–Profesor, ¿ya leyó usted mi último poema?
–Sí: se respira en él una exquisita delicadeza que hace recordar también la exquisita sensibilidad de Pierre Louys.
– ¿La canción de Bilitis?
–Ciertamente: te inspiró el amor para cantar igual que Safo, con frases rítmicas, abrevadas en sus amores lésbicos. Te inspiró lo que amas, y así el corazón no da más que delicadas flores, efluvios del alma. Ustedes, estudiantes, que tienen la inmerecida gracia de alternar con un bardo aquilatado, deberían estudiar los exquisitos poemas de su compañero junto con los mejores poetas colombianos…
–Gracias, querido profesor.
–No digo sino lo justo
–Profesor Manuel Alirio.
–Hable, señorita Barbosa.
–Perdone la pregunta: ¿le gustan los poemas o el muchacho?
Risas.
– ¡Silencio! ¡Silencio!
–Perdón, profesor.
–Tiene la palabra Jacobo Mendieta.
–Sólo es para dedicarle a la compañera Sandra unos versos de Lope de Vega:
¿No ves que son los celos como sarna
Que ninguno escapa de tenerla?
Risas.
– ¡Silencio! ¡Silencio!
Se siguieron diciendo cosas y la clase se convirtió en un relajo. Con todo, era cierto que Sandra estaba celosa del profesor Manuel Alirio, que andaba con Mariano, que se había convertido en su motor artístico y que, tal vez, lo amaba; pues para nadie era un secreto que el profesor…

Desdeñoso con la mujer que lo amaba, se portaba con ella indiferente y cruel.
–Te amo Mariano. Estoy loca por ti. Loca perdida.
–Eso no significa nada para mí. Si fueras como yo…
– ¡Pero, cómo eres para tratar de parecerme!
–Para conocerme tendrías que esperar a ver que yo sea correspondido.
–Pero. ¿Por quién?
–Por yo mismo, pero en otra parte.
–Yo no estaré viva para entonces. Ahora mismo me siento un poco muerta: ya no soy la misma muchacha que te vio por primera vez.
–Debiste mirar para otro lado.
–El "otro lado" fue donde tú estabas. Bueno, ¿y tú por qué no miras hacia otro lado? Ven, unámonos. Amémonos aquí mismo. Solamente una vez. Como para no morir.
–No debo: perdería mis fuerzas. Debilitaría mi cuerpo. Sería como no amar, y lo que yo quiero es amar, mas no me encuentro. Viviré dividido y solo…

Como era hermoso, el joven se amaba extremadamente. Se amaba y se admiraba tanto que, detenido en el espejo en casa de Sandra, suspiraba y sufría por no poder asir al "otro" que del otro lado lo miraba también con ojos llorosos. Se acercó ansioso para besar su propia boca húmeda y entreabierta, cuando en ese instante tembló el azogue y el horror de la magnificencia del otro mundo se desplegó como una flor de hielo sobre este mundo real de sueños y despertares sin cuento.
Un mundo se había dilatado sobre el suyo, bañándose con mil matices de los estremecimientos de la luz y ya no supo cuál de los dos era (él o el del espejo). Sintió como que caía. Quiso gritar. Se le entumecieron los miembros; pero fue sólo mientras pasaba un viento tempestuoso, porque después, había entrado en una estela luminosa, le llegó un estado de felicidad total.
_ ¡Mamáaaaaaa!
Traída por el llamado de Sandra, llegó la madre –Una adorable señora de cincuenta años–; detrás de ella vino el esposo, seguido por los dos hijos menores.
– ¿Qué pasa, Sandrita?
–Entren al baño.
Se precipitaron al baño y hallaron que el bello Mariano Luna, apoyado en el lavamanos, de pie, sereno, tenía la cabeza metida…en el espejo.
La señora dijo:
–Ya decía yo que los espejos tenían un no sé qué.
Y frente a lo que estaban viendo, todos estuvieron de acuerdo con la sabia opinión de ella.
–Llamen a sus padres.
Mientras que llegaban los padres del muchacho, los Barbosa lo rodearon, curiosos más que preocupados. Abrieron la puerta del gabinete que enmarcaba el espejo y vieron que ninguna cabeza sobresalía por detrás; estaba todo igual: la lata blanca, el espacio de los cepillos de dientes, los frascos, las cajas, la jabonera, las cuchillas de afeitar, los champúes, las pomadas…
– ¿Cómo sacarlo de aquí? – Preguntó la niña.
–Pues tirándolo– contestó el muchacho.
–No –replicó el padre–, esperemos a sus papás que, con el hijo que tienen, sabrán más de espejos.
Papá –dijo la niña–.
Y el niño, antes que su padre respondiera: –Pues, empujemos a éste y mandemos al diablo el postulado de Euclides: las líneas paralelas pueden encontrarse en el mismo mundo en donde la suma de los ángulos de un triángulo pueden tener más de ciento ochenta grados. La geometría del universo no es euclídea: es una geometría de las cuatro dimensiones.
– ¿Qué?
– ¿En dónde aprendiste eso?
–En el almanaque Bristol, papacito.
En ese momento llegaron los padres del atrapado en el espejo, y los Barbosa se hicieron a un lado para no estorbarles. Acercóse la señora de Luna al cuerpo de su hijo, le acarició las manos y abrió y cerró varias veces la puerta del gabinete buscando la cabeza de Mariano.
–Ya lo decía yo –dijo– que su amor era imposible y que debía amar a otro ser que no fuera él mismo; pero los hijos…; si estaba como hechizado por los espejos; es que también…, bueno, es que es tan querido, tan fuera de lo común, noooo… vaya por un médico, mijo –le ordenó a su esposo.
–Yo soy médico, mija.
–Ah, cierto…, entonces tómele la presión y vea cómo anda su corazón.
El doctor Luna abrió su maletín, se puso el estetoscopio, dasabotonó la camisa de su hijo y le auscultó el pecho, después le tomó el pulso y dijo: –Su corazón está bien. Es como si estuviera feliz en su estado. Intentemos sacarlo. Será necesario romper el espejo.

– ¡No! –exclamó el niño–, contrariar la fuerza de atracción que lo lleva a otro universo sería mortal. Por otra parte, el espejo no es más que una puerta, y una puerta es mejor dejarla en donde se halle, porque como sirve para entrar sirve para salir.
– ¡Qué!
–Estás viendo mucha televisión, muchacho –dijo el doctor.
Y el niño:
–Decía Vells que hay universos que están más lejos de nosotros que la nebulosa más lejana y, sin embargo, más cerca de nosotros que nuestras manos y pies.
– ¿Qué estás leyendo?
–El almanaque Bristol, doctor.
–Bueno, bueno, pero, ¿qué debemos hacer?
Y otra vez el niño:
–El muchacho terminará por entrar. El resto es impredecible. En este caso estamos a contravía de la lógica cartesiana; frente a puertas inducidas abiertas sobre réplicas dimensionales o superficies de Riemann que, no estamos arriba ni abajo las unas de las otras, ocupan el mismo espacio, separadas entre sí y sin confundirse. ¿Está claro?
–Nos estás volviendo locos, Albert Einstein. Mejor cállate– habló Sandra, que no había dejado de llorar.
–Es que, como dijo Lakhosvsky, hablamos de universo como un ciego de los colores.
–Cállate, mijo, y suba mejor a hacer sus tareas –ordenóle la madre–, y el niño, limpiando las gafas con un pañuelo, salió de escena.
– ¿Qué debemos hacer?
En este instante el cuerpo de Mariano volvióse ingrávido y empezó a flotar como una serpentina sacudida por un leve viento, enturbióse el espejo por el ablandamiento de su superficie y en un instante el cuerpo de Mariano terminó de entrar en algo que está más allá o más acá de la puerta de un gabinete.
–Vaya, qué rápido fue.
–Parecía imposible que el cuerpo de Mariano cupiera en el espejo que es más pequeño. Qué cosa…
–Y no dejó un agujero en el espejo.
–Tal vez se trate de un pellizco de espacio.
–Otra vez, Albertico.
–Mira mamá: se podría tratar también de una distorsión gravitacional del espacio, como una clase de extensión y contracción del espacio plano hasta entrar en contacto con alguna dimensión superior.
Rudy Rucker.
–Cállate, cállate, cállate… me desesperas.
¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!
– ¿Quién será?
–Vaya a abrir, Alberto.
Era el profesor Manuel Alirio que venía a saludar a Marianito.
–Entre, profesor –le dijo Sandra–. Búsquelo allí: se lo tragó el espejo.
–Qué pena, Sandrita. ¿No me dejó contigo un libro que le presté?
–Vea, profesor: yo sé lo que le hubiera gustado a usted que le dejara Mariano… –La joven estaba enfurecida.
– ¡Miren!
Corrieron a apelotonarse en torno al gabinete del baño, y vieron al fondo del espejo – o tal vez reflejada en él– una esfera brillante, azogada, más grande que el espejo y, no obstante, circunscrita, aparentemente, a su marco rectangular de 28 x 45 cm. Ahí, dentro de la esfera, en un campo curvado y apacible, caminaban abrazados hacia un "fondo" distante dos Marianos idénticos. Andaban enlazados estrecha y tiernamente; como confundidos en medio del placer más delicioso; dando la impresión de que preferirían morir a tener que separarse.
–La anandrina –dijo el niño.

– ¡Qué!
–Formando de anandrumonai, apoltronarse, disminuir, compuesto de la A privativa y la N eufónica, afeminamiento…
– ¡Albertico!
–Sí, mamá; ya subo a mi cuarto a hacer mis tareas.
–Más te vale.
–Mariano, vuelve acá –suspiraba Sandrita–.
Por su parte, el profesor Manuel Alirio, antes de que la esfera desapareciera, se apartó del espejo gritando:
– ¡Traidor!
Más tarde los señores Luna se despidieron de la familia Barbosa y regresaron a su casa. Sandrita les ofreció el gabinete para que lo llevaran a su hogar, como si allí reposaran los restos queridos del hijo; pero le dijeron (le dijo la señora del doctor Luna) que, por lo que pudiera ocurrir, era mejor dejar el espejo en su sitio.
–Tiene razón el niño –intervino el doctor–: el espejo puede ser la puerta; si lo movemos de ahí puede convertirse en una puerta ciega. ¿Verdad, Albertico?
–Tiene razón, doctor. Aunque no sabemos si la puerta está en el muro o en el espejo…
–respondió el niño, y continuó–: El universo tridimensional que nosotros conocemos…
– ¡Vamos, mijo, rápido! Adiós. Adiós.

EPÍLOGO
En la crónica en verso de Juan Molinet, se menciona un hecho que ocurrió en 1478, en Francia, y relacionado con un joven monje que tuvo la dicha de ser madre y padre a la vez de un hijo suyo:
he visto vivo, sin fantasma,
un joven monje tener
miembro de mujer y hombre,
y niño concebir.
Por él solo, en sí mismo
engendrar, parir,
como hace una mujer,
sin útiles menester.
Un Día, como a los nueve meses del arrebato de Mariano Luna en casa de Sandrita Barbosa, disponiéndose ésta a entrar al baño, abrióse la puerta antes que ella la tocara, y salió, despreocupado y sonriente, Mariano y se precipitó a los brazos de la joven.
–Sandrita querida, qué dicha volverte a ver.
Era el mismo Mariano.
Había regresado.
Estaba de nuevo aquí: en esta dimensión.
Sólo que ahora estaba…encinta.[29]

–Mmmmmm, creo que ya entendí lo que es narcisismo.

–A mí sí no me gustó ese relato, ni lo entendí.

–A ver, dime lo que entendiste.

–El narcisismo es el amor excesivo a sí mismo, incluso se puede decir que es el deseo de su mismo cuerpo.

[29] Carlos Bastidas Padilla. Permítame que la muerda señorita. Bogotá: Plaza y Janés, 1989, p. 25-35.

–Eso me parece una brutalidad.

–Pero creo que, como van las cosas, en un futuro el narcisismo será el tipo de amor y relación que existirá entre los hombres.

–No quiero vivir para cuando éste sea la clase de amor.

–Yo creo que ya se está viendo; pienso que el ensimismamiento es el primer paso para llegar al narcisismo.

−Prefiero el narcicismo al homosexualismo.

–Dios creó hombre y mujer, el uno es el complemento del otro.

−Hoy en día hay diversidad en la sexualidad; yo pienso que si las personas no hacen daño a nadie, por tanto no veo por qué sean discriminadas.

–Es que estas personas tienen diferentes y nuevas creencias, y si no nos comprendemos a nosotros mismos, ni a las personas con nuestra misma tendencia sexual, es muy duro saber tolerar y comprender al otro, que tiene un mundo totalmente diferente.

–Lo más conveniente es que aprendamos a conocernos a nosotros mismos, para así poder dar apertura al otro, conocerlo, comprenderlo y ayudarlo.

–Pues, personalmente lo veo difícil.

–¿Por qué?

–Porque nosotros no somos una sola personalidad, sino múltiples personalidades; algunas sólo salen al exterior en la niñez y cuando se está borracho.

–Jajajajajaja, es verdad.

–Entonces, tomémonos otras copitas.

–El alcohol lo que hace es adormecer las neuronas y dejarnos irracionales.

–Entonces, ¿cómo podremos llegar a conocernos y conocer a los demás?

Todos quedan en silencio.

–Creo que lo mejor es no enamorarse, para no meterse en problemas.

–Yo dije ibas a decir: mejor es no estar solo.

–Imposible, el hombre es un ser sociable por naturaleza.

–Yo diría: el hombre es un ser interesado por naturaleza.

–Imagínense que les toque una esposa o esposo como los protagonistas del siguiente relato:

LO QUE SUCEDIÓ A UN MANCEBO QUE CASÓ CON UNA MUCHACHA MUY REBELDE

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le decía:
–Patronio, un pariente mío me ha contado que lo quieren casar con una mujer muy rica y más ilustre que él, por lo que esta boda le sería muy provechosa si no fuera porque, según le han dicho algunos amigos, se trata de una doncella muy violenta y colérica. Por eso os ruego que me digáis si le debo aconsejar que se case con ella, sabiendo cómo es, o si le debo aconsejar que no lo haga.
–Señor conde –dijo Patronio–, si vuestro pariente tiene el carácter de un joven cuyo padre era un honrado moro, aconsejadle que se case con ella; pero si no es así, no se lo aconsejéis.
El conde le rogó que le contase lo sucedido.
Patronio le dijo que en una ciudad vivían un padre y su hijo, que era excelente persona, pero no tan rico que pudiese realizar cuantos proyectos tenía para salir adelante. Por eso el mancebo estaba siempre muy preocupado, pues siendo tan emprendedor no tenía medios ni dinero.
En aquella misma ciudad vivía otro hombre mucho más distinguido y más rico que el primero, que sólo tenía una hija, de carácter muy distinto al del mancebo, pues cuanto en él había de bueno, lo tenía ella de malo, por lo cual nadie en el mundo querría casarse con aquel diablo de mujer.
Aquel mancebo tan bueno fue un día a su padre y le dijo que, pues no era tan rico que pudiera darle cuanto necesitaba para vivir, se vería en la necesidad de pasar miseria y pobreza o irse de allí, por lo cual, si él daba su consentimiento, le parecía más juicioso buscar un matrimonio conveniente, con el que pudiera encontrar un medio de llevar a cabo sus proyectos. El padre le contestó que le gustaría mucho poder encontrarle un matrimonio ventajoso.
Dijo el mancebo a su padre que, si él quería, podía intentar que aquel hombre bueno, cuya hija era tan mala, se la diese por esposa. El padre, al oír decir esto a su hijo, se asombró mucho y le preguntó cómo había pensado aquello, pues no había nadie en el mundo que la conociese que, aunque fuera muy pobre, quisiera casarse con ella. El hijo le contestó que hiciese el favor de concertarle aquel matrimonio. Tanto le insistió que, aunque al padre le pareció algo muy extraño, le dijo que lo haría.
Marchó luego a casa de aquel buen hombre, del que era muy amigo, y le contó cuanto había hablado con su hijo, diciéndole que, como el mancebo estaba dispuesto a casarse con su hija, consintiera en su matrimonio. Cuando el buen hombre oyó hablar así a su amigo, le contestó:
–Por Dios, amigo, si yo autorizara esa boda sería vuestro peor amigo, pues tratándose de vuestro hijo, que es muy bueno, yo pensaría que le hacía grave daño al consentir su perjuicio o su muerte, porque estoy seguro de que, si se casa con mi hija, morirá, o su vida con ella será peor que la misma muerte. Más no penséis que os digo esto por no aceptar vuestra petición, pues, si la queréis como esposa de vuestro hijo, a mí mucho me contentará entregarla a él o a cualquiera que se la lleve de esta casa.

Su amigo le respondió que le agradecía mucho su advertencia, pero, como su hijo insistía en casarse con ella, le volvía a pedir su consentimiento.
Celebrada la boda, llevaron a la novia a casa de su marido y, como eran moros, siguiendo sus costumbres les prepararon la cena, les pusieron la mesa y los dejaron solos hasta la mañana siguiente. Pero los padres y parientes del novio y de la novia estaban con mucho miedo, pues pensaban que al día siguiente encontrarían al joven muerto o muy mal herido.
Al quedarse los novios solos en su casa, se sentaron a la mesa y, antes de que ella pudiese decir nada, miró el novio a una y otra parte y, al ver a un perro, le dijo ya bastante airado:
–¡Perro, danos agua para las manos!
El perro no lo hizo. El mancebo comenzó a enfadarse y le ordenó con más ira que les trajese agua para las manos. Pero el perro seguía sin obedecerle. Viendo que el perro no lo hacía, el joven se levantó muy enfadado de la mesa y, cogiendo la espada, se lanzó contra el perro, que, al verlo venir así, emprendió una veloz huida, perseguido por el mancebo, saltando ambos por entre la ropa, la mesa y el fuego; tanto lo persiguió que, al fin, el mancebo le dio alcance, lo sujetó y le cortó la cabeza, las patas y las manos, haciéndolo pedazos y ensangrentando toda la casa, la mesa y la ropa.
Después, muy enojado y lleno de sangre, volvió a sentarse a la mesa y miró en derredor. Vio un gato, al que mandó que trajese agua para las manos; como el gato no lo hacía, le gritó:
–¡Cómo, falso traidor! ¿No has visto lo que he hecho con el perro por no obedecerme? Juro por Dios que, si tardas en hacer lo que mando, tendrás la misma muerte que el perro.
El gato siguió sin moverse, pues tampoco es costumbre suya llevar el agua para las manos. Como no lo hacía, se levantó el mancebo, lo cogió por las patas y lo estrelló contra una pared, haciendo de él más de cien pedazos y demostrando con él mayor ensañamiento que con el perro.
Así, indignado, colérico y haciendo gestos de ira, volvió a la mesa y miró a todas partes. La mujer, al verle hacer todo esto, pensó que se había vuelto loco y no decía nada.
Después de mirar por todas partes, vio a su caballo, que estaba en la cámara y, aunque era el único que tenía, le mandó muy enfadado que les trajese agua para las manos; pero el caballo no le obedeció. Al ver que no lo hacía, le gritó:
–¡Cómo, don caballo! ¿Pensáis que, porque no tengo otro caballo, os respetaré la vida si no hacéis lo que yo mando? Estáis muy confundido, pues si, para desgracia vuestra, no cumplís mis órdenes, juro ante Dios daros tan mala muerte como a los otros, porque no hay nadie en el mundo que me desobedezca que no corra la misma suerte.
El caballo siguió sin moverse. Cuando el mancebo vio que el caballo no lo obedecía, se acercó a él, le cortó la cabeza con mucha rabia y luego lo hizo pedazos.
Al ver su mujer que mataba al caballo, aunque no tenía otro, y que decía que haría lo mismo con quien no le obedeciese, pensó que no se trataba de una broma y le entró tantísimo miedo que no sabía si estaba viva o muerta.
Él, así, furioso, ensangrentado y colérico, volvió a la mesa, jurando que, si mil caballos, hombres o mujeres hubiera en su casa que no le hicieran caso, los mataría a todos. Se sentó y miró a un lado y a otro, con la espada llena de sangre en el regazo; cuando hubo mirado muy bien, al no ver a ningún ser vivo sino a su mujer, volvió la mirada hacia ella con mucha ira y le dijo con muchísima furia, mostrándole la espada:
–Levantaos y dadme agua para las manos.
La mujer, que no esperaba otra cosa sino que la despedazaría, se levantó a toda prisa y le trajo el agua que pedía. Él le dijo:
–¡Ah! ¡Cuántas gracias doy a Dios porque habéis hecho lo que os mandé! Pues de lo contrario, y con el disgusto que estos estúpidos me han dado, habría hecho con vos lo mismo que con ellos.

Después le ordenó que le sirviese la comida y ella le obedeció. Cada vez que le mandaba alguna cosa, tan violentamente se lo decía y con tal voz que ella creía que su cabeza rodaría por el suelo.
Así ocurrió entre los dos aquella noche, que nunca hablaba ella sino que se limitaba a obedecer a su marido. Cuando ya habían dormido un rato, le dijo él:
–Con tanta ira como he tenido esta noche, no he podido dormir bien. Procurad que mañana no me despierte nadie y preparadme un buen desayuno.
Cuando aún era muy de mañana, los padres, madres y parientes se acercaron a la puerta y, como no se oía a nadie, pensaron que el novio estaba muerto o gravemente herido. Viendo por entre las puertas a la novia y no al novio, su temor se hizo muy grande.
Ella, al verlos junto a la puerta, se les acercó muy despacio y, llena de temor, comenzó a increparles:
–¡Locos, insensatos! ¿Qué hacéis ahí? ¿Cómo os atrevéis a llegar a esta puerta? ¿No os da miedo hablar? ¡Callaos, si no, todos moriremos, vosotros y yo!
Al oírla decir esto, quedaron muy sorprendidos. Cuando supieron lo ocurrido entre ellos aquella noche, sintieron gran estima por el mancebo porque había sabido imponer su autoridad y hacerse él con el gobierno de su casa. Desde aquel día en adelante, fue su mujer muy obediente y llevaron muy buena vida.
Pasados unos días, quiso su suegro hacer lo mismo que su yerno, para lo cual mató un gallo; pero su mujer le dijo:
–En verdad, don Fulano, que os decidís muy tarde, porque de nada os valdría aunque mataseis cien caballos: antes tendríais que haberlo hecho, que ahora nos conocemos de sobra.
Y concluyó Patronio:
–Vos, señor conde, si vuestro pariente quiere casarse con esa mujer y vuestro familiar tiene el carácter de aquel mancebo, aconsejadle que lo haga, pues sabrá mandar en su casa; pero si no es así y no puede hacer todo lo necesario para imponerse a su futura esposa, debe dejar pasar esa oportunidad. También os aconsejo a vos que, cuando hayáis de tratar con los demás hombres, les deis a entender desde el principio cómo han de portarse con vos.
El conde vio que este era un buen consejo, obró según él y le fue muy bien.
Como don Juan comprobó que el cuento era bueno, lo mandó escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:
Si desde un principio no muestras quién eres,
nunca podrás después, cuando quisieres.[30]

–Por eso yo no me caso, para no tener que aguantar a nadie ni tener que matar.

–Uuuuuuuuh, yo sí no digo nada, porque el ser humano, cuando no aguanta alguna escena o problema se transforma, y es ahí cuando mata, como pasó en el relato del día de suerte, que la madre no aguantó ver a su hija en sus últimos días y mató para salvarla.

–O sea, que cualquier día de estos sacamos la fiera que llevamos dentro.

–Nunca sabremos cómo iremos a reaccionar ante las realidades de la vida.

[30] Juan Manuel, Infante don. Lo que sucedió a un mancebo que casó con una muchacha muy rebelde, en: http://antinous.tripod.com/mujerbravasp.html

–Creo que el último relato nos quiere decir que antes de conocernos y conocer a otros, debemos establecer un estereotipo, dar a conocer nuestra peor personalidad, para que nos tengan miedo y así no nos pongan los cachos o nos hagan daño.

–Jajajajaja, sí que haces reír, tonto.

–¿O me equivoco?

–Pero el relato nos dice lo contrario; que no debemos aparentar, debemos mostrarnos como somos, sobre todo en lo que respecta a nuestra personalidad.

−A mi me queda una duda, ¿por qué si se ama se debe soportar todo, incluso los golpes?

−No, tampoco; eso ya sería ser menso.

−Eso no es amor. Eso ya es masoquismo, que es una enfermedad sicológica.

−No hay que confundir el amor con las obsesiones; si no te hace feliz, es porque no es amor, y pare de contar.

−Cuando se está pasando por un caso así, lo mejor es denunciar.

−El problema es que esas personas no tienen autoestima.

–Si somos feítos, ¿qué le podemos hacer?

–Hay personas que no han sido provistas de belleza física, pero su belleza interior es invaluable.

–Por ejemplo, Sujey, la chica del relato; creo que todos la discriminaban por trabajar en un bar, se dejaban llevar por su exterior. Pero Gabriel vio su gran corazón.

–Hay muchas personas solas hoy en día, porque su físico no encaja en los estereotipos de hombres y mujeres perfectos.

–Me han hecho acuerdo de un relato de Mario Benedetti que se titula:

LA NOCHE DE LOS FEOS

1
Ambos somos feos. Ni siquiera vulgarmente feos. Ella tiene un pómulo hundido. Desde los ocho años, cuando le hicieron la operación. Mi asquerosa marca junto a la boca viene de una quemadura feroz, ocurrida a comienzos de mi adolescencia.
Tampoco puede decirse que tengamos ojos tiernos, esa suerte de faros de justificación por los que a veces los horribles consiguen arrimarse a la belleza. No, de ningún modo. Tanto los de ella como los míos son ojos llenos de resentimiento, que sólo reflejan la

poca o ninguna resignación con que enfrentamos nuestro infortunio. Quizá eso nos haya unido. Tal vez unido no sea la palabra más apropiada. Me refiero al odio implacable que cada uno de nosotros siente por su propio rostro.
Nos conocimos a la entrada del cine, haciendo cola para ver en la pantalla a dos hermosos cualesquiera.
Allá fue donde por primera vez nos examinamos sin simpatía pero con oscura solidaridad; allí fue donde registramos, ya desde la primera ojeada, nuestras respectivas soledades. En la cola todos estaban de a dos, pero además eran auténticas parejas: esposos, novios, amantes, abuelitos, vaya uno a saber. Todos –de la mano o del brazo– tenían a alguien. Sólo ella y yo teníamos las manos sueltas y crispadas. Nos miramos las respectivas fealdades con detenimiento, con insolencia, sin curiosidad. Recorrí la hendedura de su pómulo con la garantía de desparpajo que me otorgaba mi mejilla encogida. Ella no se sonrojó.
Me gustó que fuera dura, que devolviera mi inspección con una ojeada minuciosa a la zona lisa, brillante, sin barba, de mi vieja quemadura.
Por fin, entramos. Nos sentamos en filas distintas, pero contiguas. Ella no podía mirarme, pero yo, aun en la penumbra, podía distinguir su nuca de pelos rubios, su oreja fresca, bien formada. Era la oreja de su lado normal.
Durante una hora y cuarenta minutos admiramos las respectivas bellezas del rudo héroe y la suave heroína. Por lo menos yo he sido siempre capaz de admirar lo lindo. Mi animadversión la reservo para mi rostro, y a veces para Dios. También para el rostro de otros feos, de otros espantajos. Quizá debería sentir piedad, pero no puedo. La verdad es que son algo así como espejos. A veces me pregunto qué suerte habría corrido el mito de si Narciso hubiera tenido un pómulo hundido. O el ácido le hubiera quemado la mejilla, o le faltara media nariz, o tuviera una costura en la frente.
La esperé a la salida. Caminé unos metros junto a ella, y luego le hablé. Cuando se detuvo y me miró, tuve la impresión de que vacilaba. La invité a que charláramos un rato en un café o una confitería. De pronto aceptó.
La confitería estaba llena, pero en ese momento se desocupó una mesa. A medida que pasábamos entre la gente, quedaban a nuestras espaldas las señas, los gestos de asombro. Mis antenas están particularmente adiestradas para captar esa curiosidad enfermiza, ese inconsciente sadismo de los que tienen un rostro corriente, milagrosamente simétrico.
Pero esta vez ni siquiera era necesaria mi adiestrada intuición, ya que mis oídos alcanzaban para registrar murmullos, tosecitas, falsas carrasperas. Un rostro horrible y aislado tiene evidentemente su interés; pero dos fealdades juntas constituyen en sí mismas un espectáculo mayor, poco menos coordinado; algo que debe mirar en compañía, junto a uno (o una) de esos bien parecidos con quienes merece compartirse el mundo.
Nos sentamos, pedimos dos helados, y ella tuvo coraje (eso también me gustó) para sacar del bolso su espejito y arreglarse el pelo. Su lindo pelo.
–¿Qué está pensando? –pregunté.
Ella guardó el espejo y sonrió. El pozo de la mejilla cambió de forma.
–Un lugar común –dijo–. Tal para cual.
Hablamos largamente. A la hora y media hubo que pedir dos cafés para justificar la prolongada permanencia. De pronto me di cuenta de que tanto ella como yo estábamos hablando con franqueza tan hiriente que amenazaba traspasar la sinceridad y convertirse en un casi equivalente de la hipocresía. Decidí tirarme a fondo.
–Usted se siente excluida del mundo ¿verdad?
–Sí –dijo, todavía mirándome.
–Usted admira a los hermosos, a los normales. Usted quisiera tener un rostro tan equilibrado como esa muchachita que está a su derecha, a pesar de que usted es inteligente, y ella, a juzgar por su risa, irremisiblemente estúpida.
–Sí.
Por primera vez no pudo sostener mi mirada.

–Yo también quisiera eso. Pero hay una posibilidad, ¿sabe?, de que usted y yo lleguemos a algo.
–¿Algo como qué?
–Como querernos, caramba. O simplemente congeniar. Llámele como quiera, pero hay una posibilidad.
Ella frunció el ceño. No quería concebir esperanzas.
–Prométame no tomarme por un chiflado.
–Prometo.
–La posibilidad es meternos en la noche. En la noche íntegra. En lo oscuro total. ¿Me entiende?
–No.
–¡Tiene que entenderme! Lo oscuro total. Donde usted no me vea, donde yo no la vea. Su cuerpo es lindo, ¿no lo sabía?
Se sonrojó y la hendedura de la mejilla se volvió súbitamente escarlata.
–Vivo solo, en un apartamento, y queda cerca. Levantó la cabeza y ahora sí me miró preguntándome, averiguando sobre mí, tratando desesperadamente de llegar a un diagnóstico.
–Vamos –dijo.
2
No sólo apagué la luz sino que además corrí la doble cortina. A mi lado ella respiraba. Y no era una respiración afanosa. No quiso que la ayudara a desvestirse.
Yo no veía nada, nada. Pero igual pude darme cuenta de que ahora estaba inmóvil, a la espera. Estiré cautelosamente una mano, hasta hallar su pecho. Mi tacto me trasmitió una versión estimulante, poderosa. Así vi su vientre, su sexo. Sus manos también me vieron.
En ese instante comprendí que debiera arrancarme (y arrancarla) de aquella mentira que yo mismo había fabricado. O intentado fabricar. Fue como un relámpago. No éramos eso. No éramos eso.
Tuve que recurrir a todas mis reservas de coraje, pero lo hice. Mi mano ascendió lentamente hasta su rostro, encontró el surco de horror, y empezó una lenta, convincente y convencida caricia. En realidad, mis dedos (al principio un poco temblorosos, luego progresivamente serenos) pasaron muchas veces sobre sus lágrimas.
Entonces, cuando yo menos lo esperaba, su mano también llegó a mi cara, y pasó y repasó el costurón y el pellejo liso, esa isla sin barba, de mi marca siniestra.
Lloramos hasta el alba. Desgraciados, felices. Luego me levanté y descorrí la cortina doble.[31]

–Este relato nos hace ver de nuevo el interés que se tiene hacia lo material; en este caso, uno se da cuenta que las personas nunca dejan fluir sus sentimientos sin antes primero fijarse en lo físico.

–Uno es bruto, rechaza a alguien que es "feo", así esté sintiendo algo bonito, y sin saber tal vez que ese sea el amor verdadero.

–Es que a uno le da miedo es del qué dirá el resto de personas.

–¡Qué tontera! Se olvidan que la hermosura se acaba con el paso de los años.

[31] Mario Benedetti. La noche de los feos. En: Eduardo Galeano, Op. Cit., p. 28-34.

–Otras veces uno se priva de expresar los sentimientos por miedo a que el otro le diga que no.

–Yo sí espero que el hombre sea el que se me declare.

–No, las mujeres deben declararse. Ya pasó de moda que los hombres se declaren.

–Es que hoy en día ya no se da el cortejo.

–Apenas se conocen y ya se están vacilando.

–Eso ya es ser muy regalada uno. Y, pues, para ustedes, los hombres, ¿qué les han dicho?

–El cortejo es importante para conocerse, de ahí ya se debe comenzar un noviazgo. Pero antes del cortejo está la amistad.

–¿No les ha pasado que a veces sólo se queda en el cortejo y no se da ningún otro paso?

–Yo, que sepa, no.

–Yo creo que, como hoy en día se va al grano, no pasa eso, pero yo conozco a alguien al que le pasó eso, como en el relato titulado:

EL TIEMPO DECIDIRÁ

Julio 19, 1955
Se miró en el espejo, se sujetó el lazo de cinta color celeste que acababa de comprar y se arregló la crinolina recién almidonada. Con el pintalabios de su hermana mayor esparció un suave tiente en las mejillas y en la boca, muy leve para que no se fuera a notar. El vecino no demoraría. Ya se conocían de vista hacía meses, cuando ella iba a la tienda a algún mandado, o a coger el bus del colegio y en esas ocasiones ella notó que él se ponía nervioso, se coloreaba y a veces cuchicheaba con algún amigo. Sólo ayer le había hablado con timidez, a la carrera y le había prometido ir a verla. Era el primer muchacho que la visitaba. Como a las mayores, Paula y María, su hermano pequeño la cuidaría, lo cual la hacía sentirse más tranquila, pues aunque Luis le gustaba, no sabía bien qué hacer y, además, estaban aquellas advertencias de su madre y de las monjitas del Sagrado Corazón, donde ella estudiaba: "los hombres son malos, solo buscan aprovecharse de la mujer, nada más les interesa una cosa… no hay que dejarse, ¡hay que actuar con dignidad!"… Estas palabras resonaban en la mente de Marta mientras se alistaba para recibirlo.
Octubre 2, 1955
Ayer Luis le cogió la mano y se atrevió a darle un beso en la mejilla. Ella sintió que el piso se le hundía, le dio fiebre, o eso pensó y comenzó a temblar toda. No, sólo a las mujeres malas les gustaban esas cosas, debería controlarse.
Agosto 10, 1962
Marta estaba feliz en la universidad. Un nuevo mundo se había abierto para ella. Le apasionaban todos aquellos temas que le habían vedado anteriormente por no ser

"femeninos": la política, la filosofía, la economía; también el arte. Tenía muchos amigos. Le gustaba tomarse un tinto con ellos en la cafetería y discutir largamente sobre las noticias del día, el libro que estaba leyendo o el profesor de matemáticas. Los compañeros respetaban sus opiniones y con frecuencia buscaban su ayuda para algún trabajo. Ella aún se sentía culpable cuando no estaba de acuerdo con ellos y tenía que decirlo y defender su punto de vista: "Eso no lo hacen las mujeres", le había enseñado su mamá, "si quieres conseguir marido". Pero, bueno, eran tiempos diferentes, se decía a sí misma. Ahora, ¡tantas cosas nuevas!: Camilo denunciando la injusticia social, las guerrillas, el acercamiento entre los países, la rebelión de los negros y la guerra contra la pobreza en los Estados Unidos, el amor libre, la protesta mundial contra Vietnam. Se sentía persona, participando en un mundo cambiante, aportando a su lucha. Llegaba por las noches y después de estudiar se reunía con Luis, quien trabajaba en una importante empresa y compartían sus experiencias. Entre ellos había surgido una bella amistad. Se ayudaban mutuamente, apoyándose en sus intereses e inquietudes. Marta pensaba que sería lindo casarse con él, tener hijos y una linda casita con jardín, pero él nunca hablaba de matrimonio.

Iba con frecuencia a fiestas y tenía otros admiradores, aunque sólo le gustaba Luis. El tiempo decidirá, meditaba Marta.

Noviembre 8, 1970

Hoy fue a la peluquería. A pesar de su edad todavía se encontraba atractiva y juvenil. La habían invitado a un té para celebrar los diez años de graduadas del Sagrado Corazón, una buena oportunidad de encontrarse con sus viejas amigas; a muchas de éstas no veía en largo tiempo. Durante el té se sintió algo incómoda. Su atuendo informal, boina roja y buzo negro, desentonaba con el vestido sastre azul marino o gris, de paño inglés y corte impecable, adornado con un fino collar de perlas, de la mayoría. Los temas principales de conversación, los viajes, las joyas, las fiestas del "Country" y las clases de natación o música de los niños, eran ajenos a ella y a su forma de vida actual. Muy pocas de sus compañeras habían estudiado más allá del colegio y la mayoría no trabajaba; casadas con un "buen partido", con hijos, todas tenían su casa con un lindo jardín en el norte, y eran el ejemplo de las "señoras bien", responsables, cumplidoras de su deber, felices en su situación matrimonial. Marta, por el contrario, se desempeñaba como ejecutiva de una empresa y no se había casado; aún albergaba la esperanza de que Luis, algún día, se lo propusiera y había desdeñado las ofertas de otros hombres. Imaginaba que podía unirse a él libremente, pero Luis nunca le insinuó ningún acercamiento físico más allá de los besos, las cogidas de mano y las caricias tímidas de siempre.

Marzo 12,1987

Marta se perfuma en espera de la llegada de Luis. Como todas las noches irá a su casa, conversarán, leerán y comentarán el periódico, escucharán música, se tomarán un café. Varias veces ha tratado de romper su relación con él, pues sabe que no le permite acercarse a otros hombres, pero ya no es posible. Es parte de su vida. Se siente incompleta sin él. Piensa que tal vez si lo pusiera celoso él reaccionaría, pero ella es incapaz de aparatarse de él o de herirlo. Ya no va a fiestas sola. Todo lo comparten. Van a cine, a exposiciones, a teatro. La gente sospecha que ella tiene algo con Luis y sonríen cuando los ven juntos.

Abril, 2005

Luis se pone el vestido de paño recién cepillado y su mejor corbata. Camino a la casa de Marta para a comprar rosas. Le ha tomado años decirle, pero ya está seguro, se casará con ella. Será una buena esposa. Ha sido su amiga y compañera tanto tiempo. Ha estado a su lado en su trabajo, sus alegrías, sus momentos de tristeza. Siempre tuvo miedo de aceptar lo que ella significaba en su vida, de reconocer su dependencia de alguien, de mostrar su afecto. Ahora, ya viejo, quiere pasar los últimos años junto a ella. Siente que la quiere como nunca. En su juventud Luis coqueteó con otras, fue infiel a Marta, buscó en los prostíbulos el placer, huyéndole al amor, pero ya eso quedó atrás; será muy bello envejecer juntos y tener, finalmente, una casa con jardín. Se arrepiente de no haberlo

> decidido antes. Jamás es demasiado tarde, piensa, mientras contempla desde lejos la casona estilo inglés que tan bien conoce, con la tupida enredadera sobre la vieja pared de ladrillo. Ansioso de llegar, apresura el paso, ayudado por su bastón de roble.
> Marta, empolvada y con olor a agua de alelíes, recibe las flores con alegría y arregla un magnífico florero sobre la chimenea. Invita a Luis a tomar chocolate y colaciones, como suele hacerlo en las tardes.
> Durante las onces Luis medita sus palabras, estudia con detenimiento la forma como comenzará, los gestos, el sitio indicado…
> Termina el chocolate, conversa brevemente en la sala. Recapacita que tal vez sea conveniente reflexionar un poco más y se despide agitado, prometiendo regresar mañana.[32]

–Yo digo que eso es mucho amor verdadero, porque siempre estuvieron ahí, sin interés de pronto económico, o pasional.

–Pero a mí sí me da miedo la soledad; yo, si hubiera sido, al verme que estoy envejeciendo, de una me le declaraba a la mujer.

–¿Pero qué sería lo que lo detenía al man? Respondan, hombres.

–Uno a veces ve mucho los defectos de las personas y eso lo hace desistir de dar el siguiente paso.

–También, cuando se cree que falta tiempo para conocerse.

–Cuando se es tímido e inseguro.

–Creo que esas respuestas no son válidas. O me parece que no son suficientes motivos para no darse la oportunidad para amar.

−El problema es de algunas personas que le dejan todo al destino, sin darse cuenta que uno es el que decide; el destino le pone las cosas y las personas y uno mira si las toma o las deja.

−Nooo, qué tenaz; fuera bueno que el destino le indicara directamente o, mejor, que le diga esto es lo que debes hacer.

−Es que el amor se siente; hay muchas cosas que nos indican que esa persona nos atrae o que le gustamos a alguien.

−Las hay, pero muchas veces hay malas interpretaciones.

−No es la culpa de quien habla o hace algún gesto.

[32] Carlos Bastidas Padilla, Op. cit., p. 93-98.

−¿Entonces?

−La mala interpretación se da por el receptor.

−Pero nunca se sabrá, si los sentimientos son sinceros, a través de las palabras.

−Tienes razón, la palabra tiene poder. Se pueden decir cosas que uno realmente no siente.

−Uno nunca debe hacer eso; después uno tiene que pagarla por andar ilusionando.

−Hoy en día es mejor no ilusionarse, simplemente hay que seguirle la corriente a las palabras lisonjeras.

−Por eso es que el amor hoy en día ya no existe; sólo existe el lado oscuro del amor, que es el interés económico y sexual.

−Me hubiera gustado vivir en los tiempos de antes, donde todo era serio y formal.

−A mí sí no me hubiera gustado, porque antes no eran los novios los que disponían sino los padres de los novios. No creas que había amor realmente, más se lo hacía por obligación.

−Yo digo que el amor es como una planta, que si la riegas y la cuidas retoña, o si no se marchita.

−Pues lo que quiero decir es que fuera chévere si se volviera a conquistar a través de detalles, de las credenciales, las esquelas, los chocolates, las rosas, etc.

−Los tiempos cambian, y ya no se puede volver atrás.

−Debería cambiar lo malo, y no lo bueno.

−Pues, las mujeres querían mandar; se les está dando esa libertad y ahora somos nosotros, los hombres, los que disponemos.

−Noooooooo, está grave ahí.

−Se debe tener una mente abierta.

−Al tener la mente abierta, se está poniendo la razón por encima de la sensación y de los sentimientos.

−Hay que llegar a un equilibrio entre la razón y el sentir. Todo es importante.

−Yo pienso que uno no debe dejar de expresar los sentimientos por miedo al que dirá el otro.

−Todavía hay machismo de parte de los hombres, y a eso es que le temo; que esperan que una mujer se les declare, para después, cuando se aburran de ella, tratarla como una lanzada.

−Amiga, simplemente, antes que te diga eso, le terminas.

−Bueno, para concluir nuestro diálogo, creo que es urgente vivir el amor. Bueno, es aceptable tener una mente abierta, pero que se tengan en cuenta los sentimientos, sea que la mujer se declare o el hombre.

–Ya me dio sueño.

–¿Quién cuenta el último relato, para cerrar esta tertulia?

–Yo quiero. Mi relato se titula:

EL ESPEJO CHINO

> Un campesino chino se fue a la ciudad para vender la cosecha de arroz y su mujer le pidió que no se olvidase de traerle un peine.
> Después de vender su arroz en la ciudad, el campesino se reunió con unos compañeros y bebieron y lo celebraron largamente. Después, un poco confuso, en el momento de regresar, se acordó de que su mujer le había pedido algo, pero ¿qué era? No lo podía recordar. Entonces compró en una tienda para mujeres lo primero que le llamó la atención: un espejo. Y regresó al pueblo.
> Entregó el regalo a su mujer y se marchó a trabajar sus campos. La mujer se miró en el espejo y comenzó a llorar desconsoladamente. La madre le preguntó la razón de aquellas lágrimas.
> La mujer le dio el espejo y le dijo:
> — Mi marido ha traído a otra mujer, joven y hermosa.
> La madre cogió el espejo, lo miró y le dijo a su hija:
> — No tienes de qué preocuparte, es una vieja.[33]

–Yo no le veo nada interesante.

–Ha de ser porque los tragos ya están causando efecto.

–Este sirve como conclusión de todo lo que hemos hablado esta noche. Para mí, la enseñanza que deja es que siempre la otra persona, sea pareja, familiar, amigo, etc., ellos son el reflejo de nosotros mismos. Si damos, recibiremos.

[33] El espejo chino, en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/otras/anon/china/espejo2.htm

–Creo que otra enseñanza para cultivar el amor es que no debemos fijarnos en lo malo que acontece a nuestro alrededor; simplemente, debemos vivir originalmente, dando rienda suelta a nuestros sentimientos.

–Debemos tener en cuenta que muchas veces lo que queremos y deseamos, eso es lo que conseguimos. Ojo, que cada uno cosecha lo que ha sembrado.

–Antes de juzgar, debemos informarnos bien de las cosas.

–Eso deben de hacer las personas que son celosas, dejar a un lado las imágenes falsas creadas por la mente enceguecida.

–De ahora en adelante, amémonos como si fuera el último día de nuestra vida.

–La vida y la muerte deben ser el tema de nuestra siguiente tertulia. ¿Qué les parece, muchachos?

–A mi no me gusta hablar de muerte. Mejor continuemos con el amor, que todavía falta mucho que hablar sobre el amor.

–Mejor, vamos a dormir, que ya no sabemos ni lo que decimos.

4. Secuaces del tiempo

DE LA VIDA
Y DE LA
MUERTE

Esta es una familia que reúne a todos sus integrantes, como ya es costumbre, cada año. En una de sus charlas, empiezan a hablar sobre la muerte, tema al que la mayoría de personas le huye. A ellos tampoco les gustaba hablar de la muerte, pero ahora es inevitable, después de la muerte de varios familiares en el transcurso de poco tiempo. Inicia la abuela contando un relato a sus nietos, como a veces suele hacerlo.

Abuela: –Había una vez una niña que era muy feliz con lo que Dios le había dado, aunque, como todo ser humano, guardaba grandes secretos y tristezas. Cuando pasó a la universidad, sus temores se acrecentaron; uno de sus más grandes temores era la muerte. Un día sintió la muerte tan cerca, vio que el alma de su padre trascendía desde donde nadie sabe; pero muy pronto se dio cuenta de que lo que había visto no era real, era solamente un sueño. Ella deseaba volver a su niñez y juventud primera, en la que vivía la vida, el instante, y no pensaba en nada más. Ahora ella pensaba mucho más que lo que realmente vivía.

Hasta que el día al que tanto temía había llegado. Su padre falleció; era una pesadilla de la que quería despertar, una pesadilla de la que ya hacía algunos años había temido su premonición y en los últimos días se había acentuado, pero no supo interpretarla. Primero, sentía un vacío que nada ni nadie podía llenar; luego, le vino un presentimiento de que algo malo pasaría y lloró amargamente sin saber el porqué de su llanto; y, a lo último, sintió que la seguían y que se reían de ella. La joven pensó que era la muerte que estaba buscando a su nueva víctima; con miedo y resignación, pensó que ella sería la escogida. Pero la joven fue sorprendida, la muerte no venía por ella, venía por su padre. También la sorprendió su cuerpo que, con mucho temblor, respondió a la noticia, en vez de llanto. El temblor la dejó sin conciencia, se sentía andar sonámbula, como el alma de su padre.

Después del sepelio de su padre, intentó tratar de comprender más acerca de la muerte, el porqué de la muerte de su padre. Y, sin querer, mientras buscaba un texto de la universidad, se encuentra con un libro de relatos que le llaman la atención; piensa que el destino se lo ha puesto para que pueda sobrellevar el duelo de la muerte de su padre. En ese mismo instante deja de lado su objetivo principal y lee el siguiente relato:

VIAJE SIN RETORNO

> Era la hora cero, cuando las olas del mar hostigaban las orillas de aquella isla con el descriptible sabor de cada uno de los granos de arena que la conformaba. Se podía escuchar una voz melodiosa en lo profundo de este lugar, hasta el momento era lo más elocuente que mis oídos habían escuchado.
>
> Caminé por todos lados en busca de alimento, algún coco que refresque mi naufragio, pero, no hallé nada, sólo conchas y un par de cangrejos que caminaban para atrás aludiendo mi regreso al pasado donde todo era tranquilo, época de bonanza. Seguí caminando y cada vez era más visible el sombrío que acogía este lugar; de pronto, volví a oír una voz que pregonaba mi nombre; lo extraño era que no veía a nadie por ese lugar.
>
> Temí seguir divagando por ahí, las palmeras se abrazaban como hermanas opacando los únicos rayos del sol que lograban entrar a este recinto selvático. Retorné mi sendero, pero un fuerte punzón en mi pie izquierdo detuvo mis pasos; siento un fuerte dolor, todo se nubla, empiezo a evaporarme. Tengo demasiada sed, la fiebre exaspera mis sentidos ocasionando alucinaciones, en lo alto de las palmeras veo una luz blanca, es como el

resplandor de una estrella en noches perspicuas; cada vez, se acerca hacia mí, tengo miedo, estoy atónito a lo mejor, es la hora de emprender mi camino hacia la vida enigmática. Mi respiración disminuye, ¡qué sucede! ¡No puedo cerrar mis ojos! El brillo de la luz se reduce.
Logro divisar una silueta de una mujer desnuda, es hermosa, es tan bella que mis ojos se pelean por deleitarse con este inexplicable instante.
–¿Quién eres? – Le pregunté con voz agonizante–.
–Soy lo que tanto has buscado –respondió con una sonrisa irónica.
Ahora ya no siento nada, mi corazón está dejando de latir, en cambio ella se eleva hacia el cielo, dejando caer de sus manos gotas de agua en mis labios, para que ataviara mi sed en el largo recorrido que me espera.
Ahora ningún dolor me contrae, la fiebre ha terminado, mis sentidos se agudizan y mis pies parece que flotan sobre el suelo. Creo que estoy próximo a terminar con este trayecto, miro mis manos, son blancas y frías como nieve, y mi ser posee un campo de gran energía que tiende a ascender, ¡qué sucede!
¿Será que he muerto?[34]

Después de la lectura ella se interroga y reflexiona: –¿Será que mi padre estuvo deseoso de conocer la muerte? No creo; hasta el último instante musitó que no quería morir. Tal vez la muerte no es como dicen; como que la muerte es una mujer hermosa y por eso mi padre sucumbió a sus encantos. ¿Las voces que sentía la joven serían las mismas voces que sentí yo antes de que mi padre falleciera? Todo es tan raro. Aunque sí, la risa que sentí era de una mujer, una risa irónica–. Tal vez, piensa ella, el estar buscando una respuesta al por qué de la muerte y todo lo que tiene que ver con ella no la ha dejado caer en la depresión, a la vez siempre se dijo a sí misma: –¡Yo soy la prolongación de mi padre y haré que sus sueños se hagan realidad!–, y por esta frase, ella siguió luchando, viviendo y soñando.
En otra ocasión volvió a leer otro relato del mismo texto, titulado:

UN BREVE RELATO DEL ROCE DE LA MUERTE

Como si aún estuviera en tu verbo, como cuando cerraba los ojos y escuchaba tu voz, pero es de mi locura y mis días agitados el debido olvido que merezco de tu parte.
Y son así esos días que no me permiten acariciarme, si voy a narrarte algunos delirios que a causa del tiempo no he podido deletrearte, voy a comenzar por contarte: ayer en la mañana abrí el umbral que conduce al dolor, aspiré, me regresé la mirada y ahogué un llanto; en seguida cayó la noche amarga, no como muchas, espesa y fría como todas las últimas y yo más demente de lo acordado con esta existencia.
Me aparto en un reservado rincón de mi pensamiento, donde a veces solo cabe la ira angustiada que no tolera tanta densidad en este espacio; tanto vacío en estos esqueletos retorcidos, me veo distinta, como con maldad, inocente, pasiva y furiosa.
En seguida se me vino el techo encima, se me cayó toda la casa, se me desplomó el medio cuerpo y fui perdiendo lucidez, un rostro desfigurado, la piel se torna color azul, los labios perdieron su matriz rosa mientras escupían ofensas, se me cayó la noche, después de esta cuántas más…
Los ruidos aumentaron, zumbidos, voces, ¡alguien llama a la puerta!, el agasajo no llega, es vuestra demencia, anda suelta busca, a la muerte pero ella no llega, es tan discreta, tan minuciosa visitante. Sólo dejó que sintiera su dolor, tan solo una impresión

[34] Alexis Uscátegui Narváez. *Viaje sin retorno*, en: Revista del taller de escritores Awasca, 23. 2012, p. 25.

de sus derivados dolores en una representada agonía. Viene a mi mente la imagen de la ciudad de sal, el sabor del mal, en este extraño y oscuro día con pinceladas del fin de estos versos, el hasta pronto de una poesía, acompañado de la lágrima sangrienta y el alucinado mundo en el que desespera mi alma.
Y así son estos días, así fue ese ayer, un fin, un tenebroso gemido en el cual pensé en tu presencia cuando podía notar frente a mí la silueta espesa de la sigilosa muerte que me acechó hasta la madrugada. El fin de poema de amor, el inicio del delirio inmortal de nuestros versos; ha sido esta alucinación tardía lo que quería contarte en este día, que es lo mismo pero es distinto.
La vida está amaneciendo…[35]

Y, como era costumbre, habló para sus adentros: – ¡Este relato ha hecho estremecer mis entrañas! Ahora sé que ya no le tengo miedo a la muerte; a lo que temo ahora es a la agonía que puede causar. ¿De qué dependerá que algunos sufran más que otros? La verdad, yo quiero que la muerte venga callada y serena; mejor dicho, que sea fulminante. Mi padre siempre decía que no quería dar molestias a la familia estando postrado en cama y se le cumplió su deseo, sólo duró como un día en el hospital. ¿Será que si uno pide una forma de morir, el destino le cumple? ¿Cómo será el asunto?–.
Así permanecía la joven meditabunda. Ese mismo día lee otro relato. –Este relato se ve interesante:

EL AMANTE DE LA MUERTE

En la calidez de la noche, sudoroso y temblando, despierta el hombre recostado en el lecho: –"Otra vez el mismo sueño"– piensa en voz alta, mientras se pone en pie y va a buscar un poco de agua.
En sus sueños, la muerte viene a él todas las noches, penetra silenciosa en su habitación y lo contempla hasta que llega el alba; a la mañana siguiente con los primeros rayos de luz filtrándose por la ventana, la muerte toma su capa y entristecida se marcha, esperando regresar como siempre, en la noche.
Unos pasos arrastrados rompen la monotonía del silencio, ahí está otra vez, finjo estar dormido y ella se acerca y me acaricia el pelo, suave y delicadamente con las manos frías.
– ¿Quién eres? ¿Qué buscas de mí? –Le susurro delicadamente para no asustarla; pero ella huye espantada y se refugia en las sombras de los rincones de mi habitación. Yo aún espero recostado en mi cama a que regrese, pero está inmóvil; entonces vuelvo a murmurar: –Ven, acércate a mí–. Y de las sombras la veo acercarse, cubierta de un manto oscuro que no logro distinguir y que apenas puede verse con los reflejos luminosos de la calle.
Más cerca de mí, le vuelvo a preguntar: – ¿Qué buscas de mí?
El silencio nos invadió de nuevo, y antes que vuelva a repetir mi pregunta, una vocecilla salió por detrás del manto oscuro: – Soy la muerte y me he enamorado de ti, quiero que vengas conmigo – dijo y desapareció.
– ¿La muerte se había enamorado de mí? ¿El ser oscuro a quien todos temen, ahora me amaba? – medité esos pensamientos toda la mañana.
Mi vida siempre fue un fracaso, y estaba cansado de ella, cada mañana era un devenir cotidiano que ansiaba la noche sólo para poder volver a dormir. Irme con la muerte no sería una mala idea.

[35] Diana Carolina Arcos. Un breve relato del roce de la muerte. Op. Cit., p. 15.

Los días pasaron y empecé a odiar la luz del día; sólo porque ella espantaba a mi amada, yo también me había enamorado de la muerte…

¡Ahí está!, ha tratado de ocultarse otra vez, pero no hace falta verla para sentir que estaba ahí: – Yo también te quiero – fluyeron como raspando mis palabras. – Me has prometido un mundo diferente, llévame contigo – le repetí mientras exhalaba una bocanada de aire.

A los pocos minutos una mano fría toma la mía y trata de levantarme suavemente de la cama; adivinando sus intenciones, me levanto; de pie pude verla mejor, sus movimientos son los de un anciana, no logro verle el rostro, sólo sostiene mi mano y caminamos juntos: – Quiero verte,– le digo sonriendo, –necesito verte–, le repito.

Nos detuvimos bruscamente y después de un momento la sombra girando su capa volteó a verme. Mi sorpresa fue grande cuando sólo puede verle los ojos, diminutos y sombríos maquillados por la noche; su rostro permanecía oculto bajo el manto, de pronto bajó la mirada de nuevo y volvimos a andar.

Era la muerte, quien tomaba mi mano, un ser condenado a la inmortalidad, qué paradójico me sonaba eso. Era un ser entristecido por ser quien tenía que ser.

La noche esta cálida, vacía y silenciosa, las lumbreras de la calle van apagándose cada vez que mi amante se acerca a ellas. Ya hemos logrado salir de la ciudad, la tierra está húmeda, la siento en mis pies. De pronto empieza a embargarme un gran cansancio, empiezo a tener sueño y doy pequeños tropezones, pero ya no lo soporto más y caigo rendido en la tierra…

Un frío ártico empieza a calarme los huesos, y abrí los ojos desesperado, me encontraba en el agua, sumergido en una laguna de aguas oscuras, y empecé a tener miedo, no logro ver a mi amante por ningún lado, y empiezo a gritar su nombre: –Muerte, muerte, muerte, ¿Dónde estás? ¿dónde estás? – pregunté a viva voz, mientras sentía hundirme.

Cuando de pronto, de las profundidades del agua a mi lado, emerge ella, con la misma expresión de tristeza de siempre, me mira un momento, extiende sus manos y se retira el manto oscuro y lo coloca sobre mí, por fin logré verla, estaba desnuda, era una mujer muy bella, su torneada figura se perfilaba con la luminosidad de la luna. Impactado y absorto traté de abrazarla pero no pude, mi cuerpo pesaba mucho más, y sentía hundirme: – ¡Ayúdame, por favor! – le imploré – pero ella dio la vuelta y caminó hacia la orilla, yo traté de seguirla pero fue en vano, mi cuerpo era pesado, y empezaba a hundirme, poco antes que mis ojos se hundieran bajo el agua oscura, pude verla en la orilla.

Al ver mis manos, recordé las huesudas manos de la muerte, al tratar de verme reflejado en el agua, pude ver los ojos tristes que vi en la muerte. Había sido engañado, había sido seducido y me encontraba atrapado pues ahora yo era la muerte. Yo era ahora quien cargaba el manto pesado sobre los hombros; quise llorar, pero ninguna lágrima logró brotar de mis ojos. Y me sentí más triste aun…

Hoy divago por las sombras todas las noches, me oculto en ellas y al igual que mi amante, la muerte, hoy yo también busco a quien seducir. Hoy salgo de cacería, a ver si encuentro a alguien que esté cansado de su vida y prefiera la mía. El amante de la muerte, ahora soy yo. El enamorado caudillo, que, engañado del mundo, simplemente se fue…

¿Te enamorarías de mí?

La vida te seduce en ocasiones con muchas fantasías, al final tú decides…[36]

–Este relato se asemeja al primer relato que leí. Como que a los hombres siempre se les presenta la muerte en forma de una mujer muy hermosa, ¿será que a las mujeres nos

[36] Alexander Rodríguez Guzmán. El amante de la muerte, en: http://alexrg.com/el-amante-de-la-muerte

viene la muerte en forma de hombre? Yo sí me enamoraría de un hombre, aunque eso no significa que esté cansada de la vida; aún no me he graduado de la universidad, aún me falta vivir mucho. ¿Pero por qué la muerte se llevó a mi padre, si él no estaba cansado de la vida? ¿Será que mi papá se enamoró de esa mujer hermosa que es la muerte? ¿Por qué la muerte no se lleva a los que quieren morir? Yo había ansiado un tiempo morirme, pero nunca vino ningún hombre a mi encuentro–. La joven siguió buscando respuestas a la muerte, pero nada ni nadie le daban una respuesta que la satisficiera. –De ahora en adelante ya no buscaré respuestas de la muerte, mejor buscaré la vida y me interrogaré sobre ella. ¿Para qué me voy a interrogar sobre algo que nadie ha descubierto?, nadie ha vuelto del inframundo para explicar lo que hay más allá de la vida. Y, la verdad, eso de que la muerte viene en forma de mujer u hombre. ¿qué sé yo?, es una imaginación del ser humano para hacer más llevadero su duelo ante la partida de sus seres queridos–.

–Chapulinis colorados, este cuento se ha acabado…

Nieto$_1$: –Nos hizo dar miedo, abuela.

Nieto$_2$ –A mi ya se me hacía ver la muerte.

Isis –Pero, abuela, ese relato no nos respondió qué es la muerte.

Abuela − A través de los siglos el género humano ha lamentado y llorado a sus seres queridos muertos, sin tener conocimiento de su suerte. La humanidad ha tenido que reconocer su incapacidad de ver más allá del velo de la muerte. Hemos permanecido indefensos, confundidos y temerosos ante la certeza de que todos los hombres debemos de volver al polvo de la tierra. Hay ciertas preguntas relativas al futuro que han estado reclamando una respuesta: ¿Sigue existiendo el hombre después de la muerte?, ¿mantiene su personalidad e identidad?, ¿a dónde va?, ¿qué hace?, ¿qué aspecto tiene? Y ¿cómo es el experimentar la muerte?, entre otras preguntas que nos hacemos. La humanidad ha formulado estas preguntas a través de todas las edades, desde los días de Adán. Ni los hombres de ciencia, ni los filósofos, ni los poetas han podido contestarlas. Indudablemente, el conocimiento humano no ha sido suficiente para despejar estos enigmas.

Nieto$_2$: −Abuelita, ya nos dio sueño.

Abuela: −Lo mejor es que vayamos a descansar y mañana a continuar con nuestra conversación.

Esa noche la nieta mayor pasó deseando toda la noche soñar con uno de sus seres queridos que había fallecido, para que diera respuesta a sus interrogantes. Y, precisamente, soñó con su padre, su primo y su tío.

Isis: −Papá, papá, estas de nuevo conmigo.

Papá: −Pero sólo será un momento, sólo vine a pedirte que no llores más por mí; yo estoy bien, estoy descansando de la pesadez de la vida.

Isis: −¡Primo Leo! ¡Tío!

Primo: − Primita, nosotros no estamos muertos, estamos vivos porque vivimos en tu recuerdo.

Tío: − Además, ya era nuestra hora; todo está escrito en el libro de la vida, cuándo y cómo vas a morir.

Papá: − Yo siempre estaré a tu lado, acompañándote.

Isis: − Pero yo quiero verte, papito, sentirte. ¿Papá, cómo es la vida después de la muerte?

Papá: − No tengo autorización para decirte eso. Pero la mayoría de personas dicen que cuando fallecen miran su cuerpo y que alguien los recibe, ya sea un familiar o un ángel.

Isis: − ¿Es verdad, papá, que uno pasa por un túnel obscuro y que, al final de este, mira una luz?

Papá: − Cada persona vive una experiencia diferente, pero, por lo general, se atraviesa el velo, y se llega al túnel o a un patio, o una habitación.

Isis: − O sea que sí hay vida después de la vida. Papá, se puede decir que ¿después de la muerte uno sigue siendo igual?

Papá: − Conservamos nuestra esencia, pero ya no tenemos cuerpo físico.

Primo: − Te voy a contar un relato, que se titula:

LOS DOS AMIGOS

> Había dos amigos íntimos que nunca habían tenido el más leve disgusto. Uno de ellos falleció y como el otro se encontraba en Pasto no tuvo conocimiento del suceso.
> Un día, cuando transitaba tranquilamente por una calle de la mencionada ciudad, se encontró con el amigo muerto. Se saludaron, se dieron la mano y el muerto le preguntó: "¿cuándo regresas a nuestra tierra?" Él le contestó: "mañana". Entonces el muerto le dijo: "si has de regresar mañana, hazme un favor, llévale alguna ropa a mi esposa, que se quedó sin prendas de vestir". El amigo viviente se comprometió a cumplir con el encargo; el difunto compró lienzo y bayeta y se los dio diciendo: "tan pronto regreses los entregas a mi esposa".
> En ese momento sonaron las campanas para llamar a la misa y el amigo muerto dijo al otro: "acaban de sonar las campanas por última vez a fin de que yo vaya a oír misa,

acompáñame". El otro aceptó la invitación y siguió al amigo, llevando consigo la ropa que le había encargado. Al entrar a la iglesia, el amigo muerto le advirtió: "no vayas a la parte alta, quédate en medio de la sala; yo pasaré más adelante al lugar donde nos corresponde oír la misa a los difuntos. De hoy en adelante no volveremos a hablar más, hasta el día en que los dolientes se acuerden de mí".

El amigo viviente cumplió lo ordenado por el difunto.

Cuando el celebrante dio la última bendición se dirigió a la sacristía; el muerto lo siguió, pero nunca más volvió a salir de allá.

Cuando el otro amigo regresó a su tierra, entregó a la esposa del difunto el encargo. Ésta, al recibirlo, empezó a llorar amargamente diciendo: "nunca puedo creer que mi esposo esté andando por esos lugares, pues hace cuatro días lo sepultamos".

Como el amigo insistía, la esposa recibió la encomienda.

Ocho días después, los dolientes estaban haciendo los preparativos para la ofrenda fúnebre, la cual por casualidad coincidió con el plenilunio. Precisamente ese día, al amigo viviente le cogió la noche en el camino. De pronto, alguien le saludó desde atrás. Él se sorprendió y pensó: "a esta hora avanzada de la noche, ¿quién puede transitar?" cuando miró hacia atrás vio a su amigo íntimo. Éste lo saludó, dándole la mano y lo invitó diciendo: "Hoy es el día en que están ocupándose de mí. Vamos, amigo, para mí hay todo lo que Dios dispone, vamos, acompáñame".

Al oír tan bellas expresiones le siguió, aceptando su invitación. Y cuando estaban cerca de la casa el difunto le dijo: "esperemos un momento, pues aún están despiertos". Y una vez cerciorados de que el bullicio había cesado totalmente, le dijo: "entremos".

Después de entrar a la casa, el difunto cogió un banco para sentarse y le ofreció otro al amigo; luego fue a la cocina y sacó un plato de viandas que sirvió a su íntimo amigo; cogió de la mesa ritual, lo que Dios había dispuesto para agasajarle, y finalmente, brindó al amigo una olla de chicha para que se la tomara.

El difunto se servía de toda la comida funébrica dispuesta en su nombre y exigía a su amigo íntimo que hiciera lo mismo. El amigo viviente le manifestó: "¿Cómo es posible que solamente yo esté libando? Despierta a la esposa que Dios te dio para que bebamos sin temor". Pero el difunto le respondió: "en el mundo de Dios no sucede tal como debe ser, ella ya falló con otro hombre manchando su alma y no hay para qué despertarla; ya está asqueada y no me corresponde. Si no fuera así ya le hubiéramos hablado". Entonces el viviente le dijo: "En vista de lo sucedido, discúlpame y perdóname".

Mientras el difunto permanecía sentado, las personas que se encontraban dentro de la habitación dormían profundamente y ninguna de ellas despertó.

Después de largo rato, el difunto manifestó a su amigo: "Ya se acerca la hora de volver a la posada que tengo en préstamo". Al amanecer, cuando los gallos cantaban con más frecuencia, tomó nuevamente la palabra y dijo a su amigo: "la olla de chicha que te obsequié la consumes toda. Ahora me voy, adiós. Cuando vuelvan a hacer memoria de mí hablaremos otra vez" (el difunto estaba sentado dentro de la casa con su ruana tradicional, tal como acostumbraba en vida). Cuando salió de la casa se fue lentamente, sin pisar el suelo, vestido de blanco.

Después de un rato se despertaron las personas que estaban dentro de la sala, las cuales sorprendidas de ver al amigo viviente le preguntaron: "¿Cómo te dio Dios permiso para venir a estos lugares? Él les narró con toda sinceridad lo sucedido, desde el momento en que el difunto lo había invitado, cómo lo había agasajado, cómo le había informado acerca de la falla de la mujer, cuándo había de volver y cómo se había ido".

Como la mujer del difunto no creía, el amigo le dijo: "Mire en sus brazos los pellizcos que le hice con el fin de despertarla, sin que fuera posible lograrlo". Ella se miró el brazo donde efectivamente se evidenciaba la huella de los pellizcos y entonces creyó en lo ocurrido.

> Por lo tanto, la verdadera amistad era de mucho respeto en este mundo y también ante Dios. Y si en esta vida no se presenta el más leve disgusto, los dos amigos vuelven a encontrarse en ultratumba.[37]

Isis: − Según el relato, dice que los espíritus viven entre nosotros.

Tío: − El espíritu de uno sólo está deambulando hasta que el cuerpo es enterrado. Uno mira su cuerpo y a los seres queridos.

Isis: − Pero, ¿por qué no nos consuelan?, a mi me encantaría sentirlos.

Tío: − Cómo te dijo tu papá, no tenemos autorización.

Primo: − Recuerda, prima, que nosotros estamos bien, no podemos estarlo mejor. No hay nada que temerle a la muerte; ahora yo le temo a la vida y no sé cómo pude soportar tanto tiempo vivo.

Isis: − En el relato dice que los espíritus hacen las mismas cosas que en vida. ¿Es verdad esto?

Tío: − Claro que podemos hacer las mismas cosas, incluso tenemos poderes.

Isis: − ¿Qué tipo de poderes?

Papá: − Por ejemplo, podemos ver varias cosas a la vez…

Primo: − Nos trasladamos a la velocidad de la luz.

Tío: − podemos viajar en el tiempo.

Papá: − Y también tenemos poderes ilimitados de memoria.

Isis: − Wuau, esa si no me la sabía.

Primo: − Pero sí te aclaro que acá no se siente hambre, ni frío, ni calor, esas son cosas propias del cuerpo.

Isis: − Con razón que dice que el señor aparecía de la nada. O sea, que este sueño es real, no es imaginación mía. Lo malo es que nadie me creerá que he hablado con ustedes.

Primo: − Ese es otro poder que tenemos los espíritus, de aparecer en los sueños y cruzar paredes.

[37] Relatos y leyendas orales. Op. cit., p. 46-49.

Papá: − Pero estos poderes son utilizados con prudencia, y sólo se los utiliza con permiso, en casos especiales, cuando se ve que alguien está sufriendo, como en la siguiente historia:

UNA FAMILIA FELIZ

Mami me había prometido que cuando mis años ya no cupieran en una de mis manitos, iríamos a buscar a papi. Yo me pasaba el tiempo imaginando el momento del encuentro. Cuando papi, mami, Lucky y yo estuviéramos juntos de nuevo, así como en la foto, seríamos felices. Planeé aquel día con todo detalle. Pensé en lo primero que le iba a decir: ¡papi, al fin te encontramos!; luego, lo abrazaría, le cantaría una de las canciones que la profesora me enseñó, le hablaría sobre mi amiguita, le contaría mis años: uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Después de lo de la torta y las velitas, cuando mi amiguita y mis compañeritos se fueron, en la casa no quedamos sino Lucky, mami y yo. Miré a mami y le conté uno a uno los dedos de una de mis manitos hasta agotarlos todos, para hacerle saber que el día había llegado, y yo ya estaba listo. Sorprendida de mis avances, como me decía ella, me dio un abrazo gigante que casi me revienta el estómago. Se le llenaron de agua los ojos. Eso también se lo iba a decir a papi, al oído, para que mami no escuchara: "que tenía que regresar, porque mami estaba triste, los ojos a cada rato se le llenaban de agua". Mami me contestó que era necesario esperar, porque en cualquier momento él volvería, y puso la mirada en el camino del río. Sus ojos derramaron agua. Pero, ¿por qué no vamos ya? ¿Por qué tenemos que seguir esperando? ¿Por qué no llamamos a la policía o al alcalde o al presidente? ¡Eso es, llamemos al presidente! ¿Por qué lloras, mami? Cada vez que le preguntaba por papi, sus ojos se le ponían tristes, se le llenaban de agua. Me sentía culpable. ¿Y si es verdad? ¿Qué tal que papi no haya venido por mi culpa?, pensé, y me dije a mí mismo: "si cuando tenga estos años: los dedos de mi manito más uno de la otra, papi no ha regresado, me voy a buscarlo". Sí, saldría camino abajo, hasta llegar al río. Allá lo llamaría bien fuerte: ¡paaapiiiiii!, para que me escuchara todo el mundo, y si todo el mundo me escucha, papi también me iba a oír. En la escuela, los niños comentaban que abajo, junto al río, había una gente que se llevaba a los papás y a los hijos grandes.

– ¿Y para qué se los llevan?

– ¡Hmmm!

Nadie lo sabía. Pero yo sí sabía que allá estaba papi, porque mami, todos los días, se sentaba largos ratos en una piedra a la orilla del camino, miraba hacia el río, se le ponían tristes los ojos. Yo deseaba crecer rápido para irme a buscarlo. Pero cuando la profesora me dijo que para estar grande necesitaba tener estos años: los dedos de las dos manos más los dedos de un pie, me puse triste, porque para eso faltaba mucho. Entonces, comencé a planear una manera de encontrar a papi antes de que pasara todo ese tiempo. A veces me daban ganas de salir corriendo para el río, pero me atemorizaba, porque mi amiguita, a quien, así como a mí, se le había perdido el papá, me contó que esa gente era mala, y se llevaban también a los niños.

– ¿Y para qué se los llevan?

–¡Hmmm!

Por las noches, escuchaba ruidos en el patio. Lucky ladraba. Mami se levantaba y encendía la luz. Se le alegraban un poquito los ojos. Yo rezaba para que fuera papi. Mami salía rápidamente a llamarlo, una y otra vez. Pero nada, nos teníamos que volver a acostar solos. Todas las noches, yo tenía un sueño, papi abría la puerta, caminaba hasta mi cama, me contaba un cuento, cantaba una canción, y me dormía. Una vez, la profesora nos puso a hacer un dibujo de la familia. Yo dibujé a papi, a mami, a Lucky y a mí, comiéndonos la torta de mi cumpleaños. La profesora me preguntó cómo se llamaba el dibujo. "Una familia feliz", le respondí. Ella me felicitó y me puso una carita feliz. Los compañeritos hablaban de sus papás. Decían que yo no tenía papá. Yo les

contestaba que sí, que sí tenía y que era el mejor papá del mundo y que yo lo iba a buscar y que pronto estaríamos juntos. Cuando llegué a la casa, le mostré el dibujo a mami. Se quedó mirándolo. Los ojos se le pusieron tristes. Después colgó el dibujo junto a la foto en la que también estábamos todos. Me cargó, se fue para la orilla del camino y miró hacia el río. Los ojos se le llenaron de agua.

Al año siguiente, cuando llegó el día de la torta y las velitas, mami separó tres pedazos, uno para papi, uno para mí y otro para ella. Cuando nos comamos la torta, me voy a buscar a papi, pensé. Pero no le dije a mami, no me gustaba cómo se le ponían los ojos. Cuando nos comimos la torta, la de papi se la dimos a Lucky, mami hizo un hondo respiro y, sin decirme nada, me cogió de la mano. Corrimos hacia el río. No lo podía creer, ¡íbamos a buscar a papi! Después de mucho bajar y bajar caminos, llegamos. Yo me puse a mirar por todas partes tratando de encontrarlo; nada. Luego, grité con todas mis fuerzas: ¡paapiii! ¡paaaapiiiiiiiii! De pronto, vi que al otro lado del río alguien me hacía señas; era él. Lo reconocí porque me estaba haciendo muecas con la nariz, igual que en la foto. Enseguida comenzó a llamarme abriendo y cerrando una mano. Caminé río adentro. Tenía que llegar hasta la otra orilla. Mientras me metía repasaba lo que le iba a decir: ¡papi, al fin te encontramos! Lo abrazaría, le cantaría una canción, le contaría que hice un dibujo, le contaría mis años: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

–No te vayas muy lejos, mi vida, que es peligroso. –Mami gritó.

–No te preocupes mami, que voy a donde está papi–. Y lo señalaba con una mano. Me gustaba estar así, mami en una orilla, papi en la otra y yo en la mitad del río. Estiré las dos manos para tratar de cogerlos a ambos, pero el río era demasiado ancho. De un momento a otro, el agua me llegó hasta el cuello, pasó una corriente muy fuerte y trató de levantarme. Yo me puse a chapotear y chapotear hasta que floté. Quedé como desmayado. En esas comencé a escuchar los ladridos de Lucky como salidos de un cajón, luego los gritos de mami. Papi me sonrió, estaba esperándome. La cruzada estuvo muy difícil porque el río quería tragarme. Pero cuando miré a papi que seguía llamándome con la mano, sentí fuerzas para continuar chapoteando. Logré cruzar el río.

¡Papi, al fin te encontramos! Lo abracé, le conté que había hecho un dibujo. ¡Qué sensación tan extraordinaria! Ni cuando la profesora me felicitó por dibujar a mi familia, ni cuando jugaba con Lucky todo el día ni cuando mi amiguita y los compañeros iban a la casa para celebrarme el cumpleaños me sentía así, como cuando abracé a papi, después de haberlo esperado tanto tiempo. Cuando todo estuvo en calma de nuevo, llamé a mami para tranquilizarla y explicarle que ya estaba con papi. Pero aunque le gritaba con todas mis fuerzas, parecía no escucharme. Solamente cada que vuelve a poner la torta y las velitas estamos juntos los cuatro. Ella alcanza la foto y el dibujo y los sienta cada uno en una silla. Me dice que sople hasta apagar todas las velitas. Después pone tres pedazos de torta, "este es para mi bebé, este para 'papi' y este para mí". Papi y yo preferimos dejar que se los coma Lucky. A mí, después de lo del río no me volvió a dar hambre. A mami se le siguieron poniendo tristes los ojos. Siempre los tiene llenos de agua. Cuando me da el abrazo gigante del cumpleaños ya no siento que me revienta el estómago. Debe ser porque ahora sí soy grande de verdad; según el número de velitas que se han acumulado, los años ya no me caben ni siquiera en los dedos de las dos manos.[38]

Isis: − Por lo general, se escucha que los padres vienen a ver a sus hijos pequeños, y más las mamás que han dejado a sus hijos cuando aún lactan.

[38] Juan Gustavo Cobo Borda. Op. cit., p. 61-66.

Primo: − Y, en algunos casos, uno tiene permiso para llevarse a la persona que está sufriendo, siempre y cuando esta persona ya haya cumplido su misión en la tierra.

Tío: − Leo vino por mí.

Isis: − Y, ¿tiene algo que ver que las personas que fallecen queden con los ojos abiertos como indicación de que se van a llevar a otra persona?

Papá: − No, para nada, eso ya lo decide Dios. El quedar con los ojos abiertos ya es cosa del cuerpo, dependiendo del tipo de muerte.

Isis: − Ahhhhhhh, es bueno saberlo, para no creer en mitos. Una pregunta: ¿siempre, cuando uno muere, lo viene a esperar un familiar cercano?

Papá: − Siempre lo espera alguien, sea cercano o lejano. Por ejemplo, a mi me vinieron a esperar mis padres.

Isis: − ¡Qué chévere!; yo deseo que tú vengas a mi encuentro, papá. Pero, ¿qué pasa con las personas que se suicidan? ¿Su muerte también ya está pronosticada? ¿También alguien las espera?

Tío: − Eso no lo sabemos, porque no hemos pasado por ese proceso.

Isis: − Oh, ¡qué pena!

Papá: − No todo lo puedes llegar a saber, conténtate con saber lo que sabes. A veces no soportamos saber tanto.

Isis: − Pero, según el relato, yo entendí que el señor no estaba muerto sino desaparecido, y si estaba muerto, ¿por qué no utilizaba sus poderes para presentarse antes a su hijo y esposa, que sufrían mucho?

Papá: − Hay cosas que uno no puede comprender; tal vez el señor sí se presentó, pero su familia no supo interpretar sus apariciones.

Isis: − Qué dolor, para la mujer, perder a su esposo, y ahora a su hijo; lo ideal fuera que ella se hubiera ido con ellos.

Primo: − No era su hora, tal vez Dios le tenía otra familia.

Isis: − ¿Será que uno, antes de nacer, ya ha escogido la forma de morir?

Tío: − Sí, ya todo está escrito en el libro de la vida.

Isis: − Y, ¿dónde queda el destino y el albedrío?

Primo: − Creo que a uno no se le da una sola opción, sino varias.

Isis: − ¿Uno por qué escogería morir trágicamente, lejos de sus seres queridos, sin una sepultura? como ocurre en el relato de:

ALLÁ, DETRÁS DEL TRONCO DEL SUAM

En el corredor de la casa de tablas, Damaris dio la última puntada a la gola de la blusa amarilla brillante que le trajo su padre del puerto en el último viaje, con la remesa de licores y comestibles para la tienda.

En la lancha de carga, venían cuchillos, navajas, afeitadoras, hilos de pesca, anzuelos, y otras chucherías que los hombres de la Base de la Marina compraban los domingos, cuando querían engalanarse para sus negras, o distraerse de la rutina tratando de pescar algo desde las rocas de la orilla. Pero también llegaron los encargos de peinetas, hebillas, estampas, hilos y franjas de colores, que la madre de Damaris cosía a las prendas gastadas para hacerlas parecer domingueras.

Damaris examinó la falda blanca, con tres boleros superpuestos, que marcarían su cadera con la brisa de la playa, cuando esa noche saliera a caminar con el muchacho de tez morena y ojos negros, que la besaba a escondidas entre las rocas, con sus labios encendidos. Estaría muy bien con la blusa amarilla que estrenó en diciembre, ahora con franjas nuevas zurcidas en las sisas y el escote, que recortó sólo un poco, para que él viera el nacimiento de su pecho adolescente. Extendió las dos prendas en la baranda del corredor posterior de la casa y bajó los escalones de tablas; caminó descalza por la arena y se asomó a la tienda que funcionaba al frente de la vivienda, donde su padre organizaba los estantes para la clientela de esa noche de sábado, cuando los infantes y los policías vendrían de farra.

"Que él no venga", suplicó, "que me espere en la playa, allá detrás del tronco del suam…" El gran árbol caído, arrastrado por la marea hacía tiempo, ofrecía un escondite seguro y un buen refugio contra la brisa, que con frecuencia se convertía en lluvia, en aquellas latitudes donde el Mar Pacífico se separaba del monte, cerrado y húmedo, por amplias playas que desaparecían muchas veces con la marea alta. El suam había encallado en las rocas, y entre éstas y el monte se formó un nido de arena gris donde ella, desde niña, había hecho su refugio. Muchas veces miró desde allí el desembarque de los infantes que llegaban a la playa en sus botes después de abandonar el buque de transporte de la Armada, y los vio seguir hasta la base cargando provisiones. Ninguno le interesó a pesar de los sencillos regalos que algunos le llevaban a la tienda donde ayudaba a servir junto con la madre. Pero él era diferente. Tenía un librito de poemas algo sucio y deshojado, y una dulzaina que cantaba melodías tan tristes, que muchas veces sus ojos se empañaban, y miraban al mar para disimular la turbación, mientras él estaba allí, entre el suam y las rocas, tocando para ella.

Llegó con los hombres de refuerzo en el barco de la Armada en enero, y ella, desde su escondite del suam, supo que era a él a quien esperaba. Corrió a su casa, y se ofreció para llevar empanadas de piangua a la base, sorprendiendo a la madre que conocía su renuncia a vender las frituras de la palangana que se balanceaba encima de su rollete de tela sobre la cabeza de la niña. Así pudo hablarle y, esa noche, al salir de la tienda con otros soldados, un poco tomado, le recitó un verso que decía: "porque son niña tus ojos verdes como el mar; te quejas…" Había olvidado el resto, pero ella lo invitó al refugio de la playa, donde la tarde siguiente le leyó el poema completo del librito que siempre llevaba en su morral de campaña, y que le dio su padre antes de partir de su ciudad, allá en las montañas del interior del país, lugares que Damaris sólo había conocido en el mapa de la pared de cancel de la escuela del pueblo.

Desde que la besó la primera noche, supo que lo quería. Él, le dio el libro de poemas, y ella engarzó en hilo de pesca un collar de conchas muy pequeñas, separadas por semillas

de monte, se lo colgó al cuello, y le aseguró que no se notaría debajo del uniforme. Sí, esa noche de sábado se verían otra vez en el refugio del suam, ella, con su vestido nuevo, él, mirando su escote y el ritmo de su cadera bajo las golas de la falda, y ¿quién sabe?, mientras los demás bebían en la tienda, él podría desnudarla y se amarían sobre la arena gris de su refugio.

La voz de su padre cortó la ensoñación. Necesitaba de la ayuda de Damaris, en lugar de que anduviera jugueteando en la playa. Los vecinos llegaban ya a la tienda, murmurando contra los militares que no se daban por enterados de que los trabajadores madereros no habían regresado al pueblo la noche anterior, y seguían río arriba, tal vez en poder de los guerrilleros. Los de la Base no hacían nada por buscarlos, decían, a pesar de los rumores de una toma violenta, que crecían como la marea en noches de luna llena. Algunos soldados ya despachaban cervezas en un rincón de la tienda, pero él no estaba allí cuando Damaris llevó una bandeja con botellas. Corrió entonces a la parte trasera de la casa, recogió su blusa amarilla y su falda blanca y se encerró en el cuarto. Vestida, peinada con delgadas trenzas que ata con la peineta roja nueva, bajó los escalones con las sandalias en la mano, dio un rodeo para escapar de su padre, y corrió hasta el mar. No estaba. Se asomó a la pequeña playa de arena por encima del suam y vio la dulzaina sobre la roca. ¡Había estado allí! "Volverá más tarde", pensó. Se recostó en el tronco caído, dejó en su regazo los poemas, intentó unas notas en la dulzaina, y esperó…

La despertó un atronador rugido y una explosión seguida por muchas otras, mientras el cielo se teñía de fogonazos naranjas, rojos, amarillos. Soltó la dulzaina y el libro, y trepó a la roca más alta, desde donde vio su casa en llamas, y gente que corría en dirección a la Base y a las casas del vecindario. Se deslizó por la roca, desgarrando su falda nueva, cuando una serie de estallidos hicieron volar esquirlas a su alrededor. De un salto cayó a la arena, se metió entre las raíces del árbol, altas como paredes y se tapó los oídos, mientras a cada estruendo volaban por el aire trozos de cemento y pedazos de hierro que chocaban con fuerza en las rocas, en los troncos, en la punta del acantilado. – "¡Volaron el comando!", gimió aterrorizada, pensando en la única edificación de cemento del pueblo. Se quedó acurrucada, casi sin respirar, hasta que llegó el día.

No supo si había dormido, o si la luz rosa, que lo inundaba todo, se debía a los estallidos que aún pintaban falsos arreboles en el cielo. Al rato llegó el silencio, interrumpido por tiros de fusil, aislados, que como míseras respuestas a la destrucción de armas más potentes, elaboradas en el monte con más ingenio que técnica, habían causado en el pueblo.

Llovía cuando salió del refugio del árbol.

Entre los restos de su casa vio los primeros cadáveres, pero no encontró a sus padres. Corrió a la Base, segura de que él no había ido a la tienda a beber con los demás, tal vez por cumplir con la guardia. Mientras corría, desgarraba su ropa en los troncos que trajo la marea, en los gajos desprendidos de los altos árboles por las pipas de gas, tropezaba con sus caparazones metálicos, rígidos, abollados, con los trozos de hierro, de concreto…

Supo que era él, por el collar de pequeñas conchas y semillas que seguía aferrado a su cuello, y por sus labios de un milagroso color rosa que ella tanto había deseado, pero ya no existían sus ojos, fundidos con el amasijo de sesos. Vio por primera vez su cuerpo desnudo, y, con furia, arrancó las golas de su falda, se arrodilló en el suelo y lo cubrió con ellas. Había olvidado el libro de poemas y la dulzaina, pero ya no quedaban brazos ni manos que lo sujetaran contra el pecho inerte de su infante.

Volvió a su refugio y recogió los recuerdos de la arena.

Antes de unirse a la marea humana que caminaba ya hacia la frontera, miró por última vez el pequeño puerto.

> Un puñado de infantes llevaba hasta la lancha de desembarco de la Armada los restos de la destrucción.[39]

Tío: − No sé, pero, además de uno escoger la forma en que quiere morir, la muerte está sujeta a los karmas por los que debe pasar una persona para purificar el alma de los pecados que haya cometido mientras estuvo viva.

Primo: − Otros encuentran algo especial al morir de esa forma; por ejemplo, yo quería morir luchando; es gratificante morir por la patria, salvar la vida de otros.

Isis: − No lo había visto así. Pero tú dices que querías morir de una forma y moriste de otra. Cómo que antes de venir a esta tierra pensábamos diferente, y no es que la vida sea injusta.

Primo: −Eso parece, porque a mí nunca se me pasó por la mente morir en un accidente.

Papá: − Yo sí estoy contento con lo que me tocó.

Isis: − ¿Quién no?, con una muerte natural, sin estar postrado en cama, sin tanto sufrir. Volviendo al relato, el joven no ha de haber descansado su espíritu cuidando el cuerpo.

Tío: − Esos son los espíritus que están en pena; también se está en pena cuando los familiares no dejan de llorar, uno está en pena.

Isis: − ¿Cuánto tiempo pueden estar cuidando sus cuerpos?

Papá: − Hasta que su cuerpo tenga la sepultura. Hay unos que llevan así miles de años.

Isis: − ¿Y por qué es tan importante que cuiden sus cuerpos, en vez de descansar en paz?

Papá: − Según nuestras creencias, uno debe cuidar el cuerpo hasta la sepultura, porque cuando resucitemos debemos saber dónde fue enterrado.

Isis: − Eso ya me parece mito. ¿Y qué pasa con los cuerpos que son mutilados y esparcidas sus partes o con los que hoy en día son cremados?

Papá: − Ellos saben dónde está cada una de sus partes, y su espíritu se desplaza donde está cada una. Respecto a los que son cremados, ellos saben donde están depositadas sus cenizas.

Isis: − ¿Y si sus familiares las han depositado en el mar?

[39] Luz Magnolia Uribe. Op. cit., p. 105-109.

Tío: − Sólo están en pena los espíritus de los que sus cuerpos no han tenido un reconocimiento por sus familiares; así la familia lo haya cremado, ese cuerpo ha tenido un velorio, un ritual. El espíritu encontrará en la resurrección sus restos en el mar, el espíritu sabe dónde encontrarlos.

Isis: − No me convencen.

Papá: − Pero no te queda más que creer, ya que eso sólo lo saben los espíritus que han experimentado estar en pena, y como nadie ha resucitado para que nos cuente la experiencia.

Isis: − Sí han resucitado: por ejemplo, Lázaro. Otros han muerto por un espacio de tiempo y han vuelto, como la señora del siguiente relato, titulado:

LA RESUCITADA

Ardían los cuatro blandones soltando gotazas de cera. Un murciélago, descolgándose de la bóveda, empezaba a describir torpes curvas en el aire. Una forma negruzca, breve, se deslizó al ras de las losas, y trepó con sombría cautela por un pliegue del paño mortuorio. En el mismo instante abrió los ojos Dorotea de Guevara, yacente en el túmulo.

Bien sabía que no estaba muerta: pero un velo de plomo, un candado de bronce la impedía ver y hablar. Oía, eso sí, y percibía –como se percibe entre sueños– lo que con ella hicieron al lavarla y amortajarla. Escuchó los gemidos de su esposo, y sintió lágrimas de sus hijos en sus mejillas blancas y yertas. Y ahora, en la soledad de la iglesia cerrada, recobraba el sentido, y la sobrecogía mayor espanto. No era pesadilla, sino realidad. Allí el féretro, allí los cirios… y ella misma envuelta en el blanco sudario, al pecho el escapulario de la Merced.

Incorporada ya, la alegría de existir se sobrepuso a todo. Vivía; qué bueno es vivir, revivir, no caer en el pozo oscuro. En vez de ser bajada al amanecer, en hombros de criados, a la cripta, volvería a su dulce hogar, y oiría el clamor regocijado de los que la amaban y ahora la lloraban sin consuelo. La idea deliciosa de la dicha que iba a llevar a la casa hizo latir su corazón, todavía debilitado por el síncope. Sacó las piernas del ataúd, brincó al suelo, y con la rapidez suprema de los momentos críticos, combinó su plan. Llamar, pedir auxilio a tales horas, sería inútil. Y de esperar al amanecer, en la iglesia solitaria, no era capaz; en la penumbra de la nave creía que asomaban caras fisgonas de espectros y sonaban dolientes quejumbres de ánimas en pena… Tenía otro recurso: salir por la capilla del Cristo.

Era suya: pertenecía a su familia en patronato. Dorotea alumbraba perpetuamente, con rica lámpara de plata, a la santa imagen de Nuestro Señor de la Penitencia. Bajo la capilla se cobijaba la cripta, enterramiento de los Guevara Benavides. La alta reja se columbraba a la izquierda, afiligranada, tocada a trechos de oro rojizo, rancio. Dorotea elevó desde su alma una deprecación fervorosa al Cristo. ¡Señor! ¡Qué encontrase puestas las llaves! Y las palpó: allí colgaban las tres, el manojo; la de la propia verja, la de la cripta, a la cual se descendía por un caracol dentro del muro, y la tercera llave, que abría la portezuela oculta entre las tallas del retablo y daba a estrecha calleja, donde erguía su fachada infanzona el caserón de Guevara, flanqueado de torreones. Por la puerta excusada entraban los Guevara a oír misa en su capilla, sin cruzar la nave. Dorotea abrió, empujó… Estaba fuera de la iglesia, estaba libre.

Diez pasos hasta su morada… El palacio se alzaba silencioso, grave como un enigma. Dorotea cogió el aldabón, trémula, cual si fuese una mendiga que pide hospitalidad en una hora de desamparo. "¿Esta casa es mi casa, en efecto?", pensó al segundar el aldabonazo firme… Al tercero, se oyó ruido dentro de la vivienda muda y solemne, envuelta en su recogimiento como una larga faldamenta de luto. Y resonó la voz de Pedralvar, el escudero, que refunfuñaba:

–¿Quién? ¿Quién llama a estas horas, que comido le vea yo de perros?

–Abre, Pedralvar, por tu vida… ¡Soy tu señora, soy Dorotea de Guevara…! ¡Abre presto!

–Váyase enhoramala el borracho… ¡Si salgo, a fe que lo ensarte…!

–Soy doña Dorotea… Abre… ¿No me conoces en el habla?

Un reniego, enronquecido por el miedo, contestó nuevamente. En vez de abrir, Pedralvar subía la escalera otra vez. La resucitada pegó dos aldabazos más. La austera casa pareció reanimarse; el terror del escudero corrió al través de ella como un escalofrío por un espinazo. Insistía el aldabón, y en el portal se escucharon taconazos, corridas y cuchicheos. Rechinó, al fin, el claveteado portón entreabriendo sus dos hojas, y un chillido agudo salió de la boca sonrojada de la doncella Lucigüela, que elevaba un candelabro de plata con vela encendida, y los dejó caer de golpe; se había encarado con su señora, la difunta, arrastrando la mortaja y mirándola de hito en hito…

Pasado algún tiempo, recordaba Dorotea –ya vestida de acuchillado terciopelo genovés, trenzada la crencha con perlas, y sentada en un sillón de almohadones, al pie del ventanal– que también Enrique de Guevara, su esposo, chilló al reconocerla; chilló y retrocedió. No era de gozo el chillido, sino de espanto… De espanto, sí: la resucitada no lo podía dudar. Pues acaso sus hijos, doña Clara, de once años, don Félix, de nueve, ¿no habían llorado de puro susto, cuando vieron a su madre que retornaba de la sepultura? Y con llanto más afligido, más congojoso que el derramado al punto en que se la llevaban… ¡Ella que creía ser recibida entre exclamaciones de intensa felicidad!, cierto que días después se celebró una función solemnísima en acción de gracias; cierto que se dio un fastuoso convite a los parientes y allegados; cierto, en suma, que los Guevara hicieron cuanto cabe hacer para demostrar su satisfacción por el singular e impensado suceso que les devolvía a la esposa y a la madre… Pero doña Dorotea, apoyado el codo en la repisa del ventanal y la mejilla en la mano, pensaba en otras cosas.

Desde su vuelta al palacio, disimuladamente, todos la huían. Dijérase que el soplo de frío de la huesa, el hálito glacial de la cripta, flotaba alrededor de su cuerpo. Mientras comía, notaba que la mirada de los servidores, la de sus hijos se desviaba oblicuamente de sus manos pálidas, y que cuando acercaba a sus labios secos la copa del vino, los muchachos se estremecían. ¿Acaso no les parecía natural que comiese y bebiese la gente del otro mundo? Y doña Dorotea venía de ese país misterioso, que los niños sospechan aunque no lo conozcan… Si las pálidas manos maternales intentaban jugar con los bucles rubios de don Félix, el chiquillo se desviaba, descolorido él a su vez, con el gesto del que evita el contacto que le cuaja la sangre. Y a la hora medrosa del anochecer, cuando parecen oscilar las largas figuras de las tapicerías, si Dorotea se cruzaba con doña Clara en el comedor del patio, la criatura, despavorida, huía al modo con que se huye de una maldita aparición…

Por su parte, el esposo –guardando a Dorotea tanto respeto y reverencia que ponía maravilla– no había vuelto a rodearla el fuerte abrazo a la cintura… En vano la resucitada tocaba de arrebol sus mejillas, mezclaba a sus trenzas cinta y aljófares y vertía sobre su corpiño pomitos de esencias de Oriente. Al trasluz del colorete se transparentaba la amarillez cérea; alrededor del rostro persistía la forma de la toca funeral, y entre los perfumes sobresalía el vaho húmedo de los panteones. Hubo un momento en que la resucitada hizo a su esposo lícita caricia; quería saber si sería rechazada. Don Enrique se dejó abrazar pasivamente, pero en sus ojos, negros y dilatados por el horror que a pesar suyo se asomaba a la ventanas del espíritu; en

> aquellos ojos un tiempo galanes, atrevidos y lujuriosos, leyó Dorotea una frase que zumbaba dentro de su cerebro, ya invadido por las rachas de demencia.
> –De donde tú has vuelto, no se vuelve…
> Y tomó bien sus precauciones. El propósito debía realizarse por tal manera, que nunca se supiese nada; secreto eterno. Se procuró el manojo de llaves de la capilla y mandó a fabricar otras iguales a un mozo herrero, que partía con el tercio a Flandes al día siguiente. Ya en poder de Dorotea las llaves de su sepulcro, salió una tarde sin ser vista, cubierta con un manto, se entró en la iglesia por la portezuela, se escondió en la capilla del Cristo y al retirarse el sacristán cerrando el templo, Dorotea bajó lentamente a la cripta, alumbrándose con un cirio prendido en la lámpara; abrió la mohosa puerta, cerró por dentro, y se tendió, apagando antes el cirio con el pie… [40]

Papá: − Pero ellos han sabido dónde están sus cuerpos, y en el caso de la señora del relato, ella no estaba muerta, sufrió un ataque de catalepsia.

Isis: − ¿En qué consiste esa enfermedad? ¿Por qué da y a quiénes da?

Tío: − Esta enfermedad consiste en que la persona que la padece se queda sin signos vitales, inmóvil; sin embargo, puede ver, escuchar y sentir. Esta enfermedad, por lo general, ocurre a las personas con sobredosis de droga o a personas epilépticas.

Isis: − Creo que es la situación más cruel que existe, ser enterrado vivo.

Primo: −También es feo morir ahogado y quemado, porque son muertes lentas y dolorosas.

Papá: − Pero fíjate, hija, que a la señora no le sirvió de nada aparecerse a sus familiares, porque todos se asustaron. Dime: nosotros, que nos apareciéramos en este momento en tu casa, ¿te asustarías?

Isis: − Claro que sí, uno no está acostumbrado a encontrarse con las personas del más allá. Pero la señora no estaba muerta, debieron darse cuenta que ella tenía un cuerpo tangible.

Primo: − Del susto, ¿quién se va a poner hacer esos experimentos? Ahora ya no me da miedo de los espíritus, pero cuando uno está vivo, le da horror.

Isis: − No me gusta el final de la historia; la señora no tuvo de otra que morirse de verdad. Pero ella convivió con ellos, no me cabe en la cabeza que no la hayan aceptado.

Tío: − Lo mejor, cuando uno tiene una catalepsia, es formar una nueva vida, donde nadie lo conozca, para no atormentar a los seres queridos.

[40] Emilia Pardo Bazán. La resucitada, en: Armando López Salinas et al. Relatos subterráneos. Madrid: Popular, 1997, p. 53-59.

Isis: − Lo mejor es tomar precauciones para no llegar a sufrir esta enfermedad, y en caso que haya los antecedentes para sufrirla, avisar a los familiares para retardar el entierro.

Papá: − Es mejor prevenir que lamentar. Es muy duro empezar una nueva vida. Mejor prefiero morir y volver a vivir.

Isis: − ¿Resucitar en la misma persona?

Papá: − Imposible, nadie nace dos veces de la misma forma; aunque nazca con el mismo cuerpo, tendrá una vida diferente. A mí me gustaría reencarnar en otra persona.

Isis: − No, a mi sí no; si dicen que el mundo de los muertos es lo más bonito, para que venir a este mundo.

Primo: −Yo estoy de acuerdo contigo, prima, ¿para qué vivir más?

Tío: − Si yo me acordara de mi vida pasada y que con mi nueva vida pudiera corregir los errores del pasado, quisiera volver a nacer.

Papá: − vaya, pides cosas imposibles, nadie se acuerda de sus vidas pasadas, y el futuro es incierto.

Isis: − Yo he escuchado, a los que creen en la reencarnación, que uno viene al mundo convertido en un animal, una planta, así varias veces hasta que se purifique tu alma; cuando ya venimos como hombres es que ya hemos completado la purificación. ¿Qué piensan sobre esto?

Primo: − No quisiera creer en eso; además, no me parece buena la vida que llevan los animales.

Papá: − Por eso hay religiones que cuidan tanto a los animales, porque dicen que son nuestros hermanos y los cuidan como si fueran un ser humano, como en el caso del siguiente relato:

AMOR

El asombro, primero, de poder ascender a otra región."
José Lezama Lima

Te dejé escapar. ¿Te habré regado bien? ¿Te di todo el sol?
–Lila Lila Lila Lila…
–Amor Amor Amor Amor…
–Lila, ¿Estás? Lila, responde. Lila Lila Lila Lila Lila Lila Lila Lila Lila Lila Lila Lila Lila, ¿por qué mueres? ¿por qué mueres? Lila, yo sé que estás muerta… Pero no, las flores no mueren… seguiré regándote. Lila, seguirás sentada en mi piel con la cabeza reclinada en mi hombro… Seguirás soñando libélulas… Seguirás riendo sobre la hierba mojada… Lila, amor mío, sueño mío, dolor mío, seguirás viva frente a mi tumba.

> Seguiré creyendo que dialogas con mi cadáver y que te resistes a creer que estoy muerto, como solíamos hacer cuando jugábamos a no temer a la muerte y te fingías muerta y me fingía muerto, y cada uno decía lo que creía que iba a decir si llegaba la hora. Ahora no sé si es verdad, no sé si todavía estamos jugando y sólo estás fingiendo que estás muerta. No sé si realmente eres tú o soy yo quien está muerto. No sé quién está hablando ahora, si tú o yo, porque ya estabas dentro de mi cuerpo y mi mente antes de que murieras, o si acaso hemos muerto los dos y nadie está pensando en esto. Ay, Lila, quiero morir, quiero vivir en tu muerte. Quiero reconocer tu rostro entre millones de ángeles, quiero ver tu risa otra vez. Lila, dulce mujer mía loca mía, dime que no enfermaste, dime que no te fuiste lejos, dime que retornarás… Seguiré creyendo que eres tú, y no yo, quien está frente a este panteón frío. Así, mi amor, sólo así, ocurrirá el milagro.[41]

Isis: − Es que, así sea que exista o no la reencarnación, uno siempre debe cuidar la naturaleza; los animales y las plantas son nuestros hermanos menores. ¿Será que los animales también tienen vida después de la muerte, así como ustedes?

Primo: − Pues, acá donde estamos, hay bastante naturaleza. Pero no creo que sean espíritus también.

Tio: − No, las plantas no tienen espíritu, solamente el hombre.

Isis: − No será que todo ha sido una invención de nosotros los hombres y que realmente no existe nada sobre los espíritus y el mundo de los espíritus.

Papá: − Nos estarías negando a nosotros, que te estamos hablando.

Isis: − Tal vez sea imaginación mía.

Papá: − Y, ¿qué piensas de mis apariciones en las noches, cuando te cobijo?

Isis: − La mente es muy poderosa, papá. Yo te ansío tanto, que apareces de la nada.

Papá: − Una vez escuché que los animales y plantas sí tienen alma; por tanto, también ellos vienen al mundo de los espíritus.

Isis: − No, papá; como dice en el anterior relato, las plantas mueren, pero ahí mismo vuelven a resucitar. Las plantas tienen varias vidas simultáneamente.

Papá: − Pero también mueren para siempre.

Isis: −¿Puede pasar, como en el relato, que un espíritu humano tenga a alguien, en esta vida terrena, con quien hablar?

[41] Yanitzia Canetti. Amor. En Fernán Caballero et al. Relato de mujeres (3). Madrid: Popular, 1999, p. 56-57.

Papá: −Sí, a uno le es más fácil establecer una relación con una planta o un animal, porque no se va asustar de uno, ni tampoco va a salir corriendo a comunicarle a los demás lo ocurrido.

Isis: −O sea, que los espíritus también se sienten solos.

Primo: −Acá es un mundo maravilloso, pero de vez en cuando a uno le dan ganas de salir a explorar el mundo de los vivos.

Tío: −Pero a veces a uno le da tristeza salir a explorar el mundo de los vivos, y uno se promete a sí mismo no volver.

Isis: −¿Por qué?

Papá: −Porque los humanos ya no se acuerdan de uno. O ya no creen en la existencia de los espíritus, así como tu hija. Ya no nos van a ver al cementerio, ya no nos sienten, ya no nos guardan duelo.

Tío: −En la actualidad, alguien se muere y la gente sigue como si nada.

Isis: −Pero, ¿qué más queda?, uno no puede darse a la muerte también.

Primo: −Hay que seguir la vida, pero con tus seres queridos que partieron en el corazón.

Papá: −Mira cómo nos sentimos cuando somos olvidados, como en el siguiente relato, que se titula:

UN OLOR TENUE DE GERANIOS

Creo que nadie se había dado cuenta de que me había ido. De eso hace ya tiempo. La rutina de la casa continuó, como si yo jamás hubiera hecho parte de ella. Mi hermana siguió atesorando un pequeño rectángulo de sol, cuidando sus matas en el patio de atrás de la casa, podándolas y hablándoles en un lenguaje extraño como si nada hubiera sucedido, como si jamás hubiera estado allí alguien. Siempre había sido un poco ciega, es cierto, con esa miopía incurable que le impedía leer las líneas y ver más allá de los geranios y las hortensias y de la casa melancólica que mantenía para mi padre y para mí, pero a pesar de todo me sorprendía que no notara que yo no estaba, mientras la observaba escondida detrás de los matorrales, con los pies descalzos hundidos entre la tierra. Durante todo este tiempo jamás me dirigió una palabra y sólo una vez, que yo recuerde, habló de mí, como si únicamente entonces hubiera notado que algo andaba mal, como si durante un instante fugaz hubiera sospechado que yo no estaba. Miró mi plato intacto sobre la mesa, mientras que la comida que nos acaba de servir se enfriaba, y explotó en una serie de sollocitos histéricos e inesperados que se le atoraban en la garganta. Entre las lágrimas alcanzamos a discernir un lamento inconexo y molesto sobre su cansancio y mi persistente ingratitud.
Mi padre cortó otro bocado de carne y siguió masticando, sin prestarle atención a la escena de mi hermana, y se ofreció a acabar con mi plato, si es que yo no quería comer.

Mi hermana empujó hacia atrás el asiento y salió corriendo del comedor. Él tampoco comprendía nada.

Parecía que los dos estuvieran completamente ciegos y no podían sondear ya las profundidades de mi ausencia, estrellándose contra ella a cada paso, y sin embargo incapaces de comprender qué era aquella costra dura contra la cual se golpeaban. Comprendí que jamás llegarían a verme. Así que regresé en silencio a mi lugar en el patio, y desde entonces los observo desde allí, cobijada con el olor de las flores, intentando en vano adivinar los motivos de su indiferencia. Se comportaban como si yo hubiera estado con ellos todo el tiempo, incluso cuando no me senté más con ellos a la mesa y rehusé definitivamente compartir el ritual diario de los alimentos, y me abandonaba en cambio a la lluvia dulce y solitaria que caía en el patio. Creo que no se dieron cuenta nunca de que en cara y mi cuerpo de espectro había desaparecido ya el sello irreversible del vacío.

Al principio creí que disimulaban. Imaginé que pensaban que no diciendo nada todo volvería a ser como antes, y que yo finalmente desenterraría mis pies del suelo, sacudiría el barro de mi cuerpo y volvería a la casa. Sentada tras mi cortina de hojas, intentaba por las noches asir algún susurro que intercambiarían durante la comida, algunas palabras de mutuo consuelo, "ya verás como vuelve si continuamos así", pero pronto me convencí de que comían siempre en silencio, nada qué decirse, sin ningún motivo para hablar de lo que yo callaba.

Luego llegué a pensar que no habían sabido nunca de mi existencia. Pensé que seguían poniendo mi puesto en la mesa como si fuera parte de un antiguo ritual sin explicación que por algún motivo desconocido debían actuar, pero que jamás se habían preguntado por la razón de sus actos. Tal vez era un conjuro para protegerse de alguna amenaza incomprensible. Pensé que por esa razón mi padre seguía pronunciando mi nombre hueco como mi cuerpo menguado, mi nombre para ellos no estaba unido a ninguna imagen, a ningún cuerpo, a ninguna cara, como quien recita una oración que ha perdido el significado a fuerza de ser repetida. La idea de no existir para ellos me atemorizó, y pensé en levantarme y plantarme ante sus ojos gritándoles: "¿No ven que me fui hace tiempo?, Miren mi cuerpo, miren las hojas que devoran mi pelo, miren mis huesos consumidos. ¿No ven acaso que ya me he ido, que me fui desde siempre?" Pero mis pies estaban enterrados en el piso, las ramas abrazaban mis brazos, y no quise moverme más. Me acurruqué sobre la tierra, con las rodillas contra el pecho y las hojas de las matas rozándome levemente la cara, arrullándome como una niña pequeña con el ruido ya carente de significado que mi hermana hacía con ollas y cubiertos cuando cocinaba, una huella más proveniente de un mundo olvidado al cual yo no pertenecería de nuevo. A veces la oigo hablar consigo misma en el jardín, pero ya no comprendo sus palabras. Sin embargo hay algo de ternura en su voz, como si me estuviera hablando a mí, diciéndome que lo comprende todo, que lo ha comprendido desde siempre.

Por eso mismo no siento ahora rabia alguna. Hace calor, y un rayo de sol juega con las puntas de mi pelo. Las hojas esconden mi cuerpo transparente y un olor tenue de geranios me adormece. Estoy segura de que pronto comenzaré a florecer.[42]

Tío: −Puede ser que el cuerpo de uno está muerto, pero el alma, el espíritu, siguen vivos, uno siente.

Isis: −¿Qué podemos hacer?

[42] María Mercedes Andrade Restrepo. Un olor tenue de geranios, en: Relatos de mujeres 5. Madrid: Torremozas, 2006, p. 9-12.

Papá. −No nos gustan los rituales sin una convicción de lo que se hace. Un ritual es bonito siempre y cuando se lo sienta.

Isis: −Uno nunca ha tenido como un contacto directo con el mundo de los muertos; es por eso que uno no sabe qué hacer, si realmente existen, si lo que uno hará será visto y sentido por ustedes.

Papá: −Hija, Isis, recuerda que no estamos muertos, sólo morimos cuando nos sacas de tu corazón.

4. Verdad vs Dogma

DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Se hace un encuentro entre representantes de diferentes confesiones para discutir sobre los temas más relevantes y ponerse de acuerdo en una sola verdad.

Papa: – Buenos días, sean todos bienvenidos a este conversatorio para hablar acerca de algunos problemas de nuestras Iglesias.

Pastor: –Creo que esto es de suma relevancia y ojalá podamos, todos, llegar a una sola verdad. Recordemos que Dios es uno solo y, por tanto, todos los caminos o congregaciones deben conducir a Él.

Ateo: –Perdón, Pastor, pero creo que hoy esto no llegará a ningún lugar. Escuche este relato y entenderá el porqué de mis palabras. El relato se llama:

LOS TRES ANILLOS

Años atrás vivió un hombre llamado Saladino, cuyo valor era tan grande que llegó a sultán de Babilonia y alcanzó muchas victorias sobre los reyes sarracenos y cristianos. Habiendo gastado todo su tesoro en diversas guerras y en sus incomparables magnificencias, y como le hacía falta, para un compromiso que le había sobrevenido, una fuerte suma de dinero, y no veía de dónde lo podía sacar tan pronto como lo necesitaba, le vino a la memoria un acaudalado judío llamado Melquisedec, que prestaba con usura en Alejandría, y creyó que éste hallaría el modo de servirle, si accedía a ello; mas era tan avaro, que por su propia voluntad jamás lo habría hecho, y el sultán no quería emplear la fuerza; por lo que, apremiado por la necesidad y decidido a encontrar la manera de que el judío le sirviese, resolvió hacerle una consulta que tuviese las apariencias de razonable. Y habiéndolo mandado llamar, lo recibió con familiaridad y lo hizo sentar a su lado, y después le dijo:

– Buen hombre, a muchos he oído decir que eres muy sabio y muy versado en el conocimiento de las cosas de Dios, por lo que me gustaría que me dijeras cuál de las tres religiones consideras que es la verdadera: la judía, la mahometana o la cristiana.

El judío, que verdaderamente era sabio, comprendió de sobra que Saladino trataba de atraparlo en sus propias palabras para hacerle alguna petición, y discurrió que no podía alabar a una de las religiones más que a las otras si no quería que Saladino consiguiera lo que se proponía. Por lo que, aguzando el ingenio, se le ocurrió lo que debía contestar y dijo:

– Señor, intrincada es la pregunta que me haces, y para poderte expresar mi modo de pensar, me veo en el caso de contarte la historia que vas a oír. Si no me equivoco, recuerdo haber oído decir muchas veces que en otro tiempo hubo un gran y rico hombre que entre otras joyas de gran valor que formaban parte de su tesoro, poseía un anillo hermosísimo y valioso, y que queriendo hacerlo venerar y dejarlo a perpetuidad a sus descendientes por su valor y por su belleza, ordenó que aquel de sus hijos en cuyo poder, por legado suyo, se encontrase dicho anillo, fuera reconocido como su heredero, y debiera ser venerado y respetado por todos los demás como el mayor. El hijo a quien fue legada la sortija mantuvo semejante orden entre sus descendientes, haciendo lo que había hecho su antecesor, y, en resumen: aquel anillo pasó de mano en mano a muchos sucesores, llegando por último al poder de uno que tenía tres hijos bellos y virtuosos y muy obedientes a su padre, por lo que éste los amaba a los tres de igual manera. Y los jóvenes, que sabían la costumbre del anillo, deseoso cada uno de ellos de ser el honrado entre los tres, por separado y como mejor sabían, rogaban al padre, que era ya viejo, que a su muerte les dejase aquel anillo. El buen hombre, que de igual manera los quería a los tres y no acertaba a decidirse sobre cuál de ellos sería el elegido, pensó en dejarlos

> contentos, puesto que a cada uno se lo había prometido, y secretamente encargó a un buen maestro que hiciera otros dos anillos tan parecidos al primero que ni él mismo, que los había mandado hacer, conociese cuál era el verdadero. Y llegada la hora de su muerte, entregó secretamente un anillo a cada uno de los hijos, quienes después que el padre hubo fallecido, al querer separadamente tomar posesión de la herencia y el honor, cada uno de ellos sacó su anillo como prueba del derecho que razonablemente lo asistía. Y al hallar los anillos tan semejantes entre sí, no fue posible conocer quién era el verdadero heredero de su padre, cuestión que sigue pendiente todavía. Y esto mismo te digo, señor, sobre las tres leyes dadas por Dios Padre a los tres pueblos que son el objeto de tu pregunta: cada uno cree tener su herencia, su verdadera ley y sus mandamientos; pero en esto, como en lo de los anillos, todavía está pendiente la cuestión de quién la tenga.
>
> Saladino conoció que el judío había sabido librarse astutamente del lazo que le había tendido, y, por lo tanto, resolvió confiarle su necesidad y ver si le quería servir; así lo hizo, y le confesó lo que había pensado hacer si él no le hubiese contestado tan discretamente como lo había hecho. El judío entregó generosamente toda la suma que el sultán le pidió, y éste, después, lo satisfizo por entero, lo cubrió de valiosos regalos y desde entonces lo tuvo por un amigo al que conservó junto a él y lo colmó de honores y distinciones.[43]

Obispo: –Este relato hace alusión a lo que en la actualidad está pasando con nuestras congregaciones religiosas; nuestro Padre ha mandado tener varias religiones iguales; por tanto, todas son verdaderas.

Ateo: – El problema aquí es, como dice en el relato, que todos creen tener la verdad, pero no se sabe a ciencia cierta quién tiene el anillo original, pero puede ser que nadie haya heredado el verdadero anillo y, por lo tanto, cada uno ha seguido sus intereses, olvidándose de cuál era su objetivo principal.

Papa: –Queridos hermanos, el objetivo de que estemos aquí no es para criticarnos, sino para ayudar a nuestros hermanos y consagrarnos más a Dios.

Maestro: –Creo que no importa aquí quién tiene la verdad, lo importante es que, con nuestros buenos actos, podamos acoger a más hermanos para que puedan lograr la salvación, la vida eterna.

Presidente: –Pero a nadie lo podemos privar de la libertad de escoger el tipo de vida que quiere seguir.

Ateo: –Exacto. Por ejemplo, en mi caso, todos se han puesto en contra mía, me ven como el malo del paseo porque dicen que uno, por ser ateo, no cree en Dios; pero yo aquí les digo que se han equivocado; yo sí creo en Dios, pero a mi manera. Más bien, se podría decir que uno no cree es en las congregaciones en sí. Ustedes se preguntarán: ¿por qué? Les voy a responder con este relato titulado:

[43]Giovanni Boccaccio. Los tres anillos, en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/ita/boccaccio/los_tres_anillos.htm

EL PESO DE LAS CREENCIAS

Dos jóvenes monjes fueron enviados a visitar un monasterio cercano. Ambos vivían en su propio monasterio desde niños y nunca habían salido de él. Su mentor espiritual no cesaba de hacerles advertencias sobre los peligros del mundo exterior y lo cautos que debían ser durante el camino. Especialmente incidía en lo peligrosas que eran las mujeres para unos monjes sin experiencia:

- Si veis una mujer, apartaos rápidamente de ella. Todas son una tentación muy grande. No debéis acercaros a ellas, ni mucho menos hablarles y, por descontado, por nada del mundo se os ocurra tocarlas. Ambos jóvenes aseguraron obedecer las advertencias recibidas, y con la excitación que supone una experiencia nueva se pusieron en marcha. Pero a las pocas horas, y a punto de vadear un río, escucharon una voz de mujer que se quejaba lastimosamente detrás de unos arbustos. Uno de ellos hizo ademán de acercarse.

-Ni se te ocurra -le atajó el otro-. ¿No te acuerdas de lo que nos dijo nuestro mentor?

-Sí, me acuerdo; pero voy a ver si esa persona necesita ayuda- contestó su compañero.

Dicho ésto, se dirigió hacia donde provenían los quejidos y vio a una mujer herida y desnuda.

-Por favor, socorredme, unos bandidos me han asaltado, robándome incluso las ropas. Yo sola no tengo fuerzas para cruzar el río y llegar hasta donde vive mi familia.

El muchacho, ante el estupor de su compañero, cogió a la mujer herida en brazos y, cruzando la corriente, la llevó hasta su casa situada cerca de la orilla. Allí, los familiares atendieron a la asaltada y mostraron el mayor agradecimiento al monje, que poco después reemprendió el camino regresando junto a su compañero.

-¡Dios mío! No sólo has visto a esa mujer desnuda, sino que además la has tomado en brazos.

-Así era recriminado una y otra vez por su acompañante. Pasaron las horas, y el otro no dejaba de recordarle lo sucedido.

-¡Has cogido a una mujer desnuda en brazos! ¡Has cogido a una mujer desnuda en brazos! ¡Vas a cargar con un gran pecado!

El joven monje se paró delante de su compañero y le dijo:

-Yo solté a la mujer al cruzar el río, pero tú todavía la llevas encima.[44]

Papa: – ¿Qué nos quiere decir con esto?

Ateo: –Que las personas que pertenecen a alguna religión se privan de muchas cosas; pero pecan mucho más, ya que no dejan de pensar en ellas, ven todo con morbosidad. Hablan de ayudar al prójimo, pero lo ayudan siempre y cuando cumpla con sus normas o, mejor dicho, miran primero que no sea una piedra de tropiezo para su crecimiento espiritual, sin saber que, al no ayudar, están cometiendo un error, como es la discriminación.

Pastor: – Por lo mismo, hermano, uno asiste a una iglesia es para curar las heridas del alma, para encontrar un apoyo y poder convertir las debilidades en fortalezas. Dios da las medicinas indicadas para que se pueda curar.

Reverendo: –Si uno fuera perfecto, no necesitaría de Dios ni de las religiones, pero lastimosamente es todo lo contrario.

[44] El peso de las creencias, en: http://textosparareflexionar.wordpress.com/category/cuentos-orientales/

Ateo: –Ya entiendo lo que quieren decir. Pero, primero que todo, una religión no va a solucionar los problemas si uno no los enfrenta y tiene voluntad para dejar de lado lo que le hace daño. ¿Por qué una religión y no otro tipo de congregación?

Papa: –Las religiones son ordenadas por Dios.

Ateo: –Yo no creo en eso, creo que las religiones son netamente del hombre. Para cuando uno no puede sobrellevar los problemas, hay otro tipo de organizaciones que ayudan a salir de ellos.

Papa: –Si algo no es de Dios, es del diablo.

Ateo: −O sea que, según ustedes, todo lo que nos rodea en esta tierra es del diablo y sólo las religiones son de Dios. ¿Dónde quedan los hospitales, colegios, ancianatos, etc.?

Reverendo: −Yo creo que depende con qué ánimo presten el servicio estos lugares, los convierten en lugares de Dios o del diablo.

Ateo: −Para mí, Dios nos dejó la inteligencia y con ella el hombre ha creado estos lugares para nuestro beneficio, para servir a los demás. Además, si las religiones no prestan un servicio porque se han dedicado sólo a Dios y han descuidado al prójimo, deben existir otras instituciones que sí lo hagan. Más prestan un servicio los empleados de las instituciones, que las mismas religiones.

Pastor: −La mayoría de instituciones están al servicio de lo material, mas no de lo espiritual.

Maestro: −Cuando uno está con Dios, no hay necesidad de las otras instituciones.

Ateo: −Entonces, puedo decir que ustedes tienen cuerpo glorificado; no se han de enfermar, no se han de accidentar, lo saben todo, por tanto no necesitan educarse, nunca van a envejecer.

Maestro: −Nuestro cuerpo es a semejanza de nuestro Padre, pero el pecado es el que nos hace ser débiles.

Ateo: −La verdad, no estoy de acuerdo, porque las cosas que nos suceden no son a causa del pecado, sino que son cosas del destino, o son las consecuencias de nuestras decisiones.

Maestro: −Me dejas sin palabras.

Ateo: –Cada uno de nosotros está respondiendo según su cultura y contexto en que ha crecido. Por lo tanto, cada uno habla desde su propia experiencia y ve a los otros como extraños. Cómo en el caso de:

LOS CIEGOS Y EL ELEFANTE

> Una vez llegó un elefante a una ciudad poblada por ciegos. En esa ciudad se ignoraba qué y cómo era ese extraño y enorme animal, así que decidieron llamar a los más eruditos entre ellos para que elevaran un dictamen. El primero se acercó al animal y palpó concienzudamente sus patas. Al rato sentenció:
> –Amigos, no hay duda. Un elefante es como una columna.
> El segundo de ellos también se acercó al paquidermo y tocó a fondo sus orejas.
> – Temo comunicaros que mi colega se ha equivocado. Un elefante es un gran abanico doble – dijo el segundo. El tercero, en cambio, centró su inspección en la trompa.
> – Debo decir – proclamó – que mis dos colegas han errado en su apreciación. Es evidente que un elefante es como una gruesa soga.
> De este modo cada erudito captó su propio grupo de defensores y detractores, iniciándose una polémica que hizo que llegaran a las manos.
> En esto llegó al pueblo un hombre que veía perfectamente y, ante aquella confusión, preguntó el motivo de la disputa.
> Desordenadamente, cada grupo volvió a defender su opinión sobre lo que en verdad era un elefante.
> Al oírlos a todos, el hombre que veía trató de sacarles de su error explicando que cada erudito sólo había percibido una parte del elefante, por lo que les describió cómo era en realidad el animal.
> Pero los ciegos creyeron que aquel hombre estaba loco. Lo expulsaron de su poblado y continuaron por los siglos debatiendo entre ellos sobre lo que creían debía ser un elefante.[45]

Papa: –No podemos permitir que nos diga ciegos; por favor, respeto.

Ateo: –Yo también soy ciego, porque no logro entender sus cosas. Lo ideal fuera que en este mundo nos permitieran conocer desde niños todo de todo y no sólo una cosa.

Presidente: –Puede ser que este problema no sea solamente culpa de las religiones, sino que es un problema de todo un Estado.

Ateo: –Qué buen aporte, compañero; tienes razón: el Estado, la política, siempre han sido uno sólo con la religión. Por eso antiguamente las personas no podían decidir lo bueno y lo malo, solamente obedecían lo que les imponían.

Papa: –Tal vez hoy en día nos parezca malo, pero esa era la voluntad de Dios.

Ateo: –Pero creo que aquí hacen ver a Dios como un Dios injusto, ya que los crímenes que se cometían antiguamente se los hacía en nombre de Dios.

Pastor: –Dios tiene sabios propósitos que nosotros los seres humanos no entendemos.

Obispo: –Las religiones son las más atacadas, porque el diablo no quiere que consigamos la salvación.

[45] Los ciegos y el elefante, en: https://ar-ar.facebook.com/permalink.php?

Ateo: –Pero se debería ver el cambio que hacen las personas cuando entran a estas congregaciones; sin embargo, observo que los que han estado en una religión y se descarrían son peores que cuando entraron.

Presidente: −Has escuchado que en la palabra de Dios dice que cuando alguien se arrepiente, el espíritu malo se aleja pero, luego de un tiempo, vuelve con siete espíritus más a atacar el templo de Dios.

Ateo: −La verdad, no creo en lo de los espíritus; más bien diría que fue que a esa persona le faltó voluntad, la religión no fue capaz de llenar sus vacíos existenciales; miró que los que estaban adentro eran peores que él o, simplemente, no recibió la ayuda necesaria para dejar su vida pasada.

Presidente: −En una religión, la persona encuentra todo, si es que su entrega es total.

Ateo: −O sea, que si no se entrega, ¿no es ayudado?

Presidente: −Nosotros hacemos lo posible por ayudarlo, pero tiene que entregarse a Dios de corazón para tener ayuda de lo alto.

Ateo: −Ya veo; según lo que usted me dice, Dios tiene preferencia por los que se encuentran en una religión.

Presidente: −Sí.

Ateo: −Vuelvo y repito que ustedes y sus religiones hacen ver a Dios como un Dios injusto. Pero yo digo que Dios ama a todos sin discriminación alguna, Dios no está viendo si uno está en una religión.

Papa: –Recuerden que siempre vamos a ser perseguidos y criticados, todos nuestros hechos están bajo la lupa de los que no nos quieren; y nos pasa igual que en el relato titulado:

LO QUE SUCEDIÓ A UN HOMBRE BUENO CON SU HIJO

> Otra vez, hablando el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo que estaba muy preocupado por algo que quería hacer, pues, si acaso lo hiciera, muchas personas encontrarían motivo para criticárselo; pero, si dejara de hacerlo, creía él mismo que también se lo podrían censurar con razón. Contó a Patronio de qué se trataba y le rogó que le aconsejase en este asunto.
> –Señor Conde Lucanor –dijo Patronio–, ciertamente sé que encontraréis a muchos que podrían aconsejaros mejor que yo y, como Dios os hizo de buen entendimiento, mi consejo no os hará mucha falta; pero, como me lo habéis pedido, os diré lo que pienso de este asunto. Señor Conde Lucanor –continuó Patronio–, me gustaría mucho que pensarais en la historia de lo que ocurrió a un hombre bueno con su hijo.
> El conde le pidió que le contase lo que les había pasado, y así dijo Patronio:

–Señor, sucedió que un buen hombre tenía un hijo que, aunque de pocos años, era de muy fino entendimiento. Cada vez que el padre quería hacer alguna cosa, el hijo le señalaba todos sus inconvenientes y, como hay pocas cosas que no los tengan, de esta manera le impedía llevar a cabo algunos proyectos que eran buenos para su hacienda. Vos, señor conde, habéis de saber que, cuanto más agudo entendimiento tienen los jóvenes, más inclinados están a confundirse en sus negocios, pues saben cómo comenzarlos, pero no saben cómo los han de terminar, y así se equivocan con gran daño para ellos, si no hay quien los guíe. Pues bien, aquel mozo, por la sutileza de entendimiento y, al mismo tiempo, por su poca experiencia, abrumaba a su padre en muchas cosas de las que hacía. Y cuando el padre hubo soportado largo tiempo este género de vida con su hijo, que le molestaba constantemente con sus observaciones, acordó actuar como os contaré para evitar más perjuicios a su hacienda, por las cosas que no podía hacer y, sobre todo, para aconsejar y mostrar a su hijo cómo debía obrar en futuras empresas.

»Este buen hombre y su hijo eran labradores y vivían cerca de una villa. Un día de mercado dijo el padre que irían los dos allí para comprar algunas cosas que necesitaban, y acordaron llevar una bestia para traer la carga. Y camino del mercado, yendo los dos a pie y la bestia sin carga alguna, se encontraron con unos hombres que ya volvían. Cuando, después de los saludos habituales, se separaron unos de otros, los que volvían empezaron a decir entre ellos que no les parecían muy juiciosos ni el padre ni el hijo, pues los dos caminaban a pie mientras la bestia iba sin peso alguno. El buen hombre, al oírlo, preguntó a su hijo qué le parecía lo que habían dicho aquellos hombres, contestándole el hijo que era verdad, porque, al ir el animal sin carga, no era muy sensato que ellos dos fueran a pie. Entonces el padre mandó a su hijo que subiese en la cabalgadura.

»Así continuaron su camino hasta que se encontraron con otros hombres, los cuales, cuando se hubieron alejado un poco, empezaron a comentar la equivocación del padre, que, siendo anciano y viejo, iba a pie, mientras el mozo, que podría caminar sin fatigarse, iba a lomos del animal. De nuevo preguntó el buen hombre a su hijo qué pensaba sobre lo que habían dicho, y este le contestó que parecían tener razón. Entonces el padre mandó a su hijo bajar de la bestia y se acomodó él sobre el animal.

»Al poco rato se encontraron con otros que criticaron la dureza del padre, pues él, que estaba acostumbrado a los más duros trabajos, iba cabalgando, mientras que el joven, que aún no estaba acostumbrado a las fatigas, iba a pie. Entonces preguntó aquel buen hombre a su hijo qué le parecía lo que decían estos otros, replicándole el hijo que, en su opinión, decían la verdad. Inmediatamente el padre mandó a su hijo subir con él en la cabalgadura para que ninguno caminase a pie.

»Y yendo así los dos, se encontraron con otros hombres, que comenzaron a decir que la bestia que montaban era tan flaca y tan débil que apenas podía soportar su peso, y que estaba muy mal que los dos fueran montados en ella. El buen hombre preguntó otra vez a su hijo qué le parecía lo que habían dicho aquellos, contestándole el joven que, a su juicio, decían la verdad. Entonces el padre se dirigió al hijo con estas palabras:

»–Hijo mío, como recordarás, cuando salimos de nuestra casa, íbamos los dos a pie y la bestia sin carga, y tú decías que te parecía bien hacer así el camino. Pero después nos encontramos con unos hombres que nos dijeron que aquello no tenía sentido, y te mandé subir al animal, mientras que yo iba a pie. Y tú dijiste que eso sí estaba bien. Después encontramos otro grupo de personas, que dijeron que esto último no estaba bien, y por ello te mandé bajar y yo subí, y tú también pensaste que esto era lo mejor. Como nos encontramos con otros que dijeron que aquello estaba mal, yo te mandé subir conmigo en la bestia, y a ti te pareció que era mejor ir los dos montados. Pero ahora estos últimos dicen que no está bien que los dos vayamos montados en esta única bestia, y a ti también te parece verdad lo que dicen. Y como todo ha sucedido así, quiero que me digas cómo podemos hacerlo para no ser criticados de las gentes: pues íbamos los dos a pie, y nos criticaron; luego también nos criticaron, cuando tú ibas a caballo y yo a pie; volvieron a

> censurarnos por ir yo a caballo y tú a pie, y ahora que vamos los dos montados también nos lo critican. He hecho todo esto para enseñarte cómo llevar en adelante tus asuntos, pues alguna de aquellas cosas teníamos que hacer y, habiendo hecho todas, siempre nos han criticado. Por eso debes estar seguro de que nunca harás algo que todos aprueben, pues si haces alguna cosa buena, los malos y quienes no saquen provecho de ella te criticarán; por el contrario, si es mala, los buenos, que aman el bien, no podrán aprobar ni dar por buena esa mala acción. Por eso, si quieres hacer lo mejor y más conveniente, haz lo que creas que más te beneficia y no dejes de hacerlo por temor al qué dirán, a menos que sea algo malo, pues es cierto que la mayoría de las veces la gente habla de las cosas a su antojo, sin pararse a pensar en lo más conveniente.
>
> »Y a vos, Conde Lucanor, pues me pedís consejo para eso que deseáis hacer, temiendo que os critiquen por ello y que igualmente os critiquen si no lo hacéis, yo os recomiendo que, antes de comenzarlo, miréis el daño o provecho que os puede causar, que no os confiéis sólo a vuestro juicio y que no os dejéis engañar por la fuerza de vuestro deseo, sino que os dejéis aconsejar por quienes sean inteligentes, leales y capaces de guardar un secreto. Pero, si no encontráis tal consejero, no debéis precipitaros nunca en lo que hayáis de hacer y dejad que pasen al menos un día y una noche, si son cosas que pueden posponerse. Si seguís estas recomendaciones en todos vuestros asuntos y después los encontráis útiles y provechosos para vos, os aconsejo que nunca dejéis de hacerlos por miedo a las críticas de la gente.
>
> El consejo de Patronio le pareció bueno al conde, que obró según él y le fue muy provechoso.
>
> Y, cuando don Juan escuchó esta historia, la mandó poner en este libro e hizo estos versos que dicen así y que encierran toda la moraleja:
>
> *Por críticas de gentes, mientras que no hagáis mal*
> *buscad vuestro provecho y no os dejéis llevar.*[46]

Papa: –Nosotros somos como el mancebo y su hijo, que son criticados, a pesar de que hagan las cosas bien.

Ateo: –Estoy de acuerdo cuando dice que somos criticados. Pero, aún no me queda claro… ¿qué hay acerca de las personas que no permanecen en la religión; luego, son más débiles que cuando entraron, sus problemas son más profundos? ¿Acaso Dios los rechaza?

Pastor: – No, Dios no rechaza a nadie. Lo que pasa es que hay personas que toman a Dios como un juego, y recordemos que Dios no castiga ni con palo ni con rejo.

Ateo: –¿Por qué Dios, siendo un padre amoroso, castiga de esa forma a sus hijos?

Obispo: –Dios quiere lo mejor para nosotros y nos moldea.

Ateo: –No estoy de acuerdo con eso. Un padre debe dejar vivir a su hijo su propia experiencia, ya que la vida es la mejor maestra. Darle libertad para que ponga en práctica lo que ha aprendido en su infancia. Porque, ya en adulto, no vale de nada ser

[46] Juan Manuel, Infante don. Lo que le sucedió a un hombre bueno con su hijo, en: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/juanma/lucanor/02.htm

reprendido y aconsejado. Igualmente, se debe recordar que tenemos las leyes y normas que hay en un Estado y en las diferentes instituciones, pero, a diferencia de los mandamientos de Dios, creo que las normas nos dan más libertad. Después de que se las respete, se va a vivir en libertad, y esta a la vez ayuda a que un Estado se mantenga ordenado. ¿Para qué necesitamos los mandamientos de Dios, si nos privan de todo?

Papa: –A nadie se lo obliga a hacer algo en contra de su voluntad. Cada creyente se acerca a la Iglesia pidiendo ayuda para su alma. Lo que se hace en una congregación es aconsejar, y se le manda seguir un camino que lo conducirá a Dios. Igualmente, las leyes del Estado dan a conocer lo malo y lo bueno y las diferentes consecuencias, si no se cumple lo mandado; lo mismo es acá, en las cosas de Dios.

Ateo: −Nos hemos alejado del tema principal de nuestra charla. Estoy de acuerdo que uno siempre está sujeto a críticas, pero recordemos que no les debemos hacer caso cuando son destructoras de ideales, pero si son constructivas, debemos tomarlas. Igual en nuestras vidas: a veces es necesario que otros nos hagan ver nuestros errores, que uno mismo no se da cuenta, aunque lo que sí se debe tener en cuenta antes de cualquier crítica es la forma cómo se la hace, hay que ser prudentes para no hacer sentir mal a la persona.

Obispo: −En la religión tenemos a Dios y a las personas que Dios escoge para que aconsejen a los hermanos. No se necesita de otros, que pueden malaconsejar.

Ateo: −Creo que las religiones son herméticas. Igual, si alguien no tiene la suficiente confianza en el líder de la congregación, no va a ir a desahogar su alma y va a preferir hacerlo con otra persona. Además, me he dado cuenta que cuando los feligreses comentan algo con sus líderes, estos los toman como confesión, siendo juzgados y en otras ocasiones castigados con la expulsión.

Obispo: −Las palabras que salen de nuestra boca no son nuestras, son puestas por Dios.

Ateo: −Yo prefiero hacer catarsis directamente con Dios, y no pasar por una persona que es tan normal como yo. Veo que las religiones son muy duras con sus feligreses, sin darse cuenta que si ellos, como dicen ser "enviados por Dios", no pueden cumplir las cosas, ¿cómo pretenden que los demás cumplan?

Todos se quedan en silencio.

Maestro: – Escuchándolos a ustedes hablar me he acordado de un relato que puede ayudarnos a aclarar nuestras ideas, con respecto a las normas, y que se titula:

BEATRIZ
(Una palabra enorme)

Libertad es una palabra enorme. Por ejemplo, cuando terminan las clases, se dice que una está en libertad. Mientras dura la libertad, una pasea, una juega, una no tiene por qué estudiar. Se dice que un país es libre cuando una mujer cualquiera o un hombre cualquiera hace lo que se le antoja. Pero hasta los países libres tienen cosas muy prohibidas. Por ejemplo, matar. Eso sí se pueden matar mosquitos y cucarachas, y también vacas para hacer churrasco. Por ejemplo, está prohibido llegar tarde a la escuela, aunque en ese caso hay que hacer una cartita, mejor dicho la tiene que hacer Graciela, justificando por qué. Así dice la maestra: justificando.

Libertad quiere decir muchas cosas. Por ejemplo, si una no está presa, se dice que está en libertad. Pero mi papa está preso y sin embargo, está en Libertad, porque así se llama la cárcel donde está hace ya muchos años. A eso el tío Rolando lo llama qué sarcasmo. Un día le conté a mi amiga Angélica, le gustó tanto la palabra que cuando su padrino le regalo un perrito le puso de nombre Sarcasmo. Mi papá es un preso, pero no porque haya matado o robado o llegado tarde a la escuela. Graciela dice que mi papá está en libertad, o sea está preso, por sus ideas. Yo también a veces tengo ideas, pero todavía no soy famosa. Por eso estoy en libertad, o sea que no estoy presa.

Si yo estuviera presa, me gustaría que dos de mis muñecas, la Toti y la Mónica, fueran también presas políticas. Porque a mi gusta dormirme abrazada por lo menos a la Toti. A la Mónica no tanto, porque es muy gruñona. Yo nunca le pego, sobre todo para darle buen ejemplo a Graciela.

Ella me ha pegado pocas veces, pero cuando lo hace yo quisiera tener muchísima libertad. Cuando me pega o me rezonga, yo le digo Ella, porque a ella no le gusta que la llame así. Es claro que tengo que estar muy alunada para llamarla Ella. Si por ejemplo viene mi abuelo y me pregunta dónde está tu madre, y yo le contesto Ella está en la cocina, ya todo el mundo sabe que estoy alunada, porque si no estoy alunada digo solamente Graciela está en la cocina. Mi abuelo siempre dice que yo salí la más alunada de la familia y eso a mí me deja muy contenta. A Graciela tampoco le gusta demasiado que yo la llame Graciela, pero yo la llamo así porque es un nombre lindo. Sólo cuando la quiero muchísimo, cuando la adoro y la beso y la estrujo y ella me dice ay chiquilina no me estrujes así, entonces sí la llamo mamá o mami y Graciela se conmueve y se pone muy tiernita y me acaricia el pelo, y eso no sería así ni sería tan bueno si yo le dijera mamá o mami por cualquier pavada.

O sea que la libertad es una palabra enorme. Graciela dice que ser un preso político como mi papá no es ninguna vergüenza. Que es casi un orgullo. ¿Por qué casi? Es orgullo o vergüenza. ¿Le gustaría que yo dijera que es casi vergüenza? Yo estoy orgullosa, no casi orgullosa, de mi papá, porque tuvo muchísimas ideas, tantas y tantísimas que lo metieron preso por ellas. Yo creo que ahora mi papá seguirá teniendo ideas, tremendas ideas, pero es casi seguro que no se las dice a nadie, porque si las dice, cuando salga de Libertad para vivir en libertad, lo pueden meter otra vez en Libertad. ¿Ven cómo es enorme?[47]

Ateo: –Estoy totalmente de acuerdo con el relato. Hoy en día ya nadie tiene libertad, unos tenemos nuestra alma encerrada en este cuerpo, otros encerrados en cárceles de cemento, y en general nadie puede pensar y crear, porque por todo es juzgado. Sólo se debe estar sujeto a la conciencia, más que al mismo Estado.

[47] Mario Benedetti. Beatriz (una palabra enorme), en: Eduardo Galeano, Op. cit., p. 25-27.

Pastor: −No, no estoy de acuerdo que el cuerpo sea una cárcel, solamente el cuerpo se convierte en cárcel cuando se ha pecado.

Ateo: −Olvidémonos por un momento del pecado. Todo ser humano se siente en una cárcel cuando su vida no tiene un propósito, o cuando vive continuamente interrogándose y no encuentra respuesta.

Papa: −Al no encontrarse una respuesta el mundo se nos ha salido de las manos y la única forma de refrenar tanta iniquidad es creando miedo a los hombres para que se abstengan de hacer las cosas.

Ateo: – Siempre pensé que todo era una farsa. Pero, ahora, ¿quién puede sacarnos la idea de que todo es un imaginario?

Maestro: −Lo que se ha construido en tantos años no se puede destruir de un día para otro. No es la religión la que inicio estos imaginarios; ¿sabe desde cuándo están estos imaginarios?

Ateo: – ¡No!

Maestro: –Pues estos imaginarios nacieron con nuestros indígenas.

Ateo: −No creo que acá en América hayan sido los indígenas, más bien yo diría que fueron los españoles. Yo aprecio más sus leyes, que las mismas leyes de la Iglesia y del Estado. Los indígenas son más libres, razonan autónomamente sin estar sujetos a intimidaciones.

Maestro: –Sus leyes son mucho más estrictas que las nuestras. Por ejemplo, les voy a contar una historia de indígenas, donde se habla de su severidad. El relato se titula:

EL JOVEN

> Un joven empezó a galantear al mismo tiempo a tres mujeres. Ellas, dándose cuenta de ese procedimiento, le advirtieron que se retirara, pues ese proceder no lo conducía a legalizar un matrimonio, sino que era un pasatiempo.
> El joven, deseando continuar con la misma actitud, viajó a Mocoa a conseguir el famoso tubérculo "Warmer chonduro". Como presente llevó al curandero un cuadro de sal y un plato de madera.
> Estando en casa del médico o curandero, le solicitó la preparación del objeto que necesitaba para procurarse de amor permanente de tres mujeres, las cuales, de acuerdo con el aviso previo, habían tomado la resolución de abandonarlo.
> El curandero asistió a su ruego. A los tres días de permanencia en casa del médico, éste llevó al visitante a una plantación de "warme chonduro", ordenándole pasara por encima de ella hacia adelante y hacia atrás.
> El joven cumplió la orden. Y luego el curandero le dijo: "Esto es suficiente para la consecución de tus deseos, pero te advierto que te debes abstener de ir a la casa de las

muchachas durante un mes. Pasado este tiempo puedes ir a visitarlas. Si desobedeces esta orden te sucederá algo malo".
El joven desatendió el mandato del curandero y, a los ocho días de su regreso, fue a visitar a las muchachas. Ellas, al ver al apuesto joven, salieron a recibirlo y una de ellas acercándose, le dijo: "Oye, puede que tengas piojos en la cabeza, voy a despiojarte". Luego se acercó la segunda diciéndole: "Ea, seguramente tienes piojos en la ropa, voy a quitártelos". La tercera, sin dirigirle la palabra, le ató las manos por detrás y también los pies.
Estando atado, las jóvenes lo llevaron sobre sus hombros hasta colocarlo en el centro de un hormiguero, donde lo sujetaron entre dos postes para evitar el movimiento y dejándolo allí se fueron para la casa.
Al día siguiente las tres muchachas se dijeron: "Vamos a soltar al coquetón, puede que así se le quite su mal proceder". Al llegar las mujeres al lugar del suplicio, sólo encontraron la osamenta del joven, pues las hormigas habían hecho un banquete con su cuerpo.
La desobediencia y el mal comportamiento del joven fueron castigados con la pérdida de la vida.[48]

Ateo: –Yo prefiero que en esta vida se me castigue, que estar absteniéndome de hacer cosas por un futuro incierto. Y es que la religión no lo deja a uno ni morirse en paz.

Papa: −Primera vez que estoy de acuerdo con usted; es mejor que le castiguen el cuerpo porque en esta tierra no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista; es decir, que el sufrimiento del cuerpo tiene un final, en cambio el sufrimiento del alma es infinito.

Ateo: −Cuando uno se muere ya se va a descansar del todo; no se preocupe por eso, señor papa.

Papa: –Se equivoca, hay muchas almas que están en pena, como en el siguiente relato:

LOS NEGROS

No soportaba más el calor. Se pasó el pañuelo mojado por la frente y se abanicó con uno de los planos. Todo parecía quieto, como estancado, como si el tiempo se hubiera detenido. Dio varias vueltas dentro de la improvista oficina, hecha con madera y tejas de zinc, tiró a un lado su saco blanco inmaculado y se aflojó el nudo de la corbata, la cual le recordaba por qué estaba ahí, en medio de la nada, abriendo una carretera inútil, enterrando millones del presupuesto de la nación. Sacó una botella de whisky de una nevera de icopor. La abrió y la sirvió en un vaso. Estaba tibia. Le hervía la sangre tener que aguantarse semejante infierno, con el cielo completamente despejado y el sol puesto en lo alto, la camisa húmeda y el whisky caliente. Resignado tiró el trago e hizo una mueca de hastío. Se asomó por la ventana para buscar a alguno de los obreros para que fuera con la bicicleta hasta la bomba de gasolina y le trajera unas diez bolsas de hielo, pero se arrepintió pues sabía que era muy peligroso.
Fue entonces cuando los vio. Eran veintitrés hombres, negros todos, y tristes, manchados de polvo los cabellos y con las manos como enlodazadas. Estaban agrupados de manera desordenada, algunos no tenían camisa, otros estaban descalzos, otros amarraban sus pantalones con cabuya. Ninguno sonreía, ninguno hablaba, ninguno levantaba la mirada.

[48] Relatos y leyendas orales, op. cit., p. 84-85.

Era como si alguien los hubiera puesto allí para que él los viera, como un espectro a la mitad del día.
Con la mano se quitó el sudor de los ojos que lo cegaba. Abrió el cajón pequeño del escritorio, sacó la pistola y le quitó el seguro.
– ¡Eh, José!, ¡venga acá! –gritó con fuerza, y se dejó caer sobre el sillón, casi en el límite de su paciencia.
José empujó la lata que hacía las veces de puerta de la oficina y se puso a órdenes del jefe.
– ¿Sí, patrón?
– ¿Quiénes son esos negros que están ahí afuera?
– Nunca los había visto, patrón. Dicen que necesitan hablar con usted para que les dé trabajo.
–No sé, no me inspiran confianza… ¿Usted qué piensa?
–Patrón, no se lo recomiendo. Tienen cara de mañosos.
–Pero si me sirven, ahora músculo es lo que necesito… En últimas, a mi no me importa si fuman marihuana o se emborrachan, desde que sepan echar pico y pala…
–Usted es el patrón, patrón.
Se puso al lado de la ventana y los miró otra vez. Vio a uno que usaba una bayetilla amarrada a la cabeza y le hizo señas para que entrara.
Recogió el saco, se arregló el nudo de la corbata y se puso el casco blanco en la cabeza. Se sentó frente a su escritorio y perfeccionó su pose de jefe. José le abrió la puerta al negro.
– ¿Qué quieren?
–Déjenos trabajar, señor. Respondió el negro casi susurrando.
– ¿Qué saben hacer?
–Somos gente de campo, sabemos arar la tierra, sabemos cultivar y pescar, y obedecer a Dios y su voluntad. Y no cobramos mucho y casi no comemos…
–¿Y quién les dijo que aquí estamos necesitando trabajadores?. No leyeron el aviso en la entrada: No hay vacantes.
–No sabemos leer, doctor, sólo trabajar.
–Les voy a dar una oportunidad. Necesito que trabajen duro para ver si nos rinde entregar esta carretera. Pero pilas con salirme con alguna huevonada, ahí mismo se me van todos, ¿entendido?
–Sí, patrón. Gracias, patrón.
– ¡José! ¡Súrtalos de herramientas y póngalos a hacer algo porque se van a insolar ahí parados!
–Sí, patrón.
Los vio salir de la oficina. Harto, se dejó caer sobre el sillón. Otra vez estaba empapado, casi asfixiado. Estaba aburrido, embotado, desesperado. Casi sin darse cuenta empezó a soñar. Soñó que corría en el campo, que huía de un centenar de hombres de cinco metros cada uno, con sierras y otras armas, que gritaban, insultaban, disparaban al aire o a los matorrales.
Con él corrían otros. Algunos eran alzados por los látigos y eran destrozados sin compasión. Otros lloraban mientras se torcían el cuello para no caer en las manos asesinas. Otros eran arrancados del suelo por inmensas aves, como águilas, y se perdían para siempre en un cielo gris mientras eran desgarrados por sus picos amarillos. De repente se detuvo en medio del caos. Vio su reflejo en un charco inmenso de sangre. No se reconoció, no era él. Era un negrito pequeño, como un niño, de ojos grandes y brillantes. El corazón se le salía por la boca, el aire le quemaba los pulmones y la piel se le caía a girones. "¡Aquí está!", escuchó, y un golpe seco le aturdió los sentidos. "¿Vos crees que te me vas a escapar?" "¡Matá de una vez a ese mal nacido!", "¡arránquele los ojos!", "¡que le duela por sapo!" "¡Nooooo!" "¡Ahhhhhhh!" Sintió el frío metálico del cañón de una pistola gigante y oyó el "bum" de la detonación, después un zumbido, y un

dolor intenso en los intestinos. Lo embargó el horror, un millar de manos salieron del suelo y lo halaron con fuerza y una baba negra y caliente empezó a rodearlo.
Se levantó de una sacudida. Agradeció secretamente haberse liberado de la pesadilla.
Vio a José que venía corriendo y asustado
– ¿Qué pasa? – preguntó, temblando.
–Venga y mira patrón. Los negros se volvieron como locos.
– ¿Cómo locos, por qué?
–No obedecen. Se pusieron a cavar un hoyo casi a diez metros de la obra.
–Ya esos qué les pasa… yo les advertí que no me dejo ver la cara.
Como un vampiro abandonó la guarida y enfiló sus pasos hasta al grupo de negros que estaban trabajando. Alrededor de ellos había un silencio sepulcral. Nadie hacía nada, todos estaban como hechizados.
El sol vivo le pegó en la cara y lo puso iracundo, y esa camisa pegajosa, y ese polvo metido en todas partes, y esa corbata que se obligaba a llevar para mantener el status de jefe, y el whisky tibio y esos negros haciendo lo que se les da la gana.
Estaba dispuesto a descargar su furia, pero cuando llegó lo embargó un inmenso deseo de llorar. Una tristeza infinita se apoderó de todo su ser llenándolo de una compasión hasta ahora desconocida.
Todos los negros estaban en fila. Las palas, los azadones y los picos estaban al pie de cada uno de ellos. El de la bayetilla se puso junto a él sin mirarlo.
–Muchas gracias, patroncito, por la oportunidad. Estábamos perdidos y nos encontramos. Nosotros y nuestras familias le estamos agradecidos para siempre. Le dijo y le dio un beso en las manos. Como si fuera un ritual, cada uno de los negros se le acercó y lo abrazó. Pudo sentir la fraternidad en esos cuerpos, la solidaridad. Sentía paz en el corazón.
Luego se fueron. Se perdieron entre los matorrales, echaron monte arriba. Antes de desparecer para siempre le regalaron unas sonrisas. Se les veía tranquilos, y de cierto modo felices.
– ¡Patrón, venga y mira! –gritó José mientras se persignaba. Estaba pálido, a punto del desmayo. A sus pies se encontró con la fosa cavada por los negros. En ella había veintitrés esqueletos. Todos estaban atados por los brazos y las piernas y algunos tenían fracturadas las costillas. Todos tenían la huella de un tiro de gracia en la cabeza. Entre la podredumbre se alcanzaban a distinguir algunas ropas. Muchos de ellos llevaban pantalones amarrados con cabuya.
Uno de ellos tenía una bayetilla en el cráneo.[49]

Ateo: –Primero que todo, no creo en que haya otra vida después de la muerte, ni en la reencarnación. Cuando uno muere se le acaba el mundo, se acaba todo; y en el caso que existiera otra vida, como lo muestra el relato, creo que las almas de los hombres no pasan una pena por sus pecados; más bien se podría decir que ellos querían que se esclarezca su muerte y se haga justicia. No sé cómo hacen los religiosos para ver por todos lados almas en pena y diablos, si sencillamente no existen.

Papa: −Todo está en la mente.

Ateo: –En la mente de los más ilusos, débiles e ignorantes.

[49].Juan Gustavo Cobo Borda. Op. Cit., p. 159-164.

Papa: –No se dé tan duro; nadie tiene la culpa, nadie sabe cómo fue el inicio de todo este imaginario, lo único que sabemos es que sólo tiene fin con la muerte.

Ateo: –Si es creyente, creo que ni la muerte lo salva. Porque ustedes dicen que si uno no se ha arrepentido en vida, en el mundo de los muertos lo espera el diablo con su caldero y su trinche. No quiero imaginar cómo es el sufrimiento de las personas que están a punto de morir, con tanta pendejada que les han metido.

Papa: –¿Qué piensas de este relato titulado?:

DIABLO

> En casa de una familia había una hija. Sus padres deseaban que ella contrajera matrimonio con un joven rico. Debido a esto no permitían el acceso de algún joven pobre a la casa.
> Un día llegó un joven elegante montado en una hermosa mula. El conjunto de los arreos era de puro oro.
> Los padres, al ver al hombre de sus ilusiones, se alegraron sobremanera y comentaron: "Este joven es muy rico. Por tanto, será el esposo de nuestra hija". El joven, viendo que era tan bien recibido por los padres, empezó a frecuentar la casa con el fin de procurarse el amor de la joven. Pero ella no sentía ninguna simpatía por el visitante; su presencia le causaba miedo. Interiormente lo aborrecía.
> Un día, el pretendiente, antes de salir de la visita, dijo: "mañana traeré una caja de caudales para obsequiar a mi novia".
> La joven, una vez el pretendiente se ausentó, fue a informar al sacerdote acerca de su próximo matrimonio con un joven que le causaba horror, manifestando además, al sacerdote, que no quería casarse con ese joven.
> Oído el informe, el sacerdote entregó a la novia una camándula y un escapulario, indicándole que con esos dos objetos azotara al joven en un momento oportuno. Si él desaparecía en el instante de azotarlo, no debería casarse; pero sí permanecía en el lugar, podía realizar el matrimonio sin ningún temor.
> El pretendiente, cumpliendo su promesa, se presentó al día siguiente con una caja llena de plata, la cual la colocó en la mesa donde había toda clase de manjares para agasajarlo por su generosidad. Mientras departían alegremente, la joven se acercó al novio por detrás, azotándole la espalda súbitamente con los implementos entregados por el sacerdote. Al instante el joven, lanzando chispas y alaridos, desapareció del lugar. El no era una persona de verdad, sino un diablo.
> Después de lo ocurrido, la hija contó a los padres cómo desde la llegada del joven no había vuelto a dormir con tranquilidad, pues tenía sobresaltos y sueños angustiosos. Pero gracias a las sugerencias del sacerdote, había evitado el matrimonio con un diablo convertido en joven.
> En seguida llevaron la caja de plata al sacerdote para hacerla bendecir, con el fin de que el diablo no pudiera volver por ella.[50]

Ateo: –¿Quien no va salir corriendo con esa golpiza? ¿Por qué no crearon sólo un Dios?, así uno se evitaba muchos problemas.

[50] Relatos y leyendas orales, Op. cit., p. 101-103.

Papa: –No era el dolor físico, sólo que al diablo no le agradan las cosas de Dios. Así como a usted, que no le agradan las cosas de Dios. Y, por otro lado, en la tierra siempre debe haber oposición. Si se había creado un Dios bueno, había que crear un antagonista.

Ateo: −Pero no salí corriendo.

Papa: −Ya no sale corriendo porque sabe toda nuestra verdad.

Ateo: −Por último, ¿qué hay de la Biblia? Me imagino que también es invención vuestra.

Papa: −Es verdad, fue creada para dar fundamento a nuestra palabra.

Ateo: −El hecho que yo me declare ateo no quiere decir que no me agrade hablar de la Biblia y de Dios, pero a mi manera; yo adoro la Biblia; para mí es poesía, literatura, mitos; y el ateo es una de las pocas personas que puede entenderla en su plenitud, la Biblia hay que interpretarla por el lado metafórico y aforístico. Porque, yo digo, ¿de qué les sirve a ustedes que se hayan leído la Biblia de tapa a tapa, incluso se la hayan memorizado, si no la entienden?

Papa: −Como todo es un imaginario, hay que seguirlo, o si no este mundo se volvería un caos. Aunque poco a poco se ha ido modificando la interpretación.

Ateo: – De niño accedí a ese imaginario, me fue duro creer lo contrario, pero ahora me siento libre. Y hoy entiendo más su estrategia, que es como la del lobo del siguiente relato:

LA OVEJA NEGRA

La prudencia tiene ojos y lengua, eso nadie puede dudarlo. Lástima que casi siempre ande cabizbaja y bale en chino. Esta pudiera ser la introducción a la historia de la oveja negra, precisamente escogida por el tigre para apoderarse del rebaño. Resulta que como por el colorido oscuro recibía los topones de sus compañeras y la propia madre parecía quererla menos que a las blancas, esta ovejita tonta vivía amargada y resentida. Por eso le quedó sonando lo que le dijo el tigre, deslizado un atardecer hasta el tunal o conjunto de tunos en donde nacía la "mana", de modo que el agua y la fresca sombra formaban un bebedero incomparable.

–Ovejita triste: para soportar golpes y desprecios, mejor estarías en los cerros, sin pastor que te trasquile y sin colegas blancas que te joroben la vida.

–Pero si yo me fugo de aquí, me vas a comer en cualquier matorral.

–Ovejita mal pensada –contestó el felino, haciéndose el disgustado–. Inténtalo y te convencerás de que nunca has tenido mejor amigo, te doy mi palabra. Además, para tu tranquilidad te informo que la carne de cordero se me indigesta: lo mismo debe pasar con la de oveja.

Entonces la ovejita negra pensó que aquella propuesta se la hacía, de la mejor buena fe, un poderoso señor, instalado en espléndida casa, a la entrada del páramo. Y ya sin la menor desconfianza, se escapó del corral de tablas y del potrero cercado con alambre de púas, y se perdió en los charrascales del cerro en donde, en verdad, no escaseaba el pasto.

Las primeras noches tuvo miedo de la soledad y del tigre, pero después de una semana comenzó a gozar de los privilegios de su nueva vida. Saltaba alegre debajo de los tunos, se echaba al sol en los gramales, se quedaba dormida junto a la quebrada, oyendo el rumor del agua, y se paraba a balar en lo más alto del cerro, como proclamándole al mundo su contento.

Una mañana se encontró con el tigre, que la saludó de esta manera:

–Buenos días, doña ovejita distinta. Y te digo así porque en poco tiempo de buena vida eres realmente otra. Antes impresionabas por lo flaca y desmirriada. Ahora luces gorda, imponente, hermosa. Además de que en el balido se te nota la salud y el buen genio.

–En realidad me siento distinta de lo que era –contestó la oveja.

–Y eso, ¿a quién se lo debes?

–A ti, buen amigo.

–Es apenas justo que lo reconozcas –observó el tigre–. Y agregó:

–Valdría la pena que te vieran las otras ovejas: las que se quedaron en el fétido corral. Estoy seguro de que se morirían de envidia.

No se necesita mucha malicia para adivinar que esa misma tarde la oveja fue a visitar a sus antiguas compañeras, sin pasar, naturalmente, la cerca de púas.

–¡Qué llena y fuerte estás! –le dijo la oveja que más la mortificaba con los topones.

–Es increíble tu cambio –le confesó la oveja madre–. Me parece que ahora eres la mejor de la familia.

–¡Qué doncellota estás! –fue el piropo del carnero que nunca antes había puesto en ella los ojos.

–Que te ves muy bien ni lo dudo, observó la oveja de ojos claros que por exceso de lana era llamada La Mechuda. Ahora, lo importante es saber a qué se debe tan ventajoso cambio.

–A la vida libre del cerro, a la hierba fresca y al agua limpia disfrutada a voluntad, –explicó la oveja.

–Y ¿el tigre? –preguntaron con afán más de dos baladoras a la vez.

–Esos temores los han creado los chismes del pastor, para que no nos alejemos del potrero –respondió la aventurera–. Puedo jurar que el tigre es un buen amigo nuestro. Si les dijera que justamente es él quien me indica en dónde están los mejores pastos, ustedes no lo creerían.

–La conducta del tigre con nuestra hermana negra me parece bastante sospechosa. Yo no me movería de aquí – afirmó La Mechuda, cuyos reparos pusieron recelosas a muchas ovejas.

Habló así, entonces, La Motosa, la de los rulos en la lana, que por continuo mirar a las lejanías del páramo tenía fama de clarividente:

–No niego que el tigre sea uno de los riesgos de la libertad: pero, ¿qué es preferible: la pradera abierta con tigre o el corral perpetuo?

Después de este concepto, la oveja negra no tuvo necesidad de aclarar que al tigre le hacía daño la carne de cordero, porque dejando a La Mechuda con su desconfianza, el resto del rebaño atropelló la cerca de alambre y se perdió por los cerros en busca de pastos en flor.

No es fácil imaginar que las ovejitas estuvieron muy contentas durante los primeros días de hierba fresca y de libertad; pero no así cuando comenzaron a notar que ciertas madrugadas desaparecía una de ellas y cada vez el tigre se volvía más gordo y dormilón[51].

Ateo: −Aquí hace ver a la oveja negra como la tonta.

[51] Joaquín Piñeros Corpas. La oveja negra, en: Beatriz Helena Robledo. Antología los mejores relatos infantiles. Bogotá: Presidencia de la República, 1997, p. 167-170.

Obispo: –No. La oveja negra es la desobediente.

Ateo: –Como sea, pero es a través de ella como se encanta a más ovejas, y así pasa en la religión: a través de una persona se busca que las otras la sigan, y por eso la religión exige un comportamiento recto que arrastre al resto. Pero, ahora que ustedes se han confesado conmigo, díganme: ¿para qué quieren tener iglesias llenas, si al fin y al cabo a nadie ayudan ustedes?

Obispo: –Pues, al igual que el lobo, nosotros necesitamos alimentarnos.

Ateo: –Debí suponerlo desde un principio.

Papa: - Hoy en día nos desviamos del verdadero objetivo de nuestra reunión, que era el de ayudar a todos los hermanos que están pasando por dificultades, y hemos caído en manos de un ateo que cree que ha descubierto nuestra verdad y ahora sabe que ninguno de los que estamos aquí tenemos el anillo verdadero, por tanto nadie tiene la verdad de las cosas.

Ateo: Espere, ¿cuál es ese sustento? Porque comida no ha de ser.

Papa: Pues es el diezmo y el ayuno. No ves nuestras grandes edificaciones, y todas nuestras riquezas.

Ateo: O sea, que ustedes nunca tendrán como objetivo principal ayudar a las personas.

Papa: Exacto, este mundo está patas arriba, que ya lo que uno haga será insignificante.

Ateo: No estoy de acuerdo. Creo que hay que hacer; si uno inicia por algo, se hará la diferencia; por ejemplo, si ayudamos a una familia, será uno menos en aguantar hambre.

Papa: −Nosotros no podemos solucionar los problemas de todos; si están donde están es porque Dios los ha castigado, y ellos tienen que pagar.

Ateo: −¡Qué insensibles! Ustedes hablan como si no tuvieran familia, como si nunca fueran a tener problemas, que son normales en la vida de los hombres.

Papa: Claro que tenemos problemas, pero nadie nos ayudará a solucionarlos, nosotros sólo nos fiamos en el brazo de Dios.

Ateo: –Ya veo, realmente el hombre es un animal sin razón. No sé para qué vine aquí a este conversatorio, si lo que han hecho ustedes es verificarme la irracionalidad del hombre ya que, según la sociedad, si los líderes de las diferentes confesiones son los mejores, ¿cómo son, entonces, los peores?

Presidente: −Pero a mí me ha quedado una enseñanza de todo lo que hemos hablado.

Papa: –¿Cuál es esa enseñanza?

Ateo: –No importa la forma en que nos acerquemos a Dios, lo importante es la voluntad y la sabiduría que le pongamos al hacer las cosas, como en el siguiente relato:

¿QUÉ ES LO IMPORTANTE?

Un monje de gran devoción e instruido cruzaba una vez un río en barca cuando, al pasar al lado de un pequeño islote, oyó una voz de un hombre que muy torpemente intentaba elevar unas plegarias. En su interior no pudo por menos que entristecerse. ¿Cómo era posible que alguien fuera capaz de entonar tan mal aquellos mantras? Tal vez aquel pobre hombre ignoraba que los mantras debían recitarse con la entonación adecuada, el ritmo y la musicalidad precisos, con la pronunciación perfecta. Decidió entonces ser generoso y desviándose de su rumbo se acercó al islote para instruir a aquel desdichado sobre la importancia de la correcta ejecución de los mantras. No en vano se consideraba un gran especialista y aquellos mantras no tenían para él ningún secreto. Cuando arribó, pudo ver a un pobre andrajoso de aspecto sosegado cantando unos mantras con poco acierto. El monje, con serena paciencia, dedicó algunas horas a instruir minuciosamente a aquel individuo que a cada momento mostraba efusivas muestras de agradecimiento a su improvisado benefactor. Cuando entendió que por fin aquel sujeto sería capaz de recitar los mantras con cierta solvencia se despidió de él, no sin antes advertirle:
— Y recuerda, mi buen amigo, es tal la potencia de estos mantras, que su correcta pronunciación permite que un hombre sea capaz de andar sobre las aguas.
Pero apenas había recorrido unos metros con la barca, cuando oyó la voz de aquel hombre recitar los mantras aún peor que antes.
— Qué desdicha — se dijo a sí mismo —, hay personas incapaces de aprender nada de nada.
— Eh, monje — escuchó decir a su espalda muy cerca de él.
Al volverse vio al pobre andrajoso que, caminando sobre las aguas, se acercaba a su barca y le preguntaba:
— Noble monje, he olvidado ya tus instrucciones sobre el modo correcto de recitar los Mantras. ¿Serías tan amable de repetírmelo de nuevo?[52]

Papa: –Lo importante es que nuestras oraciones lleguen a Dios.

Obispo: –Que sean de corazón.

Maestro: –Que obremos de tal forma que no hagamos daño a nadie.

Presidente: –Vivir la vida como si fuera nuestro último día.

Obispo: –Debemos servir a los demás, antes que acumular cosas materiales.

Papa: –Ser un ejemplo para las futuras generaciones.

[52] ¿Qué es lo importante?, en: http://www.motivaciones.org/MOTIV004/ctosequeesloimportante.htm

Ateo: –Enseñarles a pensar, diría yo, mejor, para que sepan escoger lo que es mejor para su vida.

Obispo: –Hacer más por nuestra madre tierra.

Maestro: –Dejar de criticar.

Papa: –Amarnos unos a otros.

Ateo: –Pero, antes de amar a otros, debemos amarnos a nosotros mismos y, cuando comprendamos que somos seres razonables, vamos a poder razonar; y cuando razonemos, nos podremos dar cuenta de que todo lo que hay es para nuestro beneficio; seremos el eje de la tierra, pero para bien, y no, como ahora, que el hombre se cree dueño de la tierra y, por lo tanto, se cree con el derecho de disponer de ella.

CONCLUSIÓN

Un joven habla consigo mismo.

−Que sueño más raro el que he tenido. Mmmmmmmm, he quedado confundido, no sé si la realidad es un sueño, o si lo que sueño es la realidad.

Entra la madre del joven a la habitación.

−¿Qué te pasa hijo que te noto pensativo?

−No es nada malo, madre; solo reflexiono sobre el sueño que tuve anoche.

−Ha deber sido una de esas pesadillas que sueles tener.

−Creo que fue a la vez peor que una pesadilla.

−¿Cómo así?

−Este sueño era muy real y sobre la realidad; en cambio, una pesadilla es de cosas que nunca han acontecido y que nunca acontecerán.

−Sigo sin entender, hijo.

−El sueño consistía en que yo me encontraba en diferentes contextos, pero en cada uno de esos espacios yo establecía diferentes diálogos a partir de unas imágenes y acontecimientos.

−Pero, a mi no me parece una pesadilla, me parece un sueño normal.

−Es que este sueño me ha movido las entrañas; ningún sueño me había llevado a una reflexión tan profunda, ha sacudido todo mi ser, ha llevado a que me interrogue sobre mi existencia.

−Hijo ¿te sientes bien? Te desconozco, nunca te había escuchado hablar así.

−Me siento bien, madre; solamente que me encuentro meditativo. De ahora en adelante la meditación y la reflexión harán parte de mi esencia.

−Hijo, la vida es una sola y hay que vivirla como se venga.

−Muchas veces por no detenernos en el camino de la vida a observar y reflexionar es que nos perdemos en este largo y ancho camino.

−No crees que es una perdedera de tiempo.

−Para nada, madre; yo pensaba igual que tú, pero ahora, con este sueño, veo que es mejor perder unos minutos de nuestro tiempo, que echar a perder toda una vida entera.

−Hijo, hablas como un viejito.

−No, hablo como una persona sensible, una persona que quiere enmendar sus errores. Porque hay personas mayores que no tienen nada de sensibilidad ni de razón.

−¿Para qué la sensibilidad y la razón?

−La sensibilidad hace que nos conmovamos por lo que sucede a nuestro alrededor, y la razón es para pensar y no actuar por instinto como los animales.

−Pero si a nuestro alrededor no hay nada, solamente miseria y violencia.

−Estas existen por lo mismo, por la falta de sensibilidad y la razón; hoy sólo se actúa casi por instinto.

−Mientras piensas y pones tu sensibilidad a flor de piel, te mueres; aquí sólo sobrevive el más fuerte.

−Si miras, mami; tú también piensas igual que todos; es decir, sólo piensas en ti. Pero recuerda que un día vas a necesitar de los demás; cuando te sientas sola, sí te vas a decir: ¿en qué fallé? ¿por qué no vi por mis semejantes?

−Hijo, no crees que estás siendo interesado.

−No, así es como todo en la naturaleza se mueve: tú das, yo te doy, y como sean tus obras, recibirás. Ahhhhhhh, y, por otro lado, debemos olvidarnos que todo lo que nos

sucede, sea bueno o malo, es artificio de Dios; somos nosotros únicamente los responsables de nuestras obras.

−Pero, yo soy así, insensible, como tú dices, y así nací y así moriré.

−Te veo mal, madre; cómo me gustaría que tengas el mismo sueño que yo tuve.

−No, gracias; prefiero ser una insensible que una loca. A ver, pues, cuéntame qué es eso que has soñado.

−Creo que no alcanzaría el tiempo ni lo entenderías. Además, veo que contigo no se puede hablar, aún tienes una mente cerrada.

−¿Cómo sería, según tú, tener una mente abierta?

−La persona con mente abierta es la persona que se interesa por los demás, primeramente, antes de interesarse por sí misma; es una persona que se interesa por cuidar la naturaleza ya que es la que nos provee de todo y, sobre todo, es alguien que antes de hablar piensa, y para ella no hay tema tabú, todo lo investiga.

−Suena muy bonito todo lo que dices, pero es algo muy difícil porque uno nunca estará de acuerdo con algunos temas, hay temas prohibidos, y no quiero que tú te vuelvas un degenerado y vulgar.

−Pero si yo no digo malas palabras.

−Hum, con quien será que te estás ajuntando para que andes pensando cosas. Eres un aviejado.

−La persona de mente abierta nunca va a criticar al otro para perjudicarlo; nadie tiene derecho de juzgar al otro, sin antes saber lo que acontece en su vida y, a la vez, se debe superar. Tal vez uno no sea capaz de soportar la vida que lleva la otra persona.

−Además de interesado, el joven también me salió chismoso, jamás debes meterte en la vida de los demás.

−Noooo, no confundas el chisme, que es una mentira y que busca destruir a los demás; en cambio, otra cosa es saber escuchar a las demás personas, que necesitan de un consejo y, a la vez, uno aprende de estas experiencias.

−Yo sí escucho a mis amigas, eso es diferente. Yo me refiero a las personas que se pasan fisgoneando en las ventanas a ver lo que hacen los demás, o que tergiversan las cosas.

−Entonces, no soy un chismoso como dices porque cuando me cuentan algo, yo miro que sea algo verdadero, algo bueno y, por último, que sea necesario tanto para mí como para los demás.

−Siempre sales ganando. Pero ahora sí me vas a decir qué soñaste.

−Ya que insistes, va a tocar. Soñé que se me presentaba la tierra en forma de Dios; me mostró cuál era la realidad del planeta en la actualidad. Me llevó a diferentes lugares del mundo y me iba mostrando las diferentes caras de la moneda: por un lado, el derroche de algunas familias y, por el otro la pobreza absoluta.

−Sólo eso. Yo no le veo nada de pesadilla.

−Una cosa es contarlo mamá y otra muy diferente vivirlo.

−Pero si tú no lo viviste, simplemente soñaste.
−Para mí fue real.

−¿Ahí termina tu sueño?

−No, después de haber observado todo lo que sufría la tierra y que a la vez sus mismos habitantes sufrían, pagando las consecuencias de sus actos, así como yo, fueron escogidos otros jóvenes, nuestros espíritus fueron trasladados a un sitio extraordinario, no conocido por ningún hombre en la faz de la tierra.

−Hijo, eso parece un cuento para niños, tú ya estás lo suficiente grande para creer en cuentos y sueños.

−Espera te acabo de contar, madre. Nos reunimos jóvenes de varias partes del mundo y ahí tuvimos una conversación sobre lo que habíamos visto. La verdad, las imágenes nos impresionaron tanto que todos teníamos lágrimas en el rostro. Mi más grande tristeza no fue por lo visto, sino porque ya nunca se podrá devolver el tiempo para cambiar la historia, para volver a hacer que las cosas y las personas queden como en un comienzo, perfectas. Porque la naturaleza es perfecta.

−No me gusta verte triste, hijo.

−Pero cómo no estar triste si, como están las cosas, la única forma de solucionar los problemas es que la tierra se acabe y vuelva a nacer, y eso es imposible.

−Pero antes dijiste que la solución era que cada persona pusiera de su parte.

−Toca hacer eso, como alternativa para disminuir daños futuros, para permitir que la tierra se mantenga con vida y, a la vez, preservar nuestra vida.

−Todo el mundo habla de que el mundo se va a acabar, pero sólo han sido falsas alarmas.

−No debes esperar que el mundo se acabe, eso nunca pasará; sólo cuando una persona fallece es cuando el mundo se termina, pero sólo para esa persona. Cuando yo hablo de prolongar la vida de la tierra, estoy diciendo que hay que evitar que siga habiendo desastres naturales; con cada desastre que ocurre a causa del hombre, es un año menos de vida útil de la tierra.

−Eso no me perjudica a mí directamente, eso sólo se dará en otros países, lejos de aquí.

−No creas eso, mamá; muy pronto sentiremos los cambios bruscos en el clima, la falta de vegetación y de fauna y, lo peor, muy pronto nos quedaremos sin agua. Y con esto vendrán las enfermedades, las muertes, etc.

−Tranquilo, hijo; cuando eso suceda, ya no estaremos más en esta tierra.

−No, yo creo que nosotros también sentiremos la decadencia de la tierra. Además, debemos pensar en las futuras generaciones, que merecen conocer un mundo mejor en el que puedan habitar, porque, al paso que vamos, les dejaremos un planeta muerto, donde la vida solo será una palabra.

−Hijo, no sigas más, deja de ser tan trágico, yo creo que voy a morir por tu culpa.

−Ahora ya sabes y entiendes el porqué de mi preocupación.

−Deberías dejar que otras personas se ocupen de eso.

−Esa es una responsabilidad que tenemos todas las personas, debemos dejar de lavarnos las manos, de evadir responsabilidades.

−Y dirás que tú solo puedes salvar el mundo.

−No, pero por lo menos quiero tener mi conciencia tranquila para cuando muera. Ahhhhh, y otra cosa: recuerda, madre, que el ejemplo hala; con uno solo que inicie una obra, se van uniendo muchos más.

−Ojalá algún día logres tu cometido. Pero no me has acabado de contar cómo termina el sueño.

−En la reunión que tuvimos, también se habló de la conciencia que ha sido degradada por el capitalismo, el mercantilismo y el globalismo. Las personas sólo se preocupan por el dinero y lo material.

−Pero no hay nada que hacer para que ese régimen no siga mandando en las vidas.

−Todos, en la reunión, concluimos que era mucho mejor vivir en un mundo donde el dinero no existiera.

−Y, ¿cómo se obtendrían las cosas?

−Todo se obtiene a partir del trabajo, pero a cambio del trabajo se tiene alimentación, techo, ropa; nunca se va a tener plata, todos trabajan en beneficio de todos.

−Qué chévere. O sea que son un equipo.

−Exactamente.

−Y ¿de dónde les surgió la idea?

−Pues alguien estaba diciendo que en otros planetas hay vida, y así es su forma de sobrevivir, a través del servicio.
−Ya veo por qué es que tenemos tantos problemas y, cierto todo es a causa del dinero. Personas que pierden el hogar, la familia, la salud e incluso llegan a morir a causa del dinero.

−Si no se tiene dinero, no se puede hacer nada; si se tiene lo necesario, se quiere más dinero, y los que lo tienen no lo pueden disfrutar porque les toca andar escondiéndose.

−Ha sido algo adictivo el dinero, al igual que la droga.

−Así como estamos reflexionando aquí, se hablaba allá. También decíamos que si ya no se puede acabar con el dinero, el amor será nuestro aliado para acabar con todos los problemas que hay por su causa.

−Eso es imposible.

−Si en vez de odio, rencor, golpes; damos amor, este mundo cambiaría.

−Pero si uno es bueno, uno sale perdiendo.

−Eso no es que de un día para otro todo cambie, lleva su tiempo. Tampoco es que uno va a ser menso y a dejarse de los demás, eso no, pero en lo posible se deben controlar las malas palabras y los golpes; claro, si nos golpean, debemos evitar que eso pase.

−La verdad, no le veo salida.

−Sí, mira que todos tenemos un corazón y, por lo general el ser humano necesita que el otro lo consienta. Sabes, la mayoría de personas extremadamente malgeniadas son personas con falta de autoestima, no quieren ser lastimados y por eso actúan con

agresividad; pero si uno les da afecto, que es tal vez lo que le haga falta, estas personas cambiarán.

−Nunca había pensado en eso.

−Allá en la reunión se habló de que debemos cambiar el chip de nuestra mente, razonar más y ser más sensibles a lo que acontece a nuestro alrededor, a valorar lo que se tiene. Imagínate, madre, que en la reunión había una persona ciega que conocía mejor las cosas que los que mirábamos, esta persona miraba y sentía el interior de cada cosa y persona, literalmente disfrutaba de lo que la rodeaba en su vida.

−Nos falta ver con los ojos del amor, con los ojos del alma.

−Si seguimos indiferentes a lo que nos rodea, muy pronto falleceremos física y espiritualmente.

−Y ¿qué dijeron acerca de la muerte?

−Hay varias clases de muertes: la del cuerpo, la del alma y la del espíritu.

−¿Cuál de esas es la peor?

−Todas pasan por un proceso y todo depende de la persona. Pero, personalmente, no me gustaría experimentar la muerte espiritual y del alma, aunque hoy muchas personas la enfrentan.

−¿Qué diferencia hay entre la una y la otra?

−La verdad, no me quedó muy claro, solo sé que el dolor del cuerpo es finito, pero el dolor del alma y del espíritu es infinito. Ahhh. Pero ten en cuenta, madre, que el concepto de la muerte es muy diferente a como actualmente la conocemos. Aquí en la tierra nunca podremos llegar a conocer la verdad de las cosas a plenitud, todo ha sido manipulado según la conveniencia de los hombres.

−Según lo que tú me dices, yo me atrevo a concluir que uno debe vivir la vida lo mejor posible, sin hacerse daño a uno mismo, ni hacer daño a los demás.

−Así es, madre.

−Ahora vamos a desayunar, madre, que, con todo lo que hemos hablado, ya he empezado a sentir hambre. Luego que tenga más tiempo, te seguiré hablando; por lo pronto te adelanto que tengo una misión aquí en la tierra.

−Hablas como si fueras un superhéroe que va a salvar el mundo.

−Soy algo así, soy un aliado de alguien.

−¿Cómo así? Barájamela más despacio.

−Un aliado es una persona que va a ayudar a otra persona a solucionar sus problemas existenciales o, mejor dicho, voy a resucitar a alguien que tiene una muerte del alma.

−Eso se escucha como una supermisión, espero que no te lastimes.

El joven sale de su casa y se dirige a donde la persona a la que va ayudar. El joven llega precisamente en el momento en que una joven de su misma edad se iba a suicidar. Él llega y después de zafarse de las patadas y golpes que le daba la joven, cuando la joven está más tranquila, el joven la abraza y la consuela, prometiéndole ayudar y empiezan a hablar.

−Tú no me puedes ayudar, nadie me entiende; tú no podrás ayudarme, eres un chico igual que yo, y sabrá Dios si tienes más problemas que yo.

−No hay ningún problema que no se pueda solucionar; todo tiene solución menos la muerte.

−Creo que la muerte es la única solución en un mundo donde todo es basura.

−En parte tienes razón, hay mucha miseria y violencia, pero creo que más son las cosas positivas que las negativas; por ejemplo, mira a los animales, cómo afrontan todas las dificultades y siempre van a poner en primer lugar la vida. Nosotros, como seres con razón, debemos tratar de llevar a feliz término todas nuestras dificultades.

−Pues sí, los animales son ejemplo, pero no se sabe si ellos son realmente felices. La verdad, no encuentro nada ni nadie que me haga feliz, y sin felicidad esta vida no tiene sentido.

−La felicidad es muy corta, pero si unimos todos esos momentos cortos de felicidad podremos llenar la copa de nuestra vida, llegando así a tener una felicidad completa.

−O sea que ¿tú eres feliz?

−Cómo no voy a ser feliz si existo, tengo un cuerpo perfecto, tengo personas que me aman y vivo en un mundo hermoso, a pesar de todo.

−No había pensado en eso.

−Muchas veces cuando tenemos problemas sólo vemos el lado oscuro y no vemos la luz que hay en el fondo.

−Siempre después de la tormenta viene la calma.

−Exacto.

−Yo quiero que la calma continúe en mi vida, que no haya más tormenta.

−Imposible, en la vida siempre debe haber oposición, debe haber alegría y tristezas, pero estoy muy seguro que después de solucionar un problema te sentirás feliz porque has logrado superarte como persona, has logrado subir un peldaño, has aprendido.

−No sé cómo solucionar mis problemas.

−Si eres un ser razonable, tarde o temprano encontrarás la solución.

−No sé qué camino seguir. No sé cuál es la verdad.

−La verdad la tienes tú, solamente tú y nadie más. Porque no hay una sola verdad, hay miles de verdades por cada persona.

−¿Dónde puedo encontrar esa verdad?

−Está en tu mente, en tu corazón, y en los libros.

−Sabes, hablas muy bonito, hablas diferente a los demás.

−Gracias. Yo sólo digo: ¿cómo una niña tan bonita podría hacer tan atroz acto?

−Solo para ti soy bonita, para el mundo soy horrible.

−No, para nada, debes cambiar ese concepto de ti misma y verás cómo tu mundo será mejor. Vive cada día de la vida como si fuera el último.

−¿De qué me sirve, si tú has arruinado mi último día?

−Todavía no era tu hora. Yo digo que cuando la muerte venga, sea sorpresa y no provocada a venir por ti. Prométeme que nunca más cometerás una locura así.

−Si tú sigues a mi lado, no, porque con tu compañía no me sentiré sola.

−¿Cómo puede ser posible que en un mundo tan grande, con tanta gente, uno se sienta solo.

−Esa es la realidad de muchos.

Desde ese día los dos jóvenes se hicieron muy buenos amigos y todos los días se reunían para hablar de los diferentes interrogantes que tenían y buscaban ese gran tesoro que era la verdad.